This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

**Usage guidelines**

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

**About Google Book Search**

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

**Acerca de este libro**

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

**Normas de uso**

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

**Acerca de la Búsqueda de libros de Google**

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

261
12

P Span 331.10

Harvard College Library

FROM

Harvard College Library
Dec. 24, 1914
Transferred from
Harvard Law Library.

# REVISTA DE ESPAÑA

# REVISTA

# DE ESPAÑA

## DÉCIMONOVENO AÑO

TOMO CXIII.—NOVIEMBRE Y DICIEMBRE

MADRID

REDACCION Y ADMINISTRACION,
calle de Justiniano, número 6,
principal izquierda.

«ESTAB. TIP. DE «CORREO,»
á cargo de Fran[illegible] Fernández,
8 San Gregorio, 8

1886

PSpan 331.10

Harvard College Library
Dec. 24, 1904
Transferred from
Harvard Law Library.

# APUNTES

## SOBRE EL NUEVO ARTE DE ESCRIBIR NOVELAS[1]

### VII

Harto saben cuantos me conocen que pocas personas habrá más creyentes que yo en el progreso humano y menos descontentos del siglo en que nacieron. Yo creo que el mundo está hoy mejor que nunca: que la sociedad se va organizando cada dia con mayor habilidad, y que los individuos que la componemos vamos ascendiendo hacia las regiones del bien y de la luz.

Este ascenso, para la generalidad de los hombres no me parece tan largo y penoso como algunos sociólogos imaginan. Nada me ha enojado más que la siguiente sentencia que leí, años ha, en un libro de sociología: «La humanidad, considerada en su vida colectiva, no ha nacido aún.» El autor sostiene que no empezará á nacer hasta dentro de doce mil ó catorce mil años. Yo me revelo contra nacimiento tan tardío. Yo la creo, no sólo nacida, sino espigada, lozana y briosa.

Á pesar de todo mi patriotismo, reconozco y celebro la cul-

(1) Véanse las REVISTAS de 10 y 25 de Agosto, 10 y 25 de Setiembre y 10 y 25 de ctubre.

tura de otras naciones europeas, y confieso, sin celos, pena ni enojo, que Francia, durante más de dos siglos, ha sido, y quizás es aún, la nación más influyente en las otras, más rica en ingenios y más digna de ser admirada por su saber y sus artes. Pero nada de esto se opone á que note yo con dolor que la civilización en su conjunto padece hoy enfermedad gravísima, la cual reina en Francia más que en parte alguna. Contra esta enfermedad, y á fin de que la remedie quien pueda, escribo estos artículos.

Cierto es que no deben tratar sino de la novela; pero la novela es espejo de la vida y representación artística de la sociedad toda, y no ha de extrañarse que, al tratar de ella, se eleve la mente á consideraciones más altas.

Empiezo por afirmar que, según mi sentir optimista, la enfermedad que aqueja hoy y abate el espíritu humano, no es de las que acuden en la vejez y que se van agravando sin más alivio ni remedio que la muerte. El mal, al contrario, aunque sus gérmenes y primeras manifestaciones existen desde que se conserva memoria de hechos, y desde la edad más remota de que se guardan documentos ó monumentos, se ha recrudecido con fiereza en nuestros días, infestando y viciando el pensamiento humano, no por hallarle postrado y decrépito, sino en los días en que apareció más ovante y poderoso. El mal le ha sorprendido en medio de sus más decantadas victorias: ha sido como el Tersites de esta *Iliada* de la cultura; como el esclavo maldiciente ó el soldado ébrio que iba junto al carro de marfil del triunfador, lanzando contra él mil injurias.

Francia y otras naciones de Europa se nos muestran en su mayor auge y más rico florecimiento, llegan al colmo de la actividad del espíritu, cuando esta enfermedad las ataca.

Se han inventado dos ó tres docenas, lo menos, de ciencias nuevas. Las ciencias ya conocidas han progresado de modo pasmoso. Con tales progresos, aplicadas á la vida, la vida, en general, se hace más dulce y amable. Los pueblos se conocen y desechan injustas prevenciones, gracias á la facilidad de viajar por ferrocarriles y en barcos de vapor, y á la comuni-

cación de datos y noticias con la rapidez del rayo. Mil máquinas ingeniosas ahorran trabajo y proporcionan deleites. La fraternidad humana despliega su acción bienhechora, dando libertad en América á los esclavos y en Rusia á los siervos. Las grandes nacionalidades se forman y constituyen, y convertido el súbdito en ciudadano, brota con vigor el amor de la patria, nunca más hondo que en el día. La historia hace retroceder los términos que la empequeñecían, y un inmenso pasado, antes nebuloso, se despeja y patentiza, merced á la exhumación de idiomas muertos, á ladrillos, papiros é inscripciones en bronce y en mármol, cuyos signos y misteriosos caracteres aciertan á descifrar la tenacidad y la agudeza de los eruditos. De las entrañas de la tierra surge Flora con olvidados y escondidos tesoros, en los cuales nos da luz y calor y nos revela además otra Fauna que se extinguió hace miles de años. Por ella cobran ser real las quimeras, la esfinges, las sierpes y dragones con alas, de las fábulas y leyendas antiguas. Se diría que los dioses caribes, los genios subterráneos, los gnomos y las salamandras se habían empleado en ordenar, en oscuros antros, los archivos del planeta, para que nosotros los revolviésemos y compulsásemos, explicando las mudanzas y revoluciones telúricas.

Hasta el lado risible de todo esto tiene yo no sé qué de simpático y gracioso. Las nuevas ciencias se divulgan por tertulias, cafés, tabernas y talleres. La ilustración cunde y se generaliza. El sabio baja de su cátedra; el maestro suelta su férula; la turba asciende donde ellos estaban. Ya no hay vulgo profano. Nada hay ya exotérico. Todos son iniciados, lo menos. Y apenas queda quien no se adorne y autorice con bonete y borla de doctor. De estadística y economía, no hay quien no entienda. La homeopatía crea un hormiguero de médicos de afición. Cuantas son las ciencias morales y políticas, se ponen al alcance de todos. El impulso científico, no sólo aguza los sentidos, sino que nos dota de otros nuevos; por ejemplo, de una segunda vista histórica para penetrar y comprender leyes, costumbres, caracteres y casos de los hombres en las edades

pasadas. Y la prehistoria y la geología gradúan de sabio á cualquiera si recoge y reune cuatro pedruzcos.

Tan rápido y brillante movimiento intelectual, como río fecundo riega el árbol de la poesía y hace que nazcan en él jamás vistas flores. Tal vez sucede lo contrario de lo que el naturalismo y el pesimismo suponen. La poesía crece y no mengua. La inmensa avenida científica no sumerge y ahoga la imaginación, sino que la levanta y la lleva sobre la corriente impetuosa á regiones nunca exploradas, mostrándole hermosos caminos, abriéndole luminosos horizontes, dando, por cada verdad que la ciencia demuestra, miles de misterios que descubrir y millones de enigmas que descifrar y de problemas que resolver, á cual más árduo.

La crítica escéptica, la negación radical de todo lo especulativo, por extraña fuerza contradictoria hace que nazca en Alemania la más completa en su ciclo de desenvolvimiento, la más dogmática y la más audaz filosofía que se había conocido desde la filosofía griega.

El estudio y la familiaridad de lo real nos movieron á desear más lo ideal, á imaginarlo y á crearlo. Se quisieron desterrar de la poesía las fábulas clásicas, y no sólo no se desterraron, sino que los númenes y los símbolos religiosos de todos los pueblos y de todas las épocas entraron en la poesía. De ella pasó al vivir de las gentes lo sobrenatural y milagroso, y aparecieron sabios como Swendemborg, medio sabios como Mesmer y charlatanes como Cagliostro. Al lado de las ciencias de observación y experimentales nacieron doctrinas mirificas y retoñaron añejas supersticiones. La nigromancia reapareció convertida en espiritismo; la metempsícosis volvió con varias formas, ya trasmigrando el alma en la tierra por diferentes vidas, ya peregrinando de planeta en planeta por los espacios intersiderales.

Si por un lado un flamante evhemerismo convierte en hombres á los héroes y dioses, aunque dándoles á menudo más valer y significación, por otro lado el espíritu crítico, negando la existencia individual de personajes extraordinarios, no los des-

truye, sino los multiplica y deslíe, y acaso de un patriarca ó de un héroe epónimo saca y desenvuelve á nuestros ojos todo un pueblo que estaba absorbido en el individuo mítico; toda una trascordada civilización con sus artes, ciencias, guerras, industrias y comercio.

Se pierde el respeto algo exclusivo á los clásicos griegos y latinos, y al mismo tiempo se estudian y se comprenden mejor por críticos, traductores é imitadores. Así el pseudo-clasicismo se trueca en clasicismo. Leopardi y Hugo Foscolo en Italia, y Andrés Chénier en Francia, sienten y expresan el espíritu de Grecia como nunca. Esto no obsta, sino que estimula para que se vuelvan á estudiar y admirar las literaturas populares de Europa en la Edad Media y para que se estudien las antiguas literaturas del Oriente, casi ignoradas antes. La poesía de India, Pérsia y Arabia se ingerta en nuestra moderna poesía.

Entonces sobreviene el deseo de comprender en epopeya colosal y simbólica todo el sistema complejo y enorme de los conocimientos humanos, y Andrés Chénier, Göethe, Edgardo Quinet, Víctor Hugo y Espronceda, pintan ó bosquejan cuadros donde entra todo lo existente y todo lo posible, en más ó menos armónico conjunto.

Con tantas invenciones y descubrimientos, nuestro orgulloso júbilo traspasa todo límite razonable y nos eleva al quinto cielo del engreimiento, para que la caída sea mayor y el desengaño más rudo. De las ciencias nuevas se divulgan frenéticos encomios. Muchos creen y declaran que Adam Smith hace mil veces más que Cristo por el bien de la humanidad. El método experimental se pone tan en moda que, concediendo por él arbitrariamente privilegio de invención el Canciller Bacon, Macaulay le ensalza hasta dejar á su lado corridos y chiquituelos á Platón y á Aristóteles, si bien positivistas como Draper vengan, sin querer, á Aristóteles y á Platón, poniendo al Canciller como regalado trapo y suponiendo que fué tan ruin sabio como débil y detestable sujeto.

En las clases elegantes, cultas y abastadas, vuelve á impe-

rar el Cristianismo, aunque á veces de modo poco edificante, como freno contra los desafueros de la plebe descreída, como complemento de la policía rural y urbana. Concepto raro y extraviado, de que Renán se hace eco en el día, es el de que los sabios pueden excusarse de tener religión, pero que el vulgo estúpido es menester que la tenga. Al Cristianismo aparente y bastardeado por la política le sale una erupción de apologistas legos, execrables los más, y que causan tremendo daño.

Muchos, sin duda con buena intención, nos metemos á teólogos y la echamos á perder. A unos se les antoja que hacen gran bien á la religión Cristiana sosteniendo que es más bella y adecuada que la Mitología, para servir de máquina en los poemas épicos y de pólvora ó dinamita para la más pujante explosión de los raptos líricos. Otros se valen de la religión Cristiana como arma de partido, y, á fin de aterrar al vulgo revolucionario, niegan la razón del hombre, como Bonald. De Maistre y Donoso Cortés apoyan toda verdad fundamental y trascendente en el más grosero sensualismo y hacen la apología de la efusión de sangre y la canonización del verdugo. Y otros, como Buchez, Bordas Desmoulins y Huet, identifican el Cristianismo con el progreso al gusto del día, y creen y afirman que hasta la Revolución de 1789 hubo Cristianismo individual; pero que el pleno advenimiento del Cristianismo social no ocurre hasta entonces, con Danton, Robespièrre, Marat y Saint Just, sus primeros apóstoles.

Para sacar estas ú otras semejantes consecuencias, los textos y sentencias de las Sagradas Escrituras se interpretan con la más extravagante singularidad, aunque á veces de buena fe.

Una dama americana, amiga mía, modelo ejemplar de esposas, caritativa con los pobres, instruída, elegante y poetisa, no tenía más que un defecto: no lo podía remediar, era murmuradora. A pesar de su nobilísimo corazón, esgrimía las tijeras del modo más cruel, dejándose arrebatar por el amor al arte de cortar sayos. Llena de remordimientos por este pecadillo en el cual no acertaba á irse á la mano, compuso la dama unos

versos devotos, á modo de plegaria, donde decía, dirigiéndose á Dios:

*Let me sint deep that I may cast no stone.*

«Dios mío, déjame pecar en grande para que no tire yo piedras á los otros.» Indudablemente, esto lo dijo por humildad y sin propósito de tomarse la venia que pedía. Nunca tuvo el marido necesidad de vivir sobre aviso, solevantado y con la barba sobre el hombro; pero dicho verso suelto es tal, que puede servir de piedra angular á un sistema herético y endiablado, para que cada uno, de puro bonachón, haga cuanto se le antoje.

La riqueza, el lujo y los esplendores de la moderna civilización, nos hacen á todos menos sufridos en los contratiempos, más quejumbrosos en los achaques, más descontentos de la vida y más medrosos de la muerte. De todo nos quejamos. Cada uno de nosotros, como en la fabulilla de Samaniego,

Es aquel hombre que á los dioses clama
Porque una pulga le picó en la cama;

ó como el Don Cleto del sainete, cuando dice con voz lastimera:

Me pican los sabañones
Y me molestan los callos.

Aun los más creyentes, cuando se quejan así, no suelen pedir á Dios misericordia, sino cuenta de lo que hace.

No me olvidaré nunca de cierto amigo mío, piadosísimo, que hace años estuvo enfermo por sus pecados, y en vez de encomendarse á Dios, ya le hacía esta pregunta: «Dios mío, ¿esto es para probarme, ó para castigarme?» ó ya le hacía esta otra pregunta: «¿Por qué, Soberano Señor, pusiste tanto veneno en vaso tan hermoso?»

En suma, todo mal y toda desazón se agravan hoy por el poco brío con que se sobrellevan.

Del corto sufrimiento para los males propios, venimos á sentir también, por compasión, con más vehemencia, los ajenos. Nuestra caridad, fecunda á veces, pero á veces infecunda, inútil y extraviada, se ha extendido hasta á las bestias; á lo cual contribuye acaso el recelo ó la supuesta certidumbre de los materialistas, de que no somos ni valemos más que ellas; de que no hay *reino humano;* de que, no de burla, sino con seriedad y justicia, dijo mi amigo Miguel de los Santos Álvarez al hombre:

El mismo tiempo malgastó en tí Dios
Que en hacer un ratón ó á lo más dos.

De aquí las sociedades protectoras de animales, establecidas ya en todos los países; otras que no han llegado á prosperar, como la que formó el célebre poeta Shelley para que fuésemos herbívoros; y la tendencia á inventar elixires para vivir sin comer, como Succi, Marlatti y otros, á fin de que no haya en la tierra, ni en astro alguno, quien devore seres vivos para alimentarse.

El poeta Luis Tridou, en una obrita titulada *El Ogro*, presenta con desesperada ironía la disyuntiva en que nos hallamos de ser asesinos de pollos, bueyes, cerdos, pajaritos y peces, ó de vivir de yerbas y otros vegetales. Verdad es que Luis Tridou infiere, al parecer, la necesidad del crimen de la misma insuperable dificultad de no cometerle, y dice: ¡viva el crimen! matemos para comer, ya que para comer hasta las plantas matan, como por ejemplo, moscas la dionea.

Esta caridad complicada nos infunde un concepto del mundo muy desconsolador; es una sangrienta carnicería, un inmenso campo de batalla; la vida es incesante lucha por la vida.

Vuelve á tener significación la historia simbólica de aquel brahmín penitente que rogó al milano que no devorase la paloma que tenía entre sus garras. El milano contestó que necesitaba devorar palomas. El brahmín, para rescatar la palo-

ma, ofreció entonces peso igual de su propia carne. La paloma se puso en el platillo de una balanza, y el brahmín cortó pedazos de su carne y los puso en el otro platillo, pero la paloma pesaba más. Repetidas veces volvió el brahmín á cortar y á echar carne, y nunca la balanza se inclinaba de su lado, ni aun poniéndose todo él en ella. Entonces la paloma se trasfiguró é hizo ver que era Indra, Dios poderoso, que pesa más que el Universo, y cuyo sacrificio es sólo bastante á vencerla por naturaleza, invencible necesidad de las cosas.

¡Cuán opuesta á esta aflictiva leyenda brahmánica es la católica de no recuerdo qué Santo, que quiso comer cerezas y no tenía dinero para comprarlas! Tomó, con todo, un par de libras, y dijo al vendedor: *Dios te lo pague*. No se satisfizo el vendedor, calculando que el *Dios te lo pague* nada le valdría. El Santo escribió entonces su *Dios te lo pague* en un papelillo; le puso en la balanza, y pesó mil veces más que todas las cerezas.

Nó: no es menester la muerte de Dios para salvarnos de la servidumbre del destino. Lo que fué fineza y extremo de amor y satisfacción condigna, no fué indispensable requisito de la Redención, que pudo ser perdón gratuito. El crédito que se de á un *Dios te lo pague*, puede remover el mundo moral mejor que el mundo físico la palanca con que Arquímedes soñaba.

No está el pesimismo en el fondo del Cristianismo, como pretenden ahora los budhistas europeos. Hasta en las historias cristianas de mayor candor infantil hay algo de alegre, risueño y dulce, que se opone á esa interpretación tétrica y aviesa. Quien tiene á Jesús, cuando el mundo tiene fe en Jesús, todo lo tiene, no sólo en esperanza y para la vida eterna, sino desde luégo y en esta vida. Con razón el famoso hermano Francisco le llamaba *El Empeñadico*. ¿Cómo negar que á veces los escritores ascéticos han ponderado en demasía los males de este mundo, lugar de prueba, destierro de los espíritus, valle de lágrimas, en el cual gemimos y suspiramos por la patria celestial? Pero el Divino Maestro parece como que los contradice, al afirmar en el Sermón de la Montaña que en la patria celestial debemos poner la mira, pero que todo lo demás se nos dará

también sin que lo pidamos. Busquemos el reino de Dios y su justicia, y las otras cosas que nos hagan falta, vendrán por añadidura. Y al hacernos el Señor esta promesa, no es sólo para después de la muerte, sino mientras vivamos, pues nos alimentará y vestirá mejor que á las avecicas del cielo y que al lirio de los campos, como á superiores criaturas.

Y digo todo esto porque el delirio pesimista ha llegado al extremo, en la interpretación de la doctrina cristiana, sosteniendo en lirismos, novelas y filosofías, como Jorge Sand en no sé qué obra, y Teófilo Doudey en unos espantosos versos, que Cristo, al morir por su divina voluntad, recomienda y prescribe el suicidio, amonestándonos á imitarle y á ser jueces, víctimas y verdugos á la vez, de nosotros mismos; con lo cual supone el poeta que se imita también el misterio de la Trinidad hasta donde cabe en lo humano.

En este punto, como libro doctrinal y didáctico, nada deja que desear la *Filosofía de la Redención*, de Mainlaender. El autor da precepto y ejemplo. En el libro da el precepto de que para salvarnos debemos matarnos; y no bien el libro estuvo impreso y corregidas con esmero las pruebas, el autor se ahorcó y nos dió ejemplo también.

Es claro que todas estas doctrinas, ya generosas y discretas, ya disparatadas y horribles, están como en la atmósfera que se respira; van de pueblo á pueblo y de región en región; pero es difícil atribuir á éste ó á aquél la vergüenza ó la gloria de haberlas inventado.

París, con todo, es el centro; es como el vaso ó la caldera donde hierve y fermenta esa mezcla de extravíos y de aciertos, de arranques sublimes y de impulsos egoistas, de aspiraciones á lo ideal y de apetitos brutales, que forman el conjunto caótico de la moderna cultura.

Siguiendo esta comparación, se forma idea de lo que es el naturalismo con relación al romanticismo. El romanticismo fué como el líquido en el período de la fermentación tumultuosa: el naturalismo es como los sedimentos groseros, como las heces que se van precipitando en el fondo del vaso, de resultas

de la fermentación; y lo que debemos esperar y pedir al cielo es que la fermentación acabe bien, sin que degenere en acetosa, ni en pútrida, y que el líquido, cuando se trasiegue y se tiren las heces naturalistas, se convierta en vino exquisito, oloroso y salubre.

Al nacimiento del romanticismo en Francia concurrieron sin duda diversos elementos, venidos de extraños países; pero más aún la propia fuerza de las cosas, la cual hace que cada ser, manifestación, idea, moda ó sistema, nazca en su sazón y cuando debe. El romanticismo estaba preparado muy de antemano, pero el estallar en Francia de esta revolución literaria, coincide con la revolución política de 1830.

De España vino poco y de modo confuso. Eruditos hubo y hay en Francia que saben y han escrito muchísimo de nuestro país; pero sus libros apenas se leen, y la inmensa mayoría de los franceses entiende menos de España que de la China. En el romanticismo alemán entró Calderón como factor importante: en el francés casi nada. Cierta vaga idea de sus dramas, limpia, sí, de tiquis-miquis y culteranismo, pero exagerada y en caricatura por el lado del sentimiento, se entrevé en el *Teatro de Clara Gazul* y en el *Hernani*, de Víctor Hugo. Hasta ya muy tarde, no imitó Jorge Sand *El condenado por desconfiado*, de Tirso.

De Inglaterra, salvo Byron, que fué imitado por muchos, y por Musset tan adamada y melíflua mente que le valió que de broma le llamasen la *Señorita Byron*, casi no hubo poeta que influyese. Ni los *laquistas*, ni Shelley, ni Moore, eran bastante conocidos.

Alemania influyó más: primero por el libro de Mad. de Staël, sobre dicho país, y después por otro libro que escribió el pomposo Lerminier, titulado *Más allá de' Rhin*; por algunas traducciones incompletas, como la de *Fausto*, de Gerardo de Nerval; y, por último, por la misma filosofía alemana, que se extendió más que la literatura.

El escritor alemán que más contribuyó al nacimiento del romanticismo en Francia, fué tal vez Hoffmann, con sus cuen-

tos. Verdad es que en nadie se nota más este influjo que en el patriarca de los románticos, en el autor de la lindísima *Fée aux miettes*, en Carlos Nodier, que es al mismo tiempo el más alemán de todos los escritores franceses.

Hay un autor escocés, excepcional, que tiene la gloria de haber influído, más general y benéficamente que otro alguno, en el romanticismo de Francia y en el de todos los demás países. Es este autor Sir Walter Scott. Juzgado con severidad, como le juzga Carlyle en uno de sus preciosos *Ensayos*, no fué lo que se puede llamar un grande hombre. De él no se cita ninguna sentencia: no inventó filosofías; no fué apóstol de ideas nuevas; no fué profeta de acontecimientos extraordinarios; su ingenio era intenso y no profundo, pero gustaba de lo pintoresco; veía con claridad y penetración y describía bien lo que veía, ya con la imaginación, ya con los ojos. Carlyle tenía razón; no fué un grande hombre, pero fué hombre robusto, sano de cuerpo y de alma, calidad más rara y provechosa de lo que parece cuando hay tantos hombres insanos y enfermizos que son genios ó presumen de genios. Y, para seguir en todo la opinión de Carlyle, vale más dejar el *presumen* y borrar el *son*, ya que un hombre puede ser sano sin ser grande, mas no puede ser grande sin ser ó estar sano. Convengamos también con Carlyle en que Sir Walter Scott fué *the healthiest of men*, el más sano de los hombres.

Demócrito, citado por Horacio, arroja á los sanos del Helicón; pero bien se entiende que la locura que se necesita para ser poeta es delirio divino, que nada tiene de común con el terrenal ó humano delirio y que no excluye la salud del cuerpo, ni menos la del alma; antes las implica y presupone.

Si bien algo de este delirio divino se echa de menos en Sir Walter Scott, su salud influyó, con gran fortuna, por todas partes, en el romanticismo y en la *novelería* que de él nació.

En Italia produjo *Los novios*, de Manzoni. En España hizo renacer y florecer la novela, con Villalta, Escosura, Trueba y Cosío, Enrique Gil, Espronceda, Villoslada, Cánovas y Fernández y González. Y en Francia, no ceñidos los autores á la imi-

tación del bardo escocés y con savia castiza, dieron ser á multitud de novelas, que han sido el encanto, el agradable pasatiempo y el inocente deleite de cuantos tienen afición á leer, y esto durante no pocos años.

En Sir Walter Scott no se nota más propósito que el del *arte por el arte*, el de componer libros de entretenimiento. Y, sin embargo, como toda obra, cuando se hace bien, suele tener más alcance que el que aspira á darle quien la hace, las novelas de Sir Walter Scott fueron más allá de su propósito. A pesar del chiste, de fijo lanzado por muchos, pero que yo he leído en un librejo de Gallardo, de que la novela histórica no es historia ni es novela, las de Sir Walter Scott, no sólo enseñaron historia, sino la manera de escribirla; dieron ser á un nuevo arte de historiar; arte pintoresco, *ad narrandum, non ad probandum*, del cual son bellos modelos la *Conquista de Inglaterra por los Normandos*, de Agustín Thierry, y los *Duques de Borgoña*, de Barante.

Yo no quisiera suponer asertos atrevidos y erróneos en doña Emilia Pardo Bazán, á fin de impugnarlos fácilmente; pero creo que, por su afán de dejar despejado el campo para el advenimiento triunfal del naturalismo, arroja de él la novela histórica, como fuera de moda. Si piensa esto, me parece que se equivoca. Flaubert acudiría á protestar con *Salambó* en la mano. La novela histórica no puede pasar de moda. Ni aun para los más preocupados de las cuestiones sociales, religiosas y políticas del día. Todo se repite, todo tiene sus antecedentes en otras épocas, y quien las estudia tal vez da mayor luz á las cuestiones que más recientes parecen. Lo que impide que se escriban muchas novelas históricas, es que tal vez el naturalismo requiere que escribamos lo que vemos, y no las cosas pasadas. En éstas la imaginación tiene que trabajar mucho, y ya sabemos que el autor naturalista, ó debe carecer de imaginación, ó debe emplearla poco. La novela histórica exige además mucha preparación y mil estudios previos, sobre todo hoy, que se hila muy delgado en lo tocante á indumentaria y á otros conocimientos arqueológicos que han de prestar color exacto y tono conve-

niente á los pormenores y más ligeros toques y perfiles del cuadro.

A pesar de estas dificultades, superándolas á veces, á veces prescindiendo de ellas con osadía, ó inventando lo que se ignora, se han escrito y se seguirán escribiendo novelas históricas, y siempre gustarán. Alfredo de Vigny en *Cinq Mars*, Víctor Hugo en *Nuestra Señora de París* y Dumas en su maravillosa, divertidísima y larguísima serie, no han agotado el venero.

Para formar el romanticismo francés, vino también otro elemento de tierra extranjera; pero no fué extranjero, sino francés, y muy castizo: fué la literatura de los emigrados, la reacción contra las ideas y el poder revolucionarios y napoleónicos.

Un autor dinamarqués, Jorge Brandes, célebre por sus recientes trabajos críticos y estéticos, consagra un tomo entero de su grande obra, *Principales corrientes de la Literatura del siglo XIX*, á estudiar la de estos emigrados.

Tres son los más dignos de memoria: Chateaubriand, Benjamín Constant y Mad. de Staël. Todos ellos, al querer ir á la reacción, son revolucionarios también. No destruyen la revolución: la adicionan. Y la adicionan, ya á sabiendas y adrede, ya sin sin saberlo ó sin poderlo remediar. La adicionan á sabiendas y adrede cuando declaran que, ya que ha caído el antiguo régimen político, es menester que caiga el antiguo régimen literario; que Boileau, y las unidades de tiempo y lugar, y los versos pareados de la tragedia no deben seguir reinando cuando ya no reinan los Borbones; y la adicionan, sin caer en ello, ó sin querer aunque lo vean, cuando maldicen á Voltaire como representante del espíritu del siglo pasado, y toman por guía á otro corifeo del mismo siglo, más insano y peligroso que el autor de *Cándido*. En Voltaire había salud, como en el novelista escocés, y fe en muchas cosas: en Dios, en la razón y el progreso humanos; y había además buen humor, naturalidad y alegría; mientras que Juan Jacobo Rousseau es un sofista afectadísimo, declamador hinchado, podrido de vanidad y de *sensiblería* estrafalaria, cínico por lo serio, lo que es ya germen de

naturalismo, y disparatado é inconsecuente hasta el extremo de escribir sobre educación en *Emilio* y echar á sus hijos á la Inclusa, y de pintar en *Julia* amores sublimes y vivir amancebado con una mujer vulgar y estúpida.

Sin duda que el amor algo panteístico de Rousseau por la naturaleza y su estilo apasionado y elocuente, que con tanta hermosura se reflejan en los escritos de Bernardino de Saint Pièrre y, sobre todo, en *Pablo y Virginia*, brillan igualmente en las obras de los tres ya citados autores; pero también se advierten en ellas su misantropía, su sensibilidad quejumbrosa, su vanidad malcontenta y su colosal egoísmo.

Chateaubriand, el paladín de la fe, el propugnador del Cristianismo, crea, tal vez á su imagen y semejanza, el ser menos cristiano, el héroe típico de la literatura á la moda, el caso-modelo de la epidemia moral del siglo, el endiosado, presumido y egoísta René, que se ama y se adora á sí y no á Dios; que se embriaga con el aplauso de la multitud; que entiende que el furor del vulgo, el incienso de la lisonja, el amor de las mujeres, y los lauros, las palmas y las rosas de la vida, se le deben de derecho, sin que él tenga que dar nada por ellas. El amor de René es fuego infernal que todo lo destruye. Para alimentar este fuego necesita René destruir todo lo creado, y aún el fuego no se satisface. Así es que René ama para corromper, seducir y hacer infelices á las mujeres. Comparadas con las extravagancias y diabluras que René dice y escribe, nada valen ni importan las mayores blasfemias de Voltaire, que nos parece un buen señor y casi un niño de la doctrina.

De pasiones tan violentas, de condición tan descomunal como la de René, nacen en el alma de René un fastidio y una melancolía tremebundas. Y lo que se dice aquí de René, se dice de los héroes, sus semejantes; del *Caín* y del *Manfredo*, de Byron. Son tan nobles y son tan exquisitos, que no pueden ni deben amar á mujer alguna. ¿Dónde han de hallar una igual, una compañera, para amarla? Lo único posible y parejo es que amen y enamoren á sus hermanas, que al fin son de la misma familia y sangre. En cuanto á Caín, disculpa tiene, pues no

pudo hacer otra cosa, á no quedarse soltero ó casarse, ya viejo, con esta ó aquella de sus sobrinas. Pero en Manfredo y René, esto no se explica sino por el orgullo, más que aristocrático, deífico y régio. Quieren ser como Júpiter ó como Osiris, ó por lo menos como los Ptolomeos.

Todavía, recientemente, y ya con mayor extensión, claridad y pormenores, este amor incestuoso, entre hermanos, ha sido tratado por Catulo Mendés en su última novela *Zo'har*.

Pero lo que más nos pasma en el religioso Chateaubriand es el espíritu de soberbia, lo hiperbólico de su pasión, á fin de mostrar que no es un hombre como los demás hombres; que hay en él algo de superior que debe eximirle de leyes y de preceptos, impuestos por Dios y por la sociedad para el vulgo de los mortales.

De aquí la exaltación del amor hasta la más espantosa blasfemia; de aquí el empeño de equiparar el amor, que es, en quien está sano, el instinto hermoso y natural de propagar la vida, en prurito de destrucción y de muerte. René llega á escribir á su querida que, á veces, cuando la estrechaba entre sus brazos, deseaba darle de puñaladas para fijar aquel supremo instante de felicidad en su pecho. Hasta la misma devotísima Atala, que muere virgen y fiel á sus santos votos, echa á perder el sacrificio con estas horribles palabras: «Hubo momentos en que hubiera yo deseado ser en el mundo, después de ti, el único ser con vida; y si entonces hubiera yo sentido que había un Dios que se oponía á mi deseo, destruir á Dios, á fin de precipitarme, abrazada contigo, de abismo en abismo, entre las ruinas de Dios y del universo.»

Si se me dice que todas estas son flores retóricas y declamaciones que en realidad nada significan, Chateaubriand no queda justificado. No vale ir con la retórica tan lejos. La retórica es para sostener y realzar lo natural y lo verdadero, y no lo antinatural y lo falso.

Dicen los positivistas que en el hombre hay dos instintos primordiales que impulsan todos sus actos: uno el egoísmo, y otro el *altruismo*: el amor de sí propio, y el amor desinteresado,

que nos lleva á dar la vida por lo que se ama. En este sentido, el último extremo, el último y soberano acto de amor, es la muerte. La buena muerte aparece, pues, como hija del amor. Pero este amor, que no es instinto ciego, afeado además con el pedantesco epíteto de *altruista*, sino que es divina virtud, y se llama caridad, nada tiene que ver en su origen con el apetito animal de la procreación, si bien este apetito, hermoseado y purificado por la caridad misma y por otras virtudes y facultades del alma, se convierte en el amor poético y noble que pueden sentir los hombres por las mujeres y las mujeres por los hombres.

En resolución, el pensamiento de la muerte es casto, como dice Manzoni. El más valiente, el más estóico, el que arrostra la muerte sin que su organismo, sin què sus nervios se alteren, no debe sentir lujuria cuando va á morir. El amor sexual, cuando no es monstruoso, se junta con la risa, con la salud y con el contento y los juegos, y no ocurre y no nos solicita y provoca en el momento supremo en que vamos á entrar en la eternidad.

Hay no sé qué de indecoroso, de bestial y de indecentemente teratológico en el abrazo carnal de dos seres que están condenados á morir y que entienden que van á bajar del tálamo para subir al patíbulo.

Esto no quita la posibilidad de que haya personas tan empecatadas y obscenas que consagren la noche, en la víspera del día en que han de ser guillotinadas, á engendrar y á concebir otra criatura humana para darla en flor á la guillotina. Los hombres son capaces de todo cuando se extravían y cuando valen poco moralmente ó están fenomenalmente pervertidos y viciados. Pero no es posible que dos personas tan nobles, tan virtuosas, tan enérgicas, que resisten y someten por honor y por deber toda tentación durante la vida, manchen esta vida, la cierren, digámoslo así, negando y destruyendo todo lo que en ella hicieron, no en un momento de arrebato, sino deliberada, razonada y concienzudamente. El asunto del último drama de Ernesto Renán, *La abadesa de Jouarre*, es psicológicamente imposible y moralmente atroz de malo. Una loca desaforada puede

hacer lo que Julia hizo, pero no puede hacerlo la Julia modelo que Renán quiere pintar. Y aún es peor y más absurdo el prefacio de la obra que la obra misma de Renán. Sin duda que en el dia en que llegue la fin del mundo, si los hombres entonces son todos buenos y valerosos, el amor del alma, la caridad, estrechará sus espíritus con apretados y celestiales lazos; pero lo que predice Renán no sucederá nunca, porque los hombres que sean buenos y valerosos entonces pensarán y sentirán más alto, y los que sean malos y cobardes, con el miedo no estarán para bromas, no pedirán *cotufas en el golfo.*

Ni al diablo se le ocurre lo que se le ocurre á Renán. Después de arreglar á su gusto los Evangelios, añade ahora circunstancias y apéndices eróticos á la *Apocalipsis.* Con la fin del mundo, según el, toda la humanidad se ha de poner rijosa y emberrenchinada como si hubiese bebido el más potente afrodisiaco, y ha de armar la más frenética y apasionada función venérea para celebrar y solemnizar la destrucción del universo.

*La abadesa de Jouarre* es tan limpia y tersa por su estilo como impura y escabrosa por el pensamiento. Desde Rousseau, que excitaba la lascivia con azotes, pasando por Chateaubriand, que sueña en sus momentos de satiriasis con asesinar á su querida y hasta al mismo Dios, venimos á parar en Renán, quien ya necesita, ó al menos halla conveniente, la fin del mundo para que el apetito se aguce.

Todos estos refinamientos de deleite, todos estos hijos insólitos de pasiones y de vicios nacen, en gran parte, no de una maldad radical, sino del afán de no parecerse á los plebeyos y burgueses, de un amor propio desmedido, del empeño de descollar entre los seres todos como seres de otro orden y de otra condición que la gente vulgar y menuda. Es el delirio de la aristocracia del talento, única aristocracia hoy posible, según Zola.

Entre muchas contras tiene esto la contra gravísima que expresa, mejor que nada, un decir harto familiar y bajo, pero muy gráfico. Me atreveré, pues, á decirlo. El decir es: *hasta los gatos quieren zapatos.* ¿Por qué, dirá el más menesteroso y aba-

tido de los hombres, no he de tener yo los mismos refinamientos, antojos y aspiraciones que Byron, Chateaubriand y Renán? ¿No seré más distinguido y elegante si enamoro á mi hermana? ¿No mostraré que soy un genio si todo me fastidia? ¿No pasaré por sabio si niego á Dios? ¿No me tendrán por un espíritu sublime si me resuelvo á dar de puñaladas á mi mujer ó á mi novia, ó si apetezco la fin del mundo para dar el trueno gordo aquella noche última?

Si un burgués no tiene alguno de estos antojos, si vive tranquilo y sin rarezas, se expone á que la primera mujer romántica que encuentre por ahí, le diga en prosa lo que dice en verso la romántica de Bretón al *hombre pacífico*:

Tu misión sobre la tierra
Es comer como un mostrenco,
Dormir como un ganapán
Y al fin morirte de viejo:

misión que es tan vergonzosa y humillante, que el burgués, para no cumplirla, será capaz de hacer cualquier desatino.

Por otra parte, aunque no le haga, no logrará pasar siquiera por hombre de bien. Zola le demostrará, en *Pot-Bouille*, que su casa no es el asilo de la honradez, de la moral y de la santidad de la familia, que no se encuentra allí

La santa dicha del hogar paterno;

y que su puchero ó su olla es un perol ó vasija infernal, donde hierve y se guisa la más infame pepitoria de vicios, desórdenes y podredumbres.

*Pot-Bouille* viene á ser algo tan desvergonzado como nuestra antigua y célebre *Comedia Serafina*; pero sin chiste y por lo serio, y con la condición, que es lo que más censuramos, de enseñar la verdad de la vida. Esto debe tenerse muy en cuenta; es diferencia muy esencial. El autor de la *Comedia Serafina* la escribió para hacer reir, y no pretende probarnos que todas

las viejas devotas son como la suegra de Serafina y que en lo interior de cada casa hay una marimorena por el estilo de la que arman en casa de Serafina el pujante pajecito y su amo.

De todos modos, se nota en los románticos la propensión á creer y á hacer creer que ciertos vicios raros y descomunales son aristocráticos y ponen un sello de distinción en las personas. De aquí que muchos aspiren á vicios para pasar por distinguidos.

Lo malo es el remordimiento que persigue á veces al criminal, aunque burle la justicia humana. Así en la *Teresa Raquin*, de Zola, si bien algo se duda de si es verdadero remordimiento el que sienten ella y su cómplice, ó sí es miedo sólo de la vindicta pública.

Pero, ya sea remordimiento, ya puro miedo lo que atormenta al criminal, bien puede calcularse, según buena dialéctica y puesto ya el discurso en esta pendiente, que dicho remordimiento ó dicho miedo es debilidad indigna. Un alma fuerte y grande debe desecharla. Así, por ejemplo, el Papa Alejandro VI, en el drama de Víctor Hugo titulado *Torquemada*, se encuentra al inquisidor español y á San Francisco de Paula, y les explica, con franqueza y frescura, que él, que no teme ni á Dios ni al diablo, no retrocede ante ningún crímen que le proporcione gusto ó provecho. A la verdad, Víctor Hugo imagina esta inverosímil confesión del Papa, á fin de hacérnosla odiar; pero no faltan autores que van más adelante, y que pintan lo mismo ó más, sin empeño de inspirar ódio.

Dicen que Baudelaire, ya en los últimos años de su vida, trazó el plan de un drama ó novela, *El criminal dichoso*, que es lástima dejase de escribir, pues con él hubiera acabado de aterrar á los burgueses. El héroe, desechando ridículas preocupaciones y temores y escrúpulos, debía cometer con éxito brillante todas las atrocidades más inauditas: matar á su padre, violar á su madre y á su hermana, deshonrar á su hermano y vender á su patria. Todo ello lo había de ejecutar con tal destreza que, además de mucho placer, había de proporcionarle la estimación pública y cuantiosos bienes de fortuna, con lo cual,

retirado en deliciosa quinta, en el país más bello y en el clima más benigno, había de vivir en perpetuo idilio, sin nada más que desear.

Difícil es que nadie sea más cínico y atrozmente paradoxal que Baudelaire; pero lo que él imaginó para aterrar á los burgueses, otros escritores, á fin de adular á los proletarios y fomentar sus malas pasiones, se lo atribuyen á los burgueses en sus novelas, fingiendo unos burgueses que son verdaderos energúmenos. Nadie más gracioso y extremado en esto que Luisa Michel en su novela *Los microbios humanos*. En ella hay un sabio que, por amor de la ciencia, hace morir ó vuelve locos á muchos hombres, poniéndoles compresas y otros artificios en las cabezas, á fin de producir hondonadas y chichones y convertir á unos en *antropiscos* ó jimios *antropoides*, y tal vez á otros en genios sobrehumanos y capaces de ser el tronco de una casta de seres superior á cuantas hay por ahora en el globo terráqueo. Al fin Luisa Michel no se muestra severa con este sabio, pues lo que iba á inventar era tan importante, que bien se podían sacrificar por lograrlo unas cuantas docenas de vidas. Con quien sí se muestra muy severa, es con otro burgués que hace más infamias aún que el criminal dichoso de Baudelaire. Una de sus costumbres era abusar de la virtud de todas las muchachitas que se encontraba, valiéndose de narcóticos y de otros bebedizos. Después, para quitar de en medio estorbos y jaquecas, nuestro hombre mataba á las muchachitas, las descuartizaba y se las daba á comer á perros de presa ciegos que tenía á propósito para esto. Tan atinadamente arreglado lo tenía todo, que pasaba por un sujeto excelente y era muy considerado en la burguesía. Pero no contó con la huéspeda. Donde menos se piensa salta la liebre, ó, en esta ocasión, mejor diremos el gato. Una de las muchachitas tenía un gato que la idolatraba y que era gato de muchos arrestos. Cuando vió deshonrada y muerta á su ama, aunque no llegó á tiempo para impedirlo, quiso vengarla, y la vengó. Corrió detrás del injusto forzador y asesino, le saltó á la cara y le arrancó los ojos. Ciego entonces, rodó el malvado por una escalera y vino á caer en

un sotáno donde había muchísimos ratones y otras sabandijas que en un periquete se le comieron.

En toda esta literatura espantosa se advierte, á no dudarlo, el reflejo de grandes extravíos que hay en la sociedad; pero también, á más de ser reflejo esta literatura, puede ser causa y puede dar ejemplo. Por lo pronto excita á la extravagancia, convida á deleites absurdos, y aguijonea la ira y el despecho de no conseguirlos.

Los hombres y las mujeres aparecen más ansiosos de placer y menos sufridos y resignados al dolor, apelando á detestables recursos para vencer el dolor con anestésicos ó para sobreexcitar con otras drogas las sensaciones placenteras.

No extrañaré yo que, no contentos con el tabaco, el vino y los licores, imitemos pronto á los chinos y fumemos opio. Ya Bonnetain ha escrito sobre *El Opio* una novela muy larga. He empezado á leerla, pero confieso que no he tenido paciencia para seguir.

Sobre los *morfinomanos* aún no hay novela; pero ya hay un articulito de Alberto Millaud en sus *Fisiologías parisienses*. Las mujeres, hasta lo presente, son las más atacadas de la *morfinomania*. «Las que lo están—dice el autor que citamos—se ponen pálidas, lánguidas, sin apetito, sin sueño, sin fuerzas, sin conversación. No viven sino *morfinizadas*. Despiertas, están como dormidas. La embriaguez *morfínica* es el verdadero estado normal de ellas. Son sonámbulas que huyen la lucidez; que temen despertar; cuya vida es la cesación de la vida. Bastan cinco años para hacer de las mujeres *morfinizadas* seres degradados hasta los tuétanos. Se les caen los cabellos y los dientes; los ojos se les hunden y se les ponen temblonas las manos. Otras mueren de un modo miserable.»

Y, sin embargo, la morfina está de moda. Produce poesía, éxtasis y consunción. ¿Qué mujer—añade Millaud—resiste á este triple ideal?

¿Cuánto más valdría que se adoptase el método de soñar que quiso enseñarme hace muchísimos años un señor, cuyo nombre de guerra era Adadus Calpe, y que conocí yo en Río de Janeiro?

Adadus Calpe era español, y callo aquí su verdadero nombre. Sus obras están escritas en inglés. Él viajaba por amor de la ciencia. Su más curioso sistema era la *funi-fantasmagoría*. Tenía mi sabio un botiquín de varios elixires en sendos tatarretes. Los principales eran: elixir seráfico ó de los deleites místicos, con el cual se gozaba—decía él—del cielo cristiano; elixir heróico-afrodisiaco, con el cual se gozaba del cielo muslímico; y elixir luciferino, con el cual, el que tenía valor para tanto, se hundía en los infiernos por un rato.

No bastaba, para disfrutar de todo esto, con beber de los elixires, sino que después de haber bebido, era menester ahorcarse en una horca ingeniosísima que sobreexcitaba la médula espinal, sin acabar de matar nunca y dejando bueno y sano en seguida al ahorcado. Esta horca se llamaba la *funi-fantasmagórica*.

Confieso mi timidez: nunca quise beber de los elixires, ni menos ahorcarme, por más que Adadus Calpe me excitaba á ello; así es que, sobre este punto, no puedo hablar por experiencia, como le gusta á Zola que se hable, y tengo que jurar *in verba magistri*.

Pero prescindamos de estas sutiles invenciones, y sigamos discurriendo sobre los diversos elementos románticos que entran como ingredientes en la confección del naturalismo.

**Juan Valera.**

*(Continuará.)*

# LAS SEIS GRANDES POTENCIAS DE EUROPA [1]

## EL REINO UNIDO DE LA GRAN BRETAÑA É IRLANDA

### I

En los 606.000 miriámetros cuadrados, ó 606.000.000 de kilómetros cuadrados que mide nuestro globo, ocupan los mares 480.000.000 de kilómetros cuadrados; y la parte firme de la tierra los restantes 126.000.000 de kilómetros cuadrados de superficie. Rusia, en sus 21.702.230 apaña cerca de una sexta parte del territorio del mundo; y el Reino Unido de la Gran Bretaña é Irlanda, que en junto con la isla de Man y las Normandas miden 314.951 kilómetros cuadrados, ha ido reuniendo un imperio colonial en Europa, Asia, África, América y Oceanía, que sumaba en 1881 unos 7.904.115 $^7/_8$ de millas inglesas cuadradas, ó 21.499.195 kilómetros, y con los 314.951 de la Metrópoli, una superficie de 21.814.546 kilómetros cuadrados.

(1) Véase la REVISTA de 25 de Octubre.

Rusia é Inglaterra retienen 43.516.376 kilómetros cuadrados, ó algo más de una tercera parte de la parte firme del globo, lo cual explica bastantes cosas y su rivalidad respectiva; pero, además de los 21.814.146 kilómetros cuadrados, pretenden los ingleses dominar las olas; y sus escuadras y sus naves de comercio ejercen soberanía sobre los 480.000.000 de kilómetros cuadrados que ocupan los mares, menos en aquella parte de los eternos hielos donde no penetra alma viviente, alrededor de los polos.

La población del Reino Unido resultaba ser en 1881 de 35.246.562 almas, ó de 112 en cada kilómetro cuadrado, por término medio: la de las Colonias, conforme á censos del mismo año, de 217.628.696 habitantes, sin la de los Estados de la India sometidos al protectorado inglés; pero tenemos datos más recientes: se ha hecho un censo en la India inglesa, en 1886, que no es completo y enteramente exacto, del cual resultan 185.537.859 almas, aunque el de Febrero de 1881 daba 198.755.993: en los Estados feudatarios sumaba 55.150.456 habitantes. Sobre 300 millones de almas ejerce el Reino Unido soberanía más ó menos directa.

Idea dará, en cierto límite, de la preponderancia inglesa, su comercio internacional, pues la Gran Bretaña tiene ceñido al mundo, y á sueldo, como hemos de demostrar. Los términos medios del cambio universal en el globo, importación y exportación, durante la década que concluye el 31 de Diciembre de 1880, suman 64.890.000.000 de pesetas; en Europa, 47.320 millones; en el Reino Unido, 16.230.000.000 de pesetas: representa Inglaterra el 25 por 100 en el comercio universal, y el 34'30 por 100 en Europa.

Estos guarismos no pueden ser completos sin otros datos: el mundo contaba no hace muchos años 15.002.000 toneladas nominales que medían las naves de vela, ítem 5.644.000 las de vapor, ó un total de 20.646.000, capaces de 43.151.000 toneladas de peso para la carga: Inglaterra y sus dominios representan en ese cuadro los siguientes guarismos, á saber:

| | TOTALES | |
|---|---|---|
| | Toneladas. | De carga. |
| Reino Unido..... | 6.692.000 | 18.118.000 |
| Canadá..... | 1.311.000 | 1.623.000 |
| Australia..... | 278.000 | 586.000 |
| India y Cabo de Buena Esperanza.... | 455.000 | 567.000 |
| *Corresponden al imperio inglés....* | 8.736.000 | 20.886.000 |

Cerca de la mitad en toneladas de carga tocan al Reino Unido y sus dominios.

Los lectores en general, y los españoles en particular, propenden á ver con desagrado y desenfado lo que expresarse suele con signos numéricos. Para distraer en cierto modo de esa fatiga, aunque no hemos de renunciar á lo esencialmente gráfico y concreto, también tenemos á nuestra vez curiosidad de indagar las causas de tanta libra esterlina acumulada por la mercantil Inglaterra, cuya política parece ser de factoría ó cartaginesa. No eran muy ricos los ingleses en la Edad Media, ni muy pacíficos.

## II

La civilización de Inglaterra empezó tarde. Cincuenta y cinco años antes de Jesucristo desembarcó Julio Cesar cerca de Deal, volvió segunda vez y quemó la capital de Casivelaunus, régulo de aquellos bárbaros; pero los romanos cedieron en la conquista durante la guerra civil y el Imperio de Augusto y Tiberio (Calígula no hizo sino alardes ridículos de expediciones); y bajo Claudio, un ejército mandado por Plautio emprendió la conquista de la gran isla de Europa, tan célebre en nuestros días. Concluía el siglo v de nuestra Era y los sajones empezaban á establecerse sobre los bretones en los reinos de

Kent, Norte de Humberlandia, Anglia Oriental, Mercia, Essex, Sussex y Wessex, aquellas monarquías en la historia de Inglaterra con el nombre de Heptarquia conocidas, y fundidas por Egberto en un Estado hacia el año 827. Asomaron los normandos al concluir los diez primeros siglos por varias partes, hasta que dinamarqueses y noruegos se posesionaron de los dominios sajones y los hizo suyos Canuto *el Grande*, aunque recobraron su libertad los vencidos, y reinó Eduardo *el Confesor*, de su raza; bien que el desgraciado Haroldo, su descendiente, perdió la vida con la corona en el choque de Hastings, en 1066, contra Guillermo *el Conquistador*, duque de Normandía, personaje célebre de su siglo; su dinastía duró escasa una centuria, y empezó á reinar la angevina, que concluye en Enrique VI, en 1461; con Eduardo II instálase la casa de York, de 1461 á 1485; luégo la de Tudor, de 1485 á 1603. En el reinado de Isabel, en los años de 1558 á 1603, toma aquel cetro posición en Europa y en el mundo entre las grandes potencias, resistiendo á Felipe II, Rey poderosísimo de España, y júntanse á la muerte de la reina las dos coronas de Escocia é Inglaterra en la cabeza de Jacobo, hijo de María Estuardo.

En Ricardo *Corazón de león* (1187-1198) y Eduardo III (1327-1377) hallamos representados en su mayor brillo los dos importantes acontecimientos de la historia de la Edad Media, relativamente al anglo-sajón, participando sobresalientemente en las contiendas que acometen fuera de su isla, é indican lo que les estaba reservado en la posteridad. Impelido un poco por arrepentimiento y mucho por la pasión militar, toma Ricardo la cruz, y en Vezelay, lindante á Borgoña, se junta con Felipe de Francia y se embarcan en Marsella para la Tierra Santa, dando primero en Sicilia, y llega á Palestina el 12 de Mayo de 1191, á tiempo de tomar parte en el sonado sitio de Tolomaida en el día San Juan de Acre, donde tan alto puso su heróico valor novelesco. Son las cruzadas, las que por mar se hicieron y tocaron en Italia, en el contacto de Occidente con el Oriente, fastuoso y corrompido, depositario todavía en aquellos años, de la cultura y civilización del Imperio de Cons-

tantino y Justiniano, uno de los principales elementos de trasformación y progreso en la sociedad cristiana romana, y origen de luchas interiores, favorables todas ellas á la Monarquía y Municipios. Eduardo III pretendió la corona de Francia y se preparó á la guerra para hacer buenos sus derechos, dando comienzo en un combate naval gloriosísimo, con apresamiento de 231 velas, á los triunfos de Crecy, toma de Calais, victoria de Poitiers, prisión del Rey de Francia y expediciones del Príncipe Negro por Castilla en auxilio de Don Pedro *el Cruel*: época grandiosa de Inglaterra, invencible por mar y por tierra, célebre por sus arqueros, gallardía de los caballeros y pericia de sus capitanes; aunque la doncella de Orleans, en el reinado de Enrique VI, libró la ciudad de donde toma su nombre, y la defección del Duque de Borgoña y muerte de Bedfort causaron la ruina de la dominación inglesa en Francia, como suspendió la guerra de las dos rosas entre Yorck y Lancaster nuevas invasiones y el peligro de aquellas armas: desde Eduardo III y Pedro de Castilla venían enlazándose las dos coronas, reconciliadas por este medio con la casa de Trastamara, como se concertaron dos matrimonios, de una hija de los Reyes Católicos, la desgraciada Catalina de Aragón, con los hijos primogénitos de Enrique VII, realizándose á la muerte del primero con el segundo, que se llamó luégo Enrique VIII. En este reinado se hace importante la acción de Inglaterra, solicitada por Francia y España, y alternativamente del lado de una de ellas. María, católica, hija del primer matrimonio, casa con Felipe, hijo de Carlos V, y se inclina de nuestro lado; Isabel, nacida de Ana Bolena, busca su apoyo en el protestantismo y se pone frente de nosotros: en ella empieza el engrandecimiento marítimo de la gran isla, la intrepidez y fama de sus hombres de mar y la pasión por las lejanas expediciones. No se diga ¿por qué tarda tanto tiempo el anglo-sajón en descubrir esa su inclinación favorita y sobresaliente? La tenía y la había acreditado en el estrecho círculo en que se ha movido; pero los descubrimientos de los iberos, doblando el Cabo de Buena Esperanza los lusitanos, y la América descubriendo las carabelas

de Cristobal Colón y los Pinzones, proporcionaron al bretón inmenso teatro de actividad, hostigado al propio tiempo por la invencible armada, la guerra de los Países Bajos y la politica de Felipe II.

## III

Hemos dicho ya la superficie y población del Reino Unido de la Gran Bretaña é Irlanda, que detallada es como sigue:

| | Kilómetros cuadrados. | Población 1881. | Por kilómetro cuadrado. |
|---|---|---|---|
| Inglaterra | 131.912,23 | 24.608 391 | 187 |
| Gales | 19.107,85 | 1.359.895 | 71 |
| Escocia | 78.895,20 | 3.734.370 | 47 |
| Irlanda | 84.252,09 | 57.159.839 | 61 |
| Isla de Man | 588,09 | 53.492 | 91 |
| Islas Normandas | 195,54 | 87.731 | 449 |
| Soldados y marinos que sirven fuera de su país | » | 242.844 | » |
| | 314.950,98 | 35.246.562 | 112 |

Pero nada explicará mejor la afición á las grandezas del mar en los insulares de la Gran Bretaña é Irlanda como el mismo desarrollo de sus costas y situación geográfica enfrente de pueblos dedicados á la pesca de altura y ribereña, célebres en la antigüedad por sus piraterías en los litorales y afamados armadores y navegantes al mismo tiempo que empezaron á serlo los hijos de Albión. Las costas de Inglaterra, Gales y Escocia, territorio de 229.915,28 kilómetros cuadrados, miden longitud de 8.029 kilómetros, teniendo cada 28,63 kilómetros cuadrados uno de costa, término medio; en Irlanda son 4.850 los kilómetros de sus costas, que resultan de un kilóme-

tro por 17,37 kilómetros cuadrados: juntan las dos islas 12.879 kilómetros de costa, y uno por cada 24,08 cuadrados de tierra. Entre los grados 50 y un poco más del 60 latitud Norte hállanse situadas las islas británicas, pues las de Shetlandía alcanzan y rebasan el 60; los mares Océano Atlántico, Norte y Canal de la Mancha, duros para el marino en esa latitud, bañan las costas Norte de Francia, Países Bajos, Alemania, Dinamarca y Noruega meridional, donde se han formado los mejores pilotos y Almirantes: son la mejor escuela del áspero hijo de Neptuno.

Antes de tener colonias, posesionados los portugueses de la India, África y el Brasil, y España de todo el resto de América, el inglés, como en suma buen descendiente del normando, se ejercitó en las piraterías, hostilizándonos sin cesar, devastando nuestras posesiones del Nuevo Mundo, cruzando los mares de Occidente para invadir y saquear las islas y ciudades del litoral continental, apresando los galeones que venían á España con el oro de las Indias; hazañas repetidas que llevaron á cabo Tomás Cavendisch, Juan Hawkins y Francisco Drake entre los principales. Este famoso Drake se aventuró, siguiendo el camino de Magallanes por el Pacífico, llegando á Chile, Perú, California y las Filipinas; dió la vuelta al mundo, estableció colonia en Norte América, llamándola Virginia; saqueó Santo Domingo y Cartagena; quemó, arrasó; en la propia bahía de Cádiz desbarata 400 naves; era uno de los Capitanes frente á la invencible armada; su solo nombre producía espanto y terror.

Los ingleses empezaron tarde á establecerse en América, Asia y África. Hombres especuladores y mercantiles, toman posesión de Nueva Fanlandia en 1583 para establecer pesquerías. Cabot, Drake, Frobisher y otros navegantes exploran las costas de los hoy Estados Unidos del Norte de América, é intentan Humphrey Gilbert y Walter Raleigh establecer poblaciones europeas en aquellas tierras en la parte conocida actualmente con el nombre de Carolina; y dos compañías, en el reinado de Jacobo I, dan ensanche á las de Virginia y Nueva Inglaterra; Marilandia toma incremento; Carolina había sido

fundada por el Almirante francés Coligny; el cuákero Guillermo Penn establece el Estado al que ha dado su nombre: cuando se separaron de la madre patria, en 1776, eran 13 colonias y contaban 3.000.000 de habitantes.

Seguir paso á paso el engrandecimiento colonial de la Gran Bretaña, se presta á curiosas observaciones y recuerda él de Roma.

En Europa sorprenden á Gibraltar, en 1704; á Malta y Gozo, en 1800; á Heligoland, en 1807. Se apoderan en América de las Bahamas, en 1670; de las Bermudas, en 1609; del Canadá, desde 1623 á 1760; de las islas de Falklandia, sobre el Cabo de Hornos, en 1833; de la Guyana, en 1803; de Honduras, de 1783 á 1786; de Jamáica, islas Turcas y Cayos, de 1629 á 1655; de las de Leeward, de 1626 á 1763; de Trinidad, en 1797; de las islas Wendwards, de 1605 á 1803. En África toman la Ascensión, en 1815; el Cabo de Buena Esperanza, de 1806 á 1877; la tierra de Basuto, en 1868; Bechuanalandia, en 1885; Gambia, en 1631; Costa de Oro, en 1631; Lagos, en 1861; Mauricio y sus diez y seis dependencias, en 1810; tierra de Natal, en 1838; Santa Elena, en 1635; Sierra Leona, en 1787. Plantan su bandera en Asia, en Aden, en 1838; en Ceylán, en 1796; en Chipre, en 1878; en Hong-Kong, en 1843; en la India, desde 1625 hasta este mismo año de 1886, en que invaden la Birmania; en Labuan, en 1846; en Perim, en 1855; en los establecimientos del Estrecho de Singapoore, de 1785 á 1819. Fíjanse en Australia, en las islas de Fijí, en 1874; en Rotumah, en 1881; en Nueva Gales del Sur é isla de Nolfolk, en 1787; en Nueva Zelandia, en 1841; en Queenslandia (tierra de la Reina), en 1859; en Australia del Sur, en 1836; en Tasmania, en 1803; en Victoria, en 1787; en la Australia Oriental, en 1829; en Nueva Guinea, en 1884.

No debe sorprender que Inglaterra sea objeto de grandes prevenciones. Los ricos son envidiados siempre; hacen los beneficios sin que se les agradezcan. ¿Cumple Inglaterra una gran misión en la tierra, realiza fines que utiliza la humanidad? Nosotros juzgamos concienzudamente la influencia y ac-

tividad de la Gran Bretaña, bastante semejantes á las de Grecia en el antiguo mundo, diferentes de las de Roma, aunque en realidad toma de las dos civilizaciones los medios de extender la suya: de Roma, las armas; de Grecia, el comercio y las factorías, con las letras y la filosofía, la cultura y las riquezas; diversa de las dos, de ambas toma ó imita los procedimientos.

En la historia moderna vemos á Inglaterra principal, ó sumamente importante, en tres grandes períodos, que la colocan en evidencia.

Con Isabel, resistir á Felipe II, cuya política sucumbió en Westfalia.

Con Guillermo y Ana, oponerse á Luis XVI, cuya ambición se sometió en Aquisgram.

Con Guillermo III y el Príncipe-Regente, hacer frente á Napoleón I, castigado en París y Viena.

Esa política será lo que se quiera, más ó menos codiciosa é interesada, pero nadie negará su trascendencia y que ha sido favorable á los pueblos; algo tendrá de intrínsecamente eficaz cuando la vemos prosperar y preponderar en Europa y América, como semilla anglo-sajona, con idénticos resultados en el Viejo y Nuevo Mundo.

## IV

Los progresos de Inglaterra han sido inmensos desde el siglo XVIII al presente año; merecen consignarse, en el comercio sobre todo, para determinar la política, su influencia é interés y la razón que le impone el deber de no comprometerla, como la necesidad de protegerla en todas las partes del globo; ese es el secreto ó la clave de la conducta, cuándo prudente, ora atrevida, del Gobierno de la Gran Bretaña, vigilante y receloso.

David Hume, en su clásica historia de Inglaterra, nos dice en el Apéndice número IV, que se refiere al reinado de Jacobo I, que desde la Navidad del año 1612 hasta la de 1613 se

estimó en 2.487.435 libras esterlinas el valor de la exportación del comercio inglés, y en 2.141.151 libras esterlinas la importación de mercancías extranjeras; es decir, 62.185.875 pesetas en el primer caso, y 53.529.775 pesetas en el segundo; resultando, como dice el gran historiador, un beneficio para Inglaterra de 346.284 libras esterlinas, ó de 9.656.100 pesetas de nuestra actual moneda; pero agrega cómo en el año de 1622 la exportación no excedió de 2.320.436 libras, y llegó á 2.619.315 el valor de los artículos introducidos. Para demostrar los beneficios obtenidos en el tráfico extranjero, señala Hume que se acuñó moneda en el Reino en cantidad de 4.779.314 libras esterlinas, 13 chelines y 4 peniques (119.482.868 pesetas) en los años de 1599 á 1619; las importaciones y exportaciones de mercancías ascendieron pronto á la suma, próximamente, de nueve millones de libras esterlinas en junto, y los derechos de Aduanas á 200.000 libras esterlinas. Dejamos aparte la relación de valor que tenían oro y plata, en pasta ó moneda, con las mercancías de primera necesidad y otras que el bienestar y lujo iban introduciendo. Ya en los años de 1697 á 1706 representaban las entradas y salidas reunidas en el comercio exterior un término medio de 10.601.588'50 libras esterlinas al año; de 1747 á 1756, período igualmente de diez años, sale uno con otro á razón de 19.940.082'60 libras esterlinas; de 1797 á 1806 alcanzan la suma de 63.118.284'50; en los de 1807 á 1816 resultó ser de 79.015.631'01 libras esterlinas el activo y pasivo, término medio de los cambios de un año en el comercio con las naciones del globo. Ese progreso tuvo lugar durante ciento veintisiete años, de los cuales corresponden sesenta y tres á períodos de guerra, y los otros sesenta y tres á épocas de paz. Mayor asombro producirá la marcha de tanta actividad é inteligencia en los años de 1816 á 1885. aunque debemos presentar antes bajo otro aspecto el engrandecimiento de la Gran Bretaña, tan mercantil como los fenicios, helenos y cartagineses, y no menos guerrera para su objeto que Roma la altiva; y por ese esfuerzo de abarcar al mundo y desplegar medios, pesar y medir lo que vale Inglaterra.

Cuando los principales personajes de los *torys* y *whigs*, de acuerdo con Guillermo de Orange, llevaron á cabo la revolución de 1688, debía la nación 664.263 libras esterlinas. En el reinado de Guillermo y María aumentó en 12.102.962 el peso de esa carga. Al concluir la guerra de sucesión, de 1702 á 1714, y ascender Jorge I al trono, sumaba la Deuda pública un capital de 36.175.460 libras esterlinas. Jorge II empieza á reinar en 1727, y ya Inglaterra se sentía abrumada por 52.850.797 libras esterlinas de su descubierto: cuando se firmó la paz de 1763, no menos sumaba de 132.716.049 libras esterlinas. Debía Inglaterra en 1792, al dar principio á la guerra contra la República francesa, continuada contra Napoleón, la enorme cantidad de 239.663.421 libras esterlinas; y al deponer las armas, en 1815, orgullosa por las glorias de Abukir y Victoria, Trafalgar y Waterlóo, sumaba la Deuda pública del Reino Unido de la Gran Bretaña é Irlanda la increible de 861.039.049 libras esterlinas, ó 21.525.976.250 pesetas.

| | | |
|---|---|---|
| La guerra de sucesión le costó..... | libras | 23.408.235 |
| Las de Jorge I..... | » | 16.675.337 |
| Las de Jorge II, de 1739 á 1748..... | » | 29.198.249 |
| La de los siete años, durante el mismo reinado, de 1756 á 1763..... | » | 58.141.024 |
| La célebre para someter á los norte-americanos y contra Francia, España y Holanda..... | » | 116.220.334 |
| La de 1792 á 1815..... | » | 621.375.628 |

Era opinión de bastantes políticos y economistas, pensadores y filósofos, que Inglaterra no se podría levantar de la postración del esfuerzo y que sucumbiría ahogada bajo el peso de su Deuda pública. No había dejado de pagar puntualmente los intereses de tamaña obligación desde 1689, ni aun durante las guerras de 1792 á 1815, cuando atendía á sus armamentos y á los de los aliados con mano bastante pródiga. Napoleón vencía en Ulma y Austerlitz, ella en Trafalgar; Napoleón humillaba á

Prusia en Jena, á Rusia en Friedland, á Austria en Ratisbona y Wagram, pero Inglaterra bloqueaba sus puertos, se apoderaba de las islas de Francia, España y Holanda, y tomaba, por las invenciones mecánicas de sus ilustres hijos, un vuelo la industria inglesa que iba á causar una revolución económica y social en el globo, cuyas consecuencias presentimos, pero sin haberlas tocado todavia completas.

De los resultados pasmosos que el vapor y el telar mecánico y otros adelantos han producido vamos á dar alguna idea, porque la Gran Bretaña, después de todo, es algo más que una gran potencia en Europa, precisamente por ser mercantil, pues resulta necesariamente auxiliar de todas ellas, y no menos de las pequeñas, y factora y cajera universal.

En las tablas de M'Pherson hallamos el balance de las manufacturas inglesas (Gran Bretaña sin Irlanda) en 1782, que arroja los siguientes datos de valores, á saber:

| | Libras esterlinas. |
|---|---|
| Producen las de algodón..... | 960.000 |
| — las de lana..... | 16.800.000 |
| — las de lino..... | 1.750.000 |
| — las de seda..... | 3.350.000 |
| — las de cuero..... | 10.500.000 |
| — las de hierro y acero..... | 12.100.000 |
| — las de otras varias..... | 11.200.000 |
| *En junto*..... | 56.660.000 |

*Seiscientos cuarenta y un millones y quinientas mil pesetas.*

Ya era grande Inglaterra. Pero en 1882 esos valores los estiman en 818.300.000 libras esterlinas.

*Veinte mil cuatrocientos cincuenta y siete millones quinientas mil pesetas.*

Ni poco ni mucho me sorprende la poca afición á los guarismos de los españoles, porque no recrean el oído, fatigan el entendimiento y obligan á un trabajo de relación, sin

el cual carecen de sentido y objeto; cerca de catorce veces y media ha aumentado el valor de los productos de las fábricas inglesas desde 1782 á 1882, en un siglo, á ser exactos los cálculos de M'Pherson. Algunas de las manufacturas, por ser imposible ocuparse de las más, son dignas de especial y particular investigación, y representan actualmente el vigor industrial en las naciones ricas por sus adelantos; nos referimos á las de algodón y hierro. De los 74.300.000 husos que empleaban las primeras en el mundo, correspondían á Inglaterra 40.200.000. Consumían las fábricas de algodón del Reino Unido, libras de algodón en rama 119.000.000 en 1820, y en 1881 una cantidad de 1.471.000.000; quedaban para el consumo interior 425 millones de yardas en 1782, y 5.345.000.000 en 1881; exportaban para el extranjero 23.000.000 de libras fabricadas en 1782, y 255.000.000 en 1881. Cuando oigo decir que el egoismo de los ingleses arruina el trabajo de los demás países, busco al momento los resultados de ese egoismo en los Estados Unidos de Norte América, pueblo rival de su antigua madre patria: empezaron á cultivar el algodón á últimos del siglo XVIII como ensayo; cogían 41.000.000 en 1803, y 350.000.000 en 1830, y 3.161.000.000 de libras en 1880; el mundo producía en 1830 libras 636.000.000, y 4.039 en millones 1880. Abaratando por las máquinas las telas, han extendido el consumo los ingleses, y las naciones los medios de competir y rivalizar, gracias á la demanda; no tanto, como presumen algunos, por el favor de protecciones y privilegios.

El hierro en lingote colado de los altos hornos no pasaba en 1830 de 682.000 toneladas en el Reino Unido, que ha producido en 1882 la cantidad de 8.488.000 toneladas; el mundo fundía 1.468.000 en 1830, y 19.820.000 en 1882. Inglaterra consumía en el último año 555 libras por habitante, los Estados Unidos 196, Alemania 140, Francia 117, Bélgica 250, Austria 30, Rusia 12 y Suecia 190. En esta edad de hierro, aunque nade en oro, muy bien se puede pesar, en cierto modo, la riqueza y civilización de los pueblos de la tierra en razón de la cantidad de hierro que necesitan.

## V

Sin aliados no han batallado los ingleses en el Continente, en Europa: primeramente, acudiendo á la Tierra Santa, contra infieles, en compañía de francos y germanos; auxiliados de gentes de los Países Bajos y Borgoña, con Eduardo III; acompañados de españoles, italianos, teutones y flamencos, en tiempo de María, asistiendo á Felipe II; tomando parte en la guerra de Sucesión con holandeses, austriacos, portugueses y tropas de Príncipes alemanes; con austriacos y holandeses en Fontenoy; ayudando á los prusianos en la guerra de los siete años; mezclados á los rusos, en Holanda, en las últimas guerras de la República francesa; batiéndose en la Península auxiliados por portugueses, españoles y algún cuerpo germano; presentándose en Waterlóo, socorridos á tiempo por los prusianos, en fuerte ejército, al lado de tropas holandesas, belgas, hannoverianas y cuerpos alemanes; en Crimea pelearon reunidos á turcos, franceses é italianos. Inglaterra ha sido siempre contraria al mantenimiento de grandes armamentos territoriales. Cuando se establecían las fuerzas permanentes de Francia, España y Alemania, como en otros Estados de Europa, Inglaterra no las tenía. El Parlamento las autoriza todos los años. Agudamente observa Macaulay que salvó acaso por eso sus libertades, faltándoles á los Monarcas de la Isla medios para poder hacerse fuertes y atentar contra los privilegios de la Nación. Con ejército hizo Cronwell sumiso el país, y con el ejército restauró Monk la dinastía de los Estuardos en la persona de Carlos II.

En el día se forma en Europa opinión del poder de una potencia por los soldados que mantiene en tiempo de paz y pueden pasar fácilmente al pie de guerra, con caballos y cañones correspondientes. Inglaterra no alcanza á medirse con las principales; no consiste en eso su pujanza.

Sus fuerzas de tierra son las siguientes:

| | Jefes, Oficiales. | Clases. | Soldados. |
|---|---|---|---|
| Generales, Estado Mayor | 1.734 | 672 | » |
| En los regimientos | 4.775 | 12.148 | 114.846 |
| Estado Mayor de la Milicia y Voluntarios | 633 | 6.563 | 21 |
| Varios | 166 | 488 | 148 |
| | 7.308 | 19.871 | 115.015 |

Con 13.452 caballos y 292 cañones de campaña.

Conforme á la organización total de las fuerzas terrestres de Inglaterra, disponen de:

| | Dispuesto para 1885-86. | Últimos datos efectivos. |
|---|---|---|
| Ejército regular permanente | 131.769 | 129.831 |
| Primera reserva | 46.500 | 39.244 |
| Segunda ídem | 6.750 | 7.738 |
| Milicia | 141.334 | 115.192 |
| Caballería de la Yeomary | 14.405 | 11.488 |
| Voluntarios | 241.417 | 215.015 |
| En el interior y colonias | 592.417 | 578.508 |
| Fuerzas regulares inglesas en la India | 61.597 | 58.826 |
| *Totales* | 653.772 | 577.334 |

Serían formidables por el número en otros tiempos, pero insuficientes para desembarcar sin apoyo en el Continente en los presentes.

El presupuesto de la Guerra de 1885-86 fija una suma de libras esterlinas 17.750.700 para el sostenimiento del ejército (son 443.792.500 pesetas).

Cuéstales la armada mucho menos, con ser el cimiento de

la defensa inglesa y para mantener el respeto de su nombre: el presupuesto de Marina de 1885-86 se ha calculado en 12.386.500 libras (son 309.662.500 pesetas.)

Ninguna potencia gasta tanto en sus escuadras y arsenales.

Forman parte de las flotas y dependencias:

| | | |
|---|---|---|
| Oficiales y tripulantes | | 34.737 |
| Grumetes | | 5.900 |
| | | 40.637 |
| Desembarcados | 6.200 | 12.400 |
| En tierra | 6.200 | |
| TOTALES | | 53.037 |
| Otros | | 4.963 |
| *En junto* | | 58.000 |
| Para el servicio de Egipto | | 1.000 |

Un total de 244 buques había armados en 1884: 65 de vela y 179 de vapor.

Divididos en cinco clases los forrados de hierro ó acero, esos que llamamos *blindados* ó acorazados, construídos ó en construcción, había:

| | |
|---|---|
| De primera | 16 |
| De segunda | 10 |
| De tercera | 26 |
| De cuarta | 10 |
| De quinta | 12 |
| TOTAL | 74 |

Las clasificaciones obedecen al sistema de construcción, espesor de las planchas, calibre de la artillería, condiciones de las naves para el combate y reciente modelo, según los adelantos.

En los de quinta clase hay tres: *Minotauro*, *Agincourt* y *Northumberland*, que desplazan más de 10.500 toneladas cada uno, con máquinas de fuerza indicada de 6.700, 6.870 y 6.560 caballos de vapor, pero cuyas planchas son de 4 ½ pulgadas de espesor el primero y de 5 ½ segundo y tercero.

Los acorazados de la primera clase llevan defensas de hierro de 16 á 24 pulgadas, 11 á 14, 10 á 14, 14 á 18, y de acero de 18 y 20 pulgadas; cañones de 80, 38, 35, 110, 66 toneladas, y de menores calibres; desplazan 11.880, 10.820, 9.330, 9.150, 10.400 y 11.940 toneladas el último; son de fuerza indicada de 8.010, 8.210, 6.650, 6.270, 7.500 y de 12.000 caballos de vapor.

Pero, ¿de qué sirve dar mayores noticias de la armada inglesa, del poder y número de sus buques? Para nosotros menos estriba precisamente el poder naval de la Gran Bretaña en sus actuales navíos, que en los recursos para prevenirse formidablemente y mantenerse con superioridad indudable enfrente de adversarios y émulos. Vean claro los que estudian estas cosas: los Estados del Norte de América nos asombraron, en la guerra con los del Sur, por los recursos que en un instante desplegaron. Fíjense los especialistas en la circunstancia bien elocuente de los recursos de los astilleros y arsenales de particulares y compañías que surten de naves mercantes y de guerra á las naciones de Europa, Asia y América. ¿Qué indica eso? Para dar una idea de la riqueza de Inglaterra, nos extendimos anteriormente en consideraciones que pueden servir de referencia á quien quiera medirlas, y sobre ese cimiento se levanta y asienta el poder de la Gran Bretaña.

## VI

Centro mercantil del mundo, factoría universal, en el mercado inglés tienen puesta la vista todos los pueblos para comprar y vender, y los Gobiernos para adquirir dinero, como com-

pran fusiles, cañones, municiones, máquinas y naves en sus fábricas, talleres y gradas. Seguir paso á paso, de año en año, desde 1815, enjaulada el águila devastadora en Santa Elena, el desenvolvimiento del comercio inglés con el extranjero y sus colonias, indicando la importación que hace de aquellas producciones, es tanto como descubrir el magnífico y sorprendente cuadro de los efectos de la paz modernamente: la actividad humana toda, el progreso positivo de los pueblos, lazos que los unen entre sí, á pesar de celos y estímulos de concurrencia, y demostrar de golpe los perjuicios que causaría la guerra; las causas de la política pacífica de Inglaterra, la razón de sus precedimientos prudentes, que parecen egoistas, pero propios y necesarios para no aventurarse en guerras destructoras y generales.

En 1816 importaba el Reino Unido por valor de 27.432.000 libras esterlinas, y su exportación era de 35.717.000 de producciones inglesas, mas las reexportadas de artículos coloniales y extranjeros.

En 1830, de 46.245.000 libras esterlinas la primera, y la segunda 56.213.000, mas 8.550.000 de la tercera categoría.

En 1840 las tres partidas están representadas por 67.433.000, 97.403.000 y 13.744.000 libras esterlinas respectivamente.

En 1850 son ya 100.469.000, 175.437.000 y 21.874.000 libras por los tres conceptos.

En 1860 suma la importación general 210.530.873 libras esterlinas, y la exportación general 164.521.351 libras esterlinas.

En 1870 alcanza la importación 303.257.493 libras esterlinas, la exportación de artículos ingleses 199.586.822 libras esterlinas, y 44.493.755 libras esterlinas la de mercancías coloniales y extranjeras reexportadas.

En 1880, por los tres conceptos, 411.229.565 y 223.060.446 63.345.020 libras esterlinas.

Hay, desde 1883, año próspero, baja en el comercio de importación y exportación en los de 1884 y 1885.

Suman los primeros valores en 1885 la cantidad de libras esterlinas 373.834.814 y 213.031.407 los de exportación de artícu-

los ingleses, y 57.903.528 libras esterlinas por el de reexportación de mercancías coloniales y extranjeras.

La total importación y exportación reunidas es de libras esterlinas 644.769.249.

Son 16.119.231.225 pesetas.

Si en primer término ha contribuído á resultado tan prodigioso el mismo engrandecimiento de la Gran Bretaña, por las sobresalientes condiciones de su genuina civilización en Europa, Asia, África, Norte-América y Oceanía, debemos consignar cuánto al mismo han debido influir, en duradera paz, los Estados que con ella comercian y en contacto con ella utilizan sus adelantos en ciencias, artes y oficios y actividad calenturienta, progresando y proporcionándola á su vez estudio, invenciones y consumo.

Con presentar, por principales naciones, escogiendo las diez primeras, el comercio de importación y exportación del Reino Unido de la Gran Bretaña é Irlanda en 1884, se demuestra nuestro aserto á continuación, á saber:

| | Importación. — *Libras.* | Exportación. — *Libras.* | Total de ambas. — *Libras.* |
|---|---|---|---|
| Con los Estados Unidos de Norte-América..... | 86.278.541 | 24.426.639 | 110.705.177 |
| Con Francia..... | 37.437.014 | 16.746.358 | 54.183.372 |
| » Alemania..... | 23.620.682 | 18.729.269 | 42.349.951 |
| » Holanda..... | 25.876.898 | 10.237.947 | 36.114.844 |
| » Bélgica..... | 15.146.175 | 8.500.703 | 23 646.878 |
| » Rusia..... | 16.315.411 | 4.993.618 | 21.309.029 |
| » China..... | 10.140.977 | 4.153.302 | 14.294.176 |
| » España..... | 10.157.885 | 3.893.411 | 14.026.418 |
| » Egipto..... | 9.701.459 | 2.893.411 | 12.594.870 |
| » Turquía..... | 5.460.204 | 6.393.568 | 11.853.772 |

Claro está que sin conocer la suma del comercio exterior de cada pueblo no se estimarán con exactitud las cantidades señaladas en el precedente estado. Con ese objeto aclaratorio las vamos á indicar, tomándolas del *Diccionario de estadística* de Mi-

chael G. Mulhall, reunidas de datos oficiales. En la década que concluye el 31 de Diciembre de 1880 comerciaban como sigue los pueblos:

| NACIONES | TÉRMINOS MEDIOS DE UN AÑO | | TÉRMINO MEDIO POR HABITANTE | | |
|---|---|---|---|---|---|
| | IMPORTACIÓN — Millones. | EXPORTACIÓN — Libras esterlinas. | Libras. | Chelines. | Peniques. |
| Reino Unido.... | 471,4 | 277,8 | 19 | 12 | 0 |
| Francia..... | 156,8 | 139,4 | 8 | 1 | 0 |
| Alemania..... | 174,0 | 127,0 | 7 | 2 | 6 |
| Rusia..... | 49,0 | 48,0 | 1 | 4 | 0 |
| Austria..... | 57,0 | 50,5 | 3 | 2 | 0 |
| Italia..... | 47,2 | 44,4 | 3 | 7 | » |
| España..... | 43,9 | 18,6 | 2 | 13 | 2,50 |
| Portugal..... | 5,6 | 5,6 | 1 | 5 | 5 |
| Bélgica..... | 56,2 | 41,1 | 19 | 3 | 0,47 |
| Holanda..... | 63,0 | 43,2 | 27 | 5 | 0 |
| Escandinavia... | 34,8 | 26,2 | 7 | 12 | 0 |
| Grecia, Turquía, etcétera..... | 17,4 | 15,9 | 3 | 5 | 0 |
| *Europa*..... | 1.052,4 | 840,7 | 6 | 6 | 0 |
| Estados Unidos. | 98,8 | 112,2 | 4 | 14 | 0 |
| Canadá..... | 17,9 | 15,1 | 8 | 2 | 0 |
| América del Sur. | 58,7 | 65,8 | 4 | 16 | » |
| Australia..... | 40,2 | 34,3 | 30 | 1 | » |
| China y Japón.. | 28,9 | 27,1 | » | » | » |
| Java..... | 9,1 | 25,6 | 1 | 6 | 0 |
| India..... | 36,8 | 96,5 | 0 | 9 | 0 |
| Egipto..... | 5,2 | 18,8 | 3 | 15 | » |
| Varios..... | 31,8 | 62,9 | » | » | » |
| *El mundo*..... | 1.279,5 | 1.216,1 | | | |

El comercio de Inglaterra con sus colonias sumó en 1884 en a importación 95.812.911 libras esterlinas, y en la exportación 30.875.946 libras esterlinas.

De cuanto llevamos referido sobre comercio en Inglaterra

no se hace ninguna relación al de metales preciosos, cuyo mercado es Londres.

De oro y plata, en pastas ó moneda:

| | | |
|---|---|---|
| La importación en 1860.... | libras | 22.978.196 |
| La exportación..... | » | 25.534.768 |
| La importación en 1870.... | » | 29.455.668 |
| La exportación..... | » | 18.919.690 |
| La importación en 1880.... | » | 16.253.883 |
| La exportación..... | » | 18.889.503 |
| La importación en 1882.... | » | 23.619.484 |
| La exportación..... | » | 20.989.258 |

Y para concluir con la fatigosa relación de datos económicos, verdadero buscapié de la grandeza y recursos del Reino Unido, diremos: que el Imperio inglés, Metrópoli y Colonias, de cuya extensión territorial y población hemos dicho lo necesario, tenía por ingresos de presupuesto calculados, en 1881, la suma de 193.972.085 libras esterlinas; los gastos se estimaron en 197.105.424; la deuda ascendía á 1.074.943.750; la importación comercial á 597.999.111, y la exportación á libras esterlinas 496.424.502; en junto, 1.094.423.613, ó VEINTISIETE MIL SEISCIENTOS ONCE MILLONES DE PESETAS.

## VII

Falsa, muy falsa idea forman de la influencia de la política inglesa cuantos acusarla suelen de sistemática perfidia y ambición insaciable, inclinada á nuevos engrandecimientos porque ocupa á Chipre y Egipto; falsa, muy falsa idea los que, ó por las crisis políticas ó económicas, la consideran en decadencia y al borde de su ruina, impotente en Europa y amenazada en la India.

No tenía colonias cuando desafiaba el poder de Felipe II;

aún pocas juntaba en los tiempos de Guillermo de Orange y Ana Estuardo, haciendo frente y domando la soberbia de Luis XIV; perdió los trece Estados de Norte-América, vencida por Washington, Francia y España; lord Clive empezaba en 1755 la conquista de la India; el Capitán Cook sobre las trazas de Byron, Wallis, Carteret, Surville, Rougainville, fijaba las miradas de Inglaterra en la Australia, en 1772; y Pitt, muy pocos años después de la paz de Versalles de 1783, lanzaba á su país en 1792 contra la República francesa y del guerrero del siglo; durante esos veintitres años, hasta Waterlóo, consuma su engrandecimiento colonial á expensas de Francia, España y Holanda, y se extiende como un torrente por la India; Napoleón creía que el talón del moderno Aquiles de los pueblos que le resistían estaba en la India, y creía rematar al adversario penetrando allí; por estar muy lejos, malograda la expedición de Egipto, intentó pasar el Canal de la Mancha al otro lado con un ejército de 150.000 hombres, sobre chalupas; no presentía el secreto de las Indias de los ingleses; no sabía cuánto iba á crecer la Australia, cuánto el comercio de los Estados Unidos con la antigua Metrópoli, cuánto el de la misma Francia, cuánto el de Alemania, Bélgica, Holanda, Rusia, etc.: de Australia importa Inglaterra en 1884 por valor de 28.310.697 libras esterlinas, para donde exporta en cantidad de 23.895.358 libras esterlinas. La India es para ella, mercantilmente, menos de la mitad en cotejo de los Estados Unidos de Norte América; no suman en 1884 las importaciones y exportaciones del Reino Unido con la India sino 52.206.555 libras esterlinas; con los Estados Unidos, en el mismo año, 110.705.177 libras esterlinas. Todo el sistema de Inglaterra está basado en su industria y comercio. Sus principales Colonias: los dominios del Canadá, Cabo de Buena Esperanza, Natal, las de Australia, son libres, disfrutan aranceles de Aduanas independientes, tienen intereses especiales, rivalidades con la Metrópoli, y la solicitan, sin embargo, en caso de necesidad: en la India respetan la libertad de imprenta, los Tribunales locales, y hasta con el mismo fanatismo religioso contemporizan; están haciendo una revolución euro-

pea en aquel vetusto Imperio: han abierto la China á la civilización moderna. ¿Tiene, por lo tanto, nada de extraño que, si en su provecho, ya que de móviles se sospecha, pero en beneficio de la humanidad, guarde Inglaterra cuidadosamente los caminos del tráfico? Eso hace: la policía de la ruta más corta de la India, China, Japón, posesiones holandesas, españolas y francesas y de la Australia, guardando el Canal de Suez, el mar Rojo, y con estaciones en el Mediterráneo: ¿habrá nación en el mundo, grande ó pequeña potencia, que sin tanto motivo dejara de conducirse por iguales si no mayores precauciones?

Doctores graves y circunspectos, políticos reflexivos y trascendentales, profundos y de vista dilatada, un tiempo amigos y admiradores del parlamentarismo inglés, no faltan, ciertamente, que auguran peligros misteriosos y la decadencia de las instituciones ponderadas en aquel gran pueblo. ¿Cuándo no atravesó crisis y triunfó de ellas? Recordemos las de la guerra civil de las dos rosas; cisma de Enrique VIII con el séquito de Ana Grey, María é Isabel; Revolución de 1644; protectorado de Cronwell; Restauración de Carlos II, y Jaime II; Revolución de 1688; conspiraciones de los Estuardos, hasta la batalla de Culoden; la originada en las resistencias de los norte-americanos; las que conocimos desde 1815, precursoras del *bill* de emancipación de los católicos y reforma electoral; la cartista; la agitación para establecer la completa libertad de comercio; la soldadesca de los cipayos en la India; ahora el *home rull* de Irlanda. ¿Puede Inglaterrra sustraerse—preguntamos—al movimiento universal democrático, colocada cual se encuentra entre América y la Revolución francesa? Esa es la cuestión. Bien conocemos las ideas de Burke tocante á la Constitución y libertades históricas inglesas; pero Inglaterra no vive aislada en el mundo; bastante hace si se trasforma con regularidad, contando con la opinión pública y preponderando en Europa en el sentido de paz y concordia, árbitra en cuestiones capitales: ¿riñó con Francia en 1830 y 1848 como en 1792? ¿Se puso del lado de Luis Felipe y de Napoleón III? ¿Consagró la autonomía de Bélgica? ¿Alentó á Italia en el movimiento de su unidad?

*Ya no es fuerte; no tiene ejércitos; su marina no renovará las glorias de Abukir y Trafalgar*—dicen algunos.

Una nación muy rica, es necesariamente prudente y pacífica. A un millonario nunca le vemos espadachín y pendenciero si no ha perdido la cabeza.

Inglaterra ata y modera bastante las voluntades, más de lo que se piensa, y está vigilante porque tiene que cuidar de mucho, y no ha de padecer la curiosidad de Epimeteo de abrir la caja de Pandora. Guerras como las de 1792 á 1815 no se hacen todos los días, y Dios sabe lo que costaría encenderla en circunstancias tan oscuras como las actuales, que ofrecen incalculables peligros y complicaciones. Así juzgamos de los acontecimientos reposadamente, pensando no ha de ser ninguna de las grandes potencias bastante temeraria para aceptar la responsabilidad de poner el fuego á la mina y aventurarse á perderlo todo en la confianza del mercantilismo ó carencia de medios militares de Inglaterra, *aislada en Europa*, aunque ninguna lo crea, pues estas son opiniones ó juicios de los políticos de acción, como se suelen manifestar en reuniones ligeras y ciertos periódicos extranjeros. Se ha hecho moda también inclinarse á una ú otra potencia, pues hay preferencias, entusiasmos, simpatías, sistemas y escuelas: no lo discutimos. Creemos ser imparciales. Cuando un pueblo ha llegado á engrandecerse colosalmente por el trabajo, sólo en el caso de suprema necesidad apela á la fuerza, y ninguna de las grandes potencias continentales provocará, puede afirmarse con seguridad, la suprema necesidad, *ultima ratio*, de empeñar á Inglaterra en la defensa de su interés si lo juzgase comprometido ó en peligro inminente. Ya verían entonces si es fuerte, si junta ejércitos, si su marina volvería á renovar las glorias de Abukir y Trafalgar, señora de los mares.

Valía bastante más que en nuestros días el dinero en 1792; Inglaterra debía entonces 5.991.578.625 pesetas; toma prestado hasta 1815 la masa de 15.534.390.700 pesetas; sumaba su Deuda pública en 1815 la cantidad de 21.525.976.225 pesetas.

En 1885 asciende á 18.508.413.500 pesetas. En esos guaris-

mos referentes á la Deuda pública en 1792, 1815 y 1885 está *la incógnita* para cuantos quieran conocer el poder y medios de Inglaterra en nuestros días, cuando peligre y los necesite y junte bastantes ejércitos, propios ó á sueldo y escuadras que cubran los mares y aliados que recompensaría. ¿Cuál era la riqueza de Albión en 1792? ¿Cuál es la de hoy? Debe menos que en 1815; vale menos el dinero ogaño que antaño; á 79.000.000 de libras esterlinas salía el término medio de su total comercio exterior cuando encadenó á Napoleón en la roca de Santa Elena; en estos últimos cinco años excede de 695.000.000 en libras esterlinas, cerca de nueve veces mayor: ¿y quienes pongan en duda la influencia y peso de la primer gran potencia del mundo, por no meditarlo bastante, hay todavía en los círculos políticos? Bien pueden alimentar confianza en la paz cuando no peligren los intereses de Inglaterra, según ella, no según ellos, y en su resolución de localizar las guerras: ha dejado de intervenir directamente en muchas que no pudo evitar, por no serla dado erigirse en superiora, y respetando el derecho de las naciones; pero si volviera á tropezar con Felipe II, Luis XIV y Napoleón I, sabría defender sus intereses y el de los débiles. No de otro modo hay que considerar la política universal de la Gran Bretaña, sin meterse en otras honduras.

**Servando Ruiz Gómez.**

*(Continuará)*

# SOR MARIA DE AGREDA [1]

Importancia que tienen para la historia colecciones de correspondencia íntima, como la de Felipe IV y Sor María de Ágreda.—Fué siempre incompleto el cuadro de la España antigua descrita por los extraños.—Cuál es el verdadero carácter moral de la sociedad española en el siglo XVII.—La Monarquía y la Iglesia.—Sor María de Ágreda es una de las mujeres eminentes que entonces se retiraban al cláustro.—Carácter con que Sor María y Felipe IV aparecen en esta correspondencia.—Cualidades de Sor María como Consejera del Rey.—Paralelo entre Mad. de Manintenón y Sor María de Ágreda.

Pocos documentos pueden presentarse de tanto interés para la historia como esta correspondencia entre Felipe IV y Sor María de Jesús de Ágreda. Con ella, no sólo se alcanzan pormenores de la mayor importancia sobre personajes y sucesos, y se recoge el eco de la opinión popular en aquel tiempo, sino que se descubre también en sus más íntimos repliegues el carácter moral del Monarca, completándose con nuevas perspectivas el cuadro de la corte y de la sociedad española en el siglo XVII. Los papeles de Estado y los legajos reservados que de ordinario se escudriñan en las Cancillerías y archivos, han sido, y serán siempre, el principal elemento para la exhibición teatral de la gran narración histórica. De no menor utilidad son también para esto mismo las memorias de los que fueron pro-

(1) Véase la REVISTA del 10 de Octubre.

tagonistas ó espectadores del drama social, refiriéndonos cada cual los sucesos según las impresiones directas que recibió en ellos. Cuando el autor de tales memorias tiene facultades superiores de observador, crítico y pincelista, como un Rete, un Saint Simón ó un Hamilton, su narración no es ya solamente un documento de importancia para llegar al conocimiento de los sucesos pasados, sino que resulta además un cuadro fascinador por la magia del colorido, la realidad de los personajes que aparecen en escena, y la vida y movimiento de la acción dramática, y es, en fin, la historia misma con su majestuoso ropaje de arte y de crítica, de encendidas pasiones y de juicios severos. Cuando, por el contrario, el narrador de los sucesos no tiene otras facultades que las de fiel y escrupuloso cronista, un entendimiento que se concreta á reproducir y reverberar todo lo que presencia, y pertenece á la raza de los chismosos cuyo oficio no consiste en engalanar la historia, sino en despojarla de todo atavío y recoger, á modo de ropavejeros, los desperdicios que van encontrando, ó en la vía pública ó en las interioridades domésticas, como Suetonio para la Roma imperial, Procopio para Bizancio, Burkhart para la sociedad de los Borgias, entonces la historia aparece desnuda, pero viva y en todo el realismo grosero y brutal de la fealdad humana. Unos y otros elementos son de inestimable valor para la penetración y conocimiento de lo pasado. Pero si se quiere asentar un juicio histórico seguro, nada hay tan subido en precio como una colección de correspondencia íntima y agena á toda mira de publicidad, llevada sin solución de continuidad por espacio de largos años, y en la cual un Príncipe y su consejera de mayor confianza se comunican sus pensamientos más recónditos acerca de los principales asuntos de Estado, y expresan familiarmente todas las afecciones y sentimientos de la vida privada. En nuestros archivos y en los de las naciones extrañas, podrán descubrirse ricos filones para el estudio de la historia patria durante el reinado de Felipe IV; las relaciones y memorias particulares ya impresas, y las que todavía en considerable número permanecen inéditas, podrán acabar de dibujarnos las

figuras de nuestros Príncipes y el cuadro de la vida y costumbres de la sociedad española bajo el imperio de la casa de Austria; pero para buscar el fondo moral del Rey Felipe IV y de la sociedad á cuyo Gobierno presidió, no se hallará jamás documento histórico que supere en importancia á la colección epistolar que con tan feliz diligencia ha completado D. Francisco Silvela.

A pesar del escudriñamiento laborioso de los archivos, cuyo inventario vamos levantando lentamente, no poseyendo aún impresas más que alguna desordenada colección de papeles varios; á pesar del mejor conocimiento que vamos teniendo de las instituciones de gobierno y procedimientos administrativos de la España antigua; aunque ahondemos ahora más la investigación de nuestra literatura, y de las relaciones de viajeros y agentes diplomáticos, y en todo lo que es, en fin, fuente directa para el conocimiento de lo pasado—resultan todavía grandes vacíos para la redacción de nuestra historia durante el gobierno de la Casa de Austria. Queda en oscuridad el retrato moral de nuestros Monarcas penetrando en su vida más íntima; y la fisonomía y verdadero carácter de la vida de nuestro pueblo permanece á medio bosquejo ó envuelta en falso colorido. Si juzgáramos, por ejemplo, de la condición y estado de nuestra sociedad en el siglo XVII tan sólo por las interesantes relaciones de Mad. d'Aulnoy, por las cartas de Mad. Villars y de Muret, por las memorias de Bassompièrre, Louville y Saint Simón, aquella España de la Casa de Austria se nos aparecería como un coloso en podredumbre envuelto con oropeles y andrajos, pueblo fiero, cuyas soberbias le hacen creer todavía que es el dominador del mundo, cuando llevaba cerca de un siglo de ser el peor gobernado de todos; pueblo creyente y devoto, cuyos sentimientos religiosos se traducen por instintos de exterminio, y cuya piedad no conoce mayores regocijos que el chirrilo de las carnes del hereje achicharrado en las hogueras y sus laridos en los suplicios; de manera que si llevó el Evangelio al Nuevo Mundo, convirtió también al Crucifijo en una especie de anguinario Viztlipuzli, como el de la idolatría mejicana. Tal

y como dichas relaciones la presentan, parece esta una nación de hidalgos de leyenda, famélicos, pero fastuosos y altaneros, que para olvidar su miseria recurren á la excitación erótica y convierten el amor en una galantería hiperbólica y enfermiza que, mezclando los arrebatos de amoríos tempestuosos con las puerilidades de la devoción, crea para los tratos de damas y galanes una idolatría lasciva combinada con el rito litúrgico.

Los extraños, al visitar nuestra Villa y Corte durante el siglo XVII, tenían que quedar como deslumbrados por la originalidad de la vida y costumbres de nuestro pueblo. Veían en la misma sociedad y hasta en los mismos personajes inconcebibles contrastes de riqueza y miseria, de rígidas etiquetas y escandalosas licencias, de majestuosa severidad y galanterías obscenas en las ceremonias religiosas. Veían diversiones públicas sanguinarias y crueles, ó de la más refinada cultura literaria; alternados los autos de fe con las fiestas de toros, los autos sacramentales con los espectáculos indecentes y de pagana mitología del gallinero del Buen Retiro; grandes ascetismos y regocijos profanos, chocarreros cuando no obscenos en el mismo interior del templo; las vírgenes de los altares cubiertas de dalmáticas, brocados, encajes, vestiduras mundanas, postizos, afeites y pedrerías, así fueran de grotesco relumbrón como joyas de inestimable precio; y el Redentor y los Santos, por el contrario, representando con toda desnudez las maceraciones más horribles. Encontraban bandadas de disciplinantes recorriendo en los días de la Semana Santa las calles de la Corte, cumpliendo severas prácticas piadosas ó acompañando procesionalmente á algún penitente, tal vez un magnate ilustre, un Duque de Villahermosa ó el de Béjar, que encapuchonado el rostro y desnuda la espalda, va á macerar públicamente sus carnes al pie de la reja de su amada, á fin de darle la mayor prueba de amor salpicando aquellos balcones con la sangre que le hagan brotar las disciplinas. En esa misma sociedad que les había sorprendido por la severidad y el fervor en la fe, veían luego confundidas en los paseos y corrales las damas de alta alcurnia y las rameras, la madre de fa-

milia agitada por iguales pasiones que la concubina, unas y otras en la fiebre de parecidas aventuras, paseando sus carrozas ó las de sus galanes en la calle Mayor ó en las alamedas del río, y consumiendo en golosinas y galas la hacienda de su familia ó el patrimonio de sus adoradores, y disputándose con anhelo las miradas del que fué héroe en el escándalo reciente. Y al contemplar por cima de una muchedumbre envuelta en andrajos y miserias, cuya desnudez se ampara al calor del sol del medio día, á todos estos personajes vestidos de sedas y terciopelos de colores vistosos ó muy sombríos y hechuras inusitadas en Europa, agitándose como en delirio con su acción tumultuosa, con sus fanfarrias, bizarrías, desmanes y geniales bravezas, pendencias y desafueros; con su profusión de conceptos hiperbólicos y sus novelas de pasión meridional, en noche de estío, alegrada por músicas y requiebros para producir el drama de amor que parece avasallar toda existencia en esta tierra, manifestándose unas veces con afiligranadas intrigas de serrallo y otras con la explosión de la ferocidad africana; ante semejante cuadro de vida social, decimos, que era lo primero que hería y deslumbraba sus ojos en cuanto pisaban este suelo, debían sentir los extraños impresiones fantásticas y como de novela, y el mismo desconocimiento profundo de nuestras costumbres y de nuestro ser daba más amplitud á su fantasía. No nos debe maravillar, por lo tanto, las pinturas que ellos hicieron de la antigua España, ofuscados por nuestros contrastes de grandeza y miseria, de devoción y galantería, de licencia en las costumbres y rigidez en las etiquetas cortesanas y mundanas, de fervor y algarada en los actos piadosos, de escandalosa impunidad en los pecados públicos más atentatorios á la moral y de tremenda severidad en los suplicios contra la herejía.

No podían formar recto juicio acerca de este pueblo que se presentaba á su vista como original amalgama de fieros hidalgos y bellacos pordioseros, galanes y ascetas, llevando todos ellos, así en las más altas clases como en las más humildes, una existencia de matones cortejantes ó de alguaciles alguacilados, en nombre del Rey ó del Santo Oficio. En nuestro pro-

pio siglo hemos gozado de relatos parecidos, cuando no más fantásticos, de la vida y costumbres de España, descrita por impresionistas de la escuela romántica, como Merimée, Musset y Gautier, ó por viajeros estrambóticos ó trapacistas de la casta del inglés Borrow y del Marqués de Custine.

Harto distinto es el fondo moral de la antigua sociedad española que se descubre con el estudio de documentos históricos, como el de la correspondencia entre Sor María de Ágreda y Felipe IV. Aquella sociedad tenía ciertamente sus fealdades y desórdenes; las pasiones y concupiscencias humanas hacían en ella también horribles estragos; con toda justicia podía lamentarse Sor María «del siglo miserable en que le había tocado vivir;» pero aun cuando las costumbres anduvieran derramadas á muchos excesos, aquella sociedad no tenía corrompido el corazón y en ella á todo se sobreponía una base moral de seriedad y solidez, que aparecía siempre como firme asiento en el fondo de la sociedad española. La fe nos descubría constantemente una región superior, que ejercía sobre todos los actos humanos poderosa atracción de reversibilidad al bien. Todo nos sujetaba á este orden moral y nos atraía hacia él, incluso el mismo mal.

Jamás apareció en la historia nación tan firmemente asentada como la nuestra sobre ese centro y polo espiritual que, aunque por ley de su propia esencia se mantiene siempre en esfera superior á la del mundo terreno, es y será siempre tan principal fundamento para la sociedad humana, que sin él no pueden existir las naciones. Jamás se conoció pueblo alguno en quien la fe religiosa hubiera levantado tan firmes construcciones como en la antigua España; y esa fe daba á nuestros mayores la más poderosa de las disciplinas para todos los combates de la vida. Con el arraigo de sus grandes creencias, no sólo habían desaparecido para ellos los insondables abismos que separan al cielo de la tierra; y aquellos inexcrutables horizontes donde se oculta el eterno principio y fin de todo lo que existe se presentaban ante sus miradas fervientes como regiones exploradas y conocidas en sus senos más recónditos, sino que

además también, por la fortaleza misma de la adhesión inquebrantable que profesaban á estos principios supremos, habían podido reconquistar á la patria terrenal y librarla de todas las opresiones. Con esos símbolos augustos habían sacudido el yugo de la barbarie, construído todas las instituciones tutelares de la vida social y alcanzado la supremacía entre las naciones. En su fe hallaban, además del sustento del alma, la realización de las más heróicas y gloriosas aspiraciones terrenales movidas en el trascurso de los siglos por las generaciones que germinaban sobre este suelo. Entonces, al entrar en la vida, ninguno de los nuestros se sentía envuelto, como los hijos de las generaciones contemporáneas, en las tinieblas de la duda. No tenían ninguna idea de ese espantoso vacío, que es ahora lo primero que ven nuestros hijos al despertar en la cuna; vacío que si el adolescente contempla de pronto con alegre sonrisa volteriana, como un nuevo horizonte que incita la curiosidad y presunción y todas las fantasías, los ensueños, las codicias y los optimismos poéticos ó enfermizos de la juventud, muy luégo se entreabre como siniestro abismo en el que naufragan miserablemente las más brillantes existencias entre las angustias de una negación universal que reniega y blasfema de todo, de las realidades de lo presente, como de las esperanzas en lo venidero, y hasta de su propio ser, pareciéndole ficción, desvarío ó artificio de conveniencias sociales el honor, el deber, el afecto, la distinción entre el bien y el mal, entre la bestialidad grosera y el amor que se cobija en el santuario doméstico.

Nuestros mayores no conocían estos vértigos y tribulaciones terribles del espíritu. Dentro de su corazón y de su entendimiento, las grandes fuerzas morales permanecían siempre en majestuoso equilibrio. Al entrar en la vida encontraban su camino trazado de antemano. Nada les inducía á ponerse en contradicción rebelde enfrente del Estado ó de la Iglesia. Por el ontrario, la Iglesia y la Monarquía eran para ellos las dos instuciones primordiales y protectoras en cuyo fecundo seno llaban el refugio natural más seguro y los horizontes más plios para el desenvolvimiento de las facultades de la acti-

vidad humana en todos los Estados y para la satisfacción de las aspiraciones más levantadas y más humildes. Dios y el Rey, que de consuno produjeron á la patria, eran también las dos ideas madres con las cuales se habían formado los organismos y el sistema entero de nuestra vida práctica y de nuestra especulación científica. No los desalentaba ninguna incertidumbre; para todo encontraban un norte fijo; y fortalecidos por la solución consoladora que descubrían para los apremios de la vida como para los problemas más trascendentales de la doctrina, lejos de esterilizar sus esfuerzos en las congojas de la duda, dejaban correr sus iniciativas por el cáuce anchuroso y secular que se había formado en el seno de la patria, á fin de recibir y arrastar hacia un mismo fin todo el oleaje social.

Así, por grandes que fueran los estragos de las pasiones y la tribulación y desconcierto de nuestra existencia patria, una fuerza superior prevalecía siempre en el fondo de la conciencia de nuestro pueblo. Esta fe religiosa y política, consuelo y alegría de las clases populares, descubría también al sabio con la reverberación de sus dogmas la luz que alumbra el entendimiento para penetrar en el fondo de los misterios; con ella principalmente se dominaban los apetitos desordenados, se enfrenaba á la bestia humana y se neutralizaban los gérmenes de la descomposición social. Por ella la voluntad se sentía arrastrada hacia la abnegación y el heroismo; el hombre se desprendía más fácilmente de los rudos egoismos para consagrarse al servicio de las grandes causas. Así, de esta nación, que los de fuera miraban como un pueblo de hidalgos y lazarillos fanáticos en el amor divino y en los amores humanos, surgían ascetas, mártires y santos sublimes, guerreros y colonizadores heróicos, artistas incomparables, teólogos que, no sólo eran astros de primera magnitud en la órbita de las ciencias eclesiásticas, sino que, por la superioridad de sus concepciones y el vigor de sus controversias, imponían sus sentencias á legistas y políticos y parecían como el oráculo de toda labor intelectual entre propios y extraños.

La Iglesia, sobre todo, era la fuerza moral que con más

energía amparaba nuestra existencia y preservaba aún de total ruina á esta patria que, perdida su supremacía en el mundo, caminaba también á fatal disolución, empobrecida y despoblada, exhausta de recursos, y aborrecida por codiciosos y sagaces vecinos mucho después de haber dejado de ser temida por ellos: que tales odios son lo que les suele quedar por más tiempo en la hora de la decadencia á los que impusieron su imperio á los demás. Aunque sobre esto pueden dirigirse á nuestra patria, con mayor justicia aún que á la antigua Atenas, aquellas elocuentes palabras que Pericles hacía á los suyos: «Ser aborrecido y odiado en lo presente, fué siempre el destino de los que aspiraron á la dominación; pero quien incurre en estos odios por grandes causas, los ha de estimar como una gloria, de la que no reniegue jamás.»

Para formarse cabal idea de lo que significaba la religión en la antigua España, no basta fijarse en las prácticas piadosas y en las formas de devoción que aquí revistió el culto y que podrán aparecer á las veces chocarreras y hasta grotescas. Estas irregularidades no se han de estimar sino en lo que valen. Acreditan la poderosa acción de la creencia en la vida práctica, y son su expresión natural, adecuada á la genialidad de nuestro pueblo, que manifiesta así con representaciones gráficas las ideas puras y las abstracciones que sólo de este modo penetran por los ojos de las muchedumbres. Pero donde se ha de buscar el más alto y verdadero significado de nuestro sentir religioso, es en el fondo mismo de nuestras instituciones, en la obra de los teólogos y en esa contemplación ahincada y honda de las cosas divinas que resplandece en nuestros místicos y revela que no ha habido pueblo que profundizara tanto como el nuestro en el mundo espiritual. Ciertamente que el siglo XVII no despide ya en esto resplandores tan vivos y majestuosos como los que durante el siglo XVI iluminaron á nuestra Monarquía. Mas son todavía suficientes para demostrar que de todo el edificio social que en la centuria anterior llegó á su mayor grandeza, ninguna parte se conserva entre nosotros tan sólida é intacta como la Iglesia. Si el Estado aparece decadente y exhausto, la Iglesia

aparece todavía como el dique más potente que contiene la irrupción de la decadencia. Si resultan quebrantadas las demás disciplinas sociales arraigadas en esta patria: el respeto al poder civil, la veneración de la realeza, la severidad de las costumbres; en cambio la Iglesia ostenta incólumes las suyas, y en medio de la disolución que le rodea consigue que no se apaguen en la conciencia de nuestro pueblo aquellos principios generadores del orden moral, puestos en peligro de perdición por la corrupción de la sociedad civil. Si el Estado ha perdido preciosas tradiciones para el gobierno de la Monarquía, y dejó esterilizarse la gran escuela práctica en que se formaban sus políticos, y no encuentra ya aquellos administradores íntegros y diligentes que anteponían el servicio de la patria á todo otro interés personal, la Iglesia, por el contrario, mantiene intacto el vigor de sus tradiciones y el legado secular de la experiencia humana, sabe recoger para su servicio á los mejores entendimientos, enciende vocaciones heróicas, produce abnegaciones incomparables, y es el único poder capaz de arrancar al hombre de la esclavitud de sus propias concupiscencias, para consagrarse al culto y defensa de una verdad y al servicio de sus semejantes. En el seno de las instituciones eclesiásticas, todas las aspiraciones del hombre encuentran cáuce anchuroso y de majestuosa corriente, que en vano buscarían por las demás sendas de la vida. Allí van á parar los que necesitan satisfacer su entendimiento con la contemplación de las verdades supremas; allí los que sienten las vocaciones más levantadas, los que necesitan serenar las mayores tribulaciones de la existencia. En el cláustro hallan su más seguro refugio las criaturas sencillas que, cobijándose así con la sombra del santuario, no sólo se sustraen á las congojas de alma y cuerpo, única participación que les podía corresponder en los brutales azares de la existencia mundana, sino que de víctimas destinadas al yugo de las tiranías sociales, se convierten en protectoras y bienhechoras de sus semejantes. Pero en ese mismo asilo encuentran también refugio predilecto las almas de más fuerte temple, aquellas que por privilegio de sus facul-

tades superiores han ahondado más en la comprensión de las cosas divinas y humanas, y descubren en el fondo de los misterios y realidades de la vida horizontes más vastos que los que suelen alcanzar las miradas vulgares.

A esta clase de almas privilegiadas pertenecía Sor María de Ágreda. Seguramente otras muchas criaturas superiores, contemporáneas suyas, habían buscado igual refugio en el cláustro, porque en aquel siglo la severidad de estas disciplinas monásticas era la que ejercía sobre ellas fascinación más poderosa; pero á Sor María, puesta primero en trato con ilustres próceres con ocasión del convento que venía fundando á costa de trabajos y penurias indecibles, le cupo en suerte ser conocida por el Monarca, quien desde el primer momento halló en la conversación y consejos de la humilde monja extraordinarios consuelos para sus tribulaciones espirituales y temporales. Desde aquella entrevista, por mandato expreso del Rey, tuvo que sostener con el mismo una correspondencia que se mantuvo con admirable constancia hasta la muerte de la venerable abadesa, á la que sobrevivió Felipe IV tan sólo cuatro meses.

Tropezamos constantemente en la historia con la intervención oculta ó manifiesta de la mujer influyendo como principal factor en el ánimo de príncipes y gobernantes. Nada más variado que la forma y manera de producirse tales influencias; pero no se da ciertamente ningún caso parecido á este, de una correspondencia toda de consulta y consejo sobre conducta en la vida pública y privada, mantenida por espacio de veintidos años entre una monja encerrada desde la infancia en el cláustro y consagrada á disciplinas ascéticas, y un Monarca como Felipe IV, anhelante de cumplir sus deberes de Rey, queriendo recobrar ante todo iniciativa y energía de voluntad, y agobiado siempre por los tremendos apuros del gobierno de la mayor Monarquía del mundo, que parecía llegar por momentos á hora de su total descomposición. El Rey pone constante-ente primordial interés en avisar á la venerable Madre los cesos prósperos y adversos del Gobierno, como si fuera ella ı Ministro predilecto. Sobre todo orden de intereses le suplica

consuelos y consejos; le descubre las angustias en que se halla envuelto dentro de su hogar y de su Reino, y manifiesta que ninguna voz pesa tanto como la de Sor María en los propósitos y determinaciones reales.

Los papeles y los caracteres aparecen como trocados en esta correspondencia. En el Rey, desfallecido de espíritu, entreviendo á cada momento inmediata la última ruina de sus Reinos, desconfiando ya de todos los medios humanos y fiando sólo en los divinos para la salvación de la Monarquía, se descubre uno de esos caracteres pusilánimes, de enfermiza y apocada voluntad, y tan incapaces de concentrar en su mano y bajo su personal dirección todas las fuerzas de un reino, que son siempre como juguetes del azar de las circunstancias que los avasallan, sin que ellos por su parte intenten jamás dominarlas. Caracteres, en fin, que describía gráficamente Richelieu «como más propios para vivir en el cláustro que para empleados en el manejo del Estado, el cual requiere en sus gobernantes tanta parte de aplicación como de iniciativa personal; de modo que cuando tales personajes intervienen en el gobierno, producen por su falta de iniciativa daños sólo comparables á los beneficios que otros lograrían con la aplicación y una voluntad firme» (1).

Sor María, por el contrario, no obstante su clausura y apartamiento de los negocios humanos, desde el cláustro levanta el espíritu del Rey, le alienta para que su voluntad recobre más firmeza en el querer y en el ejecutar, le traza consejos prácticos y procura inculcarle la confianza en que «esta navecilla de España no ha de naufragar jamás, mas que llegue el agua al cuello,» previniendo además que, si bueno es poner ante todo la esperanza en los medios divinos para la salvación de los Reinos, no se han de abandonar por ello los medios humanos, sino que «tiene que cumplir con su oficio de Rey, pagando de su persona ante el ejército y gobernando por sí, sin lo

(1) Richelieu, *Testamento político*, parte segunda, cap. I, sec. V.

cual no podrá salvar su alma, aun cuando fuera muy piadoso y creyente.»

En el sentido religioso de nuestro pueblo es donde únicamente puede hallarse la clave de esta singular correspondencia y del carácter particular con que en ello aparecen Felipe IV y Sor María de Ágreda. Así como únicamente en nuestra Corte podía darse el caso de una Camarera mayor asistiendo á un baile de Palacio con el rosario en la mano, atenta á la conversación de sociedad y haciendo reparos acerca de las comparsas al mismo tiempo que echa Ave-Marías, Padre-nuestros acompasados (1), así también únicamente en un Príncipe de nuestra Casa de Austria podía darse la especial combinación de devoción y vida mundana, de firmeza y severidad en la fe y fragilidad ante las tentaciones, de altos pensamientos y propositos en la estimación de sus deberes reales y de desmayos en la manera de cumplirlos con que se nos presenta Felipe IV buscando consuelos privados y Consejos de Estado en una mujer que, si era extraordinaria por sus virtudes de santidad y por los destellos de un entendimiento privilegiado, en cambio poco podía entender en el manejo práctico de un gobierno. Otros Príncipes católicos, como Luis XIV, por ejemplo, cayeron en parecidas confusiones de devoción y devaneos mundanos; pero mientras el Rey Cristianísimo, no obstante su piedad sincera, dejó penetrar la intriga galante en las cuestiones de Estado y permitió alguna vez que se hicieran dueñas de su voluntad las que lo eran de sus placeres; Felipe IV, por el contrario, mantuvo siempre encerrado el galanteo en la alcoba de sus azafatas, y aunque afecciones desordenadas le distrajeran de los deberes cristianos, no fué por esto, sino por flaquezas de indolencia y pereza en la voluntad, por lo que desatendía los cuidados de la realeza. Sor María, á su vez, por su abnegación y desinterés, por el caudal y elevación de su severa doctrina moral, por la austera ejemplaridad de su vida, la rectitud de su juicio y buen sentido práctico en los asuntos graves más ajenos al ha-

(1) Saint Simón, *Memorias*, t. XVIII, pág. 310.

bitual empleo de sus facultades en el cláustro, resulta, como consejera del Monarca, la más hermosa y peregrina figura que registra la historia entre las mujeres que tuvieron acceso en el favor y privanza de algún Príncipe.

Tal vez sea Sor María, entre las que fueron consejeras de Príncipes, la única excepción conocida de aquella sabia regla de conducta práctica que asentaba Richelieu diciendo: «Que así como una mujer perdió al mundo, nada también más propio que este sexo para la ruina de un Estado cuando se apodera de quienes lo gobiernan y los hace instrumentos de su voluntad, siempre mal inclinada por naturaleza. Porque los mejores pensamientos en las mujeres suelen ser casi siempre perniciosos, por acostumbrar ellas á inspirarse en las pasiones que en su entendimiento hacen de ordinario las veces de la razón, mientras que la razón, por el contrario, es el único y verdadero motivo que debe inspirar los pensamientos y las obras de los que cuidan de los intereses públicos. Por grande que sea el dominio de sí propio que tenga un Ministro, es imposible que pueda atender á su cargo con la aplicación debida si no se halla enteramente libre de semejantes obsesiones. Con ellas podrá quizás no faltar á su deber, pero obrará con mucho mayor acierto si las descarta» (1).

Salvo la experiencia política, que consiste en la penetración de los caracteres individuales y de los resortes grandes y pequeños con que se mueve á la humanidad, y en el conocimiento de los complejos organismos sociales, así de la patria como de las demás naciones con quienes se ha de contender en el combate de la existencia, experiencia tan inapreciable como difícil de lograr, y que de la misma manera que la pericia del navegante únicamente se adquiere luchando porfiadamente contra los elementos y las tempestades; salvo esta primordial cualidad de la experiencia, Sor María reunía en alto grado todas las demás que deben adornar al buen consejero de Príncipes. Formada desde la niñez para la clausura y espiritual re-

(1) Richelieu, *Testamento político*, parte segunda, cap. I, sec. V.

traimiento de negocios humanos, aquella gran servidora de Dios no había podido atesorar las útiles experiencias de la vida mundana en sus más modestas esferas, y menos todavía las de los altos puestos del gobierno y dirección de intereses supremos de la paz y de la guerra entre naciones. Pero en cambio, ¡qué maravillosa y comprensiva intuición resplandece en sus cartas para anticiparse á los sucesos, contemporizar con los intereses y las circunstancias, proponer soluciones de práctico empirismo, conjurar los conflictos y apartarse de las sirtes más escondidas! Su carácter y su entendimiento estaban esmaltados de las cualidades más preciosas para la política. Tenía como primer móvil en pensamientos y obras la rígida é inquebrantable rectitud moral que la había llevado á la vida ascética, y poseía también excepcional disposición para la penetración y manejo de todas las cuestiones é intereses, el dón de ver con claridad y rápidamente lo que la inteligencia ordinaria no alcanza sino á costa de un laborioso esfuerzo, condición intelectual sin la cual los hombres más de bien se convierten en funestas inutilidades si intervienen en el gobierno. Además de la rectitud de conciencia y de la capacidad de entendimiento, descubría igualmente exquisito tacto para comprender cuáles son los límites de lo posible en la prática y cuáles los males y vicios que no se extirpan del gobierno humano sin producir daños y menoscabos mayores. Poseía el temple de carácter que ni se engríe con la prosperidad ni se descorazona con los sucesos adversos, y su consejo iba constantemente inclinado al menosprecio de las envidias, odios, calumnias y de todas las tramas miserables con que tropieza el gobernante y por las cuales, ni ha de desmayar su honradez, ni debe retroceder en el camino emprendido para la prosperidad y buen gobierno de la patria. Sentía, en fin, fuertemente el aguijón de los pensamientos levantados y de la gloria ganada en el servicio de Dios y de la patria, cualidades todas sin las cuales el hombre de bien y los entendimientos más superiores y los caracteres mejor templados rara vez producen frutos de provecho en el gobierno. Nadie profesó é inculcó más sinceramente que ella,

como regla de conducta para el gobernante, el no vengar las injurias sino cuando así conviene al Estado; el no consagrarse á los duros trabajos del servicio público por la codicia de recompensas ó de gratitudes terrenales, no debiéndose esperar por ellos en este mundo otro premio que el de la gloria, siempre tardía pero satisfacción única de las almas superiores; el no mirar, en fin, las cumbres del poder sino á manera de verdadero lugar de suplicio, parecido á los cadalsos que levanta la vindicta pública, sin otra diferencia entre el tormento de los buenos gobernantes y el de los reos ordinarios que el padecer éstos su pena por los delitos que perpetraron y aquéllos, por el contrario, en razón de sus méritos y servicios. Y fuera impertinente que dijéramos nada por cuenta propia respecto del desprendimiento personal de aquella eminente mayor después de la admirable descripción que de esto ha trazado el Sr. Silvela en la página más emocionada de su bosquejo histórico: «Consejera de Reyes, consuelo de Princesas en sus tribulaciones, confidente de magnates y cortesanos, visitada en su retiro por privados y Ministros, no tenía, después de cuarenta y dos años de fundado el convento, una alfombra para el altar ni posibilidad para comprarla, y apurada por la necesidad acudía á D. Francisco de Borja pidiendo si había dejado alguna á su muerte la Duquesa de Maqueda, de la que pudiera disponer como testamentario, dándosela por misas ó por algunos oficios. En ocasiones faltaba dinero para traer de comer; le agobiaba una deuda de 6.000 ducados, sin hallar medios de cubrirla, á pesar del anhelo que tenía por dejar algo más desahogado el convento á su muerte, y hasta las colgaduras para las más precisas funciones tenía que tomar prestadas, llegando á los mayores ahogos cuando, forzada por la necesidad, compraba una (1).

Si después de esto recorremos la poblada galería de las que fueron consejeras de Reyes ó gozaron su favor y confianza, aun no fijándonos en aquellas que evocan recuerdos de harém, y deteniéndonos sólo ante las que dominaron por el hechizo que

(1) Francisco Silvela, *Bosquejo histórico* pág. 241.

ejerce la gracia y seducción de una criatura superior, ¡qué superioridad la de María de Ágreda sobre todas ellas! Tomemos, por ejemplo, entre las que subyugaron al gran Rey de Francia aquella que menos le fascinó por los sentidos, «la menos dispuesta para el amor,» según Ninón de Lenclos, y por de contado, la más severa y correcta de cuantas ocuparon un puesto de este género y una de las rarísimas mujeres en quienes el mérito y el agrado dure más que la hermosura. Mad. de Maintenón ostentaba en la Corte de Luis XIV con cierta altanería la modestia, el recato y la rigidez de conducta como consecuencia de principios severos hondamente arraigados en ella, y de los cuales no se departió nunca en las más críticas situaciones de su vida. «Tenía, según ella misma nos expresa, un gran fondo de religión que me impedía hacer nada malo, me apartaba de toda flaqueza y me inducía á odiar cuanto pudiera atraerme desprecio..... No quería ser amada por nadie en particular, quien quiera que fuese; ambicionaba serlo por todo el mundo, hacer pronunciar mi nombre con admiración y respeto, desempeñar el papel de hermoso carácter, y, sobre todo, merecer la aprobación de los hombres de bien: esta era mi idolatría.» Toda su vida se desarrolla consecuente á tales principios, lo mismo cuando por compasión, más que por amor, contrae con ella matrimonio un poeta, sin otra fortuna y merecimiento que los de grotesco bufón, personaje lisiado por la crápula y el carnaval, hasta quedar convertido en informe garabato de todas las miserias humanas, y que pronto la dejó viuda y en el desamparo, como cuando se encumbra á ser la indispensable en el interior de Versalles, la compañera y Egeria del Rey, el paño de lágrimas de los Príncipes y la confidente de toda la familia real. Al lado de Luis XIV se considera como una Esther destinada por la Providencia para la santificación del Monarca. Cree prestar el mayor servicio al Estado cuidando al Rey, distrayéndole honestamente y moralizando su vejez. Seca, austera, insensible y sin pasión, el sacrificio de su persona le parece el primordial entre sus deberes, y permanece durante veintiseis años sin dejar entrever una impresión de pesadumbre ó contra

riedad. Fervorosa y observante en la fe, desde su alto puesto cuida, con preferencia á todo, de los intereses religiosos; ella misma por esto se califica de *procuradora de los Obispos*, y Saint Simón la tilda de *abadesa universal*. Su figura es, pues, de las más correctas y, en lo posible, irreprochables que se han conocido en tan peligroso puesto.

Sin embargo, esta rígida matrona no llegó al encumbramiento sino deslizándose por entre los desfiladeros más arriesgados. Aya de los bastardos del Rey en la Montespán, albergada en dependencia de esta última, y siguiendo, por tanto, paso á paso todas las peripecias de estos amores reales, resulta de improviso que la Montespán y la Fontanges entran en celos por la inclinación que sienten brotar en el corazón real á favor de la modesta aya. Comprenden que al Rey, habituado á amores de torpe sensualidad, Mad. Maintenón «le hace ver un país nuevo,» según la maliciosa frase de Mad. de Sevigné. Irritada la Montespán, le dice un día: «El Rey tiene tres queridas: yo, de nombre; esa moza (la Fontanges), de hecho; y vos, de corazón.» Mad. de Maintenon dejó desatarse sin réplica estas y otras iras; pero la Montespán y le Fontanges quedaron pronto suplantadas, y á los dos años de morir la Reina vino ella á ocupar secretamente el puesto real que quedaba vacante. Todo el tiempo que desempeñó el cargo de guardadora de bastardos menores, mantuvo también con Luis XIV la misma conducta de ambigua y habilidosa modestia que con sus chasqueadas rivales. «Este amo, decía entonces, suele venir alguna vez á mi casa, á pesar mío, y se vuelve sin éxito, pero también sin desaliento. Al despedirse de mí se siente siempre afligido, pero nunca desesperanzado.»

Por muchos velos y explicaciones que de Mad. Maintenón quiera echar sobre esto en sus Memorias, resultará siempre que hubo para ella en aquellas circunstancias una situación equívoca que no rehuyó, y que conllevada durante largos años descubre facilidades inesperadas en un carácter rígido para tolerar en torno suyo costumbres licenciosas, falta de lealtad para con la madre de sus pupilos, y miras de ambición personal, des-

envueltas con singular maestría de habilidad y constancia entre refinamientos de lujuria y modestia, entre la concupiscencia y el sentimiento del deber, y con matices proporcionados de hechizos sensuales y de rígida moral. Más tarde, cuando fué ya en Versalles la majestad clandestina, su táctica consistió, como antes, en hacerse la modesta, la humilde y retraída, en excusarse para visitas y audiencias, aparentar menos de lo que era y podía, demostrar que no tenía instintos ni ambiciones de reina, que su lugar predilecto lo hallaba en el retiro de Saint Cyr más bien que entre los esplendores de la corte, que su vocación, en fin, la llamaba á ser el elemento de consuelo, probidad y buen orden en el seno del hogar doméstico, y no la influencia activa, medianera todopoderosa en los asuntos de gobierno. Pero Saint Simón nos descorre los velos que encubren la máquina habilidosa y sutil puesta en juego por la esposa morganática para tener acción irresistible en materias de gobierno (1). Conocemos las artes con que se apoderó de la voluntad del Rey, los medios taimados y arteros con que supo

(1) «El Rey despacha en la cámara de la Señora; allí cada uno de ellos tiene su butaca y una mesa á derecha é izquierda de la chimenea. Ella, del lado de la cama; el Rey, de espaldas á la pared, junto á la puerta de la antecámara, y con dos banquillos delante de su mesa, uno para el Ministro y otro para la cartera... Durante el despacho, Mad. de Maintenón leía ó bordaba, enterándose de cuanto se trataba entre el Rey y el Ministro, que hablaban en voz alta. Rara vez hacía ella alguna observación, y más rara vez aún revestía su observación alguna importancia. Con frecuencia el Rey le pedía parecer, en cuyo caso su contestación era siempre muy reservada. Jamás descubría deseos de nada, y menos todavía interés por alguien; pero marchaba de acuerdo con el Ministro, quien en entrevista particular con ella no se atrevía á contrariarla, y aun menos á faltarle luégo en su propia presencia en el acto del despacho. En cuanto había que conceder alguna gracia ó proveer algún destino, ella y el Ministro quedaban concertados de antemano; diligencia previa por la cual se retardaba á veces el despacho, sin que ni el Rey ni nadie supiera su causa. El Ministro no se aventuraba á someter gracias y nombramientos á la aprobación real sin que entre las rúbricas y etiquetas de la vida de Palacio hubiera encontrado día y momento oportuno para el previo acuerdo con Mad. de Maintenón. Hecho esto, el Ministro proponía y presentaba una lista. Si por casualidad el Rey se fijaba en el patrocinado por Mad. de Maintenón, el asunto quedaba ultimado sin más trámites. Pero si el Rey se fijaba en otro, el Secretario del despacho proponía al instan-

beneficiar la buena fe y confianza del Monarca y enaltecer á sus hechuras. Sabemos de qué manera, siempre que pudo, antepuso á toda mira de gobierno sus intereses personales y los de sus allegados, y cómo, por último, las obras en apariencia más meritorias emprendidas por ella, v. gr., la creación de Saint Cyr y la misma represión severa contra jansenistas y quietistas, obedecieron en primer término á fines de utilitarismo personal.

No puede negarse en Mad. de Maintenón cierta rectitud de conciencia, habilidad excepcional y rara capacidad de entendimiento; pero cuanndo y muy frecuentemente que así convino para algún provecho inmediato, aquella rectitud tomó dobleces y apariencias que es difícil excusar el casuismo más sutil. Y en cuanto á la habilidad y entendimiento, tampoco acreditó en ninguna ocasión que supiera desplegarla para otros usos que para su interior doméstico y para derramar el agrado de su persona en el trato de sociedad. En esto veía claro y pe-

te un examen de los merecimientos y servicios de los demás incluídos en lista y dejaba que el Rey hiciera sobre el particular sus observaciones, á fin de tener oportunidad de ir procediendo de este modo por exclusión. Rara vez proponía expresamente aquel en quien se había fijado, pero siempre varios á la vez, con objeto de poner al Rey en dudas de elección. Entonces el Rey le pedía parecer, de nuevo se analizaban los merecimientos de unos y otros, y en su vista el Ministro apoyaba por último al candidato suyo. Casi siempre el Rey vacilaba y consultaba á Mad. de Maintenón. Esta sonreía, hacía la incapaz, articulaba una indicación sobre algún otro, pero volvía luégo en favor del apoyado por el Ministro, resolviendo así decisivamente. De esta manera, las tres cuartas partes de las gracias y nombramientos reales, y las tres cuartas partes también de cuanto despachaban los Ministros en aquella cámara, se resolvía á medida de los deseos de Mad. de Maintenón.

»En los negocios de Estado, si Mad. de Maintenón se interesaba en su favorable despacho ó en que cambiaran de giro, lo cual ocurría mucho más raramente que en materia de gracias y empleos, se valía de iguales procedimientos de valor entendido con los Ministros. Por estos detalles se ve que esta hábil mujer hacía casi todo lo que se proponía, pero no todo ni en el tiempo y modo que ella lo deseaba.» A continuación describe Saint Simón, con igual copia de gráficos pormenores, cuáles eran las artes de madama de Maintenón para enaltecer ó desautorizar á los Ministros en la estimación del Rey.—Saint Simón, *Memorias*, tomo VIII, cap. XII.

netró sagazmente, pero su vista no se extendió jamás por horizontes más dilatados. Así es que cuando el Monarca, por la decrepitud de los años, perdió las principales facultades de Rey, de las cuales había dado tan esplendorosas muestras en los mejores tiempos de su reinado, y no atinó ya á resolver los problemas de gobierno sino á tenor de las influencias que tenía más inmediatas, ó ajustándose á la pauta que le daban los secretarios de su despacho, Europa vió con asombro que el gran Monarca incurría en las más inconcebibles torpezas, y que estas faltas las consentía indiferente ó las aprobaba, si no las inspiraba, la mujer que se había encumbrado al lado suyo con una aureola de habilidad consumada, rectitud proverbial de juicio y dignidad de carácter inflexible.

Como se ve, aunque las cualidades nativas del carácter y del entendimiento constituyan de suyo una superioridad inmensa de nuestra Sor María sobre la más respetable entre las que lograron influencia en el ánimo del mayor Rey de Francia, lo que sobre todo coloca á la venerable abadesa de Ágreda á altura incomparable, es el desprendimiento heróico de cuanto pudiera convenir á sus provechos terrenales, el vigor en los arranques morales, la elevación en aspiraciones y pensamientos, que únicamente podían brotar en medio del fecundo ambiente producido en nuestra patria por la fe religiosa.

Fuera del mayor interés un estudio comparativo entre el epistolario de una y otra mujer. Con semejante trabajo crítico se pondrían, á no dudar, en relieve de la manera más patente las diferencias capitales que median entre los móviles, la piedad, el sentimiento y el juicio de una y otra. Las cartas de Mad. de Maintenón son reflexivas; por entre la sencillez de su estilo brotan como cualidades dominantes unidas al ingenio propio de raza, un juicio sereno y las manifestaciones de un carácter serio y circunspecto; pero carecen de animación, y el movimiento y expansión de los afectos pasionales aparecen en ellas completamente eliminados. Con sangre fría y altivez de carácter rayana en indiferencia, refiere las peripecias de su vida y los sucesos más importantes en que interviene. Tras de

su lectura queda el ánimo perplejo acerca de si amó en verdad al Rey, á sus amigos, á sus parientes, á su Saint Cyr, á su Mad. de Caylus. Sin sentimientos, sin calor de alma, contempla desilusionada todas las cosas y aprecia á modo pesimista los accidentes de la vida y hasta el propio puesto que ocupa. Estóica, dulce, inclinada siempre á insinuarse por la modestia y envuelta en grande satisfacción de sí misma, toda la corrección de su carácter se refleja en su estilo conciso, claro, correcto, desprovisto de toda gala, que es como un hielo trasparente, al través de cuyo cristal se contemplan sin sombras las ideas y reciben mayor luz los razonamientos. Otra mujer ilustre de la siguiente centuria, juez de los más expertos en la materia, decía, con razón, que «la lectura de estas cartas le dejaba un gran concepto del entendimiento que las dictó, poca estima de su corazón, ninguna afición hacia su persona.»

Las cartas de Sor María de Agreda, por el contrario, son expansiones continuas de dolores y esperanzas, de consuelos y tristezas; se identifica y apasiona con todo lo que interesa al Rey y á la patria. En ella desborda el corazón para levantar el espíritu del Príncipe, regenerar su vida, prodigarle consuelos, fortalecerle en la fe de sus deberes de hombre y de Rey y darle alientos para cumplirlos. Si alguna impresión de monotonía produce por momentos la lectura de su epistalario, es debida principalmente á la repetición de las mismas doctrinas morales y religiosas que sus ardorosos sentimientos le inducen á reproducir con constancia para inculcarlas más hondamente en el ánimo real. Ella, tan vivamente poseída del sentido religioso, que da á todos los actos é intereses de la vida individual y social el carácter relativo y secundario que les corresponde, en consideración al fin último, pudo, más bien que Mad. de Maintenón, incurrir en los excesos de contemplar sin ilusiones y afectos todos los accidentes de la existencia; pero, sin embargo, pocas criaturas habrán expresado tan emocionadamente las impresiones de alegría ó afección producidas en el ánimo por la trama y peripecia de las causas segundas que obran en los destinos de las sociedades.

Dejamos para plumas más competentes semejante paralelo, que nos obligaría á nosotros á extendernos en un orden de consideraciones diferente del que nos hemos propuesto para el presente estudio, ya de suyo sobrado largo, y al que vamos á poner remate con alguna observación acerca de las doctrinas políticas que encierran las cartas de Sor María de Ágreda, en lo relativo á la privanza de los Príncipes y al concepto de la soberanía representada por el poder real.

**Joaquín Sánchez de Toca.**

*(Concluirá.)*

# EL PROGRESO Y EL PAUPERISMO [1]

## LEY DEL PROGRESO HUMANO

> Lo que es en mí oscuro, ilumínalo; lo que es bajo, eleva y sostén, para que en la elevación de este grande argumento pueda yo aseverar la eterna Providencia y justificar los caminos de Dios para el hombre.
>
> MILTON.

### I

**Teoría corriente del progreso humano.—Su insuficiencia.**

Si las conclusiones á que hemos llegado en nuestra anterior exposición (2) son correctas, quedarán comprendidas bajo una más extensa generalización.

Comencemos, por lo tanto, de nuevo nuestra investigación, partiendo de un más alto fundamento, desde el cual dominaremos más extenso horizonte.

(1) M. Alfred Fouillée, en su obra titulada *La propiété sociale et la democratie*, dice: «M. George, de San Francisco, en donde ha vivido treinta años, ha venido á Londres con objeto de dar Conferencias para sostener su teoría. Ha publicado en Inglaterra una edición popular de su libro, que se distribuye por millares de ejemplares.»

(2) Primera parte de la obra, en la cual hace un desarrollo más extenso y menos elevadode sus doctrinas económicas.

*¿Cuál es la ley del progreso humano?*—Esta es cuestión que, á no preceder lo que llevamos expuesto, dudaría yo revisar en el breve espacio que puedo ahora dedicarle, porque directa ó indirectamente envuelve algunos de los más altos problemas que puede proponerse el espíritu humano. Pero esta es cuestión que naturalmente surge. Las conclusiones á que hemos llegado, ¿son ó no consistentes con la gran ley que rige el desenvolvimiento humano?

¿Cuál es esta ley?—Nosotros debemos encontrar contestación á nuestra pregunta; pues la corriente filosófica, aunque claramente reconoce la existencia de esta ley, no da de ella cuenta más satisfactoria que la economía política corriente, de la persistencia de la indigencia en medio de la progresiva riqueza.

Conservemos hasta donde nos sea posible la firme base de los hechos.

Si el hombre fué ó no gradualmente desenvuelto de un animal, es asunto que no necesitamos investigar. No obstante, puede ser íntima la conexión entre las cuestiones que se refieren al hombre tal como le conocemos y las que se refieren á su génesis; la luz sólo puede exparcirse de las primeras sobre las segundas. La inducción no puede proceder de lo desconocido á lo conocido. Sólo de los hechos de que somos conscientes podemos inferir lo que ha precedido al conocimiento.

No obstante, el hombre puede haberse originado precisamente tal como puede encontrársele ahora. No hay reminiscencia ó vestigio de él en una condición inferior á aquella en que puedan encontrarse ahora los salvajes. Sea el que fuere el puente por donde ha salvado el ancho espacio que le separa de los brutos, no ha quedado de él señal alguna. Entre los inferiores salvajes que conocemos y los animales superiores, hay una diferencia irreconciliable; diferencia no meramente de grados, sino de especies enteras. Muchos de los caracteres del hombre, de sus acciones y emociones, son manifestados por los animales inferiores; pero al hombre, sea cualquiera su inferioridad en la escala humana, nunca se le ha encontrado desti-

tuído de una condición de que ningún animal muestra el más leve vestigio, un algo claramente cognoscible, pero casi indefinible, que le da el poder de perfeccionamiento, que le hace el animal progresivo.

El castor construye un dique, y el ave un nido, y la abeja un alvéolo; pero mientras el dique del castor, y el nido del ave y la celda de la abeja se construyen siempre según un mismo patrón, la vivienda del hombre pasa de la ruda cabaña de hojas y ramas á la magnífica mansión repleta de las modernas comodidades. El perro puede unir, hasta cierta extensión, la causa con el efecto, y puede aprender algunos amaños y habilidades; pero su capacidad, bajo este respecto, no se ha aumentado en un ápice durante las edades que ha sido el asociado del perfectible hombre, y el perro de la civilización no es en nada más perfecto ó inteligente que el perro de los salvajes nómadas. No sabemos de ningún otro animal que use trajes, condimente sus alimentos, se haga herramientas ó armas, alimente á otros animales que desee comer, ó que tenga un lenguaje articulado. Pero no se encontraron ni se oyó hablar nunca, sino en la fábula, de hombres que no hiciesen tales cosas; esto es, el hombre, donde quiera que le encontremos, muestra el poder de suplir lo que la naturaleza ha hecho para él, con lo que él hace para sí mismo; y en realidad, es tan inferior el modo como está dotado físicamente el hombre, que no hay parte alguna del globo, salvo quizás alguna pequeña isla de la Oceanía, donde sin esta facultad hubiera él mantenido su existencia.

El hombre, donde quiera y en todo tiempo ha mostrado esta facultad; donde quiera y en todos los tiempos de que hemos tenido conocimiento, él ha hecho algún uso de esta aptitud. Pero los grados en que esto ha tenido lugar varían progresivamente. Entre la ruda canoa y el vapor, entre el *boomerang* (arma arrojadiza de los austrolasios) y el fusil de repetición, entre el ídolo toscamente esculpido y el animado mármol del arte griego, entre el conocimiento salvaje y la moderna ciencia, entre el salvaje indio y el colono blanco, entre la mujer hotentote y la bella sociedad elegante, hay una enorme diferencia.

Los diversos grados en que es ejercida esta facultad no pueden ser referidos á diferencia en la capacidad original; los pueblos más adelantados de nuestros días han sido salvajes dentro de la época histórica, y encontramos las más amplias diferencias entre pueblos de la misma estirpe. Tampoco puede atribuirse á diferencia en el medio físico de que estén rodeados; la cuna de las ciencias y las artes está ahora ocupada por bárbaros, y en pocos años se levantan grandes ciudades en las selvas donde cazaban las tribus salvajes. Todas estas diferencias están evidentemente en relación con el desarrollo social. Más allá de los rudimentos mismos, sólo se hace posible al hombre el perfeccionamiento mientras vive con sus semejantes. Todos estos perfeccionamientos, estando en el poder y condición del hombre, los reasumimos en el término *civilización*. Los hombres adelantan á medida que se hacen civilizados ó aprenden á cooperar en la sociedad.

¿Cuál es la ley del perfeccionamiento?; ¿Por qué principio común podemos explicar las diferentes etapas de civilización alcanzadas por diferentes sociedades?; ¿En qué consiste esencialmente el progreso de la civilización, de tal modo que podamos decir al variar de disposición la sociedad, esto la favorece y aquello no; ó explicar por qué una institución ó condición que puede en un cierto tiempo hacerla avanzar, puede retardarla en otro?

La creencia dominante ahora es que el progreso de la civilización es un desarrollo ó evolución en que es aumentado el poder del hombre y sus cualidades perfeccionadas por la operación de causas semejantes á aquellas que se relacionan con la explicación del génesis de las especies, por ejemplo, la supervivencia del más apto y la trasmisión hereditaria de cualidades adquiridas.

La civilización es una evolución, esto es, en el lenguaje de erbert Spencer, «el progreso de una indefinida incoherente mogeneidad, á una definida coherente heterogeneidad; esto , sin duda; pero decir esto no es desarrollar ó identificar s causas que le impulsan ó retardan. No podré yo decir hasta

dónde, propiamente entendido, puede incluir todas estas causas la rápida generalización de Spencer, que pretende dar cuenta de todos los fenómenos con los términos materia y fuerza; pero como exposición científica y desarrollo filosófico, ó no ha encontrado aún definitivamente la cuestión, ó ha dado nacimiento, ó más bien coherencia á una opinión que no está de acuerdo con los hechos.

La explicación vulgar del progreso creo yo que es muy semejante á las miras que naturalmente tendrá el fabricante de moneda respecto á las causas de la desigual distribución de la riqueza. Su teoría, si la tuviese, sería que tiene que fabricar gran cantidad de moneda, operación que se realizará por aquellos que tengan voluntad y habilidad para ello, y que es la ignorancia, la indolencia ó la extravagancia lo que hace desigual la repartición de aquellas monedas. Y así la explicación común de las diferencias de civilización es la diferencia de capacidades. Las razas civilizadas son las superiores, y el adelanto en la civilización es según la superioridad; de este modo eran atribuídas las victorias inglesas, por la opinión común de Inglaterra, á la superioridad natural de los ingleses sobre los franceses *frog-eating* (comedores de ranas); y el Gobierno popular, la activa inventiva y la mayor comodidad que por término medio se disfruta, son debidas, según la opinión común de América, á la mayor agudeza y vigor de la nación yankée.

Las doctrinas político-económicas que desaprobamos anteriormente al hablar de ellas en el principio de esta investigación, armonizan con la opinión común de los hombres que ven al capitalista pagar el salario y á la competencia reduciéndole; precisamente de igual modo que la teoría de Malthus se armonizaba con las existentes preocupaciones, tanto de los ricos como de los pobres, así también la explicación del progreso como un perfeccionamiento gradual de la raza está de acuerdo con la opinión vulgar que refiere á diferencias de raza las diferencias de civilización. Se ha dado coherencia y fórmula científica á opiniones que ya prevalecían. Su admirable propagación, que desde los tiempos de Darwin extremeció el mundo

con su obra *Origen de las especies*, no ha sido tanto una conquista como una asimilación.

La mira que al presente domina en el mundo del pensamiento es: que la lucha por la existencia, precisamente en la proporción en que aumenta su intensidad, impele al hombre á nuevos esfuerzos é invenciones. Que este perfeccionamiento y capacidad para el perfeccionamiento está fijado por la trasmisión hereditaria y propagado por la tendencia de los individuos mejor adaptados ó más perfectos, á sobrevivir y propagarse entre los demás individuos, y por la de las tribus, naciones ó razas, á sobrevivir en el esfuerzo de emulación entre el agregado social. Esta teoría de las diferencias entre el hombre y los animales, y las que median en el relativo progreso de los hombres, son explicadas ahora como confidencialmente, pero de un modo tan general como poco antes hemos visto eran explicadas en la teoría de la creación especial y de la intervención divina.

El triunfo político de esta teoría es una especie de fatalismo lleno de esperanza, de que está llena la literatura corriente (1). En este respecto, el progreso es el resultado de fuerzas que obran lenta y constantemente inexorables é insensibles á la elevación del hombre. La guerra, la esclavitud, la tiranía, la superstición, el hambre y la peste, la indigencia y la miseria, que se ceban enconadamente en la moderna civilización, son las causas impelentes que estimulan al hombre, eliminando los

(1) Esto podrá verse mejor en la forma semi-científica ó popularizada, por presentarse en expresión más franca, tal como acontece en la obra *The Martyrdon of Man*, de Winwood Read, escritor de singular vivacidad y poder. Este libro es, en realidad, una historia del progreso, ó más bien, una monografía de sus causas y métodos, y recompensará su lectura por las vivas pinturas que en él se encuentran, sea cual fuere el juicio que se forme de la capacidad del autor para la generalización filosófica. La relación que exista entre el objeto de la obra y su título, puede apreciarse por la conclusión: «Yo doy á la Historia universal un título extraño, pero cierto: «Martirologio del hombre.» En cada generación la raza humana ha sido torturada, para que sus hijos puedan aprovecharse de estos tormentos. Nuestra propia prosperidad se encuentra en las agonías del pasado. Por consiguiente, ¿será injusto que nosotros suframos también en beneficio de aquellos que están por venir?»

tipos más deficientes y propagando los más elevados; la trasmisión hereditaria es el poder que impulsa y determina el adelanto; los progresos pasados hicieron la base para los nuevos. El individuo es el resultado de cambios impresos de este modo y perpetuados á través de larga serie de individuos pasados, y la organización social toma su forma de los individuos de que está compuesta. De este modo, como afirma Herbert Spencer (1), «es radical hasta un punto que excede á todo lo que el corriente radicalismo concibe;» en cuanto concierne á los cambios en la misma naturaleza del hombre, es al mismo tiempo «conservador hasta un grado ulterior á lo concebido por el sistema conservador corriente,» en tanto cuanto impida que cambio alguno pueda aprovechar, sobre aquellas transiciones lentas que experimenta la naturaleza del hombre. Los filósofos podrán enseñar que esto no disminuye el deber de que se intente reformar abusos, precisamente de igual modo que los teólogos enseñaban que la predestinación insistía en el deber de todo esfuerzo por la salvación; pero como se ha aprendido generalmente, su resultado es el fatalismo: «Hagamos lo que hagamos, los molinos de los dioses continúan moliendo descuidados, tanto de nuestra ayuda como de nuestros impedimentos.» Hice referencia á esto sólo para ilustrar lo que yo he tomado como opinión que ahora se va extendiendo rápidamente y que penetra los espíritus comunes, y de ningún modo porque sea permitido desviación alguna de la inteligencia en la investigación de la verdad, por considerar el efecto á que nos conduce. Yo considero que las corrientes miras acerca de la civilización, son que ésta es el resultado de fuerzas que, operando en la vía indicada, cambian el carácter y perfeccionan y elevan los poderes del hombre; que la diferencia entre el hombre civilizado y el salvaje es una larga educación de raza, que ha llegado á ser permanentemente fijada en la organización mental; y que este perfeccionamiento tiende á progresar acrecentándose á una civilización más y más elevada. Hemos llegado á un punto

(1) *The Study of Sociology:* conclusión.

tal, que el progreso parece sernos natural, y miramos adelante confiados en mayores acabamientos de la venidera generación; algunos aún sostienen que el progreso de las ciencias dará, finalmente, al hombre la inmortalidad, y le hará capaz de recorrer corporalmente, no sólo los planetas, sino también las estrellas fijas, y al fin el de fabricar por sí mismo soles y sistemas planetarios (1). Pero sin remontarnos á las estrellas, el momento que en esta teoría de la progresión nos parece tan natural á nosotros, que vivimos en el seno de una civilización progresiva, se refiere alrededor del mundo y va al encuentro de un hecho enorme: las fijas, petrificadas civilizaciones. Al presente, la mayoría de la raza humana no tiene idea del progreso; esta misma mayoría mira en la actualidad (como há pocas generaciones miraban nuestros antepasados) al pasado como el tiempo de la perfección humana. La diferencia entre el hombre salvaje y el civilizado puede explicarse por la teoría de que el primero ha sido hasta aquí tan imperfectamente desenvuelto, que su progreso se hace difícilmente sensible; pero con la teoría de que el progreso humano es el resultado de causas generales y continuas, ¿cómo explicaremos civilizaciones que llegaron tan lejos en su progreso y luégo se estancaron? No puede decirse respecto al indio y al chino que nuestra superioridad es el resultado de una educación más larga; que nosotros somos los hombres adultos de la naturaleza, mientras ellos son los niños. Los indios y los chinos eran civilizados cuando nosotros éramos salvajes. Ellos tenían grandes ciudades, gobiernos poderosos y altamente organizados, literatura, filosofía, maneras corteses, considerable división del trabajo, extenso comercio, artes perfeccionadas, cuando nuestros antepasados eran bárbaros errantes que vivían en chozas y tiendas de pieles, ni un ápice más adelantados que los indios americanos. Mientras nosotros hemos avanzado del estado salvaje á la civilización del siglo XIX, ellos han permanecido estacionarios. Si el progreso es el resul-

(1) Winwood Read, *The Mortyrdon of Man* (Martirologio del hombre).

tado de leyes fijas, inevitables y eternas, que impelen al hombre hacia adelante, ¿cómo explicaremos esto?

Uno de los mejores expositores populares del desarrollo filosófico, Walter Bagehot (Física y Política, *Physics and Politics)*, admite la fueza de esta objeción é intenta explicarla por este camino. La primera cosa necesaria para civilizar al hombre es domarle, inducirle á vivir en asociación con sus semejantes, en subordinación á la ley; y de aquí nace un cuerpo ó agregado de leyes, siendo intensificado y extendido por la selección natural, puesto que la tribu ó nación así conjunta tiene una ventaja sobre las que no lo están. Que este agregado de costumbres y leyes se hace, finalmente, demasiado rígido y duro para permitir ulterior progreso, y sólo puede avanzar cuando ocurren circunstancias que introducen discusión y duda en convicciones anteriores, y de este modo tiene lugar la libertad y movilidad necesarias al perfeccionamiento.

Esta explicación que ofrece M. Bagehot, con algunos recelos, como él dice, es á expensas de la teoría general. No es de gran importancia hablar de ella, pues ciertamente no explica los hechos. La tendencia al endurecimiento de que habla M. Bagehot, debía mostrarse en el primer período de desarrollo, y sus elucidaciones sobre el particular están casi todas tomadas de la vida salvaje ó semisalvaje. Estas civilizaciones detenidas en su curso, habían recorrido una gran distancia antes de paralizarse. Debe haber existido un tiempo en que ellas estaban bastante avanzadas comparadas con el estado salvaje, y en el que, sin embargo, tuviesen plasticidad, libertad y movimiento progresivo. Estas civilizaciones paralizadas se detuvieron en un grado que difícilmente las hacía inferiores en algunos puntos y en muchos respectos superiores á la civiliación europea del siglo x, é indudablemente las hacía superiores al xv.

A partir de este punto debió haber tenido lugar la controversia, cuyos resultados fueron una nueva y mental actividad en todas las esferas de acción de la inteligencia. Tuvieron arquitectos que necesariamente, por una serie de innovaciones ó perfeccionamientos elevaron el arte de construir á un muy alto

grado de adelanto; constructores navales que por el mismo medio, con innovaciones graduales, produjeron finalmente tan buenos barcos como los navíos de guerra de Enrique VIII; inventores que sólo se detuvieron en el límite de nuestros más importantes adelantos, y de muchos de los cuales aún podemos aprender; ingenieros que construyeron grandes obras de riego y canales navegables; escuelas filosóficas rivales y conflictos de ideas religiosas. En la India surgió una gran religión semejante en muchos puntos al Cristianismo, desalojó la antigua, pasó á la China convirtiendo á su creencia aquel país, siendo á su vez desalojada de su antiguo asiento, precisamente como lo fué el Cristianismo de su antigua residencia. Hubo vida social y activa mucho tiempo después que el hombre aprendiese á vivir en sociedad. Y además, la India y la China han recibido sus impulsos de la nueva vida de razas conquistadoras, con diferentes costumbres y modos de pensar.

La más fija y petrificada de todas las civilizaciones de que conocemos algo fué la de Egipto, donde el arte mismo tomó finalmente una forma convencional é inflexible. Pero conocemos que detrás de esto debe haber tenido un tiempo de vida y vigor, de una civilización desarrollada con expansión y mayor frescura, tal como la nuestra es ahora, ó las artes y las ciencias no hubieran alcanzado nunca tal grado de elevación. Recientes escavaciones han presentado á la luz, debajo de lo que conocíamos anteriormente por el antiguo Egipto, un Egipto anterior en estatuas y esculturas, que en vez de un tipo duro y formal, irradian vida, luz y expresión, que muestran un arte esforzado, ardiente, natural y libre, seguro indicio de una vida activa y expansiva. Así debió haber ocurrido en un tiempo con las civilizaciones ahora no progresivas.

Pero no son ciertamente estas civilizaciones paralizadas las que deja de comprender la teoría corriente. No es sólo que el hombre haya llegado tan lejos por el camino del progreso y luégo se haya detenido; es que el hombre ha llegado lejos por el camino del progreso y después ha retrocedido. No es meramente un caso aislado el que así comprueba la teoría: es la re-

gla universal. Cada civilización que haya visto el mundo en cualquiera época, tiene sus periodos de vigoroso crecimiento, de paralización y de estancamiento, su declinación y su caida. De todas las civilizaciones que han surgido y florecido, sólo restan hoy las que se han paralizado, y la nuestra, que aún no es tan antigua como eran las Pirámides cuando las contempló Abrahám, pues detrás de las Pirámides se recordaban veinte siglos de historia.

Es indudablemente cierto que nuestra civilización tiene una base más ancha, es de un tipo más avanzado, de movimiento más vivo y de vuelo más elevado que ninguna otra civilización precedente; pero atendiendo á esto, difícilmente está más adelantada respecto á la civilización greco-romana de lo que ésta lo estaba respecto á las civilizaciones asiáticas; y si así fuese, esto no probaría nada en lo referente á su permanencia y futuro adelantamiento, á menos que no se probase que es superior en todo aquello que causó la última defección de sus predecesoras. La teoría corriente no pretende esto.

Seguramente que nada hay más lejos de la explicación de los hechos de la historia universal que esta teoría de que la civilización es el resultado del curso de la selección natural que opera el adelanto y eleva el poder del hombre. El que la civilización se haya levantado en diferentes tiempos, en distintos lugares, y progresado en distintas proporciones, no es incompatible con esta teoría, pues esto debiera resultar de la desigual oscilación de las fuerzas impelente y resistente; pero el que el progreso, donde quiera que comience (pues aun entre las tribus más inferiores se considera que ha habido algún progreso), no haya sido en lugar alguno continuo, sino que donde quiera ha venido á una paralización ó retrocesión, sí es absolutamente incompatible. Pues si el progreso opera la fijación de un perfeccionamiento en la naturaleza humana y produce así ulterior progreso, aunque pueda haber casuales interrupciones, no obstante, la regla general debería ser que el progreso existiese continuo, el adelanto debería conducir al adelanto y la civilización debería ser desenvuelta en otra civilización más elevada.

No sólo la regla general, sino la *universal* es el reverso de esto. La tierra es la tumba de los imperios muertos, no menos que de los hombres muertos. En lugar de adelantar la cultura los hombres aptos para un mayor progreso, todas las civilizaciones, que eran en su tiempo tan vigorosas y progresivas como la nuestra es al presente, han venido por sí mismas á detenerse. Las artes han declinado gradualmente, la instrucción se ha hundido, el poder desvanecido, la población se ha dispersado, y del pueblo que ha edificado grandes templos y poderosas ciudades, desviado el curso de los ríos, atravesado montañas, cultivado la tierra como un jardín é introducido los mayores refinamientos en los actos más pequeños de la vida, ha quedado sólo un resto de escuálidos bárbaros, que han perdido hasta la memoria de lo que fueron sus antepasados y han considerado los fragmentos que han sobrevivido de su grandeza como obra de genios ó de la poderosa raza antidiluviana. Tan evidente es esto, que cuando pensamos en el pasado surge en nuestra mente la inexorable ley, de la cual no podemos creernos más exentos que el vigoroso joven que siente el calor de la vida en todos sus miembros destinados á la disolución, que es el destino final de todo. «Aun para tí también, ¡oh Roma! debe ser esta un dia la suerte fatal.» Escipión lloró un día sobre las ruinas de Cartago, y Macauley nos hace imaginar un nuevo zelandés, que en las edades futuras meditará sobre un arco roto del puente de Londres; sus compatriotas han visto levantarse ciudades en Nueva Zelanda y han ayudado á echar los fundamentos de un nuevo imperio.

Asimismo, cuando erigimos un edificio público, hacemos un hueco en su mayor piedra angular y colocamos en él algunos recuerdos de nuestros dias, mirando adelante, al tiempo en que nuestra obra se reduzca á ruinas y nosotros mismos seamos olvidados.

Pero tenga ó no lugar esta alternada elevación y destrucción de la civilización, sea ó no esta retrocesión que siempre sigue al progreso, el movimiento rítmico de una línea ascendente (y yo pienso, aunque no quiero abrir cuestión con esto,

que sería mucho más difícil de lo que generalmente se supone probar la afirmativa) no constituye diferencia, pues la teoría corriente queda en ambos casos refutada. Han muerto civilizaciones que no han dejado señal de su paso, y el progreso, penosamente conseguido, se perdió eternamente para la raza que le conquistara; pero si se admite que cada oleada del progreso ha hecho posible otra oleada mayor, y cada civilización ha pasado su antorcha á manos de otra civilización mayor, la teoría de que la cultura avanza por los cambios operados en la naturaleza del hombre, son defectuosos para explicar los hechos; pues en todo caso no ha sido la raza la que fué educada y hereditariamente modificada por la antigua civilización, sino una nueva raza que ha venido de un nivel inferior. Los bárbaros de una época son los que han constituído los hombres civilizados de la siguiente, para ser á su vez sucedidos por nuevos bárbaros. Pues antiguamente ha sido el hecho constante que los hombres bajo el influjo de la civilización, aunque al principio han sido perfeccionados, después han degenerado. El hombre civilizado de hoy es en sumo grado superior al incivilizado; pero éste mismo ha tenido lugar en el tiempo del vigor de todas las civilizaciones muertas. Pero hay cosas, como los vicios, las corrupciones, las enervaciones de la civilización en la antigüedad, que pasado cierto punto se han mostrado por sí mismos. Toda civilización que ha sido abatida por los bárbaros, ha perecido realmente por decaimiento íntimo.

Este hecho universal, al momento que es reconocido tiene de su parte la teoría de que el progreso es trasmitido hereditariamente. Examinando la historia del mundo, vemos que la línea de mayor adelanto no coincide por algún espacio de tiempo con línea alguna hereditaria. En algunas líneas particulares hereditarias parece que la herencia sigue siempre al progreso.

Diremos nosotros, por lo tanto, que hay una vida nacional y de raza, como hay una vida individual, que todo agregado social tiene como una cierta suma de energía, cuyo gasto hace necesario el decaimiento. Esta es una idea antigua y ampliamente difundida, pero á la que se da mucha extensión y que

puede verse constantemente cosechada de un modo incongruente en los escritos de los expositores del desarrollo filosófico. No veo ciertamente por qué no pueda ser establecida esta cuestión en los términos de materia y de movimiento, quedando así claramente comprendida en las generalizaciones de la evolución. Pues considerando á sus individuos como átomos, el crecimiento de la sociedad es «una integración de materia y concomitante disposición de movimiento, durante la cual la materia pasa, de una indefinida incoherente homogeneidad, á una definida coherente peterogeneidad, y en toda esa misma duración el movimiento retenido sufre una trasformación paralela» (1). De este modo podrán obtenerse analogías entre la vida de una sociedad y la de un sistema solar, según la hipótesis de las nebulosas. Así como el calor y la luz del sol son producidos por la agregación de átomos que desenvuelven el movimiento, el cual cesa finalmente cuando los átomos á la larga vienen á un estado de equilibrio ó reposo, y sucede un estado de inamovilidad, que sólo puede ser interrumpido de nuevo por la introducción de fuerzas que invierten el proceso de la evolución, integrando el movimiento y disipando la materia en forma de gas, que desenvuelve el movimiento por su condensación, así puede decirse que la agregación de individuos en una comunidad social desenvuelve una fuerza que produce la luz y el calor de la civilización; pero cuando cesa este proceso y los individuos componentes son conducidos á un estado de equilibrio, asumiéndose su lugar fijo, se sigue la petrificación; y la expansión y difusión causadas por una irrupción de bárbaros, es necesaria para volver á empezar el proceso y nuevo crecimiento de la civilización.

Pero las analogías son el modo más peligroso del pensamiento. Ellas pueden coordinar semejanzas, y, sin embargo, disfrazar ú ocultar la verdad. Todas estas analogías son superficiales, pues reproduciéndose los miembros sociales de un modo constante en todo el fresco vigor de la infancia, no puede

(1) Definición de la evolución de Herl ert Spencer, *Primeros Principios*, pág. 396.

envejecer una sociedad como lo hace el hombre, por decaimiento de sus facultades. Mientras que las fuerzas agregadas del individuo deben ser la suma de las fuerzas de sus componentes individuales, una comunidad no puede perder el poder vital á menos que no disminuyan las fuerzas vitales de sus componentes.

Sin embargo, en ambas comunes analogias, que asemejan el poder vivo de una nación al de un individuo, y en la que anteriormente he supuesto, se nos presenta el reconocimiento de una verdad óbvia: que el obstáculo que finalmente ocasiona el que el progreso haga un alto en su marcha, es originado por el curso mismo del progreso; que lo que ha destruído toda anterior civilización, han sido las condiciones producidas por el crecimiento de la civilización misma.

Esta es una verdad ignorada por la filosofía corriente, y origen de grandes consecuencias. Toda teoría válida del progreso humano debe responder de ella.

**Francisco Molina Salmerón.**

*(Concluirá)*

# EL MUNDO SOLAR [1]

## II

Bosquejado el Sol y sus principales peculiaridades físicas, y descritos los fenómenos más notables de esa eterna hoguera, tracemos ahora el cuadro grandioso del sistema planetario, de este grupo gigantesco de mundos, del cual forma parte nuestro globo.

De tres siglos á esta parte la Astronomía ha ensanchado extraordinariamente los dominios de nuestro sistema, antes limitados por la ignorancia y por la estrechez de miras de los observadores.

En este período de tiempo el hombre, por el libre ejercicio del pensamiento, ha revelado muchos secretos de la Naturaleza, ha descubierto sus leyes, ha sometido á la experimentación y al análisis las fuerzas que actúan y sostienen á nuestro sistema planetario, y ha determinado, en fin, la estructura uranográfica del mismo, el movimiento de que está animado y la inmensa extensión que ocupa en lo infinito.

Merced á estos adelantos, conocemos hoy la organización de nuestro sistema solar con tanta exactitud como conocemos la configuración geográfica de España; y con tanta precisión sabemos las distancias que median entre los astros que lo com-

(1) Véase la REVISTA de 25 de Octubre.

ponen y el Sol, como las que separan á Madrid de las 48 provincias restantes de nuestra patria.

Negar estos resultados positivos, obtenidos á fuerza de profundos estudios y de titánicos trabajos hechos por hombres eminentes, sería lo mismo que negar que la luz existe; pues aunque la ignorancia rechaza todos los hechos sin conocerlos y sin estudiarlos, y considera absurdo y fantástico lo que está fuera de sus limitados alcances, el triunfo de la ciencia astronómica que hemos consignado es una verdad que no admite réplica, como fundado que está en la certeza infalible de los principios matemáticos y en rigurosos métodos de investigación analítica.

El estudio de esta república celeste es de gran interés para nosotros, no sólo porque á ella pertenecemos, sino por la relación que existe entre esta asociación de mundos y resto del Universo.

El número de planetas que arrastra el Sol por los cielos en su movimiento de traslación es hoy muy considerable, y están divididos en tres grupos distintos.

El primero, próximo al Sol, está formado por cuatro planetas de pequeñas dimensiones comparados con los del tercer grupo. Estos planetas, según el orden de sus distancias al Sol, son: Mercurio, Venus, la Tierra y Marte.

El segundo grupo, bien extraño por cierto, lo constituyen un torbellino, un enjambre de pequeños planetas que circulan alrededor del Sol entre el primero y tercer grupo; y algunos son tan diminutos, que muchas de nuestras ciudades les exceden en dimensiones, pues los principales de ellos miden menos de 100 leguas de diámetro, y en otros este diámetro no pasa de algunas leguas: á estos planetillas se les ha dado el nombre de *asteroides* (1).

(1) Las condiciones uranográficas de estos pequeños planetas y su número considerable, que contrasta con el exíguo que ofrecen los ocho planetas principales, es una de las peculiaridades más extrañas que distinguen á nuestro sistema solar.

La historia del descubrimiento de estos planetas se debe al interés que supo desper-

El tercer grupo, más distante del Sol, se halla también formado de cuatro planetas, pero muy voluminosos si se comparan con los del grupo primero. Estos planetas, en el orden de sus distancias al Sol, son: Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno.

tar en algunos astrónomos la profecía de uno de los hombres más grandes que han existido. Esta profecía se funda en la desproporción que existe entre las distancias que hay entre los planetas interiores y la que separa á Marte de Júpiter. Y en efecto; mientras que las distancias que median entre los planetas que forman el primer grupo, guardan entre sí una proporción regular y casi uniforme, no excediendo la mayor de 19.000.000 de leguas, la distancia que separa á Marte de Júpiter resulta que es nada menos de 136 millones de leguas.

Képler, con su poderoso genio que todo lo adivinaba, fué el primero que advirtió el gran intervalo que existe entre Marte y Júpiter y predijo en sus investigaciones sobre las *Armonías del Mundo* que algún día se llenaría ese espacio descubriendo un planeta.

La profecía del gran legislador de los cuerpos celestes, de este hombre inmortal que abrió el camino á Newton para fundar su teoría de la gravitación universal, se realizó en efecto; pero no es uno solo, sino que ascienden á un número considerable los que se han descubierto hasta el año actual de 1886 en esa región de nuestro sistema.

Es un verdadero enjambre de cuerpecillos planetarios, un vasto archipiélago de mundos microscópicos; pero todos circulan libremente alrededor del Sol en sus órbitas respectivas entre las de Marte y Júpiter, mediando entre unos y otros distancias considerables, como lo ha demostrado M. Parmentier en una lista tan gráfica como original que ha publicado, en la cual está representada la distribución ordenada y la situación que ocupan en el espacio cada uno de esos astros en el orden de sus distancias al Sol.

El primer día del siglo corriente comenzó la serie de estos descubrimientos, y desde entonces no pasa año sin que se descubran nuevos asteróides. De algunos de los últimamente descubiertos no están calculados los elementos de sus órbitas: tampoco han recibido nombre todavía algunos de ellos.

La razón del descubrimiento de estos asteróides se debe casi siempre, más que á la casualidad, al manejo de buenas cartas celestes en donde están anotadas cuidadosa y exactamente todas las estrellas fijas, á fin de conocer por su medio estos pequeños cuerpos, que por el movimiento propio de que están dotados se distinguen de las estrellas fijas, las cuales ocupan siempre un mismo lugar en el cielo. De este modo se conoce en seguida que el astro descubierto no es una estrella, sino un planeta.

Todos estos cuerpecillos no son visibles sino con el auxilio de un telescopio, con excepción de Vesta y de Ceres, que en algunas ocasiones se pueden observar á la simple vista como estrellas de sexta magnitud. Son tan pequeños, que el diámetro del más voluminoso, Vesta, está valuado en 100 leguas, y el de la mayor parte sólo tienen algunos kilómetros.

De estos asteróides, el más próximo al Sol es Medusa, cuya distancia es dos veces la

Para hacernos cargo de sus tamaños respectivos, baste decir que Urano, el más pequeño de este grupo, excede en magnitud á los cuatro planetas reunidos del grupo primero.

de la Tierra á aquel luminar; y el más remoto, Hilda, describe su órbita á una distancia casi dos veces mayor que la de Medusa.

Por una coincidencia rara, pero fácil de comprender conociendo la excentricidad de las órbitas de estos asteróides, resulta que Ethra, en su perihelio ó punto más cercano al Sol, corta la órbita de Marte; y en su afelio, ó punto más remoto del Sol, atraviesa también la del último asteróide, Hilda. En la ignorancia en que estamos acerca del destino de los astros y del objeto final de la existencia de las cosas, no se puede negar en absoluto que estos dos cuerpos se encuentren algún día; y si hemos de dar crédito á la hipótesis de M. Courtebaise, acaso se verifique este fenómeno en el mes de Diciembre de 1960.

En este caso, como los asteróides marchan en el mismo sentido que Marte y Júpiter, la atracción del primero de estos planetas, combinada con el movimiento de Ethra, podría convertir á éste en un satélite de Marte, ó trastornar de tal manera el movimiento del asteróide, que variase por completo la forma y los límites de su órbita actual, como sucedió en 1770 al cometa de Lexell por la poderosa atracción de Júpiter.

La masa total de estos mundos abreviados equivale á la tercera parte de la masa de la Tierra, y no producen sino una débil perturbación en el movimiento de Marte. Por esta razón la pesantez es extremadamente ténue sobre cada uno de ellos, puesto que su masa es insignificante; es, según los cálculos más exactos, diez veces más débil que sobre la Luna, en donde un objeto recorre 80 centímetros en el primer segundo de su caída.

Colocados en cualquiera de estas islas planetarias, podríamos saltar sin el menor esfuerzo muscular á prodigiosa altura, y si corriésemos por sus llanuras lo haríamos con una velocidad vertiginosa. Así, pues, como la atracción allí es tan insensible, si una bala de cañón fuese arrojada desde el asteróide Cloto, por ejemplo, no volvería á este astro, sino que se dirigiría probablemente hacia el asteróide Juno, que dista de su compañero 260 leguas. Tal es la fuerza de la gravedad en estos mundos tan extraños; insignificante ó casi nula.

A pesar de que estos astros no representan gran papel considerados como unidades individuales en nuestro sistema, véase hasta dónde llega el poder incontrastable de la Naturaleza: el examen telescópico ha revelado que muchos de estos cuerpos están rodeados de atmósfera, lo cual ha permitido determinar en algunos sus variaciones meteorológicas; y la análisis espectral ha puesto fuera de toda duda en Vesta estos importantes fenómenos, pues los rayos de absorción indican la presencia de una ligera atmósfera alrededor de este asteróide.

La mayor parte de estos cuerpecillos son deformes, y por los cambios que ofrecen en la luz solar que reflejan se ha reconocido que muchos son irregulares en su forma, poliédricos y de otras figuras; lo que, unido á la rara circunstancia de que la intersección de

Estos diversos mundos constituyen la gran familia solar, y algunos de ellos están acompañados de satélites.

La Tierra tiene uno, que es la Luna; Marte tiene dos (1), Júpiter cuatro, Saturno ocho, Urano cuatro, y Neptuno tie-

las órbitas y la línea de los nodos de los primeros asteróides pasa por la constelación de la Vírgen y por la opuesta de la Ballena, hizo sospechar á Olbers que acaso fueran trozos de algún planeta grande que una explosión espantosa en su interior dividió en pedazos, los cuales se lanzaron al espacio á varias distancias del Sol animados de velocidades diferentes.

Esta hipótesis fué admitida por algunos astrónomos; pero los descubrimientos recientes y el gran número de asteróides que se conocen han demostrado su inverosimilitud. Más lógico sería pensar, con arreglo á la teoría cosmogónica de Laplace, que estos átomos planetarios formaron originalmente un anillo vaporoso emanado de la atmórfera del ecuador solar, y que si no se ha condensado y solidificado formando un planeta, es por el desarreglo que la enèrgica influencia perturbativa de Júpiter ha ejercido en dicho anillo, impidiéndole su condensación y fraccionándolo en mil pedazos.

(1) El descubrimiento de estos satélites es uno de los acontecimientos más notables de nuestro siglo, y se debe á la casualidad, como el de un gran número de asteróides y de cometas.

El 19 de Agosto de 1877, á las once de la noche, un telegrama de Mr. Henri, Secretario del Instituto Smithsonien, anunciaba á los Observatorios del mundo que Mr. Asaph Hall, de Washington, había hecho tan brillante descubrimiento.

El asombro que produjo la noticia de este descubrimiento en el mundo científico fué indescriptible, pues desde la invención del telescopio en 1610 habían sido infructuosas hasta entonces todas las tentativas hechas para descubrir satélites en Mercurio, en Venus, y especialmente en Marte. Las principales Academias y Observatorios y la prensa científica de todos los países, se ocuparon con interés y con insistencia de este asunto; y todos los amantes de la verdad y de la ciencia felicitaron á Mr. Hall por su importante descubrimiento, que proporciona á la astronomía el medio más eficaz de todos los empleados hasta aquí para determinar la verdadera masa y densidad de Marte, y conocer, por lo tanto, la fuerza de la gravedad sobre su superficie.

El satélite exterior fué visto por primera vez por Mr. Hall en el Observatorio de Washington, en la noche del 11 de Agosto de 1877, y el interior en la noche del 17 del mismo mes, con el anteojo más potente que se ha construido hasta hoy. Su objetivo mide 66 centímetros de diámetro, su fuerza óptica aumenta los objetos 1.300 veces, y su movimiento de relojería le hace girar alrededor del eje del mundo en sentido contrario al movimiento de la Tierra; de modo que, dirigido hacia cualquier punto del cielo que se tiera, el anteojo tiene constantemente el astro que se observa en el campo de la visión le sigue en su curso aparente.

Con este magnífico anteojo, construido por el famoso óptico anglo-americano Alvan

ne uno por lo menos. Todos giran alrededor del Sol; pero, ¿á qué distancias se encuentran del centro del sistema? Mercurio, raras veces visible sin el auxilio del telescopio, poco antes de amanecer ó después de anochecido es el más cercano, y reside á 15.000.000 de leguas del astro del día. Venus, que viene después y que se distingue por su luz blanca y vivísima, se encuentra á 26.000.000 de leguas; la Tierra á 37.000.000, y Marte, que brilla con una luz rojiza característica, á 56.000.000. El enjambre de los asteróides ocupa una inmensa región, como hemos dicho, de 100.000.000 de leguas de ancho por término medio, en la cual se agitan estos corpúsculos planetarios, moviéndose cada uno en torno del Sol en su órbita respectiva.

Clark, pudo Mr. Hall apreciar la rapidez extraordinaria del movimiento de traslación de estas lunas alrededor de Marte.

La interior verifica su revolución completa en siete horas y treinta y nueve minutos de tiempo marcial, á una distancia del centro de 1.512 leguas; y la exterior en treinta horas y diez y ocho minutos, en una órbita distante del planeta 5.029 leguas. Estas distancias están contadas, no á partir del centro de Marte, sino de su superficie. Así, desde el suelo de este planeta hasta la primera luna no hay más que 1.512 leguas, y 5.029 hasta la segunda. Entre la primera luna de Marte y la superficie del planeta no hay más que el espacio necesario para colocar un globo igual al de Marte, toda vez que el diámetro de este planeta sólo tiene 1.690 leguas de extensión.

Mr. Hall adoptó los adecuados nombres de *Fobos* y *Deimos* (la Fuga y el Terror) para estos satélites, propuestos por Mr. Madan, nombres que corresponden á los que tenían los caballos del carro de Marte, según refiere Homero en su inmortal *Iliada*.

El primer satélite, Fobos, que es el más próximo, tiene, según las medidas fotométricas más exactas, tres leguas de diámetro; y el más lejano, Deimos, poco más de 2 leguas: son, pues, tan diminutos estos satélites, que, como sucede con los asteróides, muchas ciudades de España les exceden en dimensiones.

Pero ofrecen otra particularidad.

Mientras que el planeta Marte gira sobre su eje en veinticuatro horas, treinta y nueve minutos y treinta y cinco segundos, su primer satélite da en este mismo espacio de tiempo tres vueltas en torno de Marte, y por esta misma rapidez de su movimiento parece que sale por el OE. y se pone por E. Este satélite pasa bajo la segunda luna de tiempo en tiempo, efectuando todas sus fases en once horas, á razón de tres horas cada una de dichas fases, fenómeno rarísimo que no ofrecen los sistemas de Júpiter, de Saturno ni el de Urano.

Después se encuentra el grupo de los cuatro planetas mayores: Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno.

El primero, comparable por su brillo con Venus, se halla á 192.000.000 de leguas del Sol; el segundo, de luz más pálida y amarillenta que el anterior, á 355.000.000, distinguiéndose además por un magnífico anillo que le rodea, formando con sus ocho satélites un sistema planetario en miniatura (1); el tercero, que en buenas condiciones atmosféricas brilla con luz opaca semejante á la de una estrella de sexta magnitud, á 733.000.000; y Neptuno, el último planeta del sistema, de brillo más tenue todavía, á 1.110.000.000 de leguas del centro del sistema.

(1) El anillo de Saturno ofrece un fenómeno sorprendente y único en su clase, no sólo en nuestro sistema solar, sino en todo el espacio inconmensurable que hasta hoy ha podido explorar el hombre con el telescopio.

Este anillo es una banda enorme que se extiende en torno de Saturno sin tocarle en el sentido del plano de su ecuador, plana muy ancha y de poco espesor relativamente á las otras dimensiones. Nos podemos representar este planeta con su banda por medio de una naranja rodeada por un anillo de papel de un centímetro de ancho. A 16 leguas asciende su espesor, según los cálculos de Bond, pero su anchura tiene 11.910 leguas; de modo que la Tierra podría rodar sobre este plano gigantesco como una bola sobre el borde de una mesa de billar. Entre el anillo interior y Saturno media una distancia de 9.314 leguas. Este anillo maravilloso, observado con telescopio de grande alcance, no es sencillo, sino *triple;* esto es, dividido en tres partes en el sentido de su anchura, separados unos de otros.

Todo el mundo sabe que un círculo ó una rueda mirados, no de frente, sino oblícuamente, parecen óvalos; pues esto mismo sucede con los anillos de Saturno: nunca los vemos desde la Tierra enteramente abiertos en forma de círculo, sino en forma de óvalo, á causa de lo muy oblícuo que avanza el planeta con respecto al plano de su órbita.

El planeta arroja sombra sobre los anillos, y estos á su vez sobre el planeta. Los anillos, vistos desde el hemisferio de Saturno que mira su faz iluminada por el Sol, deben presentar un espectáculo soberbio.

En el ecuador de Saturno el anillo exterior no es visible, por ocultarlo el interior; pero á unos 45 grados de latitud aparecerán los anillos como vastos astros ó semicírculos de luz movibles, que dividen el cielo del horizonte oriental al occidental. Por el contrario, en las regiones situadas hacia la parte oscura de los anillos no tendrá lugar ese bello espectáculo, porque el Sol alumbra alternativamente por espacio de medio año de Saturno, ó quince años de los nuestros, el lado septentrional de los anillos, y luégo el meridional; de suerte que tienen un día de quince años y una noche de igual duración—

Los planetas no se distinguen casi á la simple vista de las estrellas, pues á semejanza de éstas, se muestran como puntos brillantes en la oscura profundidad del cielo. Y, sin embargo, entre unos y otros median diferencias esenciales. Las estrellas se presentan siempre en un mismo lugar del cielo, en una posición invariable con respecto á nosotros, mientras que los planetas, á causa de su movimiento propio, mudan de sitio constantemente. Hoy vemos uno cerca de una estrella conocida, y algunos dias después en otra región distinta, por cuya razón han recibido desde antiguo el nombre de *planetas,* voz griega que significa *astros errantes.*

Con la observación está de acuerdo la realidad, pues cuando se observan estos astros con telescopios, no se descubre en ellos un punto luminoso únicamente, sino un disco considerable, tan grande como el de la Luna llena observada á la simple vista. Las estrellas, por el contrario, aparecen en el campo de los más poderosos telescopios como pequeños puntos radiantes, tanto por su constitución física especial, cuanto por lo distantes que están de la Tierra.

Los planetas no son focos de luz como el Sol y las estrellas; no brillan por sí mismos; son cuerpos opacos, oscuros por su naturaleza, y si alumbran es porque reflejan, como la Tierra y la Luna, la luz que reciben del Sol.

Su superficie es desigual y accidentada, y se notan en ellos otras muchas particularidades que observamos en nuestro globo. La luz que emiten los planetas parece que parte de un punto pequeñísimo; pero observado este punto con un anteojo, le vemos considerablemente aumentado, y entonces, toda la luz que recoge el instrumento nos la presenta diluída sobre una superficie más ancha, y, por lo tanto, menos intensa.

Esto mismo sucede con la Luna.

La superficie de este astro, que á la simple vista es deslumbradora, examinada con un telescopio se parece á una campiña alumbrada por el Sol en un dia de verano. El mismo aspecto ofrecería la Tierra vista desde la Luna: á mayor distancia, desde un planeta cercano, desde Venus, por ejemplo, se distin-

guiría como una hermosísima estrella de resplandor tranquilo, un poco verdoso, flotando en el espacio; y más lejos aún, desde Neptuno, límite hasta hoy de nuestro sistema planetario, ya no sería perceptible nuestro globo.

La Tierra, pues, es un astro del cielo, un planeta, y no de los más importantes de nuestro sistema solar.

Este globo, que á nosotros nos parece tan inmenso porque, míseros pigmeos, comparamos nuestra pequeñez con su volumen; este cuerpo celeste que los antiguos consideraban enclavado en los cielos de cristal, de que nos hablan Job y el sistema de Tolomeo; este hermoso globo, superior á todo, rey de la Creación, centro del mundo, morada elegida por Dios, según la filosofía cristiana, para encerrar en ella el misterio de la Redención; este cuerpo colosal que parece formado para que la Naturaleza sea su humilde tributaria, y que ha sido y sigue siendo el teatro de luchas sangrientas y fratricidas; esta Tierra tan hermosa, tan llena de encantos y de armonía, está hoy demostrado, merced á medidas exactísimas, á observaciones concluyentes y á experimentos y cálculos matemáticos infalibles, que es un globo pequeño é insignificante, no el centro del Universo, sino el tercer planeta en el orden de distancia al Sol; que es uno de los más pequeños, hasta tal punto, que para formar un globo igual al del planeta Júpiter sería necesario reunir 1.400 globos del mismo tamaño que el de la Tierra, así como para formar otro cuerpo tan grande como el Sol se necesitaría, como ya hemos demostrado, 1.400.000 globos terrestres.

Gira sobre su eje en veinticuatro horas, de Occidente á Oriente, produciendo en nuestros sentidos la ilusión que padecemos, á causa de este movimiento de rotación, de que toda la esfera celeste circula en torno nuestro en sentido contrario, esto es, de Oriente á Occidente, en aquel espacio de tiempo. Se sabe también que está dotada de un segundo movimiento, que es el de traslación, en virtud del cual circula alrededor del Sol en un año, ó sean 365 días, con una velocidad de 26.808 leguas por día, sin que nosotros, adheridos como pólipos á su superfi-

cie, podamos apreciar en lo más mínimo este rápido é incesante movimiento. En esta marcha eterna, la atmósfera que nos rodea sigue siempre en la misma dirección los movimientos de la Tierra (1).

Cuando caminamos en ferrocarril, cuando surcamos en un buque las aguas del Océano, ó suspendidos en la barquilla de un frágil globo aerostático cruzamos la atmósfera como las aves, no tenemos idea alguna de la velocidad que nos arrastra, sino al contrario, nos sentimos en completo reposo, aunque nos impulse una fuerza extraordinaria.

Lo mismo sucede con la Tierra.

Como el tren, como la nave, como el globo aerostático, nos conduce á todos, pobres viajeros de un día, con celeridad vivísima por los espacios celestes, sin tregua, sin descanso en su infinita carrera.

El tren expreso más veloz, que impulsado por el vapor re-

(1) El aire, ó la envolvente atmosférica que se encuentra esparcida alrededor del globo y la circunda por todas partes, es una combinación de ciertos gases, en los cuales las plantas, los animales y el género humano encuentran la primera condición de su existencia. Es además el agente de la combustión, de la trasmisión del sonido, de la luz y de otros muchos fenómenos que se verifican en sus agitadas regiones.

Los antiguos creían que el aire era uno de los *cuatro elementos* (agua, tierra, aire y fuego); pero como la química moderna ha descubierto que es *elemento ó cuerpo simple* todo aquel que no es susceptible de descomponerse por los medios analíticos de que hoy dispone la ciencia, resulta que la creencia de los antiguos era errónea, por cuanto la atmósfera se halla compuesta de una mezcla de *oxígeno* y *nitrógeno*, conteniendo de cien partes en volumen, 21 de oxígeno y 79 de nitrógeno; de *ácido carbónico* en pequeña cantidad, en 1.000 volúmenes de aire, cuatro de ácido carbónico; de vapor de agua, en proporciones variables, según las estaciones y las localidades, y en partículas imperceptibles de sustancias animales y vegetales.

La altura de esta envolvente aérea aún no se sabe con certeza.

Képler fué el primero que intentó medir ópticamente la altura de la atmósfera estudiando la duración de los crepúsculos; y los físicos modernos que adoptando este método la han medido, creen que se puede calcular su elevación en 60 kilómetros, ó poco más ó menos, en 1 por 100 del rádio de la Tierra. Más allá de este límite debe haber un aire umamente enrarecido ó muy ténue, y á una altura más considerable no debe existir otra cosa que el vacio, mansión suprema de los astros.

Muchos filósofos de la antigüedad, y Epicuro especialmente, admitían como un hecho

corre á lo sumo 25 leguas por hora, es, sin embargo, 1.100 veces más lento que la Tierra marchando; y la rapidez de una bala de cañón, que recorre 400 metros por segundo á su salida de la pieza, es 73 veces más lenta que la vertiginosa con que nuestro globo circula alrededor del Sol, impulsado por la poderosa ley de la gravitación universal, arrastrando tras de sí por los espacios, en este movimiento de traslación, á su satélite la Luna, la cual es 49 veces menor que la Tierra.

Pensar que sobre esta inmensa bola caminamos con tan impetuoso movimiento, circulando y rodando eternamente por el espacio, ¿no es verdaderamente maravilloso?... ¡Qué diferencia entre estos movimientos y las distancias que separan á los astros en el cielo, y los límites estrechos y mezquinos que antes suponía la ignorancia! ¡Cómo se engrandece el pensamiento ante la inmensidad! ¡Y cómo reaparece la pequeñez de la Tierra con sus quiméricas grandezas y poderío, y se anula la miserable ambición del hombre!

la materialidad del aire; pero la mayor parte, siguiendo la autoridad de Aristóteles, la negaban en absoluto. Hoy, merced á las determinaciones físicas y mecánicas que se han hecho, se puede calcular el peso total de la atmósfera en 5.000 billones de kilogramos; y según Dumas, puede representarse esta masa enorme de gases por 581.000 cubos de cobre de 1.000 metros de lado cada uno.

Bajo este océano gaseoso nos movemos sobre la Tierra, y como la presión atmosférica es de 1 kilogramo y 33 gramos por centímetro cuadrado, resulta que cada cual soporta sobre sus hombros el peso colosal de 15.500 kilogramos. Si esta enorme presión no nos aplasta, es porque la experimentamos en todas direcciones y su acción se neutraliza. El peso del aire atmosférico, á pesar de ser tan considerable, es, no obstante, la millonésima parte del peso de la Tierra, pues ésta, á causa de su inmenso volumen de 1.083 000 millones de kilómetros cúbicos, y de su densidad cinco y media veces mayor que la del agua destilada á la temperatura de 4° sobre 0, pesa 5 cuatrillones, 875.000 trillones de kilogramos.

En la atmósfera, las sustancias se trasforman, se condensan y se precipitan en virtud de leyes inviolables; en todas partes conserva la misma esencial composición química, ora se la analice en el valle, ora en la cima de la montaña; es la causa generadora de toda actividad y de todo desarrollo; la base fundamental de nuestra existencia, y la sustancia creadora, en fin, que nos proporciona por medio de la respiración las tres cuartas partes de nuestro alimento, y por su acción constante hace que nuestra sangre renueve sin cesar sus propiedades vitales.

Tales son los movimientos de nuestro decantado globo, de este pequeño astro tan codiciado por la ambición de los monarcas y de los conquistadores, el cual, desde los planetas exteriores Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno, se ignora su existencia por completo. ¿Qué será desde las estrellas llamadas fijas? ¡Y á este átomo planetario, á este punto perdido en la inmensidad, se ha querido limitar en otros tiempos la obra gigantesca de la Naturaleza!

Lo primero que llama la atención al estudiar los planetas, es la gran analogía que existe entre ellos, y muy especialmente entre los que componen el primer grupo.

Aunque difieren en sus volúmenes respectivos, son cuerpos vastísimos formados de materiales macizos, pesados y oscuros como la Tierra; cuerpos donde el telescopio descubre mares y continentes, montañas, colinas y valles extensos. Brillan por la luz que reciben del Sol; giran sobre sus ejes y alrededor de este luminar como la Tierra; tienen días y noches de la misma duración casi que los nuestros, climas y estaciones, y se hallan rodeados, sobre todo, de agitadísimas atmósferas, destinadas, sin duda, como la nuestra, á sostener la vida de infinidad de seres en esos mundos análogos al que habitamos.

Y, en efecto: hijos del Sol, emanados de su ardiente atmósfera, los planetas no son extraños entre sí; las mismas fuerzas, las mismas leyes los rigen. Se han formado lentamente en virtud de idénticos procedimientos de evolución, y con arreglo á sus distancias al Sol, á sus volúmenes, á sus masas y á sus movimientos respectivos; y sus elementos constitutivos, tierras, aguas, gases atmosféricos y demás, son análogos á los terrestres, ó sólo difieren en las proporciones; y esto que la ciencia enseña y que estaba presentido desde antiguo, pone fuera de toda duda que los planetas son mundos reales como el nuestro, con sus montañas y con sus mares, con sus llanuras y continentes, habitados, según todas las probabilidades, por seres racionales é inteligentes.

Teniendo en cuenta las medidas que se han hecho de todos los planetas de nuestro sistema, y tomando el tamaño de la

Tierra por unidad para conocer el de los demás planetas, resulsa que teniendo la Tierra 3.000 leguas de diámetro y 10.000 de circunferencia, el volumen de Mercurio es diez y ocho veces inferior al de la Tierra, el de Venus casi idéntico al de nuestro globo, y el de Marte seis veces y media más pequeño.

El volumen de los planetas mayores varía por completo.

El de Júpiter es 1.400 veces más voluminoso que el de la Tierra, el de Saturno 864, el de Urano 75 y el de Neptuno 85 veces mayor.

A pesar de las dimensiones de estos astros, la inmensa importancia del Sol no tiene rival en nuestro sistema.

Esta lumbrera gigantesca excede ella sola en tamaño 700 veces á todos los planetas y satélites reunidos.

Ahora bien; la inmensa órbita de Neptuno, cuyo diámetro tiene 2.220 millones de leguas de longitud, no cierra los dominios ni marca las fronteras de nuestro sistema solar.

La poderosa energía de la atracción del Sol se extiende mucho más allá de la órbita de Neptuno, y por esta razón es probable que uno ó varios planetas circulen alrededor del Sol en el inmenso abismo que separa á Neptuno de las estrellas; pero si la existencia de estos cuerpos no se halla todavía demostrada por la ciencia, hay otros astros que prueban que la fuerza atractiva y magnética del Sol traspasa miles de millones de leguas el espacio ultra-neptuniano (1).

(1) Nuestro sistema solar se encuentra, por lo tanto, aislado en el espacio, como un pequeño archipiélago perdido en el Océano infinito.

Lo mismo sucede con los demás sistemas estelares: entre unos y otros median también distancias semejantes ó mayores á las que hemos indicado, abismos insondables ante los cuales «el espíritu se confunde y la imaginación se espanta.»

La distancia que separa al Sol de Neptuno, á pesar de ser treinta veces la distancia de la Tierra á aquel luminar, nada significa. Aún podríamos recorrer los cielos con el pensamiento, no treinta veces, sino mil, diez mil, cien mil veces el abismo que separa á Neptuno del Sol en todos sentidos alrededor nuestro, sin hallar una sola estrella: la más próxima está más lejos todavía. Esta estrella es la *Alfa* de la constelación del Centauro. Para llegar á ella, según las investigaciones más exactas y recientes, hay que recorrer

Nos referimos á los cometas, á esos extraños y misteriosos cuerpos que de vez en cuando aparecen en el cielo, llenando de terror á los pueblos con sus largas y pomposas colas.

Estos viajeros celestes, estos nómadas del espacio, son los fenómenos más raros del mundo cósmico.

Unos cuantos, de cortas dimensiones é importancia, pertenecen á nuestro sistema planetario y describen periódicamente sus órbitas, más ó menos considerables, alrededor del Sol; y otros, imponentes y magníficos, vienen de las profundidades del espacio, atraviesan en todas direcciones nuestro sistema, flanquean las cercanías del astro central con una velocidad extraordinaria, salen luégo por la parte opuesta con una rapidez que se va moderando gradualmente, menguando entonces sus magnitudes y su brillo; y tanto se apartan de nosotros, tan lejos se van, que no vuelven en millones de años, ó no vuelven

una extensión 177.815 veces más grande que la que nos separa del Sol, una distancia 177.815 veces 37 millones de leguas.

Estas medidas monstruosas apenas se comprenden, y, no obstante, se refieren á la estrella más cercana.

La que le sigue en el orden de distancia es la 61 de la constelación del Cisne, que está tres veces más lejos, á 592.715 veces la distancia de la Tierra al Sol; las demás se encuentran situadas en regiones más apartadas y remotas.

Es muy difícil formar una idea exacta de estas distancias; mas ¿cómo hallaríamos un medio tangible para comprenderlas? Ya hemos dicho que una bala de cañón, que recorre 400 metros por segundo al salir de la pieza, tardaría doce años en llegar al Sol. ¡Pues para llegar á la estrella *Alfa* del Centauro emplearía nada menos que dos millones de años!....

Este ejemplo da á conocer algo el espantoso valor de la cifra numérica que representa aquella distancia; pero no se comprende bien todavía: son números excesivamente grandes, que superan á todos los que estamos acostumbrados á emplear. ¿De qué otro medio nos valdríamos? Acudamos á la luz, á este veloz mensajero que recorre 77.000 leguas por segundo. En ocho minutos y trece segundos llega la luz desde el Sol á nosotros; en cuarenta minutos vuela desde Júpiter, y en cuatro horas si parte desde Neptuno. En vista de esto, ¿cuánto invertiría desde la estrella *Alfa* del Centauro? Tres años y ocho meses. ¡Tres años y ocho meses de camino con una velocidad constante de 77.000 leguas por segundo! Y se trata, no lo olvidemos, de la estrella más inmediata á la Tie-

nunca, continuando su viaje en el Universo, quizá de sol en sol, de sistema en sistema planetario, como creía Laplace.

Todo es maravilloso y excepcional en estos astros vagabundos, en estas creaciones sin centros fijos.

Tan pronto ostentan llenas de luz sus hermosas colas, que suelen tener millones de leguas de extensión, como las presentan pálidas, opacas y de dimensiones reducidas; otros aparecen sin señal alguna de esos soberbios apéndices; muchos se exhiben en forma de abanico; y todos, en fin, unos más y otros menos, afectan figuras caprichosas á lo sumo, pero de tal magnificencia, que ofrecen á la contemplación humana el espectáculo más curioso é interesante de los cielos.

Dignos de admiración son los cometas, bajo cualquier punto de vista que se los juzgue; pero, ¿qué son estos astros? ¿Cuál es su destino en la mecánica celeste? ¿Qué analogía, qué semejanza tienen con los planetas? Ninguna absolutamente. Mien-

rra. Entre las que se encuentran en este caso hay otra, la más hermosa del cielo, que dista de nosotros 896.804 veces más que el Sol, tardando su brillante luz en atravesar el espacio que de ella nos separa veintidos años. Esta estrella es Sirio.

La Naturaleza es tan grande en sus obras, que no se reduce á esto cuanto pudiéramos decir sobre este asunto tan importante.

La estrella polar, que con cariñosa mirada y constante solicitud guía los pasos del hombre sobre la Tierra, es también una de las más cercanas al globo terrestre. Su luz tarda en llegar aquí más que la de Sirio. El rayo que nos envía esta noche, el 14 de Octubre de 1886, partió de dicha estrella en 1836, mucho antes de que nacieran algunos de nuestros lectores, y si se apagase en el momento en que trazamos estas líneas, seguiría alumbrando, sin embargo, y no se notaría su falta desde la Tierra hasta el año de 1936.

Estrellas hay tan distantes, que aún su luz necesita ciento, doscientos años para llegar á nuestro planeta; y tan remotas, tan sepultadas están otras en la extensión sin límites de los cielos, como las que apiñadas brillan en la Vía-láctea, que sus rayos luminosos deben emplear mil, dos mil, diez mil años, y aún más, en herir nuestra retina. ¿Pero qué tiene esto de extraño, cuando existen nebulosas ó grupos de estrellas á distancias tan espantosas, que en recorrerlas ha debido invertir la luz millones de años? ¿Qué debemos pensar, en vista de esto, de la extensión de los cielos? ¡Qué variedad tan infinita en el Universo, y cuán admirables son sus fenómenos! Cuando pensamos en el Universo infinito, en los millones de billones de soles y de planetas que lo pueblan, ¡cómo nuestra imaginación se exalta, cómo se engrandece nuestra inteligencia!

tras que los planetas son globos sólidos, densos, opacos y pesados, los cometas son cuerpos vaporosos, ligeros, luminosos y trasparentes, formados de gases más ténues que el aire que respiramos; son aglomeraciones de materias cósmicas, inmensas nubes diáfanas, constituídas de vapores de carbono—elemento indispensable á la vida—que flotan en los cielos sometidas á la influencia de la atracción universal, á la manera que flotan las nubes en las altas regiones de nuestra atmósfera.

El problema que presentan los cometas á la ciencia contemporánea es de una utilidad notoria.

Mensajeros de las profundidades de lo infinito, envueltos en el torbellino de nuestro sistema por la atracción solar, acaso tengan la misión estos gigantescos depósitos de carbono de difundir la vida por los otros mundos, y ¡quién sabe si estos astros de tan misterioso destino encierran el secreto cosmogónico de la luz zodiacal, de las estrellas fugaces, de los bólidos, y por lo tanto de los aerolitos, de estas piedras meteóricas que, al caer sobre la Tierra de las regiones siderales, nos traen las sustancias químicas de los cuerpos celestes!

Aunque hemos procurado dar una idea lo más exacta posible para dar á conocer en el orden en que están distribuídos los cuerpos que constituyen nuestro sistema planetario, no obstante, como no será facil á algunos de nuestros lectores hacerse cargo de los volúmenes y comprender bien las grandes distancias y las dilatadas órbitas de los planetas, vamos á representarnos el sistema entero en miniatura valiéndonos de un simil vulgar y muy sencillo.

En una extensa llanura, coloquemos una esfera de un metro de diámetro que represente al Sol.

Para significar ahora con exactitud las distancias y las magnitudes de los planetas, pongamos primeramente á 48 metros de la gran esfera un cañamón que representará á Mercurio. Una cereza, colocada á 84 metros, representará á Venus, y otra, á 120 metros, á la Tierra. ¡Qué tamaño tan diminuto, relativamente al de nuestro globo! Un guisante á 192 metros marcará el sitio y la magnitud de Marte.

Los planetas pequeños ó asteróides pueden ser figurados por menudísimos granos de arena, diseminados al azar en una pequeña zona.

Luégo, á más de medio cuarto de legua, una naranja grande representará al gran Júpiter, y una manzana de un tamaño regular á Saturno, colocada á más de un cuarto de legua. A doble distancia, casi á media legua, un albaricoque representará á Urano, y por último, á una legua próximamente, á Neptuno un melocotón.

Si además colocamos un grano de mostaza al lado de la cereza que figura la Tierra, dos junto al guisante Marte, cuatro cerca de la naranja Júpiter, ocho próximos á la manzana Saturno, cuatro alrededor del albaricoque Urano y uno sólo inmediato al melocón Neptuno, habremos representado á los satélites.

Si todo este conjunto comenzara á girar en torno del globo central, y los cometas nos los representamos como cohetes lanzados á través de estos cuerpos en dirección al centro, este movimiento fantástico nos suministrará una idea exacta de la organización uranográfica de nuestro sistema solar.

Examinemos ahora los movimientos de los cuerpos planetarios alrededor del Sol, y las fuerzas potentes que los producen.

Todo el mundo ilustrado sabe, y ciertamente no lo ignorarán nuestros lectores, cómo la Tierra, masa enorme, atrae á la materia, y cómo el peso de los cuerpos, es decir, la fuerza con que se dirigen hacia el centro de la Tierra es tanto mayor cuanto mayor es la masa de dichos cuerpos. Cae un objeto cualquiera porque le atrae la Tierra: arrojada á lo alto una piedra con todas nuestras fuerzas, la atracción de la Tierra retardará poco á poco su ascensión, la detendrá por fin y la obligará á retroceder abajo.

No es la Tierra el único globo que posee esta virtud atractiva: esta propiedad de los cuerpos es la manifestación de una fuerza misteriosa de la Naturaleza. Se atraen los astros entre sí como se atraen los átomos; mas como en nuestro sistema el

Sol es el mayor, claro es que los domina á todos, atrayéndolos hacia sí con invencible fuerza, como lo ha demostrado Newton.

Mas si la Tierra y los demás planetas son atraídos por el Sol, ¿cómo no se precipitan sobre el astro de fuego como la piedra cae sobre la Tierra que la atre? ¿Cómo giran en sus órbitas y no se confunden todos, abrasándose en la ardiente atmósfera solar? Así sucedería, en efecto, si no hubiese una causa que lo impidiera.

Hagamos un experimento para convencernos.

Atemos una piedra al extremo de un hilo y hagámosla girar rápidamente como una honda. La piedra describirá un círculo, cuyo centro es nuestra mano, que sujeta el otro extremo de la cuerda. Al dar vueltas la piedra, sentimos que tira del hilo como haciendo esfuerzos por romperse, ó escaparse, esfuerzos que aumentan á medida que la hacemos circular más velozmente. Si el hilo se rompe ó le soltamos de pronto, la piedra se escapa con velocidad á gran distancia, marchando oblícuamente en la dirección del punto del círculo donde se rompió la cuerda.

Todo objeto que circula en el mismo sentido tiende á huir del centro en torno del cual se agita, y á este esfuerzo se llama *fuerza centrífuga*. La Tierra se mueve alrededor del Sol como la piedra alrededor de la mano, y pugna constantemente, en virtud de la fuerza centrífuga, para huir de aquel astro que la aprisiona con despótico yugo; mas, ¿por qué no lo consigue? ¿Por qué no se escapa la piedra mientras tenemos la cuerda en la mano? Porque la fuerza de nuestra mano lo impide, del mismo modo que la atracción del Sol impide que la Tierra huya impulsada por la fuerza centrífuga.

Hay que entenderlo bien. Si hubiera atracción solamente, contra el Sol se precipitaría la Tierra; mas si la fuerza centrífuga imperase, la Tierra huiría del Sol á través de los cielos.

Estas dos fuerzas, por decirlo así, se combaten: la centrífuga se opone á que la Tierra se aproxime al Sol; la atracción le impide alejarse del centro que la alumbra y vivifica. Lanzada la Tierra en la inmensidad y sometida á la poderosa acción de

estas dos fuerzas, emprende su camino oblícuamente y se ve obligada á circular en el espacio, pero sin acercarse y sin alejarse del Sol; y como la ley es general, lo mismo precisamente acontece con los demás planetas.

Por la misma causa los satélites se mueven en torno de los planetas.

La Luna verifica así sus revoluciones periódicas: por la fuerza centrífuga huiría de nosotros, perdiéndose en el cielo; pero la Tierra la atrae, la retiene y la conserva en su órbita.

Todos los planetas, todos los satélites prosiguen su marcha en el cielo, en el espacio vacío, sin desviarse jamás, sin perderse, como por senda trazada de antemano; el sistema solar entero, como un solo astro gira también, se mueve ordenada y uniformemente de Occidente á Oriente, subordinado á la poderosa influencia de la atracción del Sol, de este astro prodigioso que, al mismo tiempo que extiende la vida en torno suyo ejerciendo un poder constante y omnipotente en beneficio de los mundos y de los seres, nos trasporta hacia la constelación de Hércules con una velocidad de 200.000 leguas al día, conduciendo de este modo á la humanidad hacia un destino misterioso por los insondables abismos de la eternidad.

**José Genaro Monti.**

# LOS MILAGROS DE LA CIENCIA

## LA ELECTRICIDAD

Aparte de alguna aparición misteriosa á tal ó cual inocente aldeana, aparte de algún manantial de efectos terapéuticos considerado como panacea celeste, es lo cierto que, en términos generales, nadie pondrá en tela de juicio que los tiempos de los milagros al uso antiguo han pasado ya, y que la época de los milagros científicos ha venido á reemplazarles con gran exceso.

La ciencia moderna calóse la caperuza de los vetustos magos, y empuñando la varilla de la virtud, no cesa de hacer brotar milagros de sus fecundas ramas desde que consiguió, no hace todavía cien años, desprenderse de las opresoras andaderas de la Edad Media.

En la óptica, el análisis espectral y el ojo potente del telescopio examina la estructura de las nebulosas y los astros lejanos; en la química, se fabrican los principios materiales del organismo viviente y se trasforman unos en otros los cuerpos simples, como las figuras grotescas de la linterna mágica; en la mecánica, se horadan las cordilleras, se socavan los lechos de los ríos y se trasforma la configuración del planeta á medida de las conveniencias humanas.

En cuanto á la electricidad—que abrirá la marcha en estos sencillos cuadros científicos—las sorprendentes metamorfosis por que ha atravesado la poderosa energía voltáica en el trascurso del presente siglo, vienen á demostrar con pruebas irrecusables el temerario aforismo del ilustre astrónomo Aragó: «La palabra imposible no puede emplearse en el lenguaje de la ciencia.»

Conjeturas que poco há parecían tan sólo poéticas, se han hecho realizables: esos milagros son debidos á la electricidad.

Verdadero Proteo misterioso, se trasforma, afectando tan múltiples manifestaciones mágicas, que tomaríamos por juegos de fantasía á no verlas en todas las ocasiones confirmadas por la realidad de los hechos.

Un corto período de ochenta años ha trascurrido desde que el elevado genio de Volta, reuniendo sencillas placas de cobre y zinc humedecidas con agua acidulada, pudo apreciar la poderosa acción de una corriente dinámica, hasta la reciente invención del fotófono, que, trasmitiendo la palabra en un haz de rayos luminosos, la reproduce fielmente mediante el inexplicable auxilio de un receptor electro-parlante.

Imposible sería bosquejar, dentro de un espacio tan limitado, todos los grandiosos inventos y utilísimas aplicaciones prácticas sustraídas por la mano de la ciencia á esta novísima é incomparable rama de la física moderna. Para ello sería necesario un grueso volumen.

Nos fijaremos, pues, en los principales resultados referentes á tal objeto, indicando al propio tiempo las más notables invenciones científicas con ellos íntimamente relacionadas.

Aunque toda clasificación didáctica deba partir de términos arbitrarios, intentaremos, sin embargo, presentar aquí una sencilla y convencional, á fin de facilitar el desarrollo y comprensión de las ideas sucesivas.

En tres grandes grupos podremos presentar distribuído el crecido número de hechos y experiencias modernas referentes al asunto que nos ocupa.

El primero comprenderá las maravillosas aplicaciones de la

electricidad al mejoramiento social, incluyendo en él esos interesantes resultados prácticos, gracias á los cuales el hombre, ajeno á toda clase de estudios, puede gozar de las utilidades y ventajas que la electricidad le proporciona, ya convertida en brillante luz alumbrando las poblaciones y edificios, ya sirviendo de luminoso guía al buque que lo lleva sobre las turbulentas olas, ya poniéndolo en comunicación instantánea con sus antípodas ó parientes queridos, apartados por millares de leguas sobre la extensa superficie del planeta.

El segundo comprenderá las aplicaciones á las ciencias; es decir, todo lo que las diversas ramas del saber positivo han podido utilizar de la potencia electro-magnética para su desenvolvimiento y progresos contemporáneos.

Los anuncios de terremotos por el micrófono; la determinación de las zonas motoras en el cerebro, mediante la aplicación de corrientes eléctricas adecuadas; la explicación de las auroras boreales en un vaso de agua electrizado, etc., pueden dar una idea aproximada de lo que en este grupo se abarcará.

El tercero estará dedicado á las aplicaciones á las artes, tanto á las denominadas bellas—la escultura, la pintura, la música—como á las puramente mecánicas, de la guerra, industriales y decorativas ó escenográficas.

Con esta sencilla pauta podemos formar el esqueleto del asunto, para rellenarlo á medida de nuestras fuerzas. Pasemos á los hechos.

## I

*Aplicaciones al mejoramiento social.*—Cuatro poderosos factores han concurrido á determinar las notables aplicaciones modernas de la electricidad al bienestar de la sociedad en general: las pilas, las corrientes de inducción, el electro-magnetismo y las máquinas magneto-eléctricas.

La primera pila fué la inventada por Volta á principios de este siglo; sucesivamente se han construído multitud de ellas,

de dos líquidos y de uno solo. Las principales son las de Bunsen, Daniell, Marie Davy, Leclanché y Planté.

Las corrientes de inducción son verdaderas corrientes por simpatía, tan rápidas como el placer, pero que, multiplicadas, dan un resultado tan persistente como el dolor.

El ilustre Faraday fué quien primero pudo apreciar los cambios bruscos potenciales de un hilo metálico en presencia del cual se acerca ó se aleja otro alambre conductor, préviamente electrizado. Tal es lo que se llama una corriente de inducción.

Si se coloca una aguja imantada movible en la proximidad de un alambre conductor por el cual pase una corriente eléctrica, se desvía aquélla de su posición primitiva, describiendo un arco que varía de amplitud según la intensidad de dicha corriente. Un experimento análogo, llevado á cabo por el físico Oesterd en 1820, fué el origen del electro-magnetismo.

Las máquinas magneto-eléctricas están fundadas en el principio de las corrientes de inducción ó en la propiedad que poseen los imanes naturales de producir corrientes eléctricas dentro de circuitos no electrizados, moviéndose con cierta interrupción. Las principales máquinas de esta clase, que no exigen gasto de pilas ni de líquidos corrosivos, son las de Clark, de Gramme, de Siemens, etc.

Una de las aplicaciones más útiles á la humanidad y de formas sorprendentes, que rayan en lo maravilloso, es el sistema de comunicaciones eléctricas á través de los aires, de las tierras y de las aguas.

Prescindiremos aquí del tan controvertido punto referente al origen de la telegrafía eléctrica. Haya sido su verdadero inventor Lesage, de Génova, en 1776; Lhomond, de Francia, en 1787; el alemán Keiser en 1794, ó el español D. Francisco Salvá en 1796, como pretendía Fray Gerundio, es lo cierto que para los efectos oficiales y sociales todo se verifica como si la invención del telégrafo fuese debida al norte-americano Morse, cuyo aparato, construído en 1831, funciona actualmente en casi todas las comarcas del viejo y nuevo mundo. Su sencillez

y seguridad práctica no tienen rivales. Imprimiendo las palabras alegóricas en una tira de papel, desarrollada mediante un aparato de relojería, puede ser confrontado el despacho en cualquier tiempo que se considere necesario. En la América del Norte, por no perder el tiempo esperando y consultando la cinta de papel, recogen los despachos al oído, lo cual suele dar lugar á equivocaciones frecuentes.

Los ingleses son los únicos refractarios al empleo del telégrafo Morse. Usan el llamado aparato de agujas, basado en el experimento de Vesterd, combinando los movimientos de dos barritas imantadas al paso de la corriente, con lo cual se forman signos convencionales que representan letras. Es tan expuesto á equivocaciones como el método de los yankées.

En las vías férreas se usa el telégrafo de cuadrante, el cual puede manejar cualquier mozo de servicio haciendo mover una aguja que recorre las letras del alfabeto, grabadas en un cuadrante, cuyas señales se reproducen en la estación vecina sobre un aparato análogo.

Hoy se cuentan en Europa más de 351.000 kilómetros de líneas telegráficas terrestres; 183.000 en América; 38.000 en Asia; 39.000 en Australia y 13.000 en África, formando un total de 624.000 kilómetros de línea y el doble de hilos metálicos conductores.

Pero no bastaba que los extensos continentes se cruzasen de hilos metálicos, susceptibles de trasmitir las frases simbólicas requeridas para las frecuentes relaciones sociales: era preciso llenar ese inmenso vacío formado por los grandes Océanos aisladores. A esta necesidad, creada por la civilización, atendieron la construcción y establecimiento de los cables submarinos. El cable eléctrico se compone de un conductor formado por varios hilos de cobre entrelazados y cubiertos de guttapercha, todo lo cual se cubre á su vez con una capa de alambres de acero, destinada á proteger el conductor de la acción corrosiva y demás peligros del fondo del mar.

El primer cable eléctrico se tendió en 1849 entre Calais y Douvres. En 1858 se colocó por primera vez á través del Atlán-

tico, entre Valentina y Terranova, con gran entusiasmo y alegría en ambas potencias unidas, que llegaron á celebrar animados *meetings* en su obsequio.

Hoy existen más de 560 cables submarinos en todo el globlo, con una longitud de más de 65.000 millas geográficas; es decir, que podría envolverse el globo terráqueo tres veces en el sentido del Ecuador.

No dejó de sorprender sobremanera, cuando aún estaba reciente la inauguración del cable trasatlántico, la circunstancia de poderse recibir despachos en América algunas horas antes de ser trasmitidos desde Europa. Poniendo un telegrama en Paris á las doce del dia, por ejemplo, se recibe en Nueva York á las siete de la mañana del mismo día. Esto consiste en que, distando entre sí ambas poblaciones unos 80 grados, la diferencia de longitud es de cinco horas aproximadamente. De todos modos, constituye uno de los milagros de la electricidad dinámica.

Inventados los sistemas telegráficos que quedan mencionados, el espíritu científico aspiró á otros ideales; se deseaba poder comunicarse por medio del verdadero alfabeto vulgar sin emplear signos convencionales; trasmitir documentos escritos; copiar figuras, dibujos ó retratos; hacer pasar la palabra por el hilo metálico y reproducirla en la estación receptora como si se tratase de un juego de magia. Todo esto se ha ido realizando sucesivamente en nuestros días. Pasemos sobre ello una ligera ojeada.

El telégrafo de Hughes es un verdadero aparato impresor de palabras y de números. En la estación trasmisora, puede enviarse el despacho á la línea con sólo oprimir las teclas de un piano donde están señaladas las letras del alfabeto, algunos guarismos y varios signos ortográficos, todo lo cual se reproduce en la estación receptora sobre una tira de papel convenientemente dispuesta para que los caracteres de imprenta que en grabados como de manos de un cajista.

El 26 de Febrero de 1879, M. Cower mostró al público de ondres un telégrafo escritor, con el cual podía trasmitirse fiel-

mente cualquier manuscrito ó firma, por complicada que fuese. La experiencia confirmó el anuncio. Varios periódicos y revistas extranjeras reprodujeron un facsimil de las palabras escritas por el receptor; pero el tiempo fué trascurriendo sin que nadie volviese á acordarse del singular invento, que hoy parece olvidado hasta de su mismo autor.

El abate Caselli, después de diez años de constantes trabajos, dió á conocer el pantelégrafo, aparato destinado á reproducir dibujos ó retratos en la estación receptora. En este sistema, el verdadero artista es la electricidad, que imprime en una hoja de papel impregnada de ferrocianuro de potasio las siluetas trazadas en la estación trasmisora sobre una placa metálica aisladora. El pantelégrafo se estableció por primera vez entre Amiens y París como medio de ensayo. Se comunicó el retrato de la Emperatriz Eugenia con bastante buen éxito. Hoy funciona entre París, Lyón y Marsella, con excelentes resultados prácticos. Su mecanismo es muy complicado, lo mismo que el de los dos sistemas anteriores. Solamente con un modelo á la vista, y difícilmente con el grabado, puede comprenderse su descripción.

Llegamos á la Exposición universal de Filadelfia en 1876. Entre la infinidad de máquinas é instrumentos científicos del pabellón telegráfico, se escondía una especie de hongo artificial provisto de un apéndice de alambre cubierto de caoutchouc. Aquel modesto aparato, de tan reducidas dimensiones, debía sorprender la inteligencia de los sabios y la imaginación de los artistas más soñadores: era el teléfono del profesor Graham Bell.

Se compone de una barrita imantada, en cuyo extremo superior está arrollado un hilo metálico á manera de bobina, en presencia de la cual se fija por su borde una delgada lámina de hierro que vibra bajo la acción de las ondas sonoras emanadas de los labios del que habla. Estas ondas, poniendo en movimiento la membrana, ocasionan corrientes inducidas en el imán y bobina, que llevadas por hilos conductores al receptor, son trasformadas en ondas sonoras, reproduciendo exactamen-

te la frase, palabra ó nota emitida en el trasmisor. El mecanismo admira por su sencillez; pero ¡cuántos trabajos y decepciones antes de alcanzar el resultado apetecido! Mr. Bell estudia y experimenta las corrientes intermitentes, pulsatorias y ondulatorias, de las cuales puede considerársele descubridor. Después inventa y estudia sucesivamente variados instrumentos, con los cuales consigue la reproducción de sonidos musicales. Luégo construye otro aparato provisto de membrana, electro-imán y trompetilla convergente, el cual no da resultados para el objeto. Por último, reformando convenientemente esta maquinilla, decídese á probarla de nuevo: coloca uno de los aparatos en el piso bajo del edificio inmediato á la Universidad de Boston, otro en una cátedra del mismo establecimiento. Del primero estaba encargado un discípulo y amigo del físico; del segundo el mismo Graham Bell. El sabio pregunta á su apartado discípulo:

—¿Oye Vd. lo que digo?—Un momento después la membrana del aparato se agita débilmente y llegan á los oídos de Mr. Bell estas consoladoras palabras:—*Yes y understand you perfectly*. (Sí, le oigo á Vd. perfectamente). El problema estaba resuelto: la electricidad *había hablado*.

La profunda emoción del sabio no lo incitó, sin embargo, á dormirse sobre los laureles: redobló sus esfuerzos, modificó, corrigió, y pudo dotar al mundo de una de las más extrañas y útiles maravillas científicas.

Después de Bell, multitud de físicos ó *electricistas* se dedicaron á modificar el aparato electro-parlante: se conocen hoy teléfonos de Edisson, de Breguet, de Cowes, de Trouvè, de Kighi, etc.

Un defecto capital se hacía notar en la trasmisión telefónica: la falta de timbre ó aparato avisador, con el fin de anunciar á la persona del receptor la proximidad de un parte.

A este inconveniente acudieron pronto asíduos experimentadores: Mr. Gower proveyó los hilos conductores de un tubo acústico, que haciendo vibrar un sencillo diapasón, avisa en la estación receptora. Mr. Trouvè encuentra más sencillez en el

uso de una pila aplicada al aparato, provisto de membranas resonantes en el trasmisor y receptor. Por último, el avisador Lorenz no requiere pila, sino un sencillo imán, ante cuya armadura vibra un timbre común de campanilla y martillo, cuyas notas agudas se reproducen en un resonador metálico colocado en el teléfono de llegada, sin más intermedio que el hilo conductor del sistema.

Cuando se presentó el teléfono en la Academia de Ciencias de París, acompañado del aparato fonográfico de Edisson, muchos de los ilustres sabios dudaron de lo que oían y palpaban, atribuyendo tan maravillosos efectos á ventriloquía del que hacía la presentación oficial. Fué entonces cuando un eminente botánico, M. Bouillard, en el colmo del paroxismo, lanzó esta atrevida frase:—«Yo no podré creer nunca que un *vil metal* pueda reemplazar á ese notable aparato fonético que nos sirve para producir la palabra.»

Excusado es decir que por esta vez el sabio naturalista se equivocó. Esto sirve para demostrar la notable importancia científica del teléfono y la merecida gloria de su inventor. Por lo demás, sucedió con tan interesante aparato como con casi todos los descubrimientos científicos ó industriales: tan pronto como fué conocido, por todas partes brotaron inventores con derechos de prioridad sobre Graham Bell. Pero es lo cierto que no consiguieron empañar su gloria.

El teléfono se experimentó por todas partes con creciente éxito. Sus aplicaciones son innumerables. Citaremos las principales.

En Chicago (Estados Unidos) se ha establecido un sistema de alarma telefónica, mediante el cual los *policeman* encargados de velar por el orden público pueden recibir en sus garitas respectivas los avisos de alarma ó trasmitirlos de igual modo á la garita central de cada cuartel, desde donde se comunican inmediatamente á los demás agentes subordinados, quienes pueden así detener al malhechor cuando se considera acaso más seguro de no ser cogido.

En París se organizó un servicio telefónico público, cuya

oficina central está situada en la avenida de la Opera. Cada suscritor tiene su número fijo en el registro de dicho centro electro-fónico. Si el número 30, por ejemplo, quiere comunicarse con el 12, avisa á la oficina general; un empleado pone en comunicación los hilos del número 30 con los que conducen á la habitación del número 12, y ambos suscritores pueden participarse con toda confianza sus negocios ó secretos, hasta que tengan por conveniente agitar el tímpano que, resonando en la oficina mencionada, hace que los alambres sean colocados en la posición primitiva. En este servicio se hace uso del teléfono de Edisson, provisto de pila.

Hay establecidos sistemas públicos análogos en Nueva York, Boston, San Francisco de California, Madrid, etc. Bilbao lo tiene establecido para el servicio de incendios, con muy buen éxito, y montado con sencillez y economía apreciables.

Cuando la malograda Infanta Doña María de las Mercedes dirigía sus pasos á Madrid con ocasión del régio enlace, de tan efímeros resultados, se estableció un teléfono en Aranjuez, punto de descanso fijado en el itinerario, llevándolo hasta la misma cámara de la augusta viajera, mientras los hilos de otro aparato análogo penetraban en el palacio Real de Madrid hasta las habitaciones de S. M. el Rey. De este modo les fué dable á los ilustres novios hablarse y comunicarse sus impresiones ó afectos cuando los separaban todavía más de 10 leguas de camino.

Todo el mundo ha leído seguramente que, merced á aparatos telefónicos colocados en los buques ingleses, cuando éstos bombardeaban á Alejandría hace tres años, se podían percibir en Malta los cañonazos de la escuadra y de la plaza, asistiendo en cierto modo al combate naval, distante más de 300 leguas.

El teléfono se ha aplicado en algunas iglesias de América para facilitar á los beatos enfermos la audición de sermones ó la Misa desde sus habitaciones distantes. Se ha colocado en teatros, á fin de poder escuchar el canto de los artistas en imposibilidad de asistir á la representación. Aplicóse en la sa Consistorial de Génova, comunicando con el Observatorio

astronómico, para corregir la hora y regularizar el reloj municipal que rige á los demás de la ciudad. Se empleó con notable éxito en España para verificar consultas médicas de pueblo á pueblo. Se usa en las minas para anunciar al exterior la falta de ventilación, y en los aparatos de buzos para comunicarse con los encargados de suministrar los auxilios higiénicos al *escafandra*.

Pero en la mayor parte de estas aplicaciones. el teléfono está asociado á su poderoso y modesto compañero el *micrófono*.

Era preciso hacer hablar *más alto* á la membrana metálica receptora. Mr. Hughes realizó este segundo milagro científico. Un lápiz de carbón, apoyado cómodamente en dos gruesos trozos de la misma sustancia, donde se insertan los alambres de una ligera pila, y un receptor telefónico donde terminan los hilos conductores de la corriente, todo ello colocado con cierto arte, para disimular la sencillez extrema del aparato: he aquí, en resumen, la estructura del micrófono Hughes. Con este maravilloso juguete se han podido escuchar las pisadas y los chillidos de una mosca (1), el rumor de la tempestad lejana, el ruído del rayo (2), la agitación atmosférica, etc.

Por sí solo, es demasiado sensible para aplicaciones generales en la sociedad, pues trasmitiendo todos los movimientos y ondas sonoras que se produzcan á su alrededor, da lugar á una confusión discordante, casi siempre ininteligible. De ahí que se le asocia generalmente con el teléfono, el cual compensa y atenúa los *irreflexivos* ímpetus de su compañero.

Valiéndose de combinaciones de esta índole, más ó menos complicadas, construyó el citado físico un aparato denominado balanza de inducción, merced al cual pueden apreciarse las diversas naturalezas de dos metales colocados en estuches de cartón, convenientemente dispuestos y rodeados de bobinas que completan el circuito, en el cual se intercalan un micró-

(1) Hughes.

(2) M. Mocenigo.

fono y un teléfono. Las monedas falsas se conocen fácilmente puestas en los estuches respectivos, por los ruidos característicos que acusa el teléfono siempre que se trata de metales impuros ó de diferente densidad. Fácilmente se comprenden los resultados importantes que este aparato está llamado á alcanzar.

Fundado en análogos principios fundó Edisson su microtámetro, destinado á medir las presiones infinitesimales. Basta aplicar la mano á algunas pulgadas de una membrana de caoutchout, colocada sobre un disco de carbón, para que el galvanómetro indique inmediatamente dicha proximidad, perturbadora del carbón.

Llegamos á uno de los inventos más maravillosos de la ciencia contemporánea. Hasta ahora se sabia que un timbre, sonando en el vacío de una máquina neumática, da vibraciones mudas, es decir, que el sonido sólo se propaga en el aire. Esto ya no puede decirse hoy; con el auxilio del fotófono se lleva la palabra por el vacío, ó por cualquier medio diáfano, sin más conductor que un rayo de luz. El fotófono se compone, esencialmente, de un espejo cóncavo, de plata ó vidrio, sumamente delgado y flexible, de un foco luminoso que lanza sobre la cara cóncava de este reflector haces de luz intensa, y de un receptor, consistente en una superficie de *selénio*, metal que posee la singular propiedad de conducir la energía eléctrica en relación con el mayor ó menor grado de intensidad luminosa que reciba de un circuito eléctrico y de un aparato telefónico destinado á reproducir la palabra. Hablando delante de la parte convexa del espejo, éste vibra como una membrana, produciendo ciertas ondulaciones é intermitencias en la luz que refleja por su cara cóncava; tales intensidades luminosas atraviesan el espacio y se manifiestan en el receptor de selénio, que las trasforma en ondas eléctricas, llegando al aparato telefónico, de donde salen convertidas de nuevo en ondas sonoras, imagen fiel de los sonidos emitidos en el trasmisor. Se comprende fácilmente la marcha del sonido: primero conviértese en ondulaciones luminosas, después va envuelto en rayos de luz á través del espa-

cio, luégo se metamorfosea en vibraciones eléctricas; por último, torna á su estado primitivo, saliendo de la membrana del receptor Bell convertido en ondas sonoras.

El inventor del fotófono es el mismo profesor Bell, tan conocido ya por sus anteriores descubrimientos científicos. Cuando vino á París en el pasado año de 1880, con objeto de recoger el premio de Volta que le fué conferido por la Academia de Ciencias en remuneración de sus interesantes trabajos, presentó ante la sabia corporación un nuevo aparato destinado á hablar de lejos por medio de la luz; tal era el *fotófono*.

Recientemente, tratábase de reemplazar el selénio—metal muy caro—por el antimonio, el bismuto, ó mejor aún, por una aleación de antimonio y zinc que reune análogas propiedades foto-eléctricas. También se trabaja para suprimir el receptor telefónico, á fin de simplificar el aparato.

La luz eléctrica ha contribuído grandemente á la realización del progreso moderno. Basta acercar dos carbones atravesados por una corriente eléctrica de regular potencia para que aparezca entre ambos un arco de intensa luz blanquecina: tal es el arco voltáico.

Los graves inconvenientes fisiológicos y económicos de este poderoso foco luminoso, hicieron pensar bien pronto en la necesidad de sustituirlo por otra luz menos intensa y más accesible á las utilidades prácticas. Multitud de físicos ó *electricistas* se dedicaron con toda fe á la resolución del problema.

Así nacieron esa infinidad de aparatos eléctricos que, bajo la denominación de lámparas, bujías, cerillas, etc., van tomando carta de naturaleza en las principales ciudades de ambos mundos, para sustituir, acaso en un plazo breve, al gas del alumbrado, al petróleo y á la estearina.

Las lámparas eléctricas están fundadas en el principio de la incandescencia del carbón ó de un metal al paso de una corriente eléctrica poderosa. Podemos citar, entre otras, la de Wilde, de carbones aislados; la de M. Masein, de lámina incandescente de platino; la de Reynier, de carbón movible con flotador de corcho, y la del mismo autor, de corriente limitada;

la de M. Ducretet, de carbones sumergidos en mercurio, que sirve de regulador; las de Werderman, Jamin, Harrison, Varley, Edisson, etc.

Las bujías eléctricas ofrecen apreciables ventajas económicas. Las bujías Jabloschkof son las más conocidas. Constan de dos varillas de carbón, paralelas en sentido vertical y separadas por una sustancia aisladora, que se derrite á tiempo que arden los dos carbones atravesados por una corriente.

Las aplicaciones de la luz eléctrica concentrada en estos diversos aparatos, son innumerables.

En la avenida de la Ópera de París se colocaron (1879) 46 globos de luz eléctrica, en cada uno de los cuales se acomodaron cuatro bujías Jabloschkof, alimentadas por tres pares de máquinas magneto-eléctricas, sistema Gramme, movidas al vapor.

En los muelles de Londres (la Victoria) se instalaron 20 globos análogos por vía de ensayo público, el cual dió los mejores resultados. De igual modo se iluminó recientemente el puente de Waterlóo en la misma ciudad.

Conocidas son, aun de las personas no residentes en Madrid, las farolas eléctricas de la Puerta del Sol, establecidas pocos años há frente al Ministerio de la Gobernación, y cuya corriente era enviada á los focos luminosos por máquinas Gramme perfeccionadas movidas al vapor.

Últimamente se ensayó la luz eléctrica en el Ministerio de la Guerra de Madrid y en las principales calles y paseos de Bilbao, San Sebastián, Barcelona, etc., bien que en algunos de estos puntos los resultados no fueron satisfactorios, debido á la falta de regularidad en la máquina de vapor que impulsaba los árboles de las bobinas, haciendo que la luz oscilase á veces hasta extinguirse por completo después de bruscas interrupciones, razón por la cual el ensayo no consiguió arraigar en varias localidades.

Se ha empleado la luz eléctrica para los trabajos nocturnos de obras públicas, como en la construcción del puente de Nuestra Señora, en París, obras de reformas del puerto en el Havre,

edificación de los Docks Napoleón, etc. También se ha ensayado en las minas profundas con excelente éxito, aunque sin trascendencia por ahora, y en las campanas de los buzos para las exploraciones submarinas. Actualmente se llevan á efecto los grandes trabajos de dragado de la ría de Bilbao, iluminándose de noche con luz eléctrica las poderosas dragas de vapor que allí socavan día y noche el fondo cenagoso.

En la redacción del *Times* (Londres) arden todas las noches algunas lámparas, sistema Rapieff, que proporcionan su clara luz á las salas de las prensas y composición, con lo cual los cajistas pueden trabajar de noche sin gran fatiga de la vista.

En Nueva York se aplicó la luz eléctrica al alumbrado general del puerto, mediante un procedimiento verdaderamente extraordinario. Construyóse una colosal estatua de bronce, representando la libertad alumbrando al mundo: su altura es de 34 metros y, contando el pestal, mide 67. La estatua está atravesada en sentido vertical por una escalera de caracol, que termina en la cabeza. De la antorcha que lleva en la mano derecha y de la diadema que ciñe su frente, salen haces de luz eléctrica que pueden percibirse á distancia de 15 leguas. Los aparatos que emiten la corriente son movidos por máquinas de vapor de 500 caballos. La cabeza de este coloso moderno fué expuesta en el gran certamen de París de 1878, pesando ella sola unos 8.000 kilogramos. ¡Calcúlese el peso total!

En los faros se ha ensayado la luz eléctrica para reemplazar á las antiguas lámparas de aceite de cuatro mechas concéntricas, ideadas por Fresnel á principios del siglo. El alcance de la luz es sensiblemente el mismo, pero la intensidad es mucho mayor y la economía bastante marcada, relativamente al anterior sistema. Hoy existen tres faros eléctricos en Francia, seis en Inglaterra, uno en Odesa y otro en Port-Said, á la entrada del canal de Suez. Las ventajas que ofrecen hacen suponer que en breve se verán extendidos por todo el mundo.

Aplícase también el foco voltáico para alumbrado de los buques, á fin de evitar los choques, tan frecuentes en las vías marítimas de curso estrecho. Se han ensayado máquinas mag-

neto-eléctricas, movidas por las de vapor de los buques, para iluminar de noche la travesía. El *Jerome Napoleón* fué el primer barco de alto porte donde se instaló la luz eléctrica en 1867. Actualmente las marinas española, francesa, rusa é inglesa, poseen varias fragatas provistas de aparatos de luz eléctrica.

Los vapores que recorren todos los días el Mississipí, el Ohío y otros grandes ríos de América septentrional, llevan, durante la noche, lámparas eléctricas colocadas en el puente de la embarcación, con cuya luz se hace fácil á los pilotos percibir los escollos y demás accidentes de las márgenes y centro del río. Resulta de datos estadísticos recientes que los choques de buques de vapor, antes tan frecuentes en estos parajes, han disminuído notablemente desde la instalación de las luces eléctricas como señales nocturnas.

Últimamente se ha inaugurado un café en Milán, alumbrado por luz eléctrica, y en algunas estaciones de ferrocarril extranjeras funcionan mecheros alimentados por máquinas Gramme. Los grandes almacenes del Louvre y el Hipódromo de París están iluminados también con luz eléctrica, é igualmente lo estaba la *Exposición alimenticia* de 1883, que tuve el gusto de examinar.

Con las bujías y lámparas eléctricas parece que no habrá de pasar mucho tiempo sin que se resuelva definitivamente el interesante problema de la *electricidad á domicilio*. Cuando esto sea un hecho, existirá en las ciudades de alguna importancia un depósito central de electricidad—así como hoy lo tenemos del gas del alumbrado—provisto de máquinas magneto-eléctricas, movidas al vapor, de donde partirán hilos subterráneos conductores, que recorriendo las calles y las paredes de los edificios, terminarán en elegantes aparatos, sencillos y económicos, provistos de un hilo metálico ó carbón incandescente, capaz de alumbrar por sí solos cualquier local espacioso, sin temor á explosiones ni incendios de líquidos combustibles.

La relojería eléctrica está basada en la teoría general de los electro-imanes. Si se supone un péndulo atravesado por una corriente eléctrica, chocando en sus oscilaciones con dos plan-

chas metálicas que, mediante hilos conductores, comunican con un electro-imán, delante del cual se coloca una lámina flexible, tendremos que á cada contacto del péndulo en las lengüetas se establecerá una corriente voltáica, la cual, llegando al electro-imán, atraerá bruscamente la lámina metálica colocada en su presencia, y que á su vez ha de poner en movimiento, mediante un mecanismo adecuado, una aguja giratoria, destinada á marcar los segundos sobre una esfera de reloj.

La relojería eléctrica se estableció en Londres por Weasttone en 1840; en Liepzigk por Storer, en 1850; funciona en Gante (Bélgica), en París y en varias estaciones de las vías férreas de Europa.

En cuanto á París, la unificación de la hora, que había ofrecido tan graves inconvenientes, ha sido resuelta recientemente por M. Breguet. Del regulador central, colocado en el primer piso del Observatorio Astronómico, parten hilos conductores que pasan por una serie de reguladores secundarios colocados en la vía pública de tal modo, que todo el mundo puede arreglar su reloj ó averiguar la hora verdadera de *tiempo medio*, tomada en el meridiano de París. El péndulo central marca los segundos, que son repetidos en los demás secundarios mediante un sistema de electro-imanes dobles. Si la corriente falta, los reguladores continúan con un escaso error hasta que sean corregidos. Cada regulador es centro á la vez de otra red de hilos conductores que llevan y corrigen la hora en los relojes públicos. La instalación de este importante servicio es debida á la Dirección de Ingenieros de la Villa de París.

Parece probable que en un breve plazo se extenderá la relojería eléctrica por todas las ciudades que gozan de alguna importancia civil ó comercial, dadas sus apreciables ventajas prácticas y económicas.

Convertir la energía eléctrica en trabajo mecánico capaz de sustituir á los motores de vapor y de mano, parecia problema de muy difícil solución científica. Y si bien no se ha podido conseguir tanto como fuera de desear, es lo cierto que se han dado los primeros pasos afortunados para su realización.

MM. Chretien y Félix ensayaron con buen éxito, en sus posesiones de Semaize, la aplicación de máquinas Gramme para cargar y descargar wagones de azúcar, haciendo mover una rueda en la cual se arrolla la cadena destinada á abrazar la carga. Los mismos industriales emplean la fuerza eléctrica para labrar la tierra, mediante un arado fijo entre dos carretes movidos por el influjo de una máquina Gramme, que á su vez es puesta en movimiento por otra de vapor, ambas colocadas á bastante distancia del aparato de labranza.

Mr. Siemens, inventor alemán bastante conocido por sus trabajos científicos, consiguió hacer funcionar una locomotora movida por la electricidad, en la cual la corriente emanada de máquinas magneto-eléctricas de su invención, colocadas en locales distintos, se comunica por los rails de la vía, y por un nuevo rail central á las ruedas y armaduras de la locomóvil, que avanza automáticamente como las locomotoras ordinarias.

Los resultados de este sistema han sido tan aceptables, que desde 25 de Enero del año 1881 funciona una locomotora sobre vía férrea eléctrica desde la estación de Anhalter á Berlín, construída bajo la dirección de MM. Siemens y Halsk. También se proyectó establecer otro sistema análogo entre la plaza de la Concordia y el Palacio de la Industria (París), con motivo de la Exposición industrial del mismo año.

El mismo físico, Mr. Siemens, ha empleado la energía eléctrica para poner en movimiento ascensores á pisos altos de los grandes edificios. El ensayo se hizo recientemente en Menhaim con máquinas electro-magnéticas movidas al vapor, las cuales, haciendo engranar los dientes de una rueda, fija por su eje en la caja del ascensor, con las muescas de una cremallera vertical, determinan la subida lenta, pero segura, del aparato con las personas que lleva.

También se trata de hacer uso de la electricidad para mover tornos y taladradores en los talleres de construcción; para mover los émbolos de bombas destinadas á desecar pantanos; para detener ó aminorar la marcha de los trenes, etc., etc.

En todas las citadas aplicaciones, sólo se aprovecha un 25

ó todo lo más un 50 por 100 de la potencia eléctrica desarrollada en las máquinas productoras. Esta pérdida de energía es un gran obstáculo, bajo el punto de vista económico; pero los esfuerzos de los inventores tienden á hacerla disminuir lo más posible.

En 1878 habían construído MM. Pollard y Garnier un aparato, destinado á reproducir el canto, sin receptor telefónico. Le llamaron condensador cantante, y se componía de 30 hojas de papel de cartas, interpuestas con 28 de estaño, unidas en sus extremos á un hilo introducido de la bobina de Ruhmkorf, comunicado con un trasmisor de Keiss. En estas disposiciones, cantando delante del trasmisor de papel, colocado á bastante distancia en departamento separado, reproducía exactamente las notas del artista. Fundándose en los mismos principios, apareció en el año 1881 el condensador *parlante* de MM. C. Herz y Durand. Se reemplazó el trasmisor Keiss por un micrófono, y se intercaló en el circuito una pila de algunos elementos. Los efectos así obtenidos son maravillosos: el condensador habla, canta, toca de un modo admirable y casi sobrenatural.

Todas las mañanas puede asistirse en Nueva York á un sencillo espectáculo de suma utilidad para los relojeros y comerciantes. Consiste en la caída de una gran bola negra desde la linterna de una torre elevada, puesta en comunicación eléctrica con el Observatorio de Washington. Basta establecer el circuito eléctrico de este centro astronómico para que, corriéndose una presilla metálica en la cúpula de la torre de Nueva York, caiga la bola á lo largo del mástil que la atraviesa, señalando de este modo las nueve en punto de la mañana.

De un modo análogo está dispuesto el aparato que permite caer á las doce del día la bola del Ministerio de la Gobernación en la Puerta del Sol de Madrid.

Desde 1874 se aplica por la Compañía del Este de París el registrador eléctrico de M. Napoli para el servicio de guardias nocturnos. Mediante un sistema de hilos y electro imanes, se graban en una tira de papel varias letras y números combinados, de manera que cada guardia de ronda debe poner en mo-

vimiento una letra, correspondiente á cierta palabra característica, todas las veces que toca el botón colocado en la vía pública, quedando así marcada en el registrador la letra y la hora del paso del vigilante. Así puede confrontarse al día siguiente en la tira de papel quién ha cumplido con su deber durante la noche.

MM. Bella y Delfoy, aisladamente, practicaron diversas experiencias encaminadas á domar los caballos por medio de la electricidad. Una pequeña pila colocada en el asiento de donde parten hilos metálicos en comunicación con el freno del solípedo, permite al cochero ó jinete cerrar á voluntad el circuito en el momento que el caballo marcha á la carrera: la corriente se establece y llega á la boca del animal dejándolo aturdido y paralizado, como si una mano invisible detuviera mágicamente su movimiento. Las pruebas de este género, llevadas á cabo recientemente en París, han dado resultados muy satisfactorios.

Con el auxilio de la electricidad se ha hecho saltar en 1876 el colosal escollo de Helgate, de 70.000 metros cúbicos, que obstruía una de las entradas del puerto de Nueva York. Bastó que la joven hija del general Newton oprimiese un sencillo botón de marfil, para que la inmensa mole se abriese y desplomase en el seno de las aguas, dejando libre paso á los buques de todas las naciones.

Por el mismo sistema de centella eléctrica se consiguió hacer volar en el pasado año de 1880 el gran cerro de San Telmo, próximo á Málaga, que impedía las comunicaciones marítimas. El suceso es bien reciente y conocido, para que nos detengamos á reseñarlo.

De igual modo se han hecho saltar muchas minas, volar canteras, inflamar fulminantes, etc., sin exposición de peligros personales.

Además de los timbres eléctricos de habitación, basados en el principio de los electro-imanes, se han inventado campanillas para anunciar automáticamente los incendios (las de MM. Gaulne y Milde); flotadores que anuncian por medio de

timbres eléctricos las crecidas de los ríos; aparatos (los de M. Trèves) con los que puede el Capitán de un buque arreglar desde el puente la marcha del mismo sin recurrir á voces ni gritos: instrumentos de alambre, puestos en comunicación con pilas próximas á los árboles, destinados á cazar pájaros, estableciendo al efecto una fuerte corriente en momento oportuno; reguladores destinados á acusar las variaciones en la marcha de un tren; y otra porción de instrumentos, máquinas ó utensilios que cooperan al feliz resultado del progreso contemporáneo, en bien de la humanidad constituída socialmente.

**Octavio Lois.**

*(Concluirá.)*

# CRONICA POLITICA INTERIOR

8 de Diciembre.

La costumbre ha establecido como regla que después de un largo interregno parlamentario, se abra, en las Cámaras, un amplio debate, para discutir á fondo la conducta de los Gobiernos.

No hemos olvidado ahora esta práctica ni, en rigor, debíamos olvidarla, habiendo ocurrido, durante las últimas vacaciones, sucesos de orden público tan graves como los del 19 de Setiembre y modificaciones que han trasformado la constitución personal del primer Gabinete de la Regencia.

El Presidente del Consejo de Ministros se apresuró á dar cuenta á las Cortes de las causas que motivaron la crisis de Agosto y la de Octubre; y estas esplicaciones han servido de tema al debate político que los conservadores disidentes plantearon, en el acto, y que aún no ha terminado en la Cámara popular.

Todos los partidos y todas las fracciones han terciado en esta discusión. En el Senado, el Marqués de Molins, el Conde de Casa-Valencia y el Sr. Fabié llevaron la voz de los conservadores ortodoxos; el Sr. Botella y el Sr. Bosch la de los conservadores disidentes; el señor Rojo Arias la de la izquierda liberal; el Sr. Abarzuza la del partido republicano posibilista; el Duque de Tetuán, uno de los miembros más caracterizados de la mayoría, expuso su criterio, no del todo

conforme con el del Gobierno, acerca de los sucesos del 19 de Setiembre y el General Jovellar y el Sr. Camacho explicaron las razones á que habían obedecido para retirarse del Gabinete, sin disentir por ello de la política del partido liberal ni de su jefe. En el Congreso, el Sr. Cánovas del Castillo ha hablado á nombre del partido que dirige; el Sr. Romero Robledo á nombre de la disidencia conservadora, después de haberlo hecho dos de sus más elocuentes amigos, los Sres. Puga y Bergamín; en representación de la izquierda han terciado el Sr. Becerra y el General López Domínguez; un ex-Ministro de la mayoría, el Sr. Gullón, se levantó á exponer su punto de vista personal acerca de la política del Gabinete, considerándola poco acentuada en el sentido de la autoridad; otro ex-Ministro liberal, el Sr. Marqués de la Vega de Armijo, manifestó el suyo respecto de la crisis de Octubre que, en su opinión, no debió plantearse ni resolverse antes de que se discutieran en las Cámaras los sucesos del 19 de Setiembre. El Presidente del Consejo, el Ministro de Estado y el Ministro de Hacienda han sostenido la batalla desde el banco azul. Es posible que hablen el Sr. Pidal y el Sr. Castelar, contestando á repetidas alusiones personales, y de seguro intervendrá el Sr. Salmerón, á quien la Cámara y el país desean oir, para saber si la coalición republicana aprueba ó condena los sucesos de Setiembre y, sobre todo, cuál va á ser su conducta, después del generoso indulto de los jefes de aquella sedición.

Larga y pesada ha sido la discusión política, pero acaso no sea estéril para las relaciones de los partidos, ni para la acción de los Gobiernos, ni para el prestigio de las instituciones, ni para la paz pública; porque en ella han quedado definidas y deslindadas, de una manera más franca que en la discusión del Mensaje, las opiniones, las tendencias y la actitud de todas y cada una de las fuerzas políticas que tienen su representación en el Parlamento.

El punto más cuidadosamente dilucidado, acaso porque era el que más interesaba al Gobierno y á las oposiciones, es el de que este Gabinete no significa un cambio de política en el poder, sino la continuación del Gabinete anterior, con sus compromisos, con sus principios y con sus procedimientos, porque en él están representadas, en la misma ponderación y en el mismo sentido todas las proceden-

cias y todas las fuerzas del partido liberal. El General Jovellar, el Sr. Alonso Martínez y el Sr. Gamazo personificaban, en el primer Ministerio de la Regencia, la tendencia de la derecha conservadora; el Sr. Moret, el Sr. Montero Ríos y el General Beranger la tendencia de la izquierda democrática; el Sr. Camacho y el Sr. González eran la encarnación del partido constitucional de las primeras Cortes de la Restauración, de aquel partido que, por las trasformaciones de la política, ha venido á ser la base y el punto céntrico de la fusión liberal. Y esta es, con la diferencia de algunos nombres, la combinación del actual Ministerio.

El tiempo y la responsabilidad del poder se encargan de ir borrando los matices y las diferencias que, en un momento dado, pudieran descomponer los partidos, y así se explica que todos los ideales de la derecha, de la izquierda y del centro del partido liberal estén ya fundidos en un solo ideal: afirmar la Monarquía con todos sus prestigios, afirmar la libertad con todas sus garantías y cumplir honradamente en el poder los compromisos contraídos en la oposición.

El discurso del Sr. Marqués de la Vega de Armijo, discurso de tonos enérgicos pero de un alto sentido, ha puesto sobre el tapete una cuestión de importancia suma para el régimen parlamentario: la de que las crisis ministeriales no deben plantearse á espaldas de las Cortes. Claro está que en esta doctrina, que es la sana y la que con más fe defienden todos los tratadistas modernos, han de acompañar al ex-Ministro de Estado cuantos creen que los Gobiernos de Gabinete representan de un lado la confianza del poder irresponsable y del otro la conformidad de las mayorías que han de prestarles su apoyo y su concurso; pero ni esta doctrina es tan cerrada que no permita al Jefe del Estado usar libremente de su prerrogativa, para nombrar un Ministro estando suspendidas las tareas parlamentarias, ni en el caso presente podía tener una aplicación rigorosa; porque, resueltos los Generales Jovellar y Beranger á abandonar sus carteras, por motivos de altísima nobleza que no envolvían un disentimiento expreso de la política del Gabinete, y resueltos á seguirles, por motivos igualmente delicados, los Ministros de Ultramar, Fomento y Gobernación, no era prudente reunir las Cámaras para discutir esta crisis que no entrañaba un cambio de política, y así el Presidente del Con-

sejo pudo hacerse esta patriótica reflexión, que repitió contestando al Marqués de la Vega de Armijo:—«Ya que por consecuencia de los sucesos ocurridos en la noche del 19 de Setiembre me veo obligado á un cambio de personas, procuraré que no se vea, que no se pueda creer de ningún modo que aquellos sucesos han influído en poco ni en mucho para producir un cambio en la política; y de ahí que me limitara á sustituir unos Ministros con otros, haciendo que la combinación de los elementos del nuevo Gobierno fuera, en su representación política, poco más ó menos, la misma que la del anterior.»

Explicada de este modo la crisis, las censuras del Marqués de la Vega de Armijo han quedado reducidas á una respetable opinión.

La disidencia de algunos elementos de la mayoría, asunto que empezó á preocupar á todos los partidos antes de que las Cortes se reunieran, y que se creyó tomaría cuerpo cuando el Duque de Tetuán se levantó, en el Senado, á exponer su criterio acerca de los sucesos del 19 de Setiembre, no ha alcanzado proporciones verdaderamente serias ni, en rigor, podía alcanzarlas desde el momento en que D. Pío Gullón y el Marqués de la Vega de Armijo manifestaron que, cualesquiera que fuesen sus opiniones respecto de ciertos hechos, seguían perteneciendo al partido liberal y reconociendo la autoridad del señor Sagasta. Y no podía esperarse otra actitud de hombres de la experiencia y del patriotismo de estos ex-Ministros; porque una disidencia en la mayoría, aun cuando fuera poco extensa por el número de Diputados que la proclamaran, sería, en las circunstancias actuales, un conflicto para el partido liberal.

Los partidos no son ni pueden ser sectas ciegas que exijan á los hombres que á ellos se afilian la abdicación de sus opiniones, para entregarse, en cuerpo y alma, á las opiniones de la mayoría ó á la voluntad ilimitada de sus jefes. Esto sería un fetichismo repugnante. Los hombres de partido tienen siempre y en todas ocasiones libertad de juicio, para aconsejar á los Gobiernos lo que crean más conveniente al interés público y para censurar su conducta si la consideran desacertada. Lo que no pueden hacer, porque lo veda la ley moral por que se rigen estas grandes colectividades, es autorizar con sus censuras las censuras de los adversarios; es sumarse y concertarse con éstos; es, en fin, levantar bandera de rebelión dentro de su mismo campo y

al amparo de las posiciones y de los medios que deben á sus mismos partidos. Por eso la actitud del Marques de la Vega de Armijo resultó perfectamente correcta. «No soy, señores—dijo—un disidente; no lo he sido nunca, porque he visto que los que hacen las disidencias engendran disidencias nuevas y carecen siempre de la autoridad necesaria para reclamar la disciplina, que es la primera condición que los partidos necesitan para ser fuertes. Pero ¿quiere esto decir que todas las medidas del Gobierno me hayan parecido buenas? En manera alguna... De aquí que yo pueda creer, sin ser disidente, que ese Ministerio no ha debido modificarse á espaldas del Parlamento; de aquí que yo crea que, no haciéndolo así, no habríamos incurrido en lo que siempre hemos censurado en otros partidos.» Estas manifestaciones, que encierran un gran fondo de doctrina y de patriotismo y que fueron satisfactoriamente contestadas por el Presidente del Consejo, son la línea que separa la libertad de juicio, que no quebranta la disciplina, de la disidencia franca y resuelta que, cuando no se inspira en grandes ideales, ni está fuertemente apoyada por la opinión pública, ni se dirige á un fin noble, degenera fácilmente en facción, cuando no queda reducida á un arranque impotente y desdichado.

La idea del tercer partido, idea que se inició de una manera vaga á raíz de la crisis de Octubre, no había sido tratada hasta que el general López Domínguez la declaró con sus más nímios detalles. Algo había revelado el Sr. Romero Robledo, y de ello se hizo cargo el Sr. Cánovas del Castillo en uno de sus más luminosos discursos; pero la cuestión no había sido debatida, acaso porque el jefe de la izquierda era el encargado de abordarla en toda su extensión. En efecto, el General López Domínguez tuvo la aspiración de reemplazar al Sr. Sagasta. «Hombres patriotas del partido liberal—dijo el jefe de la izquierda—no disgustados por genialidades ni por personalismo, sino porque creían que el Gobierno no había cumplido su misión, que no había sido previsor, que había abandonado las riendas del Gobierno, estos hombres públicos pedían el concurso de todos para reemplazar l Ministerio que preside el Sr. Sagasta con otro Gobierno en que estuviesen representados los elementos del partido liberal, para satisfacer las deficiencias que, según la opinión, tenía el Gobierno del señor Sagasta.»

Para esta empresa, cuyo principal objeto era «fortificar el princi»pio de autoridad, hondamente quebrantado, remediar los males del »ejército y satisfacer á la opinión pública,» el General López Domínguez se puso de acuerdo con otros hombres de la mayoría y con el Sr. Romero Robledo, que llegó á ofrecerle desde su auxilio moral hasta su concurso material, si le era necesario.

El programa de ese proyectado Gobierno no era el programa de la izquierda. «En aquellos momentos—añade el General López Domínguez—con unas Cortes abiertas, con un partido gobernante al cual no se trataba de reemplazar por otro, no era cosa de presentarle en seguida el programa cerrado de mi partido.»

La izquierda no tuvo, pues, en aquella ocasión, «más propósito que el de formar un Gobierno fuerte;»..... «y un Gobierno—dijo más adelante el General López Domínguez—en que hubiera habido los elementos que entonces se ponían en juego, tengo la seguridad de que la primera parte de la misión que tenía que llenar la hubiera realizado con más fe, y, sobre todo, con más confianza en la opinión que la que tiene el actual Gobierno.»

A todos estos planes, á todas estas tentativas se atribuyó entonces el propósito de la formación de un tercer partido.

En sana doctrina parlamentaria, todos los partidos y todas las agrupaciones que viven y se agitan dentro de la política tienen el deber, no ya el derecho, de aspirar á la dirección del poder; porque si renunciaran á esta aspiración, confesarían que sus doctrinas, sus principios y sus procedimientos no podían realizar, formulados en leyes y en medidas de Gobierno, el bienestar de la sociedad. La izquierda que, á pesar de su programa, no es todavía más que una disidencia del partido liberal, una fracción importantísima por sus principios de gobierno, por su doctrina y por el número y calidad de sus adeptos, puede y debe aspirar á la dirección del poder con los mismos títulos que la fracción que capitanea el Sr. Romero Robledo, que tampoco es todavía más que una disidencia del partido conservador; pero una y otra necesitan antes conquistar la opinión pública, en los comicios ó en el Parlamento, y constituir un partido que pueda ser verdadero instrumento de Gobierno, que pueda aceptar la responsabilidad del poder y que pueda

merecer la confianza de la Corona. ¿Es que la izquierda aspira á convencer á la mayoría de estas Cortes de la bondad de sus doctrinas, para que, en un momento dado, cuando el interés público lo determine, retire su apoyo al jefe del partido liberal y se lo ofrezca y se lo otorgue al jefe de la izquierda, para que éste pueda gobernar parlamentariamente? Pues esta aspiración sería noble y generosa. ¿Es que el Sr. Romero Robledo aspira, por el otro lado, á convencer al partido conservador de que su política es más conforme al interés público que la política del Sr. Cánovas? Tampoco habría en esta empresa nada que no fuera lícito. ¿Es que el General López Domínguez y el Sr. Romero Robledo piensan que ni el partido conservador ni el partido liberal son, tal y como están organizados y dirigidos, suficientes garantías para los altos intereses sociales, y que este sensible vacío podría llenarlo un tercer partido que tendría por base las fuerzas de sus respectivas agrupaciones? Fuerte parecería esta trasformación; pero empiecen por ponerse de acuerdo en principios, en doctrinas y en procedimientos de gobierno, y por poner de su parte la influencia de la opinión pública, sin la cual no es posible conquistar el poder. Lo que es completamente estéril, es pensar que, procurando disidencias en los partidos organizados, ó aprovechándose de ellas, se pueden sumar fuerzas y constituir partidos fuertes; lo que carece de sentido práctico es empeñarse en destruir la autoridad y el prestigio de los jefes de los partidos desde las débiles posiciones de una disidencia. El Sr. Romero Robledo fué una potencia en el partido conservador, y volvería á serlo si volviese á su campo; el General López Domínguez fué y volvería á ser en el partido liberal una de las más altas y más dignas figuras. Fuera de sus naturales asientos, ni el General López Domínguez ni el Sr. Romero Robledo serán más que una triste esperanza: la esperanza de que en un día de peligro para las instituciones y para la paz pública no negarán á la pátria, si á ellos acude, ningún género de sacrificios.

Esta discusión política ha ofrecido, entre otros accidentes notables, el de que los Sres. Cánovas y Romero Robledo se hayan encontrado, al fin, discutiendo amplia y minuciosamente la conducta que siguió el jefe del partido conservador al morir el Rey Don Alfonso XII. El Sr. Cánovas esquivó esta polémica en las postrimerías de

las Cortes conservadoras, encomendando al Sr. Silvela la contéstación al Sr. Romero Robledo; la esquivó en estas Cortes, cuando se discutió el Mensaje, y la hubiera esquivado ahora si sus deberes de jefe de partido no le hubieran aconsejado intervenir en el debate.

No fué ésta una lucha de un Aníbal con otro Aníbal, porque, en realidad, el Sr. Cánovas del Castillo peleaba desde una posición muy ventajosa; pero no es posible desconocer que el Sr. Romero Robledo reveló, en esta ocasión, un ingenio y un poder de inteligencia y de palabra verdaderamente extraordinarios. Hubiera contenido sus ataques al Gobierno, como los contuvieron los demás oradores de la oposición, dentro de mayores respetos y de más justos miramientos y su discurso habría sido un verdadero triunfo, porque todos los tonos de la elocuencia, animados por una palabra ardorosa y por una razón exaltada, todas las sutilezas del político experimentado y todos los recursos del patriota convencido, se destacaban de una manera gallarda en la oratoria del jefe de los conservadores disidentes. Tenía que establecer las bases de una inteligencia política con la izquierda democrática y, al parecer, con hombres importantes de la mayoría que no eran totalmente extraños al pensamiento de formar un nuevo partido; tenía que demostrar las ventajas de esta inteligencia para las instituciones y para la paz pública; tenía, en fin, que convencer á la Cámara y al país de que esta coalición de fuerzas, opiniones é intereses, aconsejada por una necesidad suprema, podía engendrar un partido serio, y aquí, donde otro orador hubiera fracasado porque el terreno era falso y la empresa temeraria, el Sr. Romero Robledo supo interesar la atención de la Cámara, ya que no moverla en su favor, ni menos convencerla.

Inútil sería negar que los discursos del Duque de Tetuán, del Marqués de la Vega de Armijo y del Sr. Gullón han sido actos políticos de verdadera trascendencia. No constituyen, ya lo hemos dicho, una disidencia seria y deliberada; pero revelan bien á las claras la posibilidad de que en un plazo más ó menos lejano pueda aquélla formarse y tomar cuerpo y conquistar elementos auxiliares y poner en peligro al Gobierno y á la situación. Síntomas de esta naturaleza no deben pasar inadvertidos ni para el Gobierno ni para el partido liberal; y si fuera poco discreto el ocuparse de ellos para atajar el mal

antes de que se manifieste, sería menos patriótico el ocultarlos ó el mirarlos con fría indiferencia. El Gobierno, por boca de los Ministros de Hacienda y de Estado, y principalmente por boca del Presidente del Consejo de Ministros, ha dicho que los sucesos del 19 de Setiembre no son, ni por su importancia ni por el efecto que han producido en la opinión pública, motivo suficiente para variar de política, y que, por lo mismo, mantiene íntegro su programa y está resuelto á realizarlo. Enfrente de esta afirmación, el Sr. Gullón y los elementos de la mayoría que piensan como este importante hombre público, dicen que los programas de los gobiernos deben realizarse en la medida y con la energía que las circunstancias consientan, y que las circunstancias actuales reclaman imperiosamente fortificar los resortes del poder, modificar aquellas leyes en cuya eficacia no se pueda confiar, para evitar y para reprimir hechos como los del 19 de Setiembre, y levantar á más altura el principio de autoridad con el imperio absoluto, enérgico, constante de la ley, sin excepciones y sin contemplaciones. Estas dos aspiraciones, la del Gobierno y la del Sr. Gullón y sus amigos, no se contradicen; son, por el contrario, perfectamente conciliables; es más, no se puede presumir, sin ofender gravemente al Gobierno, que éste haya dejado de pensar y querer lo que piensan y quieren y le aconsejan los hombres de la mayoría que se han expresado con cierta libertad de juicio. Si los deseos de éstos no van más allá de aquí, la disidencia no surgirá, para bien de todos. Pero ¿tienen aquellas declaraciones un alcance y un sentido distinto de éste?; ¿Significan el deseo de que el Gobierno descarte, por ahora, de su programa, todos los compromisos contraídos con la izquierda democrática y haga francamente una política de la derecha? Pues si estos fueran los ideales del Duque de Tetuán, del Marqués de la Vega y del Sr. Gullón, y en defenderlos demostraran más empeño del que consienten la observación y el consejo, que no comprometen la armonía y la disciplina de los partidos, entonces la situación del partido liberal sería grave, porque toda su fuerza y todo su prestigio está en el programa que redactaron los Sres. Alonso Martínez y Montero Ríos, como base esencial para la fusión con los elementos de la izquierda, y en su propósito de realizarlo, con el concurso de las Cortes y con la sanción de la Corona.

El Gobierno está formalmente comprometido á realizar su programa acometiendo, con varonil resolución, todas las reformas políticas, judiciales y administrativas que la opinión pública viene reclamando y que los hombres del partido liberal le han prometido, y no sería una política juiciosa ni revelaría un gran patriotismo el crearle dificultades desde los bancos de la mayoría á pretexto de que las circunstancias no consientan desarrollar este programa en toda su extensión y con toda energía; porque ni las circunstancias políticas son ahora más difíciles que lo eran antes de los sucesos de Setiembre, ni con él son incompatibles los deseos, por todo extremo justos, de que se vigoricen los resortes del poder y se fortifique el principio de autoridad.

Como el debate político continúa, en la próxima *Crónica* daremos cuenta de él, examinándole desde otros puntos de vista y fijando la situación en que ha quedado el Gobierno.

**Francisco Calvo Muñoz.**

# CRÓNICA POLÍTICA EXTERIOR

10 de Diciembre.

Una nueva complicación parece que apunta por los horizontes diplomáticos, la cual ni es del día ni tendrá ahora solución, sino que continuará con intermitencias, apareciendo y ocultándose, según el sesgo que vayan tomando las cosas, pero siempre componiendo parte integrante y principal de la cuestión de Oriente.

Nos referimos á las negociaciones al parecer entabladas por Rusia, Francia y Turquía, para que Inglaterra acceda á la evacuación de Egipto, en un plazo que la misma potencia interesada podrá determinar, y cuya noticia, muchas veces echada á vuelo y muchas también desmentida, no cabe duda lleva en el fondo la expresión de los vivos deseos de las grandes potencias.

No aseguramos se haya intentado la gestión en los momentos actuales, ni que esté muy próximo el día en que se intente; pero sí puede afirmarse que, cada vez que aparece en alguno de los periódicos importantes de Londres un artículo de tono levantado y arrogante, buscando razones é inventando necesidades para explicar la permanencia de su ejército en Egipto, y la resolución del Gobierno inglés de no abandonar aquel territorio, hasta tanto queden garantidos en absoluto los intereses de la civilización europea, obedece á que la diplomacia británica ha escuchado pasos en tal sentido por las Canci-

llerías, y se anticipa á responder antes que la interroguen; y como se sabe es exacta dicha actitud de Inglaterra en lo que se refiere á este asunto, de ahí que, no obstante los generales deseos, nunca llega á formularse la reclamación en términos formales y categóricos, porque ella implicaría un rompimiento con la potencia que tomase la iniciativa, y en esto de alianzas guerreras se forjan muchos castillos en el aire y rara vez se edifica nada firme.

Inglaterra puso su planta en Egipto, y sucederá como en todas partes donde la ha puesto; que se queda hasta cuando le acomoda; y, en nuestro sentir, en manera ninguna le conviene el abandono de un territorio que la coloca tan cerca de las regiones donde pueden desarrollarse importantísimos sucesos y en el camino de su vasto imperio indiano. Sabe, por otra parte, que la más fuerte y efectiva hostilidad debería recibirla de la Puerta; y como esta es una potencia sin iniciativa, y que á la vez huye de suscribir toda aquella que envuelve un *casus belli*, en Egipto permanece firme y continuará indefinidamente el dominio de la Gran Bretaña.

En confirmación de esta nuestra antigua creencia vienen las últimas impresiones de Londres, donde mucha parte de la prensa excita al Gobierno en este sentido, y principalmente el autorizado periódico *Gaceta de Saint James* repite sus consejos de alianzas con Alemania, Austria é Italia, procurando, en término perentorio, resolver la cuestión de Oriente, dando una absoluta independencia á los Estados de los Balkanes. Y al tratar del Egipto y de los proyectos diplomáticos para que Inglaterra lo abandone, se expresan unos en forma arrogante, y otros en tono zumbón, acentuando que los ingleses estarán allí todo el tiempo que á sus intereses convenga y reclamen los fueros de la civilización. Alguno se encara con M. de Freycinet, considerándole como uno de los iniciadores de la gestión emprendida ó que trata de emprenderse, en consonancia todo ello con las declaraciones hechas por Lord Salisbury en el banquete del Lord Corregidor de Londres.

Sin duda que resulta una poco agradable monotonía, la de tratar constantemente de los asuntos de Bulgaria; pero al mismo tiempo es cierto que ellos entrañan tal gravedad, y pueden ser origen de tan

importantes sucesos, que la prensa de todas las naciones les concede una atención preferente; y á los que atentos siguen los accidentes mil de la laberíntica cuestión de Oriente, aún les parece poco lo que de ella se escribe y escasas las noticias que de allí vienen.

Al inaugurar sus sesiones la Gran Sobrange en Tirnova el 31 de Octubre último, comenzó una nueva fase para Bulgaria, no más afortunada hasta ahora que la arrancada del destronamiento de Alejandro de Battenberg.

Uno de los términos de la confusión, si es que las confusiones tienen términos, consistía en la falta de acuerdo entre los individuos de la Regencia; en que tampoco había conformidad entre ésta y la Asamblea; propósitos de unos de formar un Gobierno de todos los partidos, bajo los auspicios del Sr. Nelidof, Embajador de Rusia en Constantinopla, con el deseo de que el Czar reconociera como legítima la Asamblea; el proyecto, por parte de ésta, de reelegir al Príncipe Alejandro; las gestiones del Secretario y confidente de este Príncipe, que animaba á sus amigos; las presiones del General Kaulbars como agente del Emperador; la lucha de los Diputados sostenedores de la autonomía é independencia absoluta, con los que desean seguir las inspiraciones de Rusia: todo ello ha producido y produce en aquel Estado muchos días de incertidumbres y angustias, con las correspondientes agitaciones, intrigas y peligros, y, por último, varias sesiones secretas de la Asamblea, hasta llegar á la elección del Príncipe Waldemaro, el 10 de Noviembre anterior.

Mas todos estos afanes hubiéranse tenido por bien empleados si la tal solución hubiera significado la vuelta á la normalidad del país; pero, por desgracia para aquellos pueblos, no fué así, puesto que el Rey Cristiano de Dinamarca, en nombre de su hijo, renunció inmediatamente la Corona de Bulgaria, volviendo á quedar las cosas en peor situación que al principio.

Dignos son de consignarse algunos detalles de estos hechos, por lo mismo de ser poco repetidos en la historia los casos en que una Corona se rehuse una y otra vez, tratándose de un pueblo para el que no há mucho tenía Europa abundantes aplausos.

Terminado el acto, la Regencia y los Ministros dirigieron al elegido, que se hallaba en Cannes, el siguiente despacho telegráfico:

«Á S. A. el Príncipe Waldemaro de Dinamarca.—Los infrascritos Regentes, miembros del Gobierno, tienen el honor de poner en conocimiento de V. A. que hoy á las diez y media la Gran Asamblea Nacional, convocada en la antigua capital de Bulgaria, os ha elegido unánimemente y por aclamación Príncipe de Bulgaria.

»El acta de la elección será presentada á V. A. por una diputación especial elegida por la misma Asamblea.

»Convencidos de que V. A. aceptará la noble tarea de consagrar su preciosa vida á la felicidad y á la prosperidad de un pueblo que ha dado tantas pruebas de vitalidad y de aptitud para el progreso y para la civilización, y de que se apresurará á venir á tomar las riendas del Gobierno, tenemos el honor de ser sus muy humildes y muy adictos servidores: —*Stambuloff.—Mutkieroff.—Radoslavoff.—Natchewitch.—Gueshoff.—Nicolahieff.—Ivantchoff.*»

Individuo este Príncipe de tan apreciada familia y hermano político del Emperador de Rusia y del Príncipe de Gales al mismo tiempo, parecía reunirse en él cuantas condiciones fueran apetecibles bajo el punto de vista político, puesto que sus circunstancias personales eran también buenas y conocidas, constituyendo una solución para todos satisfactoria. Así lo debió entender el pueblo búlgaro, porque según los telegramas recibidos entonces, se manifestó el regocijo y entusiasmo en muchas ciudades, como igualmente se expresó el sentimiento cuando se supo la negativa del Rey Cristiano de Dinamarca en nombre de su hijo: y aunque los términos de la renuncia, según se conocen, no son, y no pueden ser, sino con la sobriedad y laconismo que requiere el lenguaje oficial y de alta política, un periódico muy autorizado de Copenhague, en un artículo que regularmente sería inspirado en determinadas regiones, razona el motivo por el cual el Príncipe Waldemaro de Dinamarca no ha podido aceptar la Corona de Bulgaria. «Un príncipe danés—dice—jamás se dejaría tentar por la codicia de una posición que lo convertiría en vasallo ruso-turco y del Gobernador general nombrado por el Sultán en Rumelia. La misma Corona de la Bulgaria y de la Rumelia unidas, en el caso de que las potencias lo consientan, tendría poco atractivo para el hermano del Emperador de Rusia, del Rey de Grecia y del

Príncipe de Gales, cuyo parentesco hacía dificilísima y poco menos que insostenible su posición en el Principado.»

Excusado es decir que aún se sigue en aquel desencanto, que se proyecta la elección de otro Príncipe; pero que lo más buscado en los actuales momentos, es el acuerdo de las potencias signatarias del tratado de Berlín, con objeto de encontrar una solución que de antemano á todos satisfaga, y saque á la Bulgaria del estado anómalo y peligrosísimo por que atraviesa.

Ya suena por las Cancillerías y nos han comunicado las Agencias telegráficas el nombre del Príncipe de Mingrelia como nuevo candidato.

No bien había sonado en el mundo diplomático el nombre del Príncipe de Mingrelia como candidato para el trono de Bulgaria, que, considerando á éste como designado exclusivamente por Rusia, se puso en alarma el partido hostil á dicha potencia, el cual, en momentos de arrebato, según las últimas noticias, ha tomado la resolución extrema de ofrecer el trono al Príncipe Milano de Sérvia con la correspondiente unión de ambos países. Esto, que sería traído por la fuerza de las cosas, constituiría el principio de la realización del pensamiento de algunos políticos, que consiste en la formación de un gran Estado fuerte é independiente que dificultase las ambiciones de Rusia, apagando el resto de soberanía ó protectorado otomano que aún queda en aquellas regiones. Pero siendo todo ello, á nuestro juicio, contrario á los propósitos moscovitas, dudamos mucho se dejen correr los trabajos en tal sentido.

Lo regular parece que, en vista de los repetidos inconvenientes que se oponen á la solución búlgara, se procure una conferencia de los representantes de las grandes potencias en Constantinopla, para concertar en definitiva, y como ejecutores del tratado de Berlín, lo que deba hacerse para terminar de una vez el estado aflictivo de Bulgaria.

A más de la política altiva é intransigente que viene siguiendo Rusia, parece que ésta se acentúa en el mismo tono, por consecuencia de las arrogantes declaraciones de Salisbury en el banquete del Lord Corregidor, ya citado, cuando habló de los asuntos exteriores. Por otra parte, se sabe que los armamentos de Rusia, sin gran estruendo,

son de consideración, asegurándose que al mismo tiempo y en igual escala se prepara Turquía, con quien parece caminar de perfecto acuerdo.

Si esto es así, tal vez acierten los que aseguran que la alianza ruso-turco-francesa es un hecho, y que producirá en Europa un cambio de política y de equilibrio.

La crisis francesa es otro de los asuntos que en los momentos actuales preocupa la atención pública.

Por efecto de los diversos y encontrados grupos en que está dividida la Cámara de representantes, el Gabinete Freycinet ha sufrido una derrota al votarse una enmienda presentada por las fracciones coaligadas de la izquierda y la derecha, y apoyada por los Sres. Colfavre y Raoul Duval, á uno de los artículos de la ley de presupuestos, pretendiendo que se suprimieran las prefecturas; y el haberse abstenido de votar la fracción llamada unión de las izquierdas, ocasionó la pérdida de la votación, accidente no esperado por el Ministerio. Éste ha manifestado por boca de sus más importantes individuos, las amarguras que han sufrido en el poder, llegando en ocasiones hasta la humillación, por efecto del descompaginamiento y rebeldía que reinan en aquella Cámara; ratificándose en las dimisiones presentadas y en la resolución firme, según las últimas noticias, de no volver al Gobierno.

La perplejidad del Presidente de la República en estos momentos es grande; pues si las dificultades para constituir un nuevo Ministerio son serias, no son menores las que ofrecería el extremo de disolver la Cámara. No está Francia, y principalmente sus grandes centros de población, en condiciones propias para llevar á ellos la agitación de unas elecciones generales; así es que creemos se resolverá la crisis por medio de un Ministerio transitorio, ó tal vez procurando que M. de Clemenceau domine y armonice las diferentes tendencias de la Cámara, para hacerla viable y gobernar hasta que Dios sea servido.

Seguimos creyendo lo mismo que creíamos al iniciarse al principio del presente año la agitación irlandesa; esto es, que descartados

los planes y temperamentos del insigne Gladstone, el movimiento de Irlanda continuaría con más ó menos intermitencias, pero siempre vivo, hasta que los Gobiernos ingleses se convencieran de la necesidad de atender las reclamaciones de la Isla. Ya tenemos otra vez en ella un estado de disturbios y de fuerza que harán necesarias fuertes represiones, tan funestas como contraproducentes.

Los discursos violentísimos pronunciados últimamente en un *meeting* por Mr. Dillon, revelan de una manera clara que en nada han cedido aquellas aspiraciones.

Para terminar, llamaremos la atención de nuestros lectores, sobre los armamentos y aprestos de guerra que se hacen por las grandes potencias de Europa con algo de sigilo; pero que no por eso deja de saberse que aquéllos son formidables por parte de Rusia y Turquía, sin contar con que en las horas presentes el Gobierno alemán propone al Congreso el aumento de su colosal ejército. Estas señales son poco tranquilizadoras, por cierto, y parece como que esos Gobiernos vislumbran la necesidad de recurrir á las armas en un corto plazo; pero nosotros, contra estas suposiciones, continuamos en la creencia de que ni la triple alianza de los Imperios se deshace, ni la guerra estalla por ahora en Europa.

**Ramón García Galván.**

# NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

CANCIONERO POPULAR GALLEGO, por José Pérez Ballesteros, con un prólogo de Theófilo Braga, y concordancia por Antonio Machado Álvarez.—Madrid.—Est. tip. de Ricardo Fé, 1886.

Interesante es por demás el estudio de las costumbres y ritos populares que se desprende de la poesía primitiva de las regiones y provincias; de esa poesía natural y espontánea, que refleja, con más ingenuidad que la poesía sabia y erudita, los tiernos sentimientos y las pasiones violentas. En todos los países adquiere de día en día mayor importancia este estudio, y en el nuestro, acaso uno de los más ricos en esta clase de manifestaciones literarias, hace tiempo se viene señalando marcada predilección por él.

De entre los varios estimables libros que han visto en pocos días la luz pública, y que se han ocupado de registrar en los cantos populares el sello característico de los países que lo han producido, uno de los más acabados y completos es el del Sr. Pérez Ballesteros, ocupándose del cancionero de Galicia, y con mayor extensión del peculiar de la provincia de la Coruña.

En todas las comarcas de España la imaginación popular ha creado una poesía inimitable por lo espontánea y sentida, que se traduce en coplas y romances y que la tradición oral nos ha conservado desde remotísima época. Sin excepciones ni exclusivismos, bien puede asegurarse que no hay una sola provincia en España que no tenga un verdadero tesoro en este género de literatura. Castilla, Andalucía, Cataluña, Valencia, la región montañosa de

Santander, todas en fin, tienen originalísimas canciones, llenas de carácter local, exuberantes de color y entrañando un dulce sentimentalismo no ajeno á veces de una fina ironía y de cierta trascendencia sentenciosa.

Y si esto sucede en las provincias todas de España, en aquella poética y pintoresca región que se extiende por su parte más occidental por el espacio que encierran el Eo de una parte y de la otra el Miño; aquel país tan quebrado y montañoso, y por lo mismo tan apegado á sus tradiciones y costumbres, no hay para qué establecer excepción, sino, por el contrario, reconocer desde luégo que es uno de los más abundantes en este género de poesía ligera popular. Habitado por descendientes de aquella vigorosa raza céltica, conserva en sus tradiciones gran parte del espíritu y carácter de sus pobladores primitivos. De un lado la superstición, del otro cierta ingénita melancolía y un irresistible apego á las costumbres y usos, que apenas allí se modifican con el trascurso de los siglos. A esto se une que la índole especial del idioma gallego se presta muy principalmente para la expresión poética de ciertos sentimientos delicados ó irónicos. La nota característica de la musa popular de este país en una mezcla deliciosa de la sencillez y naturalidad idílica, con un dejo de amargura elegiaca no exento de cierta satírica salazón.

Cualquiera de los cantares recopilados por el Sr. Pérez Ballesteros serviría para comprobar este aserto, que por muy certificado corre desde hace mucho entre cuantos se dedicaron á desentrañar las bellezas del idioma gallego, derramadas copiosamente en sus innumerables poesías populares.

Excusado es decir que dentro de este carácter especial, por contraste singularismo, después del pueblo andalúz ningún otro de la Península tiene un cancionero tan numeroso y rico ni posee una fantasía tan adecuada para el cultivo de este género de poesía corta, en que suelen por igual colaborar el sentimentalismo y el gracejo.

Traducimos al azar de la colección que nos ocupa los siguientes cantares:

Morenita ha de ser
La tierra para dar nabos;
El hombre, para ser bueno,
Ha de ser molido á palos.

«Si al hombre se tratase como se merece, ¿quien escaparía de ser azotado por lo menos?»—decía Shakspeare.

Moza bonita en el mundo,
No debía de nacer;

Porque, como la manzana,
Todos la quieren comer.

—

Hay este año mucho trigo,
Casamientos ha de haber;
Tiene que casarse el hombre
Con las ganas de comer.

—

La luna va encapotada,
A mí poco se me da.

Con lo poco que acabamos de indicar, se desprende el excelente servicio que ha prestado á las letras patrias el Sr. Pérez dando á conocer los tesoros de poesía escondidos en la literatura popular, que entre todas descuella por la intensidad y delicadeza de sentimiento.

LA FUGITIVA, por Jules Claretie, traducida por D. Miguel Bala.

La última novela que acaba de dar á luz *El Cosmos Editorial*, es la narración de aventuras las más curiosas y semi-fantásticas que se pueden imaginar. Un domador de fieras, buscando á través de los mares y en los apartados barrios de Londres, otro océano no menos accidentado y misterioso que el de la naturaleza; una mujer que fué amada, y una hija arrebatada á su cariño paternal: he aquí el argumento de esta producción extraña, original, que se aparta del molde común en que se vacían la mayor parte de las novelas contemporáneas.

Por más que se intente, la poesía nunca conocerá más que dos tipos: aquel en que se desenvuelve una acción única, llevada á cabo por cierto número de personajes, con las tres unidades clásicas, poco más ó menos; y un conjunto de episodios, enlazados por un solo fin y un solo personaje que, errante y aventurero, persigue, á través de contrariedades y peligros, entre variados accidentes, la satisfacción de un gran deseo; en una palabra, la *Iliada* y la *Odisea*. A esto quedan reducidos todos los poemas narrativos que puede inventar el genio humano.

La obra de Jules Claretie pertenece al segundo género. Tiene algunos cuadros de novedad y de interés admirables. La lucha de dos hombres con dos leones sobre el puente de un buque, y otras escenas del mismo género; el combate de estos mismos hombres con una multitud sedienta de sangre; las gráficas pinturas de los barrios bajos de Londres, presentados en su horrible desnudez, conmueven al lector, despertando en su alma el sentimiento de la más viva curiosidad. En cambio, abundan las escenas tiernas, los rasgos generosos, que son tan naturales en los hombres curtidos por el trabajo y acostumbrados á desafiar grandes peligros. Todo es en esta novela extraordinario: la acción y los personajes, la escena y las pasiones que sobre ella se desenvuelven.

En resumen: podemos decir que el autor no pertenece á la escuela clásica, ni á la romántica ni á la naturalista, sino al tipo invariable de los buenos autores, que conmueven é interesan describiendo con maestría sucesos más ó menos anormales de la vida humana.

INFLUENCIA DE LAS COSTAS Y FRONTERAS EN LA POLÍTICA Y ENGRANDECIMIENTO DE LOS ESTADOS.—Discurso de recepción leído por D. Servando Ruiz Gómez ante la Academia de Ciencias morales y políticas.

Aunque el hombre no sea un producto ciego y espontáneo de las fuerzas físicas, como pretende la escuela naturalista, es lo cierto que influyen con poderosa eficacia las condiciones materiales en su desenvolvimiento, así individual como sociológico. La frenología y la psicología fisiológica lo han demostrado bajo el primer aspecto, y el trabajo del Sr. Ruiz Gómez lo evidencia perfectamente bajo el punto de vista social.

La correlación entre el desarrollo de las costas y el progreso de la civilización no pudieron observarla los antiguos, por falta de elementos de comparación, aunque el refinamiento de la cultura griega era el más elocuente ejemplo. Hoy la experiencia lo ha enseñado *à posteriori* y demuestra el raciocinio que así debe ser, no sólo por la influencia de los mares, sino, y principalmente, por las facilidades de comunicación con otros pueblos que establecen las vías marítimas. Este roce no ha podido menos de engendrar en todos tiempos grandes progresos en las ciencias, en las artes y en la riqueza de entrambos Continentes.

El ilustrado y laborioso autor hace en su Memoria aplicaciones de esta

curiosa ley á los pueblos que más se han distinguido en la historia, dando gallardas muestras de erudición, de severo análisis, de espíritu filosófico y generalizador, que le han conquistado ya hace tiempo un honroso puesto entre nuestros grandes pensadores. Pero donde hace más minuciosas aplicaciones y detenido estudio es en lo que se refiere á nuestra historia patria, cuyos orígenes de decadencia investiga, y en nuestro sentir encuentra, cifrándolos principalmente en su escaso amor al trabajo.

A un estadista dedicado con decidida preferencia á los estudios financieros y estadísticos, como el Sr. Ruiz Gómez, no podía ocultársele este defecto de nuestra raza, que tanto ha contribuído á su inferioridad y estacionamiento. En las malas condiciones económicas, religiosas y políticas que han imperado en nuestro país, halla el insigne autor la explicación parcial de nuestras dificultades financieras; pero siendo, como sábiamente indica, aquellas condiciones comunes á otros pueblos, que sin embargo han prosperado notablemente, hay que señalar otra nota, otro rasgo característico y peculiar, que es, en último resultado, el desvío por las artes mecánicas, por la industria y el comercio, sacrificados por la preponderancia de los institutos guerreros y religiosos, que no pudo menos de fomentar con exceso una guerra de siete siglos contra el islamismo.

No pretendemos haber dado con estas breves y desaliñadas frases una idea, siquiera aproximada, de tan importante trabajo. Es preciso leerlo, seguir al autor en sus rápidas excursiones por todos los campos de la historial escuchar su frase, siempre elocuente y convencida; contemplar, en fin, aquel raudal de erudición escogida con que recoge de la historia universa, sus más preciosas enseñanzas, y de la observación de los hechos, sujetos á su frío y razonado examen, ráfagas luminosas que, si descubren las deficiencias del pasado y del presente, alumbran nuestros pasos para evitarlas en el porvenir.

Sentimos íntima satisfacción y verdadero orgullo al reseñar trabajos de esta índole, tan raros en España y que demuestran que, si carecemos de núcleos científicos y escudriñadores, como los poseen otras naciones, no faltan talentos y caracteres aislados que representan el honor de nuestra raza y la esperanza de más brillantes destinos.

Bibliografía.—Hace pocos días que se ha impreso en Granada un *Glosario etimológico de las palabras españolas* (castellanas, catalanas, gallegas, mallorquinas, portuguesas, valencianas y vascongadas) *de origen oriental*

(árabe, hebreo, malayo, persa y turco), obra de D. Leopoldo Eguilaz y Yanguas, catedrático de Literatura de aquella Universidad, de la cual es honra señalada.

Consta de 551 páginas de texto en cuarto cumplido, y largamente quintuplicados habrán sido desde luégo el enojo, por no decir los sudores, y al cabo los miles, aunque supuestos, harto creibles, que hayan demandado la composición de la forma y lo demás de la edición, tratándose de provincia y de manos no avezadas á caja de tipos orientales. No poco animosa nos ha parecido la empresa por eso y por lo improbable del resultado como cobor de tanta costa, suerte común de libros sabios en español, porque en francés, agotada, ó punto menos, se halla la segunda edición del *Glosario* de Engelmann y Dozy, en que sólo hay orígenes árabes de vocablos españoles y portugueses. En trueque, no será pequeña la prez que de nuevo allegue el autor á la ya adquirida en trabajos literarios de otra naturaleza, y por ahí habremos de colmarle de satisfacción, confiando en el merecido aplauso con que le saludarán los aficionados españoles, y entre extraños los alemanes, como cultores de nuestra lengua é insignes de los orientales.

El autor es polígloto; de luenga vigilia viene el fruto que consideramos sazonado, en cuanto ha podido consentirlo lo trabado, confuso y aun inexcrutable del principio de la materia, y sazonado quizás en el único lugar de España donde podía llegar á tal estado, al menos en buen número de etimologías, según lo vario de una parte, y de otra fresco, de sus pobladores extraños de otros días. No denigramos la obra de muchos. Loable es el trabajo de las letras, y disculpable, cuando menos, el error, si no afirmamos presumidos; y esas, que son las ideas del autor, no hallarán nunca sino recomendación y lauro, aun entre quienes no llegaron sino hasta donde se prestaron los medios con que contaron y de que hubieron de valerse. Así le oímos con gusto que ha consultado con fruto el nuevo *Diccionario de la Academia*, el cual ha mejorado las ediciones anteriores señalando etimologías; materia nueva, y que á beneficio de tiempo, de nueva luz y de nuevo empuje, podrá alcanzar la perfección á que el buen ánimo de todos siempre se encamina.

Mostremos ahora algo por donde el lector pueda medir la estatura literaria de Eguílaz. Sea la muestra el artículo *Almiral*:

*Almiral* cast., *almiralh* port., *almirall* cat., *almiralle* cast., *almirant* cat., mall. y val., *almirante* cast., *almirantea* basc. Según Alix, de *amir*, «jefe, comandante;» de cuya voz formaron las griegos *ameras*, *amerales*,

etcétera, que dieron origen á las formas europeas *amirage*, usada en España en el siglo XIII, *amiral*, *almiral*, etc. Scheler las trae de *amerales*.V. *Dict. de Etym. Franç.* in v *Amiral*. Considerando Engelmann que en las primeras sílabas de esta voz se echa de ver la palabra *amir*, y que el hecho de estar seguido este sustantivo del artículo *al* denota que debió tener un complemento, cercenado en las lenguas europeas, cree evidentemente que el susodicho vocablo no es otro que *bahr*, el cual, precedido de *amir*, suena *amir-al-bahr* «comandante de mar.» De la misma opinión es Mahn. Por el contrario, Dozy sostiene con Diez (*Etym. Wörterbuch*) que el *al* de *almiral* no es el artículo ar, sino la terminación lat. *alis* ó *alius*, y observa que en la edad media, cuando se hablaba realmente de un comandante de mar, se añadía, después de *amiral*, las palabras *de la mar*: almirage de la mar (*Mem. Hist.* esp., I, 36 et *passim*); «almirante de la mar (*Crón.* de Don Alf. XI, p. 112.)» A pesar de la grave autoridad de tan ilustres lexicógrafos, conforme yo con todos los etimologistas (V. Marcel Devic, *Dict. Etym.*) en que las dos primeras sílabas de *almiral* contienen la palabra *amir*, y de acuerdo con Engelmann en que el *al* de la terminación de aquel nombre acuse la existencia de un complemento suprimido, esto no es *bahr*, sino *ar-rahl*, nombre que, seguido de *Alandalus*, denotaba «los navíos de trasporte que mantenían la comunicación entre África y España,» según se lee en Slane, *Hist. des berb.*, I, 401, ap. Dozy, *Supl.* Pues bien; precedido el vocablo *ar-rahl*, con elipsis de Alandalus, de *amir* (á quien, según Aben Jaldún, citado por Engelmann, se confiaba el mando supremo de la armada cuando se trataba de una expedición naval de importancia), tendríamos *amirrahl*, «el jefe ó Comandante de la escuadra de trasporte;» suavizada la doble *r* y sincopada la *h*, la forma fr. *amiral* y la gr. *amerales*, cuya *es* no es más que la terminación del nombre, y mediante la inserción de una *l* eufónica después de la *a* inicial, la cast. *almiral*, cuya última *l* se convirtió en *all*, *lh* y *gli* en las respectivas formas cat., port., cast. é ital. *almirall*, *almiralh*, *almiralle*, *almiraglio*, *ammiraglio*.

Igual procedencia hay que reconocer en las dicciones cast. *almirag*, *almirage*, *almiraj* y *almiraje*, y la de la b. lat. *almiragius*, cuya *g* y *j* tuvieron, hasta comienzos del siglo XVII, un sonido semejante al de la *ll*. Los términos de la b. lat. *admiralius*, *admirallus*, *amirarius*, etc., que se encuentran en Ducange, no son, pues, en mi humilde sentir, como creen Diez y Dozy, disfraces de la palabra *amir*, por la adición de subfijos variados, sino formas latinizadas de los vocablos correspondientes del habla popular y común. Finalmente, y por lo que respecta al cat. mall. y val., *almirant*, y al cast. *almirante*, soy de opinión que se formaron de *almirall* (*ll* lat.) por

la conversión de la primera *l* en *n* (cf. cast. mortandad de *mortalitas*, almargen de *marguelis*, ital. muggine de *mugil*, fr. marne de *margula*) y de la segunda en *d* (cf. almidón de *amylon*), de donde el vocablo de la b. lat. *ammirandus*, y de la *d* en *t*. Cf. prov. nut de *nodus*, y cast. acemite de *seo mid*, y con el art. *as-semid*, alcahuete, de *alcauwâd*.

No hemos entresacado la muestra por más valiente que otras, sino por lo conocido de la palabra.

Mal de nuestro grado, á tan poco nos reducimos; pero basta á nuestro propó ito; y el curioso lea otras discretamente controvertidas é hiladas etimologías, entre tantas dignas de especial atención, puesto que el *Glosari*- contiene unas 5.500, contadas por encima.

Como á dos tercios de la obra, el autor se encoge y acorta, sin duda temeroso de engrosar el volumen y la impensa. No por eso que falte nada á la explicación; sí algo al largo pasto, sabroso siempre á la afición á la materia, especialmente si batallada con ventaja. En tal sentido, queremos decir que nos deja el autor con deseo de oirle lo que por brevedad se ha reservado. Como quiera, su trabajo es de alto precio, y por lo mismo que «con toda humildad y reconocimiento (verdaderamente sentidos, á lo que firmemente creemos) pide al benévolo lector que le enmiende donde errare,» como pidió el clarísimo D. Sebastián de Covarrubias en circunstancias semejantes, dobladamente habrá de merecer bien de los sabios que le acojan, ó que por ventura tengan en qué reparar y enmendarle.

Preceden al *Glosario* útiles observaciones acerca de transcripción y cambios eufónicos de las letras de los vocablos de origen oriental al pasar á nuestras hablas vulgares, y sucede índice de todos por orden alfabético.

Corra el libro con fortuna igual á su mérito. Su aparición es hoy caso de enhorabuena para nosotros, y lo escrito hasta aquí, sin aparato amigo, lo certifique.

NOTAS DE HISTORIA MILITAR, ARREGLADAS AL PROGRAMA FORMULADO Y APROBADO POR LA DIRECCIÓN DE INSTRUCCIÓN MILITAR PARA LA ENSEÑANZA DE DICHA ASIGNATURA EN LA ACADEMIA GENERAL, por M. Navarro y P. Á. Berenguer, Tenientes de Infantería. Tomo I: la Antigüedad, la Edad Media y el Renacimiento.—Toledo, 1886.

Si otros méritos no avaloraran la obra de los dos distinguidos Oficiales cuyos nombres encabezan estas líneas, bastaría sólo el de haber acometido la empresa de hacer un estudio histórico original de los hechos de armas

más importantes de nuestra historia, no meramente narrativo, sino acompañando á la exposición el conocimiento de las teorías científicas que regían el arte militar, señalando los resultados que, mediante ellas, se obtenían en las batallas, y las reformas que la práctica ó el genio de los grandes Capitanes ó los adelantos de las matemáticas, las ciencias físicas y la cultura general iban introduciendo poco á poco.

Porque es lo cierto que, á pesar de escribirse ya entre nosotros acerca de casi todos los asuntos que preocupan al mundo culto, y no obstante ser el ejército objeto preferente de todos los Gobiernos que entre nosotros se suceden, y de cuidarse especialmente y por distintos medios de que éste adquiera la instrucción conveniente á la misión que hoy está llamado á desempeñar, difícilmente se encuentra quien entre nosotros escriba algo de fundamento acerca de asuntos referentes al arte militar.

No puede pedirse á libros de esta naturaleza una originalidad completa, ni siquiera una gran novedad en su idea ni en su desarrollo; pero si el lector, como esperamos, hace algo más que hojear la obra *Notas de historia militar,* como modestamente sus autores la titulan, notarán en el método en los juicios, en algunas afirmaciones importantes, que se trata de un libro de carácter propio, y que sus autores, lejos de seguir á los extranjeros ó de someterse incondicional é inconscientemente á doctrinas ú opiniones admitidas, tienen espíritu independiente y discurren con criterio propio é ilustrado, que revela conocimiento pleno del asunto.

Así acontece, por ejemplo, con el concepto de la historia militar. Penetrados los Sres. Navarro y Berenguer del alto sentido filosófico con que hoy se estudia la vida hecha por las sociedades humanas, determinando sus orígenes, las causas de sus movimientos y sus consecuencias, han pensado, con buen acuerdo, que formando parte la historia militar de la historia general, no podía sustraerse á este carácter, y por eso no han titubeado en definirla como *ciencia*.

Sin desconocer los méritos de los Capitanes de otros pueblos y la justicia que hacen muchas veces á los nuestros los escritores de otros países, creen, sin embargo, los autores de esta obra necesario rectificar algunos errores cometidos por aquéllos, tales como el de atribuir á Mauricio de Nassau, Gustavo Adolfo, Turena y Federico II la reaparición del *Orden oblicuo* y el empleo de los fuegos por descargas, siendo así que se debe á los Capitanes españoles en Pavía, Moock y otros puntos.

Cuidadosos de cuanto atañe á nuestras glorias nacionales, estudian el carácter militar del Gran Capitán, á quien colocan al lado de los grandes guerreros, tanto antiguos como modernos, y á este propósito hacen un de-

tenido estudio de los principales hechos de armas que llevó á cabo durante su gloriosa carrera.

Mas los Sres. Navarro y Berenguer no se limitan á esto, sino que, atentos al sentido filosófico que debe informar esta clase de estudios, indagan y dan á conocer las causas diversas de la supremacía militar de España en determinadas épocas y las que motivaron su decadencia en otras. Así como son dignas de mención las consideraciones generales que hacen al final de cada *Período*, y especialmente en la lecciónu XIX, en que traza un cuadro del estado social y político del país para explicar la fortuna de nuestras armas.

Como exposición, merecen citarse las páginas consagradas á las batallas de Pavía y de Rocroi, y como estudio y juicio de personajes, los que hace del Duque de Alba y Alejandro Farnesio.

Por las ligeras indicaciones que quedan hechas puede comprenderse fácilmente que las *Notas de historia militar* de los distinguidos profesores de la Academia Militar de Toledo son el único libro de origen exclusivamente español y de caracter fundamental que hasta ahora responde á lo que debe ser una historia militar.

**Revistas.**—Revue Philosophique.—*Los actos inconscientes durante el sonambulismo provocado*, por Janet.

Los fenómenos del sonambulismo é hypnotismo, que hasta ahora habían sido del exclusivo dominio del vulgo, que los había reducido á una especie de juegos de prestidigitación, empiezan á ser objeto de investigaciones científicas, tanto por parte de los fisiólogos, que se van fijando en estos anormales estados y funciones del organismo, como de los psicólogos, que los estudian, observan y analizan para descubrir el secreto de este misterio, detreminar sus leyes y sondear el recóndito secreto de unos hechos que están fuera de las leyes comunes y ordinaria sde nuestra vida física y moral

El autor del estudio que viene inserto en tan acreditada Revista, consigna minuciosamente los hechos que ha observado en un sujeto que tenía especiales disposiciones para semejante experimentación; fenómenos que, en síntesis, se reducen al dominio de una voluntad sobre otra voluntad, sin el intermedio de ninguno de los sentidos externos, por una sugestión inmediata, invisible é irresistible para el paciente.

En la actualidad, la ciencia puede decirse que no hace otra cosa sobre el particular que consignar hechos, amontonar materiales que sirvan luégo de base para las inquisiciones sistemáticas y explicaciones racionales. Mientras dichos fenómenos han estado en manos del vulgo, la farsa y la explotación han tomado, por lo menos, tanta parte como la verdad en los fenómenos. Ha sido preciso que espíritus desinteresados penetren en este campo, hasta el presente desconocido, y testifiquen el alcance de la realidad y el carácter de tales maravillas, como el botánico recoge en apartadas selvas especies desconocidas para analizarlas y clasificarlas.

La misma Revista filosófica inserta además una Memoria leída ante la Sociedad de Psicología Fisiológica, donde se depuran y analizan aún más severamente otros experimentos y observaciones que ensanchan notablemente el círculo de estos conocimientos. Es más; se consignan algunas aplicaciones del hipnotismo á la medicina, demostrando que se puede por este medio obtener la curación de algunas enfermedades, especialmente la parálisis, según experimentaciones practicadas en el hospital de la Salpcetrière de París.

No vacilamos en asegurar que los estudios sobre el sonambulismo y el hipnotismo formarán antes de muchos años objeto de una ciencia especial, y no de las menos interesantes.

REVUE BIBLIOGRAPHIQUE: Electricidad y magnetismo.

Con el asunto anterior guarda relación todo lo que se refiere á electricidad y magnetismo, fluídos naturales que se corresponden con los que sirven de mediador ó instrumento al sonambulismo é hipnotismo.

La mencionada Revista da cuenta de los interesantes estudios que sobre este particular se están llevando á cabo en la nación vecina, entre los cuales descuella el tratado de M. Amelio Guillemin sobre *El telégrafo y el teléfono*, en el cual se encuentra una noción histórica de los citados descubrimientos, con la descripción de los principales sistemas de telégrafos eléctricos, la instalación de las líneas, las pilas, los aparatos accesorios, el telégrafo militar y la telefonia; todo ello expuesto eon suma claridad, que hace su lectura agradable y al alcance de toda persona medianamente ilustrada.

También hace la citada Revista especial mención y entusiasta elogio de un estudio completo, bajo el título de *Electricidad y magnetismo*, por mon-

sieur Marxwell. Este tratado y el de M. Fleming-Jenkin, con el mismo título, se recomiendan como dos obras acabadas en su género, bastantes para dar al lector una idea perfecta de estos fenómenos. Éste desenvuelve principalmente la parte experimental; el primero, la matemática y filosófica. Las dos obras se completan, pudiendo con el auxilio de entrambas penetrar los más oscuros problemas de la electricidad y el magnetismo. Una y otra han sido publicadas por la casa Gauthier-Villars.

---

PROPIETARIOS:

JOSÉ LUIS ALBAREDA. L. A. RUIZ MARTINEZ.

DIRECTOR:

FRANCISCO CALVO MUÑOZ

# LAS SEIS GRANDES POTENCIAS DE EÚROPA [1]

## FRANCIA

### I

Inmensa importancia tiene, á pesar de su recogimiento. En sus 528.572 kilómetros cuadrados de superficie territorial, una población resultaba en 1881 de 37.672.048 habitantes. Las colonias griegas cubrieron las costas mediterráneas de Francia muchos siglos antes de nuestra Era Cristiana. Subyugó Julio César los galos, y Augusto dividió su territorio en tres provincias, que llamó *Aquitania*, *Gallia Lugdunensis* y *Gallia Bélgica*, tierras comprendidas entre los Alpes, los Pirineos y el Rhin; espacio que recuerdan los francos ó franceses de nuestros días, ambición constante de sus políticos y guerreros, aspiración nacional. Invadidas las Galias por los bárbaros, cuando caía cuarteado el soberbio edificio romano, están los *francos* acampados sobre la orilla derecha del Rhin, los Visigodos se es-

(1) Véanse las REVISTAS de 25 de Octubre y 10 de Diciembre.

tablecen en la Narbonense, los Borguiñones desde el lago de Génova, en la confluencia del Rhín con el Mosela; los Taifalos en Potiers, los Alanos en Valencia y Orleans repartidos, los Saxones en Bayeux; y de la confusión de todos estos merodeadores con las gentes galas, romanas y bretonas, se hace la mezcla nacional, á la que da nombre la preponderancia de la Confederación franca. Tres siglos después, un descendiente de los mayordomos de los Merovingios, hombre extraordinario, funda el gran Imperio cristiano de Occidente, que heredaron hombres débiles, dividiéndose entre los hijos de Luis, por el tratado de Verdun de 843, el cual separó el reino de los francos y emancipó para siempre la Francia de la Alemania. Luis recibió la Alemania propiamente dicha hasta el Rhin, y además Maguncia, Spira y Worms, por razon de sus ricos viñedos, como lo demuestran los antiguos títulos.

Lotario recibió la dignidad imperial y la Italia, y además una angosta línea de terreno desde los Alpes hasta los Paises Bajos, á saber: Valais y el territorio de Vaud en Suiza, el meridiano de la Francia hasta el Ródano, y sobre la margen izquierda del Rhin la Alsacia, las riberas del Arosela, y el Mosa y el Escalda.

Descendiente de raza saxona por Roberto *el Fuerte*, Hugo Capeto—segun la opinión de M. Augustín Thierry, en sus cartas sobre la historia de Francia—funda la tercera dinastía en 986, aclamado por media docena de sus partidarios ó vasallos, y el gran reino se va formando: ¡qué ilustre ha sido!; ¡Ay, cuántas lecciones encierra! Su situación geográfica y política en Europa, un suelo riquísimo, las virtudes características de la población, el genio nacional, las costas, ríos, fronteras, le dan y aseguran una importancia inmensa, incalculable, en los destinos de los pueblos, repúblicas, principados, reinos é imperios. Abrasada la hemos visto muchas veces á esa Francia hermosa; pero, cual ave Fénix, siempre renació de sus cenizas, Monarquía ó República.

Situada en la zona templada del hemisferio septentrional, entre los 42° 19' y 51° 6' de latitud Norte, y los 5° 56 longitud

occidental y 7° 9 longitud oriental del meridiano de París, limita al Noroeste con el Canal de la Mancha, al Nordeste con la Bélgica, Imperio de Alemania, Suiza é Italia; al Sur con el Mediterráneo y los Pirineos; sus fronteras recorren 7.298,7 kilómetros, cuyas 4.599,4 son de costa; 3.655 kilómetros sobre el Océano Atlántico, 76,8 en el mar del Norte, y 868,9 en el Mediterráneo; por tierra miden 2.699,3 kilómetros: con Bélgica 593, con Luxemburgo 10,7, con Alsacia Lorena 404,3, con Suiza, comprendido el lago de Ginebra, 491,4, con Italia 460,3, con Mónaco 21,7, con España 666,7 y con la república de Andorra 51,2.

Latitud, longitud, costas y fronteras, indican ya, desde luégo, la importante representación que tiene Francia en Europa.

La Meusa, el Ródano, Garona, Loira, Sena, con afluentes principales, son sus ríos.

| | | |
|---|---|---|
| Recorre el Loira en su curso..... | 912,3 | kilómetros. |
| El Ródano..... | 720,1 | — |
| El Sena..... | 685,0 | — |
| Gironda, con el Garona y Dordoña..... | 553,8 | — |
| El Mosela..... | 483,4 | — |
| La Charante..... | 304,1 | — |
| El Marne..... | 451,3 | — |
| El Oisa (derecha)..... | 262,4 | — |
| Aisne, afluente del Oisa..... | 451,3 | — |
| Yonne..... | 224,0 | — |
| Meusa..... | 961,4 | — |

De los ocho mil y pico de kilómetros que miden los ríos de Francia, dos mil son navegables.

Cubierto se halla de tierras fértiles suelo tan privilegiado como el de Francia, de cuya riqueza agrícola dan idea los últimos datos estadísticos de 1885, que vamos á extractar, para que se forme idea de los prodigiosos recursos que atesora.

| | HECTÁREAS | PRODUCCIÓN — Quintales métricos. |
|---|---|---|
| En la parte del Noroeste, comprendiendo ocho departamentos, cultívanse para cereales..... | 757.878 | 9.737.134 |
| En la segunda región del Norte (11 departamentos)..... | 1.194.489 | 21.305.625 |
| En la del Noroeste (8 íd.)..... | 560.907 | 7.023.282 |
| Región cuarta, Oeste (9 íd.)..... | 1.101.247 | 12.442.537 |
| Quinta del Centro (9 íd.)..... | 733.431 | 8.706.214 |
| Sexta, Este (11 íd.)..... | 808.682 | 9.268.071 |
| Sétima, Sudoeste (9 íd.)..... | 762.105 | 7.577.340 |
| Octava, Sur (10 íd.)..... | 499.697 | 4.259.658 |
| Novena, Sudeste (10 íd.)..... | 517.326 | 4.169.725 |
| Córcega..... | 33.460 | 228.320 |
| *Totales generales calculados en* 1885. | 6.969.062 | 84.717.906 |

No es una buena cosecha, pues la de 1884 se estimó en 88.234.081, y la de 1882 en 93.483.716 quintales métricos.

Completa es la relación que sigue de la producción de cada clase de granos en 1881, á saber:

| | Número de hectáreas. | Rendimiento por hectárea. | Producción total en hectólitros. |
|---|---|---|---|
| Trigo..... | 6.957.084 | 13,91 | 96.816.083 |
| Terciado ó centeno..... | 401.417 | 14,91 | 6.007.409 |
| Centeno..... | 1.777.248 | 13,35 | 23.731.633 |
| Cebada..... | 1.023.991 | 17,17 | 17.583.558 |
| Sarraceno..... | 629.743 | 16,82 | 10.572.316 |
| Maíz..... | 607.622 | 13,82 | 8.402.456 |
| Mijo..... | 49.191 | 12,17 | 598.807 |
| Avena..... | 3.479.084 | 22,23 | 77.248.039 |
| | 14.925.380 | 16,15 | 240.980.292 |

Mejores cosechas han sido, la de 1874, de 287.378.868 hectólitros, y la de 1880, de 284.016.400.

En el mismo año de 1881 había destinadas las tierras á legumbres, patata y castaña, según se apunta á continuación:

| | Hectáreas. | Hectólitros. |
|---|---|---|
| Legumbres secas..... | 296.284 | 3.732.941 |
| Patata..... | 1.343.246 | 133.349.119 |
| Castaña..... | 178.489 | 6.834.726 |
| | 2.098.019 | 143.916.786 |

A plantas testiles:

| | Hectáreas. | Quintales métricos. |
|---|---|---|
| Cáñamo..... | 79.181 | 438.324 |
| Lino..... | 60.733 | 381.472 |
| | 139.914 | 819.472 |

Cultívase la remolacha en 447.373 hectáreas.

El tabaco en 12.104.

El lúpulo en 4.078.

Sacan aceite de varias plantas, como se dice, á saber:

| | Quintales métricos. |
|---|---|
| De cañamón..... | 26.286 |
| De lino..... | 35.556 |
| De colza..... | 268.532 |
| De clavelinas y otras..... | 58.768 |
| De aceituna..... | 223.311 |

Tiene mucha importancia en el cultivo de Francia el viñedo: todavía, á pesar de la *phylloxera*, cultivaban la vid, en 1881, en 2.245.331 hectáreas; y la vendimia, que había sido de 83.836.000 hectólitros en 1875, se redujo á 25.770.000 en 1879; á 29.667.000 en 1880; á 34.139.000 en 1881, y era de 28.536.000 hectólitros en 1885, cultivándose la vid en dicho año en hectáreas 1.990.586.

Tuvo bastaute valor la cría del gusano de seda, que llegó á ser de un producto de 12.000.000 de kilogramos, bajó á kilogramos 4.796.149 en 1879; en 1880 fué de 6.000.000, y de 9.255.000 kilogramos en 1881; no había sido sino de 2.000.000 en 1876.

De las colmenas sacaron (1.669.579 colmenas) 8.566.542 kilogramos de miel y 2.014.000 kilogramos de cera.

La parte de bosque maderable ocupa una superficie de cerca de 8 millones y medio de hectáreas, de un producto de 20 piés cúbicos por hectárea, de un valor de 25 pesetas; en el total resulta de 212.500.000 pesetas el producto.

Ofrece igualmente la ganadería curiosos datos, que ponemos á la vista del lector:

| | Cabezas. |
|---|---|
| De la caballar | 2.844.972 |
| — mular | 273.870 |
| — asnal | 388.764 |
| — de bueyes y toros | 2.441.072 |
| — de vacas | 7.290.827 |
| — de lanar indígena | 19.660.524 |
| — de lanar perfeccionado | 2.640.980 |
| — de cerda | 5.638.884 |
| — de cabrío | 1.466.657 |

Y deseando completar estos apuntes cuanto sea posible en cuadro limitado después de lo expuesto con diligencia, consignemos la repartición de la superficie francesa cual la refieren los datos del catastro, á saber:

| | Hectáreas. |
|---|---|
| Tierras superiores, huertas, jardines, etc. | 695.929 |
| Cultivos de granos, semillas, plantas, etc., con inclusión de caminos, canales, ríos, vías férreas, construcciones, etc. | 26.173.657 |
| Pastos y prados | 4.998.280 |
| Viñedo | 2.320.533 |
| Bosque | 8.397.131 |
| Sin cultivar | 6.746.800 |
| Variedad de cultivos | 702.829 |
| | 50.035.159 |

¡Abundantísimo país! ¡Hermosa Francia!

## II

Indicada la situación geográfica, los ríos, costas y fronteras de tan privilegiado suelo, rodeado de Inglaterra, Bélgica, Alemania, Suiza, Italia y España, se explica perfectamente, por el valor de la joya y su brillo, cuál no será la importancia y consideración que merece Francia en la sociedad europea; y que la industria y comercio guardarán proporciones con la agricultura, y el bienestar de la población con los tres ramos de actividad, y los recursos del Tesoro, el crédito de la Nación, el presupuesto del Estado y el país armado, en pie de paz y guerra, en relación con la riqueza pública igualmente. Desde Colbert se esfuerzan los Gobiernos por impulsar la industria fabril, cuya prosperidad dependerá siempre de la misma agricultura, madre que la sustenta; del desarrollo intelectual, las condiciones del habitante, medios de arrastre, facilidad en las comunicaciones, supresión en el mayor grado posible de los estorbos físicos, morales y políticos, resumen los últimos de todos ellos, suponiendo situaciones de orden y de paz normales. De la estadística manufacturera sacamos los siguientes datos, suficientes indudablemente para completar los de la agricultura y explicar como consecuencia de las dos actividades la del comercio.

Fábricas de algodón había, en 1882, el número de 1.065, ocupando 107.949 operarios, 4.716.897 husos, 71.977 telares en actividad, mas 39.719 de mano.

De lana, 1.915, con 113.220 operarios, 2.867.341 husos, 40.084 telares y 37.127 de mano.

De lino, cáñamo y yute, 559, con 64.604 obreros, 626.502 husos, 17.153 telares y 28.311 de mano.

De seda cruda, 1.421, con 46.282 obreros, 1.606.355 husos, 1.220 factorías de seda y mezcla, con 67.088 tejedores, 810.832 husos, 32.140 telares y 62.542 de mano.

| | Pesetas. |
|---|---|
| A las fábricas de cerámica, vidrio y cristal, se les calcula un producto de | 188.701.130 |
| A las de papel | 120.809.905 |
| A las de velas | 72.766.140 |
| A las de jabón | 105.785.050 |
| A las de alcohol | 1.766.565 |
| A las de azúcar de remolacha | 222.766.806 |
| A las de refinería de azúcar | 354.935.700 |
| A las de gas | 147.554.235 |

Están estimados oficialmente los productos minerales, con la sal, en..... 299.932.511

Los metalúrgicos en..... 591.824.853

De carbón de piedra extrajeron en cantidad de 20.127.209 toneladas, en 1884.

Consumió Francia, en 1883, un total de 5.371.000 toneladas de mineral de hierro, contando las 1.412.710 importadas del extranjero; de hierro en lingote coló 2.039.000 toneladas, y entraron de fuera 308.170. De acero, una suma de 509.576, en 1884 hace. Aun así, tuvo Francia que importar, en 1883, máquinas y metales cuyo valor fué superior tres veces á lo similar exportado, pues lo primero está representado por un valor de 176.000.000 de pesetas, y lo segundo por 50.000.000 de pesetas. Carecemos de datos y referencias recientes para estimar el *artículo París*, modas, curiosidades, dijes, de arte, estampas, mapas, libros, y mil y mil objetos de la industria francesa; algo de esto nos indicará el comercio de importación y exportación. Especialísima la industria francesa en los objetos de gusto y dibujo, ejercen además la muy lucrativa de atraer á París, aguas y balnearios gran multitud de extranjeros, que gastan sumas fabulosas en recreos muy variados. El pueblo francés posee la virtud del ahorro y amor patrio entusiasta.

## III

Los cinco años últimos del comercio exterior, de 1881 á 1885, presentados en un cuadro, darán idea de su importancia y me-

recen estudiarse por de cuantos á estas materias se consagran, á saber:

| AÑOS. | Importación. Pesetas. | Exportación. Pesetas. |
|---|---|---|
| 1881..... | 4.863.408.000 | 3.561.504.000 |
| 1882..... | 4.821.825.000 | 3.574.356.000 |
| 1883..... | 4.804.349.000 | 3.451.872.000 |
| 1884..... | 4.343.478.000 | 3.232.500.211 |
| 1885..... | 4.215.877.000 | 3.185.031.000 |

Decae el comercio en Francia, disminuye de año en año la importación, para consuelo y alegría de los protectores de la producción nacional; *pero bajan las exportaciones considerablemente*; en junto, activo y pasivo sumaban, en 1881, un valor de 8.424.912.000, *y no más de* 7.400.908.000 *en* 1885; ¿abrirán los ojos? Son los naturales resultados, ese encogimiento del tráfico, de la disminución de las horas de trabajo y subida en los derechos arancelarios.

Por grandes agrupaciones clasifiquemos los artículos en los años de 1882, 1883 y 1884, para señalar el escollo en el cuadro que sigue:

| | 1882. | 1883. | 1884. |
|---|---|---|---|
| IMPORTACIÓN | | | |
| Artículos alimenticios..... | 1.670.700.000 | 1.638.200.000 | 1.438.430.000 |
| Primeras materias..... | 2.376.000.000 | 2.397.700.000 | 2.208.405.000 |
| Fabricados..... | 775.100.000 | 768.400.000 | 696.644.000 |
| | 4.821.800.000 | 4.804.300.000 | 4.343.479.000 |
| EXPORTACIÓN | | | |
| Manufacturados.. | 1.888.300.000 | 1.850.900.000 | 1.689.958.000 |
| Alimenticios.... | 878.800.000 | 849.400.000 | 783.411.000 |
| Primeras materias..... | 807.300.000 | 751.600.000 | 759.130.000 |
| | 3.574.400.000 | 3.451.900.000 | 3.232.499.000 |

Los diez primeros artículos en el comercio exterior de importación y exportación en 1884 indican las causas de la preponderancia de las clases agrícolas é industriales, favorables al sistema protector, que, unido á los grandes presupuestos, destruyen la prosperidad de Francia.

VALORES DE LOS DIEZ PRIMEROS ARTÍCULOS EN LA IMPORTACIÓN DE 1884.

| | Millones de pesetas. |
|---|---|
| Cereales | 360,2 |
| Vinos | 344,3 |
| Lanas en rama | 332,1 |
| Seda en rama y borra de seda | 332,1 |
| Maderas comunes | 194,1 |
| Cueros y pieles | 175,5 |
| Algodón en rama | 170,4 |
| Carbones y cok | 167,8 |
| Ganado vivo | 151,2 |
| Semillas oleaginosas | 106,0 |

VALORES DE LOS DIEZ PRIMEROS ARTÍCULOS EN LA EXPORTACIÓN DE 1884.

| | Millones de pesetas. |
|---|---|
| Tejidos de lana | 334,3 |
| Vinos | 237,3 |
| Tejidos de seda y borra de seda | 236,8 |
| Sedas | 155,2 |
| Objetos fabricados de cuero y pieles | 131,2 |
| Idem torneados, juguetes, muebles | 118,5 |
| Pieles preparadas | 109,8 |
| Queso y manteca | 109.3 |
| Lanas en rama, peinadas, teñidas y resíduos | 96,0 |
| Tejidos de algodón | 91,0 |

Cuanta ventaja comercial tienen para Francia sus fronte-

ras, nos lo dicen los cambios que hace con sus vecinos, á saber:

| | IMPORTACIÓN — Millones. | EXPORTACIÓN — Millones. |
|---|---|---|
| Inglaterra..... | 616,3 | 842,0 |
| Bélgica..... | 463,0 | 456,5 |
| Alemania..... | 416,9 | 327,9 |
| Italia..... | 368,7 | 171,8 |
| España..... | 298,4 | 153,1 |
| Suiza..... | 116,5 | 218,4 |

| | |
|---|---|
| Este solo comercio suma en la importación..... | 2 279,8 |
| En la exportación..... | 2.169,7 |
| En junto..... | 4.449,5 |

Juzgamos suficientes las noticias consignadas respecto del comercio exterior, que completan cuanto sobre agricultura é industria hemos apuntado.

## III

En el estudio del presupuesto comprenderemos de un golpe todos los admirables recusos de la Francia, y como no puede dejar de ser gran potencia en Europa, entre las principales destinada á representar un gran papel siempre y á decidir las graves cuestiones de equilibrio que aseguren la independencia y libertad de los pueblos, su progreso y cultura, por el camino misterioso que va la humanidad en movimiento constante y perfección.

Mil trescientos años van corridos, si contamos desde Clodoveo acá; mil desde Hugo Capeto. ¿Cuándo ha dejado de influir Francia civilizadoramente en ese tiempo? ¡Cuántas veces no ha preponderado! Recuérdense, si no, los tiempos de Enrique IV, Richelieu, Mazarino, Luis XIV, la República convertida en

volcán, Napoleón I..... y también el III, hasta Forbach y Reichschoffen.

Pero no perdamos de vista el presupuesto; lugar tendremos de hacer reflexiones.

Dejan el ánimo admirado ingresos ordinarios que ascienden á 3.015.474.036 pesetas; gastos en cantidad de 3.016.087.060, según los créditos de 1886, ítem los extraordinarios en Guerra y Obras públicas, importantes 163.508.200 pesetas: un total, ciertamente, para los servicios generales, departamentales y municipales, que no bajará de CUATRO MIL MILLONES DE PESETAS; riqueza pasmosa, recursos increibles, fuerza contributiva admirable; dato por sí solo bastante á demostrar que Francia posee medios sobrados y fuerza suficiente en que apoyar lo que vale y representa en Europa y en el mundo entero. Destina á las obligaciones generales y del Ministerio de Hacienda 1.573.429.787 pesetas; á los gastos del Ministerio de la Guerra, 573.758.438 pesetas, ordinario, y 73.369.800 pesetas extraordinario; en junto, 647.128.238 pesetas; á Marina y Colonias destina 237.687.262 pesetas, más de doscientos millones al solo ramo naval; sacrificio superior, por la división y naturaleza de los servicios, al que hace la Gran Bretaña en dicho ramo: quiere decir que Francia invierte en su armamento formidable como ochocientos cincuenta millones de pesetas próximamente.

| | |
|---|---|
| Producen las contribuciones directas, pesetas. | 436.198.946 |
| Las propiedades del Estado..... | 53.412.494 |
| Los impuestos indirectos..... | 683.696.900 |
| Aduanas y Sal..... | 394.941.300 |
| Los Consumos..... | 1.130.634.100 |
| Correos y Telégrafos..... | 165.575.200 |
| Otros ramos..... | 151.628.118 |

En todo tiempo ha sido peculiar de Francia el arte de administrar, hasta en los de mayor despilfarro, confusión y favoritismo de cortesanos y cortesanas; maestra de otros pueblos en el sistema de recaudar, distribución de servicios y la contabilidad: Sully y Colbert establecieron ejemplo y reglas que

admiran: el orden y método en ese ramo han sido y son objeto de estudio para los hacendistas extranjeros, y puede asegurarse que Prusia lo tomó de Francia. Por la riqueza, que parece inagotable, la centralización y el carácter nacional, ha dominado Francia y ejecutado cosas prodigiosas. Paso á paso pueden seguirse, como en Inglaterra, sus guerras en la progresión de la Deuda pública, clase de operaciones bien modernas, porque antiguamente los recursos extraordinarios se sacaban de la venta de oficios, censos, derramas, donaciones del clero y muchos privilegios; el crédito público, cual le conocemos, es bien moderno. Una carga perpetua dejó Luis XIV en Setiembre de 1715, que pasaba de tres mil millones de pesetas, según unos, que fijan otros en 1.915 millones, exorbitante y abrumadora para aquellos tiempos: anteriormente se hace memoria de la deuda del Rey Carlos V; de que Sully quiso reembolsar la existente en su tiempo; que á la muerte de Mazarino, la perpetua tenía la carga, en razón de intereses, de 27.500.000 pesetas, y el capital á 500.000.000 ascendía; que Colbert, opuesto durante mucho tiempo á los empréstitos, supo reducir á un interés de ocho millones la carga Law, el célebre escocés, causó desastres con su sistema; y Necker expuso ante la Asamblea Nacional la existencia de un servicio de 161.466.000 libras, francos ó pesetas, como importe de los cupones; aumenta en 47 millones dicho peso el Gobierno revolucionario; pero pronto hizo tabla rasa de todo, hasta que por Cambon quedaron reducidos los intereses á 42.000.000. Napoleón satisfizo sus gastos de guerra viviendo sobre las tierras conquistadas y lo que se estipulaba con el vencido en los tratados de paz: cuando sucumbió cubría con un total de 63.610.000 la carga de la Deuda, que bajo la Restauración subió bien pronto á 195 millones; había descendido por el uso de la amortización á 170, cuando Luis Felipe se hizo dar una Corona, hallada en las barricadas en 1830; hasta Febrero de 1848 sube á 215.000.000; Napoleón III, antes de entregar su espada de Magenta y Solferino en Sedan, deja en concepto de intereses de la Deuda consolidada, capitales reembolsables, vitalicia, etc., así como

500.000.000 de pesetas próximamente, consignados en el presupuesto de gastos de 1870.

Actualmente, sin la especial del Tesoro, suma, según el presupuesto de 1886, un capital de 19.722.645.866 pesetas, cuyos intereses montan á 706.115.779 pesetas. Francia ha quebrado varias veces. Cambon, como se ha dicho, Ministro de la primera República, arregló la Deuda y creó el Gran Libro. Durante el Consulado y el Imperio se consolidó el crédito. Desde entonces pagan los intereses con tanta religiosidad como en Inglaterra. Pero los recursos envidiables del crédito en Francia se manifiestan por manera maravillosa en la guerra franco-prusiana, que desoló su suelo, en operaciones que proporcionaron 9.287.882.000 francos al Tesoro, según menudamente, como dato curioso, á continuación se explica, á saber:

| | |
|---|---|
| Gastos extraordinarios de guerra en 1870..... | 1.173.016.000 |
| Ídem, íd., íd. en 1871..... | 700.222.000 |
| Ídem de la ocupación del territorio por las tropas prusianas de 1871-73..... | 38.807.000 |
| Aprovisionamiento de París..... | 169.578.000 |
| Auxilios á las familias de los soldados..... | 50.000.000 |
| Intereses de las sumas de lo estipulado con Alemania..... | 302.065.000 |
| Pagado por raciones y sostenimiento á las tropas alemanas..... | 238.625.000 |
| Indemnización por los adelantos hechos á las tropas enemigas..... | 61.708.000 |
| Desembolsos á cuenta, de 1870-72..... | 631.168.000 |
| Dejado de cobrar de las contribuciones 1870-71.. | 364.189.000 |
| Por varios..... | 548.563.000 |
| Contribución de guerra estipulada..... | 5.000.000.000 |
| En junto..... | 9.287.882.000 |

Lo cual no es sino una parte del sacrificio, porque toca en lo imposible sumar con exactitud las pérdidas de la agricultura, industria y comercio, obras públicas, sociedades de crédito rentistas, capitalistas, propiedad urbana, mobiliario: y la nación que pierde la Alsacia y Lorena, dos de las mejores

joyas, un territorio mayor de 15.000 kilómetros cuadrados y 1.600.000 almas, industriosas poblaciones, ricas, patrióticas, robustas y sanas, ¡se repone de sus pérdidas y aumenta sus gastos anuales, después de la desmembración, en más de pesetas 1.500.000.000...! ¡Parece increible!

Pero esos son los recursos de la Francia.

El cielo la ha favorecido mucho.

## IV

No nos hemos dado prisa á hablar de los ejércitos y escuadras del pueblo francés. Costaban los primeros, en 1869, la suma de 384.157.428 pesetas, que por el presupuesto de 1886 se calculan en 657.661.360 pesetas.

Constan esas fuerzas:

### DE INFANTERÍA

De 144 regimientos de línea, de 4 batallones de 4 compañías, con 2 de depósito.

De 30 batallones de cazadores á pie, de 4 compañías, con uno de depósito.

De 4 regimientos de zuavos, de 4 batallones de 4 compañías, con 2 de depósito.

De 3 regimientos de tiradores argelinos, de 4 batallones de 4 compañías, y 1 de depósito.

De un regimiento, Legión extranjera, de 6 batallones de 4 compañías, y 2 de depósito.

De 3 batallones de infantería ligera de África, de 6 compañías.

De 4 compañías disciplinarias de fusileros en África.

De un compañía de peones disciplinarios en África.

Las tropas de las 6 últimas divisiones, forman una clase especial, alistada en la del décimonono cuerpo de ejército (África.)

### DE CABALLERÍA

De 12 regimientos de coraceros.

De 26 regimientos de dragones.

De 30 regimientos caballería ligera, cazadores y húsares.

De 2 regimientos de húsares argelinos.

De 4 regimientos de cazadores de África de 6 escuadrones.

De 3 regimientos de Spahis, de 6 escuadrones.

### ARTILLERÍA É INGENIEROS

De 30 regimientos de artillería de campaña.

De 2 regimientos de pontoneros de artillería, de 14 compañías cada uno.

De 10 compañías de obreros de artillería para las factorías.

De 3 compañías de artífices.

De 52 compañías del tren de artillería.

De 4 regimientos de zapadores y minadores, de 5 batallones, que componen en junto 92 compañías.

Oficiales y soldados eran (presupuesto 1886) 523.834 y 181.385 caballos.

Con las reservas ponen sobre las armas, en pie de guerra, *dos millones y medio de soldados*, y hasta 3.750.000 en las plazas y servicio interior, en el caso de desesperación y supremo esfuerzo, á que no se llega nunca.

La división militar de Francia es de 18 cuerpos de ejército, éstos bajo el mando de un General de división, repartidos en distritos de la misma circunferencia de la de los departamentos (que son 87), al mando de Generales de brigada: París y Lyón tienen dos cuerpos de ejército. Ya se sabe cómo ha sido fortificada la capital de Francia, y se recordará su sitio memorable de cuatro meses. Sobre la frontera alemana, formidables se alzan las plazas fuertes de primera clase, Belfort, Verdun y Besançon; la de segunda, Langre; las de tercera, Toul, Ausona, mas 9 plazas de cuarta clase. Cubren la frontera belga las de primera, Lila, Dunkirca, Arras y Doué; las de segunda, Cambrai, Valenciennes, Ginet, San Omer, Mezieres, Sedán, Longuy y Soasons; las de tercera, Gravelinas, Condé, Landrecies, Rocroi, Monmedy y Perona, y 6 plazas de cuarta clase. Hacen frente á Italia las de primera clase, Lyón, Grenoble y Besançon, y *once* fuertes destacados. Defienden las costas del Mediterráneo la de primera clase, Tolón; segunda Antibes, y 21 fuertes de cuarta. Oponen á la frontera española las de primera, Perpiñán y Bayona; la de tercera, San Juan de Pié del Puerto, mas 10 fuertes de cuarta. En las costas del Océano las de primera, Rochefort, Lorián, Brest; de segunda, Olerón, la Rochela, Belisla; las de tercera, isla de Ré, fuerte Luis, y 17 fuertes de cuarta. La costa del Canal de la Mancha presenta á Cherburgo de primera; de segunda San Malo y el Havre, y 16 de cuarta.

A todo evento están preparados los franceses, pero diseminan muchas fuerzas, sin previsión, en Argelia, Túnez y el Tonkín: más reconcentrados se hallan los alemanes.

De los estados del Ministerio de Marina, de 1886, tomamos la lista de las naves, á saber:

| CLASE DE BUQUES | Número. |
|---|---|
| Escuadras de acorazados | 20 |
| Cruceros | 11 |
| Guardacostas | 11 |
| Cañoneros | 4 |
| Baterías flotantes | 1 |
| Baterías cruceros | 11 |
| Primera clase | 9 |
| Segunda | 15 |
| Tercera | 17 |
| Crucero torpedero | 1 |
| Avisos de primera | 25 |
| Idem de segunda | 24 |
| Trasportes avisos | 13 |
| Torpedos | 1 |
| Cañoneros | 22 |
| Lanchas cañoneras | 43 |
| Lanchas-vapores | 13 |
| Botes torpedos de primera | 18 |
| Idem de segunda | 43 |
| Torpedos descubiertos | 9 |
| Trasportes de primera | 10 |
| Idem de segunda | 11 |
| Idem de tercera | 8 |
| Naves de vela | 49 |
| *Totales* | 389 |

Los mayores blindados desplazan 11.200, 10.900, 9.500, 9.030 toneladas. Sus espesores son de 21 $^3/_4$, 21 $^1/_2$, 19 $^3/_4$ y 15 pulgadas. La fuerza de sus máquinas de 8.000, 6.500, 6.000, 5.782 caballos. Los calibres de los cañones de 16 $^1/_2$, 14$^3/_4$, 13 $^3/_8$ pulgadas.

Bien indican los datos que van apuntados, y conocida la suma del presupuesto, que ocupa el segundo lugar en el mundo la Armada francesa.

Para conocer sus puntos de apoyo en los mares, además de la misión que á esas fuerzas incumbe en las costas de la patria, consignaremos:

Que en Asia cuentan las colonias de:

La India, 282.723 habitantes.

Cochinchina, 1.689.984 idem.

Tonkín, 9.000.000 ídem.
En África:
Senegambia, 197.644 ídem.
Gambon y Costa de Oro, 186.133 ídem.
Congo, 500.000 ídem.
Reunión, 170.518 ídem.
Santa María, 7.287 ídem.
Nossi Bé y Mayotta, 18.545 ídem.
Obok, 22.370 ídem.
En América:
Cayena, 20.284 ídem.
Guadalupe y sus dependencias, 182.866 ídem.
Martinica, 167.119 ídem.
San Pedro y Miquelón, 5.564 ídem.
En la Oceanía:
Nueva Caledonia y sus dependencias, 60.703 ídem.
Islas Marquesas, 5.776 ídem.
Tahiti y Morea, 10.639 ídem.
Tubuaï y Raivavai, 665 ídem.
Tuamotu, Gambier é Islas de Rapa, 8.500 ídem.
Ejerce protectorado:
En Túnez, sobre 2.000.000 ídem.
Annam, sobre 6.000.000 ídem.
Cambocha, sobre 1.020.000 ídem.

Escaso tráfico hacen los franceses con sus colonias; de mucha mayor suma es su comercio con las Repúblicas Hispano-Americanas. El antiguo oro y plata de los españoles, y la prosperidad de los holandeses é ingleses, ha sido y sigue siendo causa de bastantes errores, ilusiones y locuras: *es moda* que renace la de las Colonias.

Grande es el comercio exterior que tuvo Francia, y disputa actualmente el segundo lugar á Alemania; pero la marina mercante no corresponde á la de guerra, ó, mejor dicho, la segunda no corresponde á la primera.

| | | Toneladas. | Tripulantes |
|---|---|---|---|
| Naves de pesca, por las noticias de 1.º de Enero de 1885, eran..... | 10.075 | 83.332 | 46.084 |
| De altura, pescadoras..... | 535 | 57.767 | 11.492 |
| Costeros..... | 2.160 | 106.234 | 8.607 |
| De altura..... | 1.414 | 751.650 | 26.425 |
| Pilotos, yachts en bahías, puertos y ríos..... | 1.168 | 37.846 | 3.691 |
| Totales..... | 15.352 | 1.033.829 | 96.299 |

Para el tráfico interior, aparte las carreteras de primero, segundo y tercer orden y caminos vecinales, en más de 500.000 kilómetros, cuentan unos 8.000 kilómetros los ríos, 5.000 los canales, y de 28 á 29.000 kilómetros los caminos de hierro.

Como resumen general, y para dar una idea de las fuerzas sociales, antes de concluir exponiendo en conclusión el valor político de Francia en Europa y en el mundo, publicaremos su interesante clasificación.

| | |
|---|---|
| Estaban, en 1881, dedicados á la agricultura..... | 18.249.209 |
| A la industria..... | 9.324.107 |
| Al comercio..... | 3.843.447 |
| Al tráfico de arrastre y fletes..... | 800.000 |
| Al servicio del Estado..... | 552.851 |
| A profesiones..... | 1.585.358 |
| Vivían de rentas..... | 2.121.173 |
| Sin oficio..... | 737.088 |
| Sin ocupación conocida..... | 191.316 |
| Total..... | 37.405.290 |

| | |
|---|---|
| Eran colonos propietarios..... | 2.425.500 |
| Colonos..... | 1.010.999 |
| Pequeños propietarios ó braceros..... | 772.339 |
| Forasteros..... | 112.200 |
| Empleados y domésticos de las clases precedentes.... | 3.535.040 |
| De la familia..... | 10.393.131 |

Un número de 4.617.900 tenedores de renta francesa, que

cobraban 851.909.901 pesetas, había en 1881. ¡Qué lastre! ¡Qué Nación!

## VI

Aislada está Francia. M. Thiers, con prudencia y patriotismo, trabajó por fundar la República conservadora, por ser la única forma de gobierno, en su sentir, capaz de unir en una todas las voluntades para la tregua y el desquite; el Príncipe Canciller de Bismarck, varón de agudo y penetrante ingenio, se ha esforzado, como puso en claro el proceso Arnim, por sostener ese mismo sistema republicano en Francia, con el objeto de privarla de grandes aliados y simpatías en Europa. ¿Quién se ha equivocado? ¿Quién ha tenido razón? Pequeña y torcida política sería, si no errara la suya la gran Nación, si olvidara siquiera que está en Occidente, ó los lazos é intereses de su comercio, y en el Mediterráneo.

Muchas veces, en la historia, hemos visto á Francia sucumbir y casi aniquilada. En los siglos XIV y XV parecía que iba á perder su independencia avasallada por el inglés; como en los XVI y XVII la vimos en gran aprieto puesta por los españoles; cual la estrecharon en los comienzos del XVIII los ejércitos de la coalición del Príncipe Eugenio y Marlborough, ilustres capitanes; y bien humillada fué por Federico II durante la guerra de los siete años; y por dos veces sujeta en París, antes de la tercera afrenta que siguió á Sedan, en 1814 y 1815, dando alojamiento á las tropas de Rusia, Austria, Prusia é Inglaterra, aclamando á los dos Emperadores y al Rey de las tres primeras potencias, y colmando de honores á Blucher, Wellington y Schwarsenberg.

Pero también vengó Francia en Orleans las derrotas de Crecy, Poitiers y Azincourt; en Rocroi, las de Pavía y San Quintín; en Jena, la de Rosbach; y se la había contemplado en la guerra de la revolución norte-americana levantada del mal papel que había hecho poco antes; con Napoleón I exceder el orgullo y preponderancia de los buenos tiempos de Luis XIV; y

aun durante la Restauración intervenir en España en 1823; unirse en Navarino á Inglaterra y Rusia; echar de la Morea á Ibrahim; tomar á Argel en 1830; á Amberes en 1831; la torre de Malakoff en 1855; y vencer en Magenta y Solferino en 1860. Recuerda Alemania misma que de Austerlitz y Jena, de Friedland y Wagram, se vengó y rescató en Leipzig y Waterlóo. Polonia ha podido ser repartida; Francia no corre semejante peligro, y se repone pronto, cual lo demuestra siempre: es una por el suelo; y las fuerzas y bríos saca por sus próvidos cuidados y recursos extraordinarios. Podrá ser que la forma de gobierno la aisle en Europa, por estar demasiado recientes en la memoria de los Príncipes las batallas republicanas; aunque, de otra parte, si se inspirase en esa tradición con oportunidad, acaso volviera á sobresaltos y á victorias de mayor alcance y peligro: no es de prudentes y avisados jugar con fuego. Es una cuestión de tiempo. A Inglaterra no la meten miedo las instituciones republicanas; y como Francia acierte á dar sólidas garantías de buena vecindad á Italia y España, el aislamiento cesaría; lo de Turquía basta y sobra para desunir la bastante artificial alianza de los tres Emperadores. Después de todo, una República conservadora, con sistema de centralización arraigado, *es casi una Monarquía constitucional*, y hasta mucho menos, una vez encendida la guerra, si ayuda la fortuna, como probó Bonaparte en Marengo.

No prescindamos de la historia.

Desde la partición del desmoronado Imperio de Carlo-Magno, en Verdun, en 843, que emancipó para siempre á la Francia de la Alemania cuando Lotario recibió la dignidad imperial, existe un singular antagonismo y rivalidad de ambos lados del Rhin; fuego entre ceniza durante la anarquía que precedió á la elección de Hugo Capeto en 986, verdadero restaurador de la Monarquía en el centro de Francia, y llama aquel encontrado interés y ambición de francos y germanos desde que en 962 Otto I repone el Imperio de Occidente, y en Italia, andando los tiempos, disputan la supremacía los rivales: en las cuestiones de la Iglesia se manifiesta con mayor in-

terés y trascendencia el choque. Felipe Augusto, que ha ido ensanchando su reino y sujetando el feudalismo, hace frente á la coalición interior, de Juan sin Tierra y del Emperador Otto IV, Conde de Flandes, Duque de Bravante y Conde de Bolonia, y la bate en Bovina en 1214; y *Francia queda formada*, ó, como dice Chateaubriand, *los francos se hacen franceses*. Si el Papado se libra de la casa de Franconia y de la de Suabia ó de Hohenstaufen, Felipe *el Hermoso* aja con la torpe mano de Nogaret á Bonifacio VIII, y el Jefe de la Iglesia, Clemente V, Papa francés, establece la silla pontificia en Avignon en 1309, según la promesa que había hecho al Rey irreverente, donde permanece hasta 1377. Son rivales al Imperio Francisco I de Francia y Carlos I de Castilla y Aragón, de la Casa de Austria propiamente; y la guerra encendida por las cuestiones de Nápoles, Sicilia y Milán, no ha de cesar hasta la paz de Westfalia, en 1648, y la de los Pirineos.

¡La paz de Westfalia! Para llegar á la humillación del Imperio, de España y el Papado, dos Príncipes de la Iglesia, Ministros omnipotentes de los Reyes de Francia, se unen á los protestantes. Es el italiano Mazarino el alma de las negociaciones de Munster y Osnabruca; allí desplega, secundado por los Condes Servien y Avaux, sus astutas predisposiciones; pero no veía el *punto negro*, cuando triunfaba la Casa de Borbón de la de Austria, imperceptible, cual era la ambición del Elector de Brandemburgo, apoyo de los protestantes, pidiendo la Pomerania, fluctuando entre el Emperador y el Rey de Francia, pretendiendo ya de este Monarca el título de hermano que le niega... Los Príncipes ganan, el Papa pierde. Nuevo centro y nuevo equilibrio asoma en Westfalia. Luis XIV será pronto mucho más poderoso y temido que los Emperadores. Abrasará la Europa, reducirá á cenizas el Palatinado; á la cruzada protestante sucederán las exploraciones algo atrevidas de la filosofía; al libre examen religioso y trascendental, la revolución de 1789. ¿Quién ha tenido la culpa, Luthero ó Rousseau? Problema, problema...; *los dos*.

Pero, ¿qué le puede echar en cara el Brandemburgo, Prusia,

en 1700, á la revolución? Revolución por revolución, ¿valdrá menos la quema en Wittemberg de las bulas que el rasgo de declarar los *Derechos del hombre*?

¿Acometió menos el que invadió la Silesia y propuso la repartición de Polonia, que el agresor del Franco Condado y repartidor de la Monarquía de Carlos II *el Hechizado*? ¿Será más conquistador Napoleón I, que el que despoja á Saxonia en 1815, el Hannover y otros Estados en 1866?

Difícil nos parece la respuesta.

Existió hasta 1648 un Sacro Romano Imperio, que unía el Altar y el Trono; y proclámase Emperador de Alemania el descendiente del Gran Elector y de Federico II, en el palacio de Versalles, en las habitaciones de Luis XVI, en 1870. Austria había vuelto á ser vencida por la Prusia en 1866. El mundo presencia hoy sin asombro la exaltación de un Emperador protestante, árbitro de los destinos de Europa, lazo de alianza de los tres Emperadores. Francia está vencida. El Reino de Luis XIV y el Imperio de Napoleón I llámase República francesa, una é indivisible, contenida, moderada, prudente y resentida, que no invade, que no amenaza, que no hace propaganda; sólo aspira—no se lo alabamos—á restablecer aquella singular alianza de Pablo de Rusia con el primer Cónsul, que le costó la vida á Pablo. Más le valiera á Francia recordar el *Campo de Oro*, los lazos de Enrique IV con Isabel de Inglaterra, cuanto mimaba Mazarino á Cronwell, los vínculos que estableció el Regente, la Cuádruple Alianza de 1834...; pero en la República francesa dominan los periodistas, con su perdón sea dicho, y el *chauvinismo*.

Han preferido los aumentos territoriales en África y Asia.

Gastar sumas inmensas en su presupuesto.

Extender los brazos á Rusia.

Desagradar á Italia y no guardar bien la frontera de España.

Rusia....

Rusia es un aliado muy caro; no sacará de apuros á Francia: son difíciles de compensar las alianzas rusas.

Oigamos á Napoleón I en Tilsit, como refiere M. Thiers:

«Alejandro insistía, ocupados los dos Emperadores de la repartición del Imperio de los Turcos, en obtener la prenda de Constantinopla para los rusos y para la Iglesia griega; pero á pesar de cuanto deseaba seducir á su amigo, el grande hombre, «nunca consintió en otra repartición sino en la que quitaba á la »Puerta las provincias del Danubio, mal enlazadas al Imperio »turco, y Grecia, demasiado despierta ya para que sufriera por »mucho tiempo el yugo.»

«Un día, de vuelta los dos Emperadores de un largo paseo, »se encerraron en el gabinete despacho, donde había extendi»dos una porción de mapas, y Napoleón, continuando, al pa»recer, una conversación muy viva que sostenía con Alejandro, »pidió á M. Meneval un mapa de Turquía, lo extendió, y luégo, prosiguiendo la conversación, exclamó varias veces, po»niendo el dedo sobre Constantinopla y sin cuidarse de que le »oia su Secretario, en quien tenía completa confianza:—*¡Cons»tantinopla! ¡Constantinopla! ¡Nunca!* ¿NO VÉIS QUE ES LO MISMO »QUE DAR EL IMPERIO DEL MUNDO?»

También decía Lord Chatam años antes de Napoleón:

«De política no discuto con quien me pregunte cuál puede »ser nuestro interés en sostener al turco en Constantinopla.»

Austria é Inglaterra conocen ese interés, no indiferente á Alemania, nunca mayor para Francia como en el día. Midan los hombres de Estado de la República las distancias en el Mediterráneo, y alejarán el peligro, que ni el Rhin con Bélgica puede compensar.

Sin aventuras llegará Francia á su objeto; con el asentimiento de las naciones de Occidente recobrará lo perdido y podrá realizar sus esperanzas. Que no se impaciente Francia. Tengan calma los franceses. El comercio indica la ruta; pues, después de todo, en el interés y lazos de los cambios está el

misterio, los medios y el objetivo. Dios ha colocado á Francia en un lugar y la ha dotado de tales facultades, que no hay posibilidad de prescindir de ella, en el propio interés de cada una de las grandes potencias y de las mismas naciones de segundo orden; francos y germanos son el centro y eje de Europa, una civilización, un interés: el protestantismo y la revolución, ramas de los robles de la antigua Germania.

**Servando Ruiz Gómez.**

*(Concluirá)*

# DE LAS EXCELENCIAS

## Y DE LOS PELIGROS DEL SUFRAGIO UNIVERSAL.

Antes de abordar la gravísima cuestión que me propongo someter al juicio público, el respeto que á éste debo y del que no me es lícito tampoco prescindir del todo respecto á mí mismo, requieren que justifique ante la opinión la compentencia que pueda caberme para emitir un criterio propio sobre un asunto que respetabilísimas opiniones y el *veredicto*, ya en cierto modo atribuído en favor de éste mismo principio, por la adopción que de él han hecho el Imperio alemán, la Francia y los Estados Unidos, y que va además haciéndose extensivo á Inglaterra, atribuyendo así á este principio el carácter de dogma cosmopolita, cuya aplicación es reclamada en España por grandes partidos, y no menos grandes autoridades, hecho que todas estas causas en la actualidad convierten en el más grave tal vez de los problemas políticos pendientes, á consecuencia de los compromisos contraídos por el Gabinete que preside el Sr. Sagasta, representante de la mayoría parlamentaria, principio que fuertemente sostienen muy significativas corrientes de opinión.

Repugnante me es tener que hablar de mí mismo; pero en la concreta cuestión de que se trata, existen tales precedentes,

que no cabe pasarlos en silencio, una vez traída la cuestión á los términos en que se halla colocada.

El primer ensayo que en los tiempos modermos haya sido hecho entre nosotros del sufragio universal, lo fué en 1810, 1814, y de 1820 á 23 bajo el régimen de la constitución de Cádiz, habiéndose puesto de manifiesto en dichas épocas la perfecta indiferiencia con que la inmensa mayoría de los españoles miraron tan precioso derecho, pues apenas concurrieron á hacer uso de él algunos centenares de ciudadanos en las más populosas de nuestras ciudades. No cito semejante precedente como un argumento objetivo contra la promulgación de un principio que arranca de lo más íntimo del sagrado fuero de la personalidad humana; pero donde las costumbres no se prestan á que se cumplan los fines de la ley, el proclamarla es pueril, si no mal intencionado, cuando la educación política de la mayoría de nuestros conciudadanos no responde al espíritu que informa el precepto.

Me ha preocupado de todo tiempo tan intensamente la importancia de los procedimientos electorales, que sobre todas las alteraciones experimentadas por los diferentes sistemas que han regido sobre la materia he consignado preceptos y tomado en las luchas una participación bastante significativa, para que de suyo no requiera sean conmemorados.

Los que tengan presente la efervescencia con que la opinión progresista invocaba en 1836 el restablecimiento de la Constitución de 1812, resultado que el Gabinete Istúriz se propuso neutralizar convocando unas Cortes electas con arreglo á la ley que acababa de ser votada por una mayoría progresista, Cortes llamadas á reformar el Estatuto de Martínez de la Rosa, á fin de acomodar la ley fundamental mediante condiciones aceptables para las opiniones más avanzadas en aquella época; son hechos que no pueden menos de aquilatar el valor que de suyo arroja la circunstancia de que el país diese al Gabinete conciliador una mayoría que no llegó á funcionar, arrollada, como lo fué aquella situación, por el movimiento insurreccional de la Granja, que evidentemente vino á anular la obra producto del

criterio legal del país que acababa de ser constitucionalmente consultado.

A las sucesivas Cortes Constituyentes de 1836, en las que prevalecía una mayoría incontestablemente doceañista, cupo la insigne honra de haber elaborado una Constitución que fué aceptada por los conservadores, adversarios de los autores de un código, que dotaba á los dos partidos de una legalidad común.

Llegada que fué la época en que debían verificarse la elección de las primeras Cortes llamadas á reemplazar á las que fueron autoras del pacto de avenencia, fué por mí dado á luz el primer *Manual electoral* que se haya publicado en España, y que grandemente contribuyó á traer la mayoría que con carácter de ajustada templanza rigió los destinos del país, hasta que en 1840 una intriga semipalaciega y semicastrense, fraguada entre confidentes que abusaron de la confianza de la Reina Gobernadora, hombres que se entendían con el núcleo de intrigantes que rodeaban al General en Jefe del ejército que combatía en pró de la causa de la libertad; aquella intriga trajo la abdicación de Doña María Cristina reemplazando su suave autoridad, por la del Regente Espartero, derribado el mismo poco después por sus amigos los progresistas, coaligados con los cristinos, capitaneados por el general Narváez en los términos que tengo dados á conocer en mis conferencias en el Ateneo.

Notable fué, y la historia deberá recordarlo, que mediaron en aquella época unas elecciones de un carácter especialísimo. El convenio de Vergara había prestado aliento y confianza á los conservadores, que ocupaban el poder, para proceder á unas elecciones destinadas á reemplazar las que había procurado confeccionar á su gusto el Gabinete Arrazola-Pérez de Castro, Cortes que se convirtieron en acérrimas adversarias del incompetente Gabinete que las había convocado. Mas no permitió el absorbente influjo del cuartel general, que el Ministerio Pérez-de Castro, reforzado con elementos de la derecha, llevase adelante las elecciones, á cuyo efecto el General en Jefe, por el órgano de su Secretario de campaña el General Linage, lanzó un manifiesto, en el que condenaba abiertamente la disolución de

las Cortes y patrocinaba las aspiraciones de los progresistas, ayudándoles á contrarrestar las corrientes de la opinión pública, sensata y conciliadora, que había tomado en serio y con completa buena fe la observancia de la Constitución de 1837, llamada á ser símbolo de la legalidad común para los dos partidos. La ley electoral confería á los Ayuntamientos y á las Diputaciones provinciales la confección de las listas, elemento del sufragio destinado á hacer constar el veredicto de la opinión. La mayoría de ambas Corporaciones populares pertenecía al partido patrocinado por el General Espartero. La Milicia Nacional, cuyo influjo era entonces patente en todo el Reino, secundaba las mismas aspiraciones, y, sin embargo, y no obstante tan poderosos elementos, concitados contra la opinión que prevalecía entre las clases poseedoras, contrarias al vértigo revolucionario, aquel débil Gabinete, reforzado que fué por la significativa personalidad de D. Saturnino Calderón Collantes, logró, aunque privado de la ayuda de la centralización administrativa, que entonces no existía, hacer frente al desbordamiento, y las Cortes producto de aquella memorable lucha electoral dieron de sí una robusta mayoría conservadora.

No cito estos ejemplos como argumentos de superioridad en favor de una de las dos tendencias que dividían al país, y de cuyas ramificaciones han brotado los partidos actualmente existentes. Hago tan sólo mérito de aquellos hechos como ejemplo de lo engañosas que son las manifestaciones ruidosas y las cábalas de partido contra el sensato criterio de la opinión en un país cuya educación política comenzaba á disciplinarse, pero que no dejaron madurar los apetitos individuales, secundados por el espíritu de bandería.

Lo que ha sido y lo que ha significado el sufragio universal después que lo hubo proclamado la Constitución de 1869, no necesita comentarios. El dió en 1872 mayoría radical al señor Zorrilla; mayoría instantáneamente reemplazada por la mayoría constitucional que á duras penas logró reunir el Sr. Sagasta contra la coalición de moderados, carlistas, republica-

nos y radicales, á la que cedió el inexperto Rey Don Amadeo, no permitiendo que funcionase una mayoría lealmente adquirida y á la que reemplazó la traída por el mismo Sr. Zorrilla, mayorías á las que se siguieron inmediatamente después las Cortes federales del Sr. Pí y Margall.

El mismo provindencial sufragio universal se prestó dócil y sumiso á responder al llamamiento del Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, primer Ministro de la Restauración, enviando las Cortes autoras de la Constitución de 1876.

No me mueve á evocar semejantes ejemplos el prurito de fundar sobre ellos argumentos contra el sufragio universal, filosófica, social y políticamente considerado, con arreglo á las condiciones de ancha base y de elevado criterio á que deben ajustarse todas las cuestiones de interés social.

Argüiría falsedad de parte del Gobierno representativo denegar á una clase de ciudadanos, cualesquiera que sea, y mucho menos á la que compone la clase más numerosa, el derecho de verse representada en los comicios de la nación; pero la dificultad de establecer el reconocimiento de este principio justo, saludable y moral, depende de la manera de aplicarlo y de lograr que, aun siendo el voto sincero, no conduzca á resultados contrarios á la paz y al bienestar común.

Claro es que las diferentes clases del Estado llamadas á formar el contingente del sufragio universal, tienen cada una de ellas sus peculiares intereses que resguardar, pero poniéndolos en armonía con los de las demás clases. En este sentido, el proletariado, las numerosas masas que libran su sustento en el precio del jornal diariamente ganado, clases que componen la mayoria numérica de todas las naciones, se hallan directamente interesadas en primer término en la ley de quintas, ó sea en la del reclutamiento para el ejército, en las garantías propias de la administración de justicia, en los impuestos que afectan el *consumo de los artículos de primera necesidad*; intereses estos de tan inmensa cuantía, que no cabe denegar á la clase más numerosa del Estado el derecho á una representación directa; pero esta misma representación, graduada sobre otra base que

la de una presunta mayoría de antemano asegurada en virtud de la tiranía del número, vinculada á favor del proletariado, armado del poder de dominar á mansalva los votos de los poseedores de la riqueza, adquirida ó heredada, siendo así que tan fácilmente pueden ser empujadas las muchedumbres ignorantes y envidiosas por los que para explotarlas abusan de su credulidad.

Más que en ningún otro país, son de temer en España las represalias que contra las consecuencias de las aberraciones de nuestros pseudo-liberales, autores de las leyes de desamortización, pueden ser arrastradas á reivindicar las clases menesterosas, la parte aferente que evidentemente poseían en las rentas y regalías del clero, según lo tengo demostrado en varias de mis obras. La sociedad de nuestros padres, poco iniciada en las ciencias económicas, hacía de la *limosna* el precepto de su obligación respecto á las clases menesterosas, en favor de las que Mahoma en su Alkorán provee de una manera especial; precepto que reconocían al menos, si no lo practicaban, las corporaciones monásticas y el clero católico.

Las reformas llevadas á cabo por Mendizábal eran á todas luces indispensables; pero se ejecutaron pésimamente; y como el último sobreviviente de la escuela que inició y sostuvo el empleo de otros más fecundos y equitativos procedimientos de enajenación (cual lo era el de la data á censo enfitéutico redimible á los arrendadores del clero) de la propiedad eclesiástica, asísteme el derecho de señalar los inconvenientes que se han originado de no haber aplicado la doctrina iniciada por el sabio economista Flórez Estrada.

Si no se hubiese prescindido de la enseñanza de aquella escuela, de la que fuí órgano fiel cuanto desinteresado en la prensa, pues por difundir su dogma me expuse á la enemistad de los que habían sido mis compañeros en la emigración de 1823; de haberse aplicado—decía—el procedimiento que recomendábamos, el Estado poseería en la actualidad como *renta propia* el equivalente de lo que importan los arrendamientos de todas las tierras, fincas urbanas y censos que pertenecieron á manos

muertas y se enajenaron á papel por los decretos de Mendizábal.

Los terratenientes del clero, convertidos que hubiesen sido, según el sistema de Florez Estrada, en propietarios obligados á pagar al Estado como carga perpetua, si bien redimible, la misma renta que pagaban al clero como arrendamiento de sus tierras, habrían aliviado de otro tanto la contribución territorial que lo que importaba la renta de dichas tierras.

Además, las clases menesterosas, en cuyo interés el clero había sido enriquecido, tenían incuestionable derecho á que se las hubiese compensado dotándolas de instituciones tecnológicas costeadas por el Estado, y que habrían centuplicado las fuerzas productivas del trabajo agrícola como del trabajo industrial.

En su día fueron previstos y señalados los peligros á que para el porvenir exponía la indocta manera de haber procedido á la desamortización eclesiástica y civil. Treinta años hace que, efecto de una justa pero vehemente apreciación de la semilla de descontentos que se iba á sembrar, hubo un publicista contemporáneo que formó este terrible vaticinio:

«Gravísima imprevisión sería la de no ver un peligro, y tal »vez no muy lejano, en la trasformación de una sociedad cuya »propiedad colectiva y la de corporaciones civiles ha pasado »toda entera al dominio particular, á beneficio exclusivo de las »clases acomodadas, pues fué casi nominal é ilusorio en la prác»tica la facultad que se dió á todo el mundo para adquirir á »largos plazos bienes de desamortización, los que rarísima vez »podían ser disputados á los más ricos, á los más atrevidos, á »los especuladores de oficio, cuya asociación, las más veces »frustraba la competencia de los licitadores pobres.

»Y no siendo, por lo demás, admisible ni por un momento »que la sociedad futura, que sobre las ruinas de la antigua se »está edificando, sea una sociedad en la que no haya po»bres, en la que los proletarios no se encuentren en mayoría, »¿cuál será el sentimiento de éstos cuando en lo venidero sus »Gracos, que nunca faltan tribunos audaces ó patronos gene-

»rosos á las muchedumbres desheredadas, digan á los demó-»cratas del porvenir: *el Estado social que tenéis delante se formó »sobre la expropiación del patrimonio del pueblo; las tres quintas »partes del territorio de España pertenecían al dominio público »cuando salió de las manos de las clases privilegiadas y de las ad-»ministraciones locales y todo fué á parar á manos de los ricos; »nada os han dejado; ni un pedazo de tierra al que pueda aspirar, »como tradicionalmente le estaba asegurado, el infeliz jornalero.*

»La historia de ningún país ofrecerá á los futuros agitado-»res de la especie humana palanca tan poderosa como la que »encontrarán los malavenidos con la sociedad que actualmen-»te se edifica, en los sistemas y en los métodos aplicados á las »reformas económicas por el partido progresista, métodos que, »aunque en lontananza, encierran el temible germen de un so-»cialismo de peor género que el que ha amenazado y amenaza »á las demás sociedades cultas.»

Los peligros señalados entonces, si bien con extrema vehemencia, con íntima y honrada previsión, vinieron más tarde á ser comprobados por la subversión de todo principio de orden, que si bien sólo pasajeramente, por fortuna, prevaleció en algunas de nuestras provincias en 1873 cuando el grito aterrador de *¡reparto de tierras!* sonó en algunas comarcas, y sólo llegó á ser contenido por lo que de honrado y de noble hay en el fondo del carácter del pueblo español.

Pero la probabilidad de semejante peligro no ha desaparecido, y antes al contrario, empuja á ello el germen del espíritu socialista que trabaja á las naciones más cultas.

En la vecina Francia hemos presenciado en nuestros días que Cavagnac, caudillo popular y candidato á la presidencia de la República, tuvo que dar la batalla en las calles de París al desbordamiento socialista de los discípulos de Luis Blanc, y en los Estados Unidos se está dando ahora mismo el ejemplo de las pretensiones de un partido que se llama el *de los obreros*, en pugna abierta con las clases poseedoras; partido que reclama, entre otras cosas, el privilegio de la *locomoción gratuita* por los errocarriles para las clases obreras.

A la sombra del extemporáneo extra-liberalismo del antiguo tory, y ultra-conservador Mr. Gladstone, en el Norte de Escocia, el proletariado pide que las grandes propiedades territoriales sean repartidas por suertes á los braceros; y en Irlanda, al calor de idéntica escuela, los terratenientes reclaman como suyo el suelo que cultivan, sin haber de pagar renta alguna, ni á los actuales propietarios, ni en su caso tampoco al Estado, si éste llegase, según el primitivo proyecto de Mr. Gladstone, á expropiar, indemnizándolos, á los actuales propietarios.

En una de mis obras tengo dicho que el genio español no se distinguió nunca por grandes inventos en las regiones de lo ideal; pero que la índole de nuestro pueblo ha aplicado siempre con una vehemencia indecible los principios de interés social, cuando una vez llega á apropiárselos, cual lo depone la intransigencia religiosa de nuestros antepasados, nuestro esclusivismo como descubridores en el siglo XVI y la tendencia monopolista, que ha sido la causa principal de que hayamos perdido el dominio de las Américas.

Semejantes divergencias y antagonismos son los que hay que salvar en la legislación que establezca el sufragio universal. Para que los intereses legítimos del proletariado sean debidamente atendidos, no se necesita concederles el privilegio de que dispongan permanentemente de la mayoría por *jure propio*. Bastará que las clases jornaleras se hallen representadas por un número proporcional de delegados que hagan valer sus aspiraciones y sus derechos.

En Roma antigua, el proletariado votaba en la *curia* y daba determinado número de representantes á los comicios. La libertad política ha existido en Inglaterra en la forma más lata desde la caída de los Estuardos, y, sin embargo, el Parlamento, por efecto de los privilegios de que gozaban por antiguas *cartas pueblas* localidades que habían casi desaparecido unas y venido á menos otras, se hallaba en manos de los terratenientes poseedores del suelo en que aquellos lugares existieron; y esta clase de privilegiados, que formaban las localidades designadas con el nombre de *distritos podridos*, reclutaba la mayoría

de los Diputados al Parlamento. Mas para contrarrestar ó contener al menos aquellas abusivas influencias, bastaba la voz de la minoría de Diputados que representaban distritos cuya base electoral era amplia. Sobre 150 Diputados de esta última clase refrenaban el ascendiente de triple número de Diputados privilegiados.

Me he preocupado siempre tanto, no menos que de la extensión de la pureza del sufragio, que raro es aquel de mis escritos políticos que de una manera más ó menos directa no se haya ocupado del sufragio electoral y sus aplicaciones.

Al tratar, en mi opúsculo titulado *Historia de las elecciones*, de las que queda hecha mención, elecciones entre las que figuraban las verificadas en 1839 y 40 en lucha contra el influjo del cuartel general en unión con el partido progresista, y examinando en dicho opúsculo la manera como hubieran podido verificarse unas elecciones que bajo el régimen de la interinidad (1874) hubiesen dado por resultado la expresión legal de la voluntad de la mayoría de la nación, respecto á la clase de gobierno que debería suceder á la jefatura del Duque de la Torre, me expresaba en los términos siguientes:

«Hemos dejado de tratar un punto esencialísimo en el estudio que antecede, punto que envuelve una dificultad, que de no quedar satisfactoriamente resuelta, inutilizaría cuantas disposiciones se tomasen para abordar en términos convenientes la cuestión electoral.

»¿Con arreglo á qué ley debería procederse? ¿Ha de entenderse como vigente en todas sus partes, y sin necesidad de otras condiciones ni aclaraciones, el decreto de Noviembre de 1868, que establece el sufragio universal? Para resolverlo así, afirmativamente, habría que suponer que despreciamos la experiencia de lo que han puesto de manifiesto las diferentes elecciones que han tenido lugar desde aquel año. La aplicación inconsciente y servil del sufragio universal á la francesa, constituye un plagio que sólo puede explicar nuestro inveterado prurito de copiar á nuestros vecinos en todo y por todo, práctica que venimos pagando hace tiempo bastante cara. Y cuenta, que en materia de sufragio no me retrae de lo existente lo que el princi-

pio en sí mismo pueda tener de democrático, sino lo que tiene de absurdo. Nada me parece tan legítimo como conceder á un pueblo derechos que necesite, que pida y de los que sea apto para servirse. El día en que los jornaleros de Inglaterra han significado su deseo y dado pruebas de su aptitud para ser electores, la amplitud de franquicia popular ha sido justa y conveniente. Y jamás en ningún caso deben ser diferidas por el Estado franquicias que tengan por objeto la ampliación del derecho común. Pero saturar de prerrogativas que no pide á un pueblo atrasado en instrucción y falto de costumbres políticas, es proceder con imprevisión y sin discernimiento.

»No por esto propondremos que se deseche la base del sufragio, llevado á sus últimos racionales límites. Pero sí queremos que el sufragio universal se entienda á la española, y no á la francesa. El principio de este derecho, no es nuevo en España. Antes que nuestras antiguas instituciones nacionales, que nuestras franquicias populares hubiesen sido suprimidas por el absolutismo, la universalidad de los vecinos de cada pueblo gozaba del derecho de elegir sus concejales y alcaldes, derecho del que no se privaba á ningún español mayor de edad y que, no estando procesado, reuniese la calidad de ser *vecino de casa abierta*, esto es, fuese cabeza de familia, ó ciudadano con domicilio conocido. Los criados, los proletarios sin casa ni hogar ó viviendo bajo el techo del que les paga el jornal de que comen, no son seres en quienes pueda suponerse una opinión libre, y serán siempre votos dependientes de la voluntad ajena; y el conferirles una franquicia que no anhelan, equivale á dar á los revoltosos, cuando no á los ricos, la pluralidad de votos, provocar la corrupción electoral practicada desde los tiempos de Roma antigua hasta nuestros días. Los cortos ensayos que llevamos hechos del sufragio universal, dan á conocer lo que en punto á comprar votos y á acostumbrar al pueblo á vender los suyos, puede esperarse.

»No es de temer que lo mismo suceda concentrado el derecho de sufragio en los ciudadanos de casa abierta, en los cabezas de familia y en los trabajadores honrados que tienen hogar fijo y conocido. En las villas y lugares de España, entre la población rural, apenas hay jornalero que no llene dicha última condición; y, por consiguiente, respecto á la gran mayoría del pueblo, subsistirá sin alteración el

goce de la franquicia. En las grandes poblaciones, los que carecen de domicilio propio, de hogar doméstico que los clasifique entre los vecinos de casa abierta, pertenecen las más veces á la clase doméstica y de vagos, que nada se pierde con que dejen de ser electores.

»La cuestión es, por consiguiente, bien clara. Se está en el caso de regularizar el ejercicio del sufragio, no ya con ánimo de restringirlo por sistema, sino de ennoblecerlo, de hacerlo digno de los que son capaces de hacer uso de su derecho.

Poca importancia deberá darse á los clamores y protestas de los que reprueben la propuesta reforma. El país educado y contribuyente la desea, las clases trabajadoras verán realzada por ella su dignidad, y únicamente los agitadores, los cantonales, podrán echar de menos los auxiliares que pierden en la clase de mendigos, de parásitos y de vagos, que forman el ejército de los trastornadores de oficio.»

Aunque escritas hace doce años las observaciones que preceden, nada habrán perdido los lectores con que les haya citado, en apoyo de las dudas que al presente haya que resolver, á efecto de que tenga una aplicación el principio, que no rechazo, del sufragio universal. No ofrece el menor inconveniente hacerlo extensivo en la forma que dejo dicha hasta los mendigos, y por de contado á los domésticos, á quienes he considerado, en lo que dejo antes expuesto, como inhábiles para ejercer su derecho con independencia y discernimiento. Vote en buen hora todo ser humano que no se halle incapacitado por haber perdido ó hallarse suspenso en el goce del derecho común; pero vote en su sección, en su curia y según el procedimiento que sobradamente podrá formularse en términos convenientes, y vengan desde luégo á sentarse en las Cortes los delegados de la mayoría absoluta, cuya competencia, si bien he reconocido en los asuntos que interesan á la personalidad del proletario y del jornalero, en nada les atañe tratándose de las leyes que afectan la propiedad, el crédito, las ciencias, la marina, los diferentes ramos de la Administración pública, que en nada se rozan con lo que puede favorecer ó herir derechos personales de las clases proletarias; objeto que plenamente podrá llenar-

se limitado en proporción razonable al número de representantes del proletariado en las Cortes.

Tampoco estará de más reproducir en este resumen de mis múltiples contribuciones, en materia de elecciones, lo expuesto en mi último folleto sobre la materia, titulado *El cuerpo electoral.—Vicios de que adolece.—Su educación*, escrito dado á luz inmediatamente después de las elecciones generales de 1881:

«Para completar lo consignado sobre el espíritu y disposiciones del sistema electoral inglés, es esencial añadir que la formación y rectificación del registro en que se inscriben los nombres y domicilio de los electores no corra á cargo de los agentes del Gobierno ni del Municipio.

»El Tribunal Supremo de Justicia, que, hasta recientemente, se ha conocido con el histórico nombre del *Banco de la Reina*, nombra letrados encargados de trasladarse al punto cabeza de los referidos distritos los que proceden á la apertura en determinado plazo de los *Asises*, juicios orales y públicos en los que dan audiencia estos magistrados á los peticionarios, proveyendo sobre las reclamaciones y quejas á que han podido dar lugar los procedimientos, y terminan su cívica misión dando por finiquitadas las listas, en las que ya no es posible introducir alteración alguna.

»No es de ahora, decía, el que yo recomiende un sistema análogo. En los días que precedieron á la elección de las primeras Cortes del reinado de S. M. Don Alfonso XII, y cuando se estaba en la duda de por qué ley electoral se harían, sostuve, en mi opúsculo titulado *Principios constituyentes*, que la formación y rectificación de las listas se confiasen á magistrados cesantes, ó á letrados que debía nombrar nuestro Tribunal Supremo de Justicia, primera y respetada autoridad udicial de la nación.

»Debo anticiparme á refutar la superficial objeción que pudiera hacerse á la idea de exoluir al Gobierno de toda influencia directa en la confección y rectificación de las listas. De ninguna fuerza se priva á la Corona ni al Estado—en cuyas atribuciones reside la plenitud de poder que pone en sus manos el ejército, la Armada, la Hacienda, la Administración, los tribunales—por el hecho de atribuir á una au-

toridad independiente, y de origen tan puro como el que forma el arcópago de los magistrados de la nación, que él sea la autoridad independiente, de la que ha de proceder la base en que descanse la sinceridad del uso de derechos que no basta estén consignados en las leyes para que sean respetados, no siendo necesario sobre este punto deber añadir otra cosa más, sino que la legitimidad de un Gabinete constitucional necesita de la sanción de la opinión pública, y esta tiene que poseer una jurisdicción propia que garantice la legalidad de los que han de presentarse en las Córtes como sus mandatarios.

»Diez años ocupó á los ingleses conservadores y liberales *(torys y wighs)* la confección de listas que respondiesen á los intereses de cada uno de estos partidos. Instado Sir Roberto Peel por sus amigos los conservadores, cuyo jefe era, para que, utilizando las faltas que en la gestión de la cosa pública habían *incurrido los wighs*, diese la batalla electoral, de la que esperaban salir victoriosos, el prudente caudillo calmó la impaciencia de sus adictos diciéndoles: «Nuestro »proselitismo y nuestros trabajos para engrosar el número de los elec»tores, que vamos ganando, todavía no responde á lo que debemos esperar.»

»Obedeciéndole los *torys*, cedieron, continuando en el Parlamento su oposición de principios, dejando gobernar á sus adversarios hasta que, tres años después, y seguros de poseer la mayoría del cuerpo electoral, dijo Sir Roberto á sus amigos: *A la pelea.*

»Después de dejar expuestos los medios conducentes á poner las listas á cubierto de falsedades, todavía faltaría algo que hacer, tomando las precauciones necesarias para que las votaciones y escrutinios se hagan con legalidad. Tiempo hace que sobre esto tengo propuesta la manera más llana de obtener el apetecible resultado. Abandono al legislador y á los agentes oficiales la manera de componer las mesas electorales. Para que éstas no puedan falsificar la elección, daría plena seguridad el siguiente método: Diez días antes de darse principio á la votación, los que aspiren á presentarse como candidatos deberán hacer constar, ante el juez de primera instancia del distrito, que son aceptados en calidad de tales candidatos por cierto número de los electores del distrito, por la sexta ú octava parte del número de los inscritos.

»En el mero hecho de hacer constar dicha formalidad, los que la exhiban deberán ser reconocidos *como candidatos legales*, y constituída que se vea la mesa, y como quiera que ésta se componga, cada uno de dichos candidatos tendrá derecho á designar un elector de su confianza que, en clase de vigilante y de interventor, se coloque junto á la mesa, pudiendo reclamar la lectura de las papeletas cuando ésta se haga por el presidente ó los secretarios, debiendo, además, ser precepto de la ley que las protestas que estos interventores profieran se inserten íntegras en el acta, so pena de nulidad á su presentación ante el Congreso.

»Es tanto el lujo de impudentes amaños que han llegado á emplearse en España en materia de elecciones, que tal vez no basten las precauciones que indico; pues se ha llevado á tal extremo de perfección el descaro y la arbitrariedad de faltar á lo que la ley previene, que hace necesario adoptar antídotos de tan radical eficacia, que inutilicen las arterías de los partidos imperantes. En el ánimo de nadie podrá dejar duda que la sencillez y eficacia del sistema que recomiendo para la formación de las mesas es muy superior al complicado y curialesco sistema de los interventores, al menos en la forma que lo establece el título IV de la Ley electoral reformada, cuyos autores no es dudoso tuvieron á la vista mi libro titulado *Estudios Parlamentarios*, toda vez que de él tomaron gran parte de lo que en dicha obra propongo sobre el tribunal de Cortes; pero nada adoptaron relativamente al procedimiento á que acabo de referirme.

»Tomadas todas estas precauciones, que alejan la más remota probabilidad de ilegalidad y de fraude en la formación de las listas y en el escrutinio, resta lo más esencial. Para no inutilizar los efectos de lo que precede, sería absolutamente indispensable que, tanto los partidos como los candidatos, trabajen las listas desde que queden ultimadas hasta que llegue el día de la elección. A este efecto, cada partido ó candidato debería tener designados sus respectivos agentes electorales encargados de recorrer periódicamente el distrito, de visitar á domicilio á los electores, cuidando de moralizarlos, instruyéndolos acerca de sus intereses y de los de la cosa pública, y de los propósitos del partido que representan, manteniendo así un espíritu de propaganda propio á moralizar el cuerpo electoral, ilustrando

su conciencia y completando en ellos la educación de buenos ciudadanos.

»De trabajo análogo al que dije cuidan en Inglaterra los individuos que se dedican á la profesión de agentes electorales, oficio lucrativo y que en aquel país corre parejas con los de Abogado, Notario y Procurador. Cada aspirante á la diputación escoge su agente electoral, á cuyo cargo corre visitar, catequizar, manteniendo adicta la clientela de su comitente, el que no necesita ocuparse de los que han de votarlo de otra manera que entendiéndose con su delegado, salvo, llegados que sean los días de elecciones, presentarse en su distrito, dar mucho apretón de manos, abrir crédito en las tabernas á los electores, y el día de la apertura de las urnas hacer sus discursos de ordenanza.

»El método es puramente inglés, y no lo considero del todo aplicable á nuestra España. No se hallan, por lo general, nuestros aspirantes á Diputados en situación de destinar cuarenta ó cincuenta mil reales anuales, honorario mínimo de un agente de notoriedad é influjo, que además cobra derechos y gastos sin tasa. Semejante lujo no nos lo podríamos permitir en España, individualmente al menos; pero si se llevase á cabo la formación del gran Comité electoral, del que me he ocupado, y necesariamente compuesto de delegados de los diferentes partidos, todos ellos podrían tener sus agentes especiales en cada provincia, que desempeñase á la vez el papel de Letrado y de Espolique de los electores de su grey, por cuyo medio se lograría mantener la necesaria regular comunicación entre los representados y el representante.

»Por procedimientos de esta clase se conseguiría el grande objeto de derribar por su pie las *elecciones mentira*, debiendo considerar como tales las que pudiesen ser producto de torpes manejos ó de una vituperable presión oficial, en cuyo caso se encuentran todos los *centros de pandillaje* habidos y por haber.

»Los hombres llamados á organizar esta cruzada de moralidad y de público interés empezarán siendo una minoría que, por su notoriedad, por los servicios que sus hombres hayan prestado al Estado, por su posición social, posean elementos propios para presentarse ante el cuerpo electoral. Pero si los buenos y los sanos acaban por

entenderse, el reinado de los explotadores y de los intrigantes será de muy corta duración; y á este propósito, séame permitido reproducir lo que se lee en la página 49 de mi libro titulado: *De la organización de los partidos:*

«En la lucha que existe sobre la tierra entre lo malo y lo bueno, »y que constituyen la doble y encontrada naturaleza del hombre, no »se distingue lo bastante la facilidad con que el mal podría ser ven»cido si los elementos de lo bueno operasen sobre la sociedad con »eficacia, cohesión y concierto; pues si es de todo punto evidente que »la virtud sola, aislada y sin ayuda, ejerce menos imperio que las »malas pasiones y el vicio, los que, halagando directamente los ape»titos y el egoismo, se apoderan del hombre con mayor facilidad, »que encuentra la virtud en hacer aceptar los sacrificios que impone, »todo lo contarrio sucedería si los buenos, si los probos, si los bien intencionados se unieran, si las naturalezas nobles y elevadas acaba»sen de comprender que su influjo sería irresistible, formando entre »sí la alianza estrecha que bastaría para asegurarles un ascendiente »superior. Aislado y reducido á sus fuerzas el censor importuno, »objeto de prevención y de saña de parte de los censurados, ni aun »tiempo le queda á veces para buscar la simpatía de los buenos, quie»nes, con frecuencia, abandonan á su amigo y á su defensor.

»Mas si entre los que hacen profesión de la vida pública, los hom»bres rectos, ilustrados, generosos, amigos de sus semejantes, sensi»bles al sentimiento de lo bueno, se uniesen para formar una asocia»ción bienhechora ;si combinasen sus influencias y sus esfuerzos, lo»grarían reunidos, y sin gran trabajo, lo que se afanan estérilmente »por conseguir solos, ó renunciar á proseguir retraídos por la dificul»tad de la empresa.

»Tal vez la flaca organización del hombre lo dispone, en primer »término, á dar oidos á las malas pasiones; pero buscado, excitado »en lo que su condición encierra de bueno, removidos sus instintos »nobles y repetido con constancia este llamamiento, la semilla que »la mano del Criador depositó en el alma de la criatura, fructifica y »se despierta; y considerado en general y como especie, ya que no »individualmente, el hombre responde á aquel llamamiento y da la »preferencia á lo bueno sobre lo malo, á la virtud sobre el vicio, á lo

»bello sobre lo informe, á lo esforzado, simpático y noble, sobre lo »menguado, egoista y pequeño.»

»Si el país presta oído á nuestra voz amiga, cuya sinceridad garantiza sesenta años de consecuencia de principios y de un desinterés que no ha tenido muchos imitadores, los amantes del *Gobierno representativo verdad* podrían abrigar la confianza de que la era de los cuneros llegase á su término, y aun cabe afirmar que habrán entrado en capilla desde el día mismo en que estuviese constituída la Junta electoral permanente de que vengo hablando.

»Tan completa es la confianza que debe inspirar la bondad del pensamiento, y tanto repugna á la conciencia pública ver falseada la representación del país por los *hongos ministeriales* que en tiempo de elecciones generales brotan de la tierra para venir á engrosar los bancos de la domesticidad ministerial, que aunque no llegase á formarse el Centro electoral, ni se reformase la Ley, ni se prescindiese de la intervención gubernativa en las elecciones, ni se corrigiesen los vicios capitales de que adolece el actual método relativo á las listas, y á pesar también de que la indiferencia de la opinión dejase sin eco las protestas de los hombres honrados, no habría que desesperar del remedio, siempre que no renunciasen á llenar la más noble de las misiones á que pueden ser llamados los que componen el corto número de dignísimos ciudadanos que se hallan en posesión de venir á las Cortes sin el apoyo y aun contra la voluntad de los Ministros. Pocos son, en verdad, pero bastaría su número para provocar una clasificación que sería de efecto casi infalible, atendidas las conocidas condiciones del carácter nacional.

»Todo el que ha presentado al Congreso su acta electoral, una vez que, aprobada ésta, ha jurado y tomado asiento, adquiere el carácter de Diputado de la nación, y lo es para todos los efectos legales.

»En el mismo caso se hallaban en Inglaterra, antes de 1832, los Diputados que aparecían como electos por *Old Sarum* y otros nominales distritos, cuyo cuerpo electoral no pasaba de la media docena de criados ó de dependientes del poseedor del torreón ó del recinto de lo que fué pueblo y se había convertido en fábrica, corral ó casa de labor.

»Pero los *borough monguers* (mercaderes de distritos), como se lla-

maban los que eran dueños de asientos en el Parlamento, según la vetusta ley, tenían la habilidad y el pudor de no vender ó regalar los codiciados puestos sino á jóvenes de la aristocracia ó del comercio, entre los de mayores conocimientos y más brillante educación, lo que, naturalmente, realzaba la investidura que supieron enaltecer hombres tan distinguidos como *Sheridan*, *Fox*, *Pitt* y *Burke*. Los cuneros ingleses que no se recomendaban por sí mismos ó no lograban hacerse lugar en la Cámara, tenían la modestia de eclipsarse y de votar silenciosamente, no interviniendo en las cuestiones de empeño. Si alguno de ellos, sacando los pies del plato, se permitía subirse á mayores, solía oir que su representación era *ficticia*, que eran un aborto de la ley y un escándalo público, arrogancia que solían, hasta con altanería, lanzarles los Diputados de los condados nombrados por un cuerpo electoral numeroso, en cuyo caso también se encontraban Londres, Liverpool y otras localidades, en las que el vecindario entero y hasta los mendigos gozaban de la franquicia electoral.

»Lugar análogo al de la minoría de la antigua Cámara de los Comunes ocupan, frente á los señores cuneros, en primer término, la docena ó docena y media de afortunados sujetos que gozan del inestimable privilegio de sentarse en el Congreso sin necesidad de impetrar la licencia de los señores Ministros, y casi en el mismo caso se encuentran los Diputados que no han necesitado de que el Gobernador de la provincia los haya ayudado á triunfar.

»En la posición más ó menos ventajosa ocupada por los Diputados de las dos indicadas categorías, á su alcance estaría llenar un envidiable deber que acrecentaría sus títulos á la confianza pública. Bastaríales, al efecto, que mantuviesen un ojo vigilante y algún tanto desdeñoso hacia los que han debido exclusivamente su elección á la abierta y desnuda protección de los Ministros. En buen hora que voten y asistan á las sesiones los señores cuneros; que concurran á Palacio y á los salones á la moda, haciendo gala de su investidura. Nada más inocente; pero cuando, por su número ó su valer personal, tratasen de superponerse á la minoría independiente, los individuos de ésta estarían en su derecho recordando á sus engallados colegas que, si en realidad eran, políticamente hablando, Diputados de la nación, lo que moralmente representaban era al Gobierno, al que ex-

clusivamense debían su elección. Semejante amonestación, hecha dignamente y á tiempo, bastaría para refrenar la bienandanza cunera, y también, y este sería seguramente su resultado el más importante, produciría sobre el ánimo de los hombres delicados y pundonorosos el retraimiento á formar comparsa, á un indigno juego de cubiletes, haciéndose cómplices y apadrinadores de los atropellos y palpables violencias que han hecho perder á la elección de diputados á Cortes el carácter de verdad y de civismo de que gozaba la investidura popular en aquellos días, ya bastante lejos de nosotros, en los que los Ministros procedían de las Cortes, en vez de ser éstos quienes las fabrican á su imagen y semejanza.»

Aunque creo dejar dicho cuanto concerniente al sufragio universal cabe tomar en cuenta para la formación de un criterio nacional que no hiera los derechos de las generaciones contemporáneas ni ahogue las aspiraciones de las venideras, hállase cuanto concierne al sufragio tan íntimamente ligado al candente problema de *la forma de gobierno*, que cúmpleme añadir algunas palabras respecto á la prevención con que pudieran mirar aquellos de mis estimables y muy queridos amigos que militan en las diferentes fracciones del partido republicano, considerándome como adversario de las libertades que aquel régimen comparta, libertades que, habiendo sido objeto del estudio de mi vida entera, cúmpleme demostrar que, lejos de rechazar semejantes franquicias, siempre las hice entrar dentro del régimen representativo bajo su forma tradicionalmente histórica.

Al ser promulgada la legalidad común que para los dos partidos, el moderado y el progresista, establecía la Constitución de 1837, dí yo á luz el programa bajo el cual consideraba debería quedar asentada la organización política de las leyes de interés social.

Sólo trascribiré algunas de las bases de aquel program: que suficientemente dan á conocer su espíritu y los fines á q conducían:

«1.ª *base.* La Constitución de 1837, debía ser adoptada como cimiento y punto de partida de todos los futuros adelantos y mejoras.

»2.ª Inculcar en nuestro derecho público el principio de que la inteligencia del dogma de la *Soberanía del pueblo* no puede entenderse en la práctica de otra manera que como la expresión de la supremacía de los poderes públicos constituídos, ó sea de la supremacía parlamentaria.

»4.ª Considerar al Gobierno como la expresión de la autoridad pública, y robustecer el Trono, como centro de unidad y primer representante de los intereses de la Nación.

»5.ª La acción del poder Real ha de ejercerse por medio de los Ministros, como representantes de la mayoría parlamentaria, y en tal concepto como delegados amovibles de la opinión.

»6.ª La acción política debe residir toda entera en los grandes poderes del Estado, esto es, en la Corona y en las Cortes.

»7.ª Las provincias deberán tener una amplia intervención en sus negocios económicos y en los municipales, de manera que la acción fiscal de los agentes de la autoridad central no entorpezca los esfuerzos ni la inteligencia de los intereses locales, al paso que el espíritu de provincialismo quede sin fuerza y sin poder para embarazar la acción política del Gobierno nacional.

»8.ª Deslindar las atribuciones de la autoridad espiritual y temporal, para que, sin entorpecerse, mútuamente se ayuden. La consecuencia de este principio terminará la influencia política del Derecho canónico, considerado como ley civil; preparará el futuro y progresivo establecimiento de la *tolerancia religiosa,* y al mismo tiempo protejerá al clero y á la Iglesia contra los ataques de que pueden ser objeto.»

Estas bases fueron tácitamente aceptadas por el partido conservador, y con arreglo á ellas gobernaron el Gabinete Ofalia, el de Pérez de Castro en su segundo período (posterior al convenio de Vergara) y el corto Gabinete que presidió el Duque de Frías; y hasta el advenimiento á la jefatura del partido conservador del General Narváez, no hubo retroceso en aquellas doctrinas, que continuaron siendo las que han carac-

terizado mis convicciones y mis trabajos en favor de la Monarquía constitucional; y en el núm. 394 de esta misma REVISTA se halla inserto un artículo que claramente explica la doctrina del poder constituyente dentro de la Monarquía constitucional y la legalidad de los partidos dentro del régimen de la misma.

Hay más; en un escrito titulado la *Monarquía y la República*, dado por mí á luz en los días que precedieron al cambio de Gabinete efectuado en Febrero de 1881, renové la invitación que años antes había dirigido á mi querido amigo D. Nicolás María Rivero para que discutiésemos ante el público, dentro de las condiciones de la historia y de la ciencia, la tesis de si la Monarquía constitucional, tal cual yo la entendía y la continúo explicando, funcionando por el intermedio de Ministros aceptos á las Cámaras representativas, juntamente con las indispensables garantías de prensa libre y de tribunales independientes, ofrecía ó no superiores franquicias á las que en favor de la libertad política residen bajo el régimen de las presidencias electivas:

«La caída en 1814 del primer Imperio en Francia—decía yo en el estudio á que me refiero—inauguró en el Continente europeo la era de los Gobiernos constitucionales. La escuela de los Mouniers, de los Lallys-Tollendal y de los Lamethets, arrollada por la democracia de los girondinos y de sus rivales de la montaña, revivió á impulso de los Royer Collard, de Guizot y de los doctrinarios, los que, impotentes para contrarrestar las corrientes movidas por los legitimistas y los emigrados vueltos con los Reyes restaurados, fueron reemplazados por la escuela francamente liberal, que, vencedora en Julio de 1830, prometía ser la verdadera fundadora del régimen parlamentario, del Gobierno *del país por el país*, al que quiso dar fórmula definitiva el célebre aforismo de Thiers, reasumido en la frase *le Roi regne, ne gouverne pas* (el Rey reina, pero no gobierna).

»El hombre que hubiera sido capaz de aclimatar en Francia aquel sistema, más inglés que continental, Casimiro Pereier, no vivió lo bastante para haber logrado arraigar en su patria el gobierno de la clase media, la que, en el ideal de aquel enér-

gico estadista, estaba llamada á realizar la provechosa alianza de los intereses conservadores y de las genuinas condiciones de la libertad.

»Pero desembarazado que se vió Luis Felipe de la tutela de Casimiro Pereier, apoyóse en los resíduos del doctrinarismo y en las flaquezas cortesanas de Molé, de Guizot y de los estadistas del sistema que recibió el nombre del *justo medio*, el que acabó por dar rienda suelta al gobierno personal del Rey, antítesis del sistema de Pereier, sistema éste que más tarde pugnó Thiers por hacer que prevaleciese, lucha en la que la Corte y sus partidarios acabaron de impopularizarse, y con ellos el experimento de gobierno representativo conservador y liberal, que la Monarquía de Julio tenía misión de hacer prosperar, pero que estuvo tan lejos de haber realizado, que el régimen de los Orleans sucumbió, dejando en la opinión la desconfianza y la duda acerca de la eficacia y virtud del sistema parlamentario.

»Conmoviéronse profundamente las naciones del Continente á la caída de la Monarquía de Julio; un cataclismo general hizo bambolear los tronos, crisis de la que sólo lograron conjurar sus inmediatos efectos, si bien á impulso de causas diferentes, Rusia, Inglaterra, Bélgica y España.

«El descrédito en que cayeron las revoluciones brotadas al calor de la de Francia de 1848, condujo á la desaparición de las democracias que efímeramente habían vencido en Italia, en Prusia, en Austria y en Hungría; y al triunfo de la autoridad hereditaria en aquellos Estados acompañó, sirviéndoles de secuela, el golpe de Estado de Napoleón Bonaparte, que de Presidente electo de la segunda República francesa, se hizo proclamar Emperador.

»Todos estos sucesos, que no cedían seguramente en crédito de los Gobiernos constitucionales de índole ecléctica, suscitaron dudas sobre la bondad y eficacia de las fórmulas francesas, de las que habíamos sido en España exagerados imitadores, y dieron lugar á las reformas en sentido restrictivo ensayadas por Bravo Murillo, puestas por obra por Narváez y por González Brabo.

»Mas no obstante las bajas que en la opinión experimentó el crédito del parlamentarismo, no resultaron aquellas bajas en provecho de la escuela autoritaria. La derrota en 1848 de la revolución en Italia y en Alemania, no impidió, y antes al contrario, que el Piamonte, Prusia, la Confederación germánica y hasta la misma Austria acabaran por hacer amplias concesiones á sus pueblos, y dos años después del cataclismo del referido año viéronse aquellos Estados regidos por Constituciones escritas y en posesión de Asambleas representativas. Mas no bastaron aquellas concesiones para hacer retroceder el genio de la democracia. El prestigio perdido por el eclecticismo no aprovechó á la escuela intermediaria, semimonárquica y semiliberal. Las conquistas que de 1814 á 1830 había hecho aquella escuela tomaron otro sesgo, y la germinación de ideas y las aspiraciones progresivas han ido educando á las nuevas generaciones no ya, como antes, en el culto de la institución monárquico-constitucional, sino en el de la República. Así es que vemos que las oposiciones que tuvo enfrente el segundo Imperio fueron de este último color, sin que lograsen despertar simpatías las reminiscencias de los Orleans.»

En medio de aquel lento, pero significativo movimiento de ideas y de aspiraciones, los hombres pensadores han debido preocuparse de los problemas de interés social, y animados por el amor hacia sus semejantes, debieron meditar sobre los destinos que en eventualidades más ó menos cercanas, sin dejar de ser probables, podrían caber á la patria amada; y dentro de la órbita de una prudente y madura cogitación, los han conducido á asentar dos consecuencias certeras: la primera, la de que los pueblos de Europa y del mundo no podrán sustraerse al imperio de las ideas generales, de los hechos sociales que llegasen á prevalecer y á echar raíces en las demás naciones; siendo la segunda deducción que semejantes aplicaciones tendrán que verse esencialmente modificadas por las costumbres y aptitudes peculiares á cada pueblo.

Síguese de esta doctrina que, aun suponiendo la universal adopción de las instituciones representativas las más latas, no

es forzoso que funcionen éstas del mismo modo en todos los países, como es fácil concebir acaecerá, por ejemplo, en Inglaterra, nación que podrá muy bien continuar siendo Monarquía constitucional, aun cuando todo el Continente se viese regido por instituciones republicanas.

«La previsión de un porvenir de esta especie, afectó mi ánimo en la época á la que acabo de referirme, y preocupado del estudio de tan importante problema, deduje las siguientes conclusiones:

«1.ª Que la libertad no se entiende ni se aclimata sino en los pueblos que han adquirido cierta educación política, con la práctica y al calor de instituciones municipales y provinciales hermanadas con las costumbres y tradiciones del país.

«2.ª Que la teoría del Monarca hereditario é irresponsable ofrece á la libertad garantías superiores á las que residen en un Presidente de elección popular, como lo tiene acreditado el hecho de que en los Estados Unidos el Presidente general Jackson, y Mr. Andrew Johnson, tuvieron un criterio que se impuso al de las Cámaras. Todo publicista imparcial convendrá en que, excepto en punto á oropel y pompa exterior, el poder del Presidente de los Estados Unidos supera al de la Reina Victoria.

«3.ª Que la mejor y más breve preparación que puede tener un país para el goce de las instituciones representativas, se adquiere bajo un régimen que ponga á los ciudadanos en posesión de determinados, pero bien definidos y respetados derechos, acompañado de las garantías necesarias para sostenerlos y acrecentarlos ante un gobierno fuerte.

»Ahora bien; tales condiciones son perfectamente asequibles bajo una Monarquía constitucional, institución secular en España y cuyo ascendiente nada prueba de una manera tan incontestable como el incremento que las tres guerras civiles que nos han afligido en el presente siglo adquirieron bajo la bandera de desacreditados pretendientes.

»No es de ahora la opinión que emito; lo produje en 1857, en el más brillante período de la inoculación en España de la doc-

trina democrática, período inaugurado, como dejo antes dicho, bajo la inolvidable y enérgica pluma del Sr. D. Nicolás María Rivero, fundador de la democracia militante.

»Aceptado por aquel hombre insigne el certamen á que yo le invitaba, insertó *La Discusión* mi primer artículo, que nunca fué contestado, silencio que no atribuí, de parte de los brillantísimos redactores de aquel notable periódico, á otra causa que al justificado temor de los rigores de la Ley de imprenta entonces vigente, y á la que el público dió el nombre del Ministro que regía la cartera de Gobernación.

»Mas de todos modos, no debe quedar olvidado que el campeón de la Monarquía constitucional, la cual, sea dicho de paso, no ha tenido entre nosotros época en la que haya gozado de mayor ascendiente moral que el de que gozó en los años trascurridos de 1835 á 1846, cuando mi enseñanza era mirada como un evangelio por los conservadores; el iniciador, decía de la tesis propuesta en su día á *La Discusión*, ha renovado en tiempos posteriores el ofrecimiento de sostenerla con los que aceptasen el debate exclusivamente en el terreno de la ciencia y de la historia, sin valerse en ningún caso de arranques de pasión ni de argumentos de partido.

»Y como no es un estímulo de esta clase lo que me mueve á consignar que durante años ha estado abierto el certamen para los que se hubiesen sentido inclinados á entrar en él, debo, en justificación de la sinceridad de mis convicciones, dejar asentado, ahora que ventilo, por decirlo así, la causa de las dos instituciones, que mi preferencia por la forma constitucional hereditaria nunca fué hija de un sentimiento de *fetiquismo*. Creí ver para mi patria mayores azares y peligros en la movilidad de apasionadas luchas presidenciales, que siempre degeneran en personales en las regiones del Mediodía, que en los temores que podía inspirar lo eventual del carácter de los Príncipes reinantes, quienes, no teniendo nada que recelar en su elevada posición de Monarcas irresponsables, necesariamente han de ser respetados y queridos con sólo que ejerzan atinadamente y con prudencia las atribuciones del poder moderador.

»Sobre este tema, y estudiando la esencia misma de los Gobiernos representativos, he considerado perfectamente adaptable para España una forma constitutiva que, participando de la grandeza de la Monarquía británica, de la indígena tradición española y de la lozanía del espíritu moderno, nos diese, por jefes hereditarios, Reyes comparables á los jueces del pueblo de Israel, á los caudillos de la Reconquista y á los populares Monarcas de Aragón.

»Semejantes condiciones, hermanadas con leyes que en punto á libertades y franquicias no coloquen á los españoles en situación inferior á la de que gozan los ingleses, los belgas, los alemanes y demás pueblos cultos de Europa, la he considerado como un estado de cosas preferible al que nos dió la federal, y al que mucho es de temer pueda todavía verse expuesto el pueblo francés.»

»Quede, pues, bien entendido que la Monarquía constitucional, puesta en parangón con la institución por la que en 1857 pugnaba el Sr. D. Nicolás María Rivero, sin que debiera ser precisamente la Monarquía radical de D. Amadeo, á quien se puso en situación del todo punto insostenible, no es tampoco la Monarquía acariciada por aquella clase de conservadores que por dos veces, en 1854 y 1868, echaron el trono á rodar.

»Mis convicciones no se han alterado. Deseo la estabilidad de la institución por la que siempre he abogado, dentro de condiciones dadas. Si éstas no se reconociesen, si no se observasen, sería perfectamente explicable que perdiese á mis ojos su fuerza y virtud la causa de mi predilección; y si jamás mi juicio llegase á inclinarse (todavía no lo está), no ya á preferir que la democracia llevase lo mejor de la lucha empeñada en el palenque donde se debaten los destinos de la humanidad, sino simplemente á reconocer que el veredicto se inclinase hacia aquélla, no aceptaría en la contienda otro papel que el de testigo, de observador de á qué lado de la balanza se inclinase el *alubión* de las nuevas generaciones.»

Serviríame de pena lo inútil que habrían sido mis esfuerzos para el sostenimiento de un ideal acariciado con lealtad é in-

cuestionable desinterés, y en el que no he cesado de hermanar los fueros de la institución hereditaria con los imperecederos derechos de la nación; pena que no podría menos de acrecentar en mí el que llegase á prevalecer la creación de una sociedad egoista y envidiosa, en vez de la sociedad fraternal, indígena y cristiana, por la que abogue con sincera y perseverante fe. Si los pueblos en su día llegasen á extraviarse, convirtiéndose en instrumentos del mal, la culpa será en gran parte obra de los reformadores de nuestros días.

Y completando ahora en lo posible nuestro estudio sobre el paralelo entre las dos clases de instituciones que preocupan el ánimo de las generaciones contemporáneas, apuntaré que se descubren tres grandes grupos, que parecen destinados á ofrecer experimentos de grande influjo en los ulteriores procedimientos del movimiento social.

«En la región del Norte de Europa, algo significativo apunta por parte del innato comunismo municipal latente en las entrañas del pueblo ruso; no siendo tampoco dudoso que las nacionalidades que formaron el periclitante imperio otomano tienden á formar una confederación de razas, que propende á adquirir su desarrollo, ya que no bajo la tutela moscovita ó bajo el protectorado germánico, en combinación con elementos magyares é italianos.

»No parecen aptos seguramente aquellos pueblos para nada que se asemeje á la Confederación de la América del Norte; pero no es tampoco inverosímil que, á no caer bajo el predominio ruso, lleguen á formar una unidad compacta.

»Entre Austria-Hungría y el Imperio germánico, algo prepara el porvenir de gran trascendencia para la suerte del extremo Oriente; y si, como es de presumir, Alemania acaba por completarse y constituye en el centro de Europa la potente homogeneidad á que parece llamada, mucho deberá la paz del mundo á la poderosa aptitud de la familia germánica, organizada en virtud de sus tradiciones y de su autonomía.

»Si á este venidero desarrollo acompaña la consolidación de la nacionalidad italiana, la constitución territorial de Europa

veríase necesariamente afectada por el desenlace que aguarda en Francia al latente dualismo entre los partidarios de la Monarquía y el definitivo planteamiento y consolidación de la República.

»En un porvenir más lejano, el destino final de Bélgica, de Holanda y de las razas escandinavas, dependerá en gran parte de la situación que quepa á Alemania, á Francia y á Inglaterra, llegado que sea el apetecido día del desarme general, que no podrá menos de seguir al desenlace de las aspiraciones germánicas y slavas con relación á la distribución territorial de lo que fué el Imperio muslímico.

»La Gran Bretaña ha trasladado á Asia la parte más esencial de su poderío, ¡y quién sabe si la Europa habrá encontrado su asiento cuando todavía esté pendiente el dualismo que ha de tener por campo de batalla las regiones del Indostán?

»De todas las eventualidades cuyo cuadro dejo rápidamente trazado, la que más influjo ha de ejercer sobre los destinos de España, lo será sin duda la suerte que en punto á instituciones alcance á nuestra vecina la Francia. Si en ella debiese retoñar la Monarquía, su ejemplo y su alianza no serían estériles para el ulterior andamento de nuestra política interior. Pocos esfuerzos tendría que hacer la Monarquía hispánica para mantenerse en situación respetada y fuerte.

»Mas si otro debiera ser el *ultimatum* de la sociedad francesa; si en ella se consolida la República, cimentándola en bases de orden, de prosperidad y de reposo, el ejemplo sería contagioso, y nuestra Monarquía tendría que ocuparse sériamente del restablecimiento de su prestigio, haciéndose tan completamente popular y aceptable, que nada tuviesen que echar de menos los adeptos al dogma republicano en lo que las franquicias de éste tienen de legítimo y de razonable.

»La tarea no podrá menos de ser grave; pero se presentará poco menos que ineludible la necesidad de pensar con tiempo en las eventualidades del porvenir, á cuyo propósito de suyo se reproduce el problema antes iniciado, el del paralelo entre las garantías que á la libertad política ofrece la Monarquía

constitucional, puesta en parangón con lo que la historia antigua y moderna nos ha legado acerca de las democracias griega, romana y de la Edad Media.

»La demostración de la tesis no es cuestión de teoría; sobre este punto dejamos anteriormente expuesto cuanto conduce á su exclarecimiento; lo que se halla sujeto á la piedra de toque de la experiencia, es lo que cumple evidenciar á los que participan de nuestras creencias.

»Pueril sería abandonar el cuidado de esta demostración á los que profesan una opinión contraria y todo lo esperan del advenimiento de la democracia en su forma la más lata.

»Lo más que á los republicanos puede pedirse, es que no se precipiten, que reciban lo que pueda serles otorgado, y si ello satisfaciese ideales legítimos, que no se empeñen en privar á las opiniones contrarias á las suyas de usos y de procedimientos todavía simpáticos para parte muy numerosa del pueblo español.

»El dilema es materia de transacción, de acomodamiento, de buena fe, respecto á no negar al prójimo lo que para uno mismo es buscado.

»Como creo haberlo demostrado, la tarea requiere tiempo, devoción y perseverancia, y lo que resta que examinar y decidir á los que han de emprenderla, es si los bienes que son de esperar, de llevar el trabajo á cabo, superan á los inconvenientes de permanecer ociosos, dejando que lo imprevisto y azaroso se sobreponga á lo meditado y emprendido con buen consejo.

»Todo habrá de depender de que un impulso saludable se apodere de los espíritus, de que se reproduzca uno de aquellos fenómenos de que abunda nuestra historia contemporánea. En 1820 bastaron algunos años de oculta y silenciosa propaganda filosófica para derribar el fiero despotismo de los serviles vencedores de 1814. El renacimiento del espíritu liberal, que en 1835 engendró al partido progresista, fué obra de pocos meses, y á medios conocidos y fáciles de operar se debió la existencia de la *Unión liberal*, y más recientemente el fugaz desarrollo del radicalismo en 1871 y 72.

»No son, pues, métodos los que faltan para acometer la empresa de hacer populares y estables las instituciones vigentes, tomadas como punto de partida para ulteriores y provechosos desarrollos.

»Mas, ¿se emprenderá la obra salvadora, ó veráse ahogada por el retraimiento, por el marasmo, por la esteril agitación que se ha apoderado de los ánimos de los unos, por el febril ardor que á otros empuja?

»La necesidad de acometer la empresa es universalmente sentida, y por más que se retarde, como jamás deja de producirse lo que está en la naturaleza de las cosas, la reacción del espíritu público no podrá menos de sorprendernos desventajosamente, si se deja que sea efecto del despecho y de la pasión lo que corresponde fuese sólo hijo del patriotismo y de la reflexión.»

Algo y mejor será decir, bastante habría que esperar de la fisonomía de aplacamiento y templanza que ha reflejado el reciente debate político en el Congreso.

La actitud tomada por los partidos contendientes, si continúan inspirándose en saludables corrientes, podrá ser seguida por nuevos adelantos en los senderos de la amortización de las pasiones y de una mayor disposición, á efecto de acabar por hacernos todos solidarios de una legalidad común.

La Reina Regente ha adquirido generales simpatías, brotadas á impulso de su generosa iniciativa de templanza y de lenidad respecto á los jefes de la última rebelión militar, sentimiento que naturalmente se sobrepone á las no desautorizadas censuras, hijas de la vindicta pública, en desagravio de la severidad de la disciplina.

Las declaraciones que acaba de hacer en el Congreso el señor Cánovas del Castillo han sido tan dignas, que han parecido irreprochables hasta á sus mismos adversarios políticos.

Las pronunciadas por el Sr. Castelar han sido tan patrióticas como para muchos inesperadas.

Las agrupaciones republicanas que no siguen las enseñas del Sr. Ruiz Zorrilla y del Sr. Pí y Margall, ganarían mucho

para sus propios intereses inspirándose en procedimientos análogos á los formulados por los Sres. Salmerón, Azcárate y demás republicanos, que sin renunciar á sus convicciones, no se muestran enteramente distantes de respetar las opiniones ajenas, adversos á imponer las propias á los que no piensen como ellos.

Relativamente á la situación que actualmente ocupan los partidos liberales que todavía forman campos adictos á la Monarquía hereditaria, sólo me aventuraré á decir que las diferencias de apreciación que los tienen separados unos de otros los debilitan y estrechan y dificultan el terreno que todos y cada uno de ellos necesita para gobernar, y que su porvenir y su perspectiva de poder pierde y se debilita teniendo que luchar con sus afines al mismo tiempo que con sus adversarios.

Mas semejante concierto sólo podrá ser asequible y provechoso á condición de que las dificultades que pueden dividir á ramas de una misma familia, respecto á principios y á procedimientos, llene las condiciones de una inteligencia que no cueste sacrificios al dogma ni á la dignidad de aquellos que siguen diversos derroteros.

La doctrina que en este punto profeso no es nueva. Al ser levantada por el lamentado é inolvidable Duque de la Torre la bandera de Biarritz, preocupóme profundamente el riesgo de que, lejos de restañarse, se profundizara la división que ya reinaba entre los inauguradores del gran cambio experimentado en España en 1869; cambio que, sin violencia, ha conducido á una Restauración que no se parece á ninguna de aquellas que la historia nos presenta, pues ni se manchó con venganzas ni cerró el camino de futuros adelantos.

Perseverando en mi costumbre de analizar las dificultades de las grandes crisis que el régimen constitucional ha experimentado en el presente siglo, dí á luz en 1884 el opúsculo, titulado *La Constitución de* 1869 *y la de* 1876, estudio en el que exponía los oportunos medios de conciliar la coexistencia y amalgamación de los principios que ambas informaban, dando por resumen de mis conclusiones *que no hubiese vencedores ni*

*vencidos* y que la solución de aquella grave crisis terminase sin sacrificios y en concordia, evitando, cual lo indicaba, los medios de efectuarlo, merced á estipulaciones que salvasen el escollo de abrir un nuevo período constituyente.

Los términos de la común inteligencia podrán haber variado, pero el abismo que había que salvar es siempre el mismo. Sin concesiones que á nadie rebajen, podrá siempre conseguirse idéntico fin, salvando el peligro de que no haya, para llegar al *desideratum* de la unidad del partido liberal, el escollo de sacrificar principios que son perfectamente idénticos, y cuyas diferencias son puramente de forma y en nada podría afectar el fondo de las creencias comunes á las diferentes fracciones del partido liberal.

No creo haberme separado de las concretas condiciones que indeclinablemente surgen de la temerosa cuestión del *sufragio universal*, la que más ó menos directamente afecta los múltiples problemas de los que al tratarla sériamente no he podido dejar de hacerme cargo, con plena conciencia de no haber llevado otro norte que el de la severidad de los principios y el amor de la verdad.

**Andrés Borrego.**

# DOCTRINA POLÍTICA DE SOR MARÍA DE ÁGREDA [1]

I.—Culteranismo y conceptismo.—El carecer las cartas de Felipe IV y de Sor María de Ágreda de semejantes defectos literarios, es la mejor prueba de su carácter confidencial, y, por tanto, en ellas se encuentra el terreno mejor para sorprender los pensamientos íntimos de gobierno del Rey y de su consejera.—II. Consejos de Sor María al Rey para que gobierne por sí.—Error de Sor María en la cuestión de las privanzas y en su oposición contra D. Luis de Haro.—Sentido práctico de los consejos políticos que Sor María da á Felipe IV.—Influencia benéfica de sus inspiraciones para dominar los más graves conflictos de la Monarquía.—III. Cuál es para Sor María de Ágreda el concepto de la soberanía representada por el poder Real.

## I

Una de las particularidades que más vivamente llaman la atención en la lectura de las cartas entre Felipe IV y Sor María de Ágreda, es la naturalidad y sencillez del estilo, formando extraordinario contraste con el amaneramiento y afectación de culteranos y conceptistas, que por entonces imperaban como dictadores en nuestra república literaria. Dura esta correspondencia desde 1643 á 1665, es decir, cuando más prevalecían el gusto gongorino y los conceptuosos artificios de Quevedo. Pasado lo más recio de la disputa, suscitada en los co-

(1) Véanse las REVISTAS del 10 de Octubre y 10 de Diciembre.

mienzos del siglo por las *Soledades* y el *Polifemo,* de Góngora, y en la que intervinieron todos los representantes de la literatura patria: Lope de Vega, en nombre de la escuela más popular; Pedro de Valencia y Cascales, en nombre del clasicismo griego y latino; Jáuregui, en nombre de un eclecticismo entre el sentido artístico de la escuela sevillana y el gusto italiano; Quevedo, en nombre de los conceptistas; cuando se hubieron encalmado los primeros ardores de esta porfiada disputa, en la cual todos los bandos literarios traspasaron las fronteras de la crítica artística para emplear las armas de la sátira sañuda y del insulto grosero, el mal gusto apareció posesionado de nuestros ingenios y difundido como una peste por todos los ámbitos de las letras profanas y sagradas. Los mismos que lo habían impugnado con más libre desenfado, le rendían ahora culto práctico. Los unos, justamente apellidados por Quevedo hipócritas denominativos, poetas enyedrados, fontanos, floridos, oropelescos, hidrópicos de verbo, buscaban el supremo arte en la composición de logogrifos hechos con palabras tan altisonantes como vanas, desarrollando catachreses y tropos licenciosos, inquietándose sólo por el hallazgo de locuciones crespas y violentadas en su significado natural, metaforizando metáforas y dejando, en fin, sumergido todo concepto en la corpulencia exterior de la expresión. Para ellos consistía el mayor mérito literario en el enardecimiento de la imaginación con un desarrollo monstruoso en los términos del discurso, en el que la verbosidad sustituía á la facundia, la cadencia á la elegancia, el estrépito á la armonía, la sutileza al ingenio, el chiste y el equívoco á la gracia, las palabras á las ideas. Los otros se entregaban á laberínticas sutilezas de conceptos, afectando profundidad de pensamientos, con un estilo cifrado, empedrado de sentenciosos apotegmas, remedo de la severa concisión de Tácito que, aplicada sin discernimiento á materias de ninguna sustancia, producían un estilo agudo, alambicado y tenebroso, en el cual el fausto de una erudición extravagante hacía grotesca á la misma sabiduría, y bufonadas triviales ó indecentes se expresaban como sublimes conceptos y arcanos

de la más ahincada lucubración. En unos y en otros andaba ausente la fluidez y redondez majestuosa, natural y sencilla, de la antigua frase castellana. La poesía y la prosa corrían desalmadas, como careciendo de fundamento y traza de asunto esencial y digno, perdidas entre laberintos de expresiones hiperbólicas y afiligranadas ó de pensamientos agudos é intrincados. Parecían cuerpos disformes de cosas sin sustancia, ó de máximas enrevesadas ó pueriles, sin propósito fijo ni trabazón y dependencia de partes; no conteniendo las unas más que un adorno ó vestidura de palabras, un paramento ó fantasma sin alma ni cuerpo; reducidas las otras á excentricidades de concepto, abstracciones refinadas, lujos de erudición y ensartes de aforismos y sentencias.

Esta plaga, cuyo azote cayó sobre la literatura y las artes de Italia y España antes que sobre las de otras naciones, surgió siempre en la historia como monstruosa excrescencia que se apodera de las artes desde el momento en que para hacerse cortesanas abandonan las grandes auras de la inspiración nacional y el estro fecundo de las corrientes populares. Así como cuando las musas griegas se refugiaron en la corte de los Ptolomeos y Seleucidas perdieron los majestuosos acentos de la inspiración patria; y la Venus ateniense, tipo ideal de la hermosura suprema, siempre anhelada y nunca poseida por el hombre, se trasformó en un idolillo de harém en cuanto se adornó con las hipérboles y vestiduras orientales, y en lugar de la belleza que reflejaron los mármoles de Fidías y Praxíteles se produjo un enjambre de figurillas más ó menos perfectas en sus menudencias, pero semi-áticas y semi-chinescas en su conjunto; y las pasiones tempestuosas de Safo, cuya grandeza y sublimidad descansaba siempre en la furia y desorden de los arrebatos, se expresaron en la lira de Meleagro con la jerga amanerada y galante de los eróticos alejandrinos, así también en nuestra literatura, durante el siglo XVII y muy especialmente en el reinado de Felipe IV, se produjo igual fenómeno de decadencia, de la misma manera que Francia había de tener luégo su *rococo* y su *Pompadour*. Pero si este género, cultivado por ingenios se-

lectos en las academias y en los palacios, pudo producir primorosas joyas de arte plateresco, descubriendo refinamientos de delicadeza y buen tono en los discreteos de sociedad, prodigando derroches de ingenio en la conversación de damas y galanes, y gentilezas en la expresión de los afectos amorosos, en cambio, para los ramos superiores de la literatura, sus estragos fueron pestilenciales; y sobre todo, en la especulación más alta de las doctrinas, en la cátedra y en el púlpito, el pensamiento quedó como esterilizado. Cuanto más graves eran los asuntos del discurso, más horrible aparecía la mutilación de la idea sacrificada á la forma. «Filósofos, teólogos, predicadores, se envolvían en apotegmas de relumbrón, ó esmaltaban sus pensamientos con cuanto el sol alumbra y el mar baña: plantas, luceros, iris, astros, rayos, nortes, horizontes, auroras, céfiros, cisnes, perlas, fénicas, laureles, florestas, verjeles, piélagos, monjibeles, etc...; y no nombraban penas sin *golfo*, trabajos sin *mar*, celos ó amor sin *Etna*, doctrina sin *antorcha*, caridad sin *pelicano*, constancia sin *diamante*, amistad sin *crisol*, fama sin *clarín*, fortuna sin *cénit*, prosperidad sin *ocaso*, etc.» (1).

La correspondencia entre Felipe IV y Sor María de Ágreda se desenvuelve fuera de esta atmósfera sofocante que entenebrecía entonces nuestras letras. Tanto en las cartas del Rey como en las de la venerable Madre, apenas se descubre un lunar de fealdad culterana ó conceptista. Son, por el contrario, modelos de sobriedad y sencillez; se comunican sus pensamientos y afectos con la espontaneidad con que los sienten brotar en sí mismos, dejando que la viveza de la propia impresión sea la que lleve la pluma, sin preocupación alguna de los afeites del estilo. Escriben como sienten, sin resabios de afectación ni sutilezas ingeniosas. Lo mismo fluyen de su pluma páginas de incomparable ternura para referir al padre afligido la muerte del Príncipe D. Baltasar, como para producir las graves reflexiones del consuelo cristiano, relaciones de los sucesos prósperos

(1) CAPMANY, *Teatro crítico de la elocuencia española*, tomo V, fól. XVII.

ó adversos, pinturas enérgicas de los males de la Monarquía, arranques generosos, severos consejos y exposiciones de doctrina mística y político-religiosa, trazadas con el majestuoso decir de los Granadas, Leones y Marianas. Parecen seguir en sus escritos reglas opuestas á las que prevalecen en el siglo: no rebuscan los adornos y postizos exteriores de la dicción; la palabra no es para ellos más que la reproducción de lo que el ánimo concibe. Poco les importa que los vocablos sean sencillos y tomados del hablar común y familiar, si reproducen con precisión y claridad lo que quieren expresar. Fuertemente impresionados en los asuntos que tratan, estas impresiones suyas las manifiestan sencillamente y tal como las sienten. Y aunque esta operación del entendimiento la realicen irreflexivamente, con ella acreditan ambos que poseen en alto grado las facultades fundamentales del verdadero escritor; porque si es privilegio de pocos el tener vigorosas convicciones propias, ideas claras y precisas, impresiones fuertemente sentidas, más raro aún es que á esta cualidad se añada la de hallar la expresión exacta que hace vibrar la vida y la realidad de las cosas.

Pero el verdadero motivo del contraste entre el estilo de estas cartas y los amaneramientos literarios de aquella época, consiste en que esta correspondencia «no había de pasar á nadie más que á entrambos.» Eran comunicaciones íntimas y como de familia, no sólo ajenas á toda mira de publicidad, sino teniendo además por base primera la condición precisa de que hubieran de permanecer ocultas á toda mirada extraña. Así es que el Monarca y su consejera emplean en ellas el lenguaje corriente de su tiempo para el tráfico ordinario de la vida, lenguaje que resulta ser aquella lengua castellana llevada por los clásicos del siglo XVI á maravillosa perfección, y que continuaba usando nuestro pueblo, aun cuando la aristocracia intelectual de nuestra república literaria anduviera desde largos años agotando miserablemente los recursos del ingenio en la escuela del mal gusto. No es aventurado suponer que si Felipe IV ó Sor María de Ágrega hubieran presumido que su correspondencia pudiera caer en manos de la historia, cuidaran

de introducir en su redacción todos aquellos aliños sin los cuales los escritores esquivan presentarse ante el público, y por esto incurrirían probablemente en los defectos conceptistas ó culteranos, ni más ni menos que cualquiera otro de sus contemporáneos. De modo que la mayor garantía de la importancia histórica de este epistolario, debemos hallarla en esta misma circunstancia del estilo, aún más todavía que en la orden expresa del Rey en la primera carta á su confidenta para que «le contestara en el propio papel y no pasara esto de ella á nadie,» y que en la precaución con que el Rey siguió esta correspondencia, doblando á lo largo el pliego y escribiendo á un lado de su propia, mano para que Sor María le respondiera al otro.

## II

Las consideraciones que preceden en demostración del carácter íntimo y confidencial de todo comercio epistolar entre Felipe IV y Sor María, justifican también la excepcional importancia que para el conocimiento de aquellos tiempos debe darse á las doctrinas que sobre el gobierno personal y la política de un Príncipe católico exponen, respectivamente, y algunas veces controvierten en su correspondencia el Rey y su consejera.

El principal empeño que en sus consejos para la gobernación de la Monarquía pone constantemente la venerable Madre, es que el Rey debe gobernar siempre por sí; que el primer deber del Príncipe, no sólo para el régimen de la Monarquía, sino también para ganar como Rey la salvación de su alma, es reinar sin privados ni favoritos, no permitiendo jamás que los inferiores hagan de cabeza. Entre ambos, de una manera directa ó con hábiles rodeos que encubren tramas y censuras contra el Conde-Duque ó D. Luis de Haro, se discuten vivamente los temas que más apasionaban por entonces á los políticos: ¿Qué es privanza?; ¿Es de suyo peligrosa ó no, la privanza?; ¿Es necesario á un Príncipe tener privados?; ¿Cuál ha de ser

el oficio de privado?; ¿Cómo se ha de haber el Rey con el privado ó consejero?

Sor María, por más que en algunas de sus cartas llegue á declarar que «aunque no es de su profesión, tiene ella conocimiento de las cosas de Palacio y de la Monarquía, y ya comprende no puede prescindirse de los ministros,» descubre en estas materias la inexperiencia propia de quien ha pasado la vida entera en el retiro del cláustro. Su consejo en esto es siempre el eco fiel de la voz del pueblo. Forma sus juicios al calor de la opinión del vulgo, firmemente convencida de que todos los males de la Monarquía procedían de la ambición, codicia y concupiscencia miserable de ministros y privados. Este era el clamor popular, hasta el punto de que se figuraran revelaciones divinas disponiendo la expulsión de los privados, y no pocos predicadores hacían suyas desde el púlpito estas murmuraciones del pueblo, y por falta de juicio ó de letras, ó por alcanzar aplausos de las muchedumbres, invocaban textos sagrados para satirizar personas eminentes y avivar con estas maledicencias tales pasiones populares (1).

Felipe IV, por el contrario, aun no teniendo tanta natural claridad de juicio como su consejera, ha podido atesorar en su puesto real mayores experiencias en el conocimiento de las cosas de Palacio y gobierno de la Monarquía; y por más que la prolongada privanza del Conde-Duque le proporcionara tristes

(1) Con razón se quejaba el *Nicandro* de semejantes licencias: «Pero de lo que ya me río, ya me indigno y ya me compadezco, es de algunos hombres que, con pocas letras en la verdad y apariencia de virtud, han querido desacreditar las acciones del Conde introduciendo revelaciones de mujeres devotas para apoyar que ha sido divino el influjo del apartamiento. Como si Dios necesitara de estos medios, cuando podía inspirar á V. M. y revelarle sus decretos soberanos, que fuera más conforme á razón y al modo de su sabia Providencia. *Pero que trate con mujeres encerradas los puntos de la Monarquía que á V. M. tocan, no es justo pensarlo de Dios, ni ha usado de este modo con su Iglesia.....* Las revelaciones de Santa Brígida impugnan doctores católicos, y San Antonio refiere de Santas canonizadas que tuvieron revelaciones encontradas. V. M. tiene muchos ejemplos en su tiempo de hombres y mujeres que con aparente virtud engañaron y fingieron revelaciones de su cerebro, ó las soñaron, ó fueron ilusas del demonio, ó

recuerdos y escarmientos personales sobre esto de dispensar su confianza á un ministro, la comprensión práctica de las dificultades insuperables para llevar por sí mismo todo el gobierno le aparta instintivamente de hacer suya, sin salvedades de mucha cuenta, la regla de conducta que le traza Sor María. Así es que, sobre este particular, le replica muy discretamente: «No es lícito á la dignidad de Rey andar de casa en casa de Ministros y empleados, viendo diariamente lo que hacen; y puesto se tienen los Reyes que valer de hombres, es excusable sea de los que tienen mayor satisfacción mientras no abusen..... El haber heredado estos Reinos de diez y seis años y entrado en este caos con las cortas noticias que en aquella edad se adquieren, fué causa, á mi parecer, licita entonces, que me fiase de ministros, y que á algunos les diese más mano de lo que parecía conveniente. Hice mal en que durase aquel modo de gobierno lo que duró, pues con la experiencia y años conocí los inconvenientes, y aunque tarde, tomé la resolución de apartar al ministro que sabéis. Después acá, he procurado no dar la mano á ninguno que la había dado á él, por tenerlo así por necesario para cumplir con mi obligación y reputación; y aunque es verdad que he mostrado más confianza de algún criado, siempre he rehusado darle el carácter de ministro, por huir de los inconvenientes pasados..... Yo, Sor María, no rehuso trabajo alguno, pues como todos pueden ver, estoy contínuamente sentado en esta silla, con los papeles y la pluma en la mano, viendo cuantas consultas se me hacen, los despachos que vienen de fuera, resolviendo los más allí inme-

padecieron error de la fantasía..... Pues ¿qué diré de los que mienten revelaciones con profecías de ruina? Cuando sabemos que santos canonizados profetizaron lo que no sucedió, y lo que es más, los sagrados escritores y profetas que tenemos en la Biblia..... Pues si esto pasa en profecías reveladas por el Espíritu Santo, ¿qué fe se debe dar á las mujeres ú hombres que pudieron mentir, ser ilusos del demonio ó constar de imaginación vehemente? Y fundar en estos devanéos el descrédito de personas eminentes, más merece castigo que aplauso, estando fuera de la jurisdicción de los hombres la certeza de las revelaciones.»

diatamente. Otros negocios que piden más inspección, remito á diferentes ministros, para, habiéndoles oído, resolver lo que tenga en razón; y, en fin, las últimas resoluciones no pasan por otra censura, pues es esto lo que yo entiendo que á mí me toca; y creedme, que los que más deslucen estas materias y dan ocasión para que se murmure si éste ó aquél tiene más mano de lo que en realidad de verdad yo le doy, son generalmente los pretendientes y ambiciosos (de que hay mucho número en la República), y éstos, al que creen hago más merced cortejan y siguen, de modo que, viéndole el pueblo con este séquito y aplauso, le tiene por lo que en verdad no es; y ya procuraré, en las más ocasiones que se ofrecieren, desengañarle de esta ceguedad.» (1)

Realmente, el esclarecimiento de si deben desear las naciones un Príncipe que gobierne por sí, mejor que un Soberano que, desconfiado de su acierto personal, difiera mucho á los Consejos y nada resuelva sin ellos, es uno de los muchos problemas de gobierno que resultan teóricamente insolubles. Tantas y tan buenas razones pueden darse, en efecto, en pro como en contra de ambos extremos. Únicamente siguiendo un procedimiento experimental puede llegarse á sentar en esto alguna regla empírica que resuma el resultado general que sobre tales casos recogió la experiencia humana. Y esta experiencia acredita que la primera de todas las realidades que se imponen en materia de gobierno es la de que, entre los hombres que llegan á intervenir en la dirección de un Estado, el de mayores condiciones para el imperio se sobreponga á los demás, de tal manera que, cualesquiera que sean las instituciones sociales, monarquías, democracias ó sistemas parlamentarios, el hombre de dotes superiores es quien, por la fuerza y prestigio irresistible que tiene toda realidad natural, en oposición con las ficciones sociales, empuña al fin el timón de la nave, quedando relegados á lugar secundario y casi como meros tripulantes los representantes de las supremas jerarquías. Acredita también esta

(1) 30 de Enero 1647.

experiencia que, casi siempre, les fué mejor á las naciones con el Príncipe que atendió más en sus empresas la voz del consejo que la propia iniciativa. Que rara vez resultó buen reinado el del Príncipe que impuso las miras de su voluntad á todos sus Consejeros. Que los peores gobiernos de que guarda memoria la historia fueron aquellos que no tuvieron otro resorte de acción que la iniciativa de un Soberano de suyo incapaz, pero al mismo tiempo presuntuoso y soberbio para desatender consejos. Y que, en cambio, el régimen de gobierno más fecundo en prosperidades y grandezas que han conocido los hombres, fué siempre aquel en que dependió la primera fuerza motora del Estado de la iniciativa de un Monarca que, aunque capaz de gobernar por sí, no acometió ninguna empresa sin asistencia de buen consejo. De suerte que la conclusión práctica que como regla de conducta debemos recoger de todas estas premisas experimentales, es que constituyen muy rara excepción los Soberanos capaces de gobernar por sí, y que aunque abundaran mucho en la historia, será siempre lo más prudente que no se aventuren á intentarlo.

Pero como las máximas generales son de suyo perfectamente inútiles en materia de gobierno, si no se aplican con acierto á las circunstancias particulares de cada caso, hemos de tener en cuenta qué aplicación concreta se podía hacer de tales reglas de conducta en el gobierno de Felipe IV.

Ni por entereza de la voluntad ni por superioridad del entendimiento se había acreditado ciertamente el Monarca como capaz de gobernar por sí. Sor María de Ágreda, y hasta sus contemporáneos menos perspicaces, habían podido recoger sobre esto pruebas más que suficientes en los largos años ya trascurridos de aquel reinado durante la privanza del Conde-Duque. Además, y á mayor abundamiento, Sor María tenía en la misma correspondencia íntima del Rey pruebas y confesiones que á ella con más motivo que á otros pudieran proporcionarle verdadera seguridad de juicio en el particular. De modo que anhelar como remedio capital para los males de nuestra Monarquía el que un Monarca de las condiciones de Felipe IV la

gobernara por sí, era incurrir en ilusiones verdaderamente impropias de quien se constituye en consejero íntimo de Príncipes, ó dar pruebas de una creencia supersticiosa en la virtualidad de la institución Real, superstición tan vulgar é irracional en nuestro pueblo de entonces, como lo era en otras naciones la de que el contacto de la mano del Rey era el remedio más eficaz para curar á los infelices escrofulosos sus lamparones.

Esto, por lo que toca al extremo de la capacidad de Felipe IV para el Gobierno personal. En cuanto al otro extremo, no menos interesante para el caso, de quién había de ser en el gobierno de la Monarquía el hombre digno de la confianza del Príncipe y en quien pudiera hacer descansar parte del peso de la Corona y del Cetro que á él le abrumaban, para desdicha nuestra resultaba por entonces no menos evidente que la deficiencia del Rey para gobernar por sí la falta, no ya de uno de esos hombres verdaderamente providenciales, cuya superioridad se impone para ocupar oficial ó privadamente el primer puesto, sino que ni aun se descubría siquiera un ministro sin temple de hombre de Estado, pero con talentos administrativos y dotado de cualidades bastantes para traer á mediana organización el espantoso desgobierno de nuestros Estados. El Conde-Duque, como estadista, había sabido penetrar los caracteres y las pasiones con quienes tenía que luchar; había tenido entereza de carácter, audacia, pocos escrúpulos, actividad prodigiosa, aunque desordenada, habilidades pérfidas con propios y extraños, regular sagacidad para aprovecharse de las circunstancias, ya que no para producirlas; pero le faltaron siempre planes y propósitos fijos, medios para reducir á felicidad las adversidades y navegar con cualquier viento; y cuando empezaba á no depender de la opinión vulgar, y á dominar, en fuerza de su laboriosidad increible en la rutina administrativa, la acción de la complicada máquina de nuestro Estado sucumbió bajo el peso de los desastres é intrigas. El sucesor, D. Luis de Haro, no era de los caracteres que por el sentimiento de su propia fuerza, y la conciencia de su superioridad aprecian la vida como un com-

bate singular en el que cada cual debe empuñar espada y broquel para defenderse á sí propio y abrirse camino, aun á trueque de luchar solo contra todos. Era más bien de los que por el instinto de su flaqueza no se arrojan temerarios á los azares de un combate singular, y considerando las contiendas de la existencia como una lucha de fuerzas y masas sociales en la que sucumbe quien se aisla, buscan instintivamente en torno suyo compañía y amparo. No reunía las cualidades, pero tampoco los defectos del Conde Duque; y aunque no hubiera descollado más que en las covachuelas y en el conocimiento de las etiquetas de Palacio y del ceremonial diplomático, tampoco tenía enfrente de sí rivales de mérito deslumbrador ó más acreedores que él á la dirección de los negocios.

Careciendo, pues, Felipe IV de las dotes más indispensables para el gobierno personal, y no descubriéndose tampoco entre nuestros políticos y cortesanos un Richelieu ó un Mazarino, era ponerse en tan flagrante contradicción con la realidad de las cosas el aconsejarle que gobernara por sí, como el incitarle á que descargara sobre un privado todo el peso de la Corona. La solución que entonces se imponía, no sólo como la más prudente, sino también como la única posible, era: que el Monarca. pusiera en la gobernación del Estado, algo más de su persona que en tiempo del Conde-Duque pero; que al mismo tiempo, dado el convencimiento de su propia debilidad para dirigir por sí mismo los Reinos, tuviera á su lado consejeros de confianza con quienes compartiera los cuidados del gobierno. Presupuestas aquellas circunstancias con las deficiencias de aquellos personajes, D. Luis de Haro era el menos malo de los Secretarios ponentes que pudieran asistir al Rey en el despacho; y en la imposibilidad de proponer como primer Ministro á ningún político que hubiera acreditado mayores dotes, lo práctico y patriótico era apoyar al nuevo consejero, procurando que las maquinaciones de la envidia no dificultaran todavía más la obra de su gobierno, pero inclinando al mismo tiempo el ánimo real á que recurriera á más Señores de la talla de Don Luis de Haro, ya que éste tampoco se manifestaba, como mi-

nistro capaz de conllevar por sí solo la abrumadora carga.

A tal intento se debieron encaminar los consejos de Sor María. Dada, en efecto, la ineptitud de Felipe IV para el gobierno, combinándose con su carácter, inclinado á desconfiar de los demás porque desconfiaba de sí mismo, infundirle recelos de D. Luis de Haro, no podía producir otro resultado que el que se entregara el Rey á la dirección de agentes subalternos, por el temor de ser gobernado por sus ministros. Pero Sor María, por el contrario, prestó la ayuda de su gran influencia moral á los enemigos de D. Luis de Haro, que tramaban conjuras para derrocarlo; y aunque por la austera rectitud de su carácter jamás se doblegó ella á las insinuaciones y apremios de los magnates enemigos del nuevo privado, para que, en nombre de revelaciones divinas. pidiera al Rey la separación del favorito, es lo cierto que en su correspondencia con los Borjas aparece murmuradora y despechada contra D. Luis de Haro, «ya designándole con el sobreentendido nombre de el *dedo malo*, ya citándole por su apellido, ya juzgando su influencia y procedimientos como funestos al esplendor y buen gobierno de la Monarquía (1).» Procederes tales, eran más propios de las turbulentas

(1) Con estos próceres disgustados y malavenidos con el gobierno, tiene Sor María de Ágreda intimidades que contrastan con la confianza real. La primera recomendación que le hizo el Rey al empezar su correspondencia epistolar, fué «*que no pasara esto de ella á nadie;*» sin embargo, Sor María no teme escribir á D. Francisco de Borja «la *correspondencia del Rey* (lo subrayado lo pone Sor María en cifra); se continúa, muy á mi pesar, por dos cosas: la primera, porque me han dicho que *está* con *sus mocedades antiguas* y que le *habían herido*. Dígame V. S. *si es verdad*... La segunda, porque veo que *esta Corona* está en gran peligro, y que los *herejes se conjuran contra ella*, y todos están *ciegos;* y yo no puedo hacer nada sino *llorar* y afligirme y *escribir claro*, y es hablar con un *roble* y diamante» (14 de Enero 1656). No obstante lo anterior, las cartas que por éste mismo tiempo dirige al Rey, distan mucho de la recriminación *clara* y del lenguaje de *roble* y *diamante*. Sus exhortaciones á la contrición de las culpas revisten por entonces un tono de vaguedad más propio de los términos generales con que se redactan los sermonarios para predicadores, que no de la amonestación concreta y personal, que parecía más propia de aquella correspondencia íntima, para cuyo empleo, por razón del tiempo trascurrido en este trato íntimo, debía ella sentirse en aquella fecha más autorizada que al

Princesas de la Fronda que de la austera y juiciosa Sor María de Ágreda. Diferimos, pues, en este extremo, de la benevolencia excesiva con que el Sr. Silvela casi viene á hacer suyas las censuras de Sor María contra D. Luis de Haro.

Sería de injusticia notoria atribuir á móviles mezquinos de interés humano esta actitud de Sor María enfrente del favor de D. Luis de Haro. En esto, como en todo, su conducta se inspiró en la más acendrada rectitud moral. Combatió al privado creyendo cumplir así ineludibles deberes, que le imponían de consumo su conciencia católica y su lealta al Rey. Erró, como antes hemos dicho, nada más que por falta de experiencia política. Era este un problema de conducta práctica, de los más graves sin duda para la Monarquía, pero que para ser resuelto con acierto requería, además del desinterés patriótico y de la rectitud de entendimiento, un conocimiento directo y experimental de las personas y cosas de nuestro gobierno. Quien careciera de esta experiencia, corría peligro casi seguro de desacierto. Porque si doctrinalmente, en favor ó en pro de las privanzas podían darse argumentos antitéticos de igual fuerza, en nuestra patria, con los tristes antecedentes de dos reinados consecutivos, durante los cuales, sin solución de continuidad, se habían visto encumbrados en los más altos puestos del Estado y en el favor de extraordinarias privanzas reales á personajes más enaltecidos por la fortuna y por la intriga que por los propios merecimientos, la opinión general propendía naturalmente á atribuir á los privados el agravio de todos nuestros males. Estas eran las impresiones del clamor público que per-

principio de su correspondencia, en que no tuvo reparos en decir al Rey: «Suplícole, Señor mío, concurra V. M. de su parte, para obligar al Altísimo, con la enmienda de la vida, procurando que toda la atención y voluntad la tenga la Reina nuestra Señora, sin volver V. M. los ojos á otros objetos peregrinos y extraños, que obligará esto mucho á Dios, y en su divina presencia hallará V. M. menos disculpa, habiéndole dado (como dice) compañía de tantas prendas; comience V. M. á pagarse y satisfacerse mucho de ellas, que el tiempo perfeccionará y mejorará las naturales, y las de gracia el Señor se las dará.» (Carta de 26 de Noviembre 1649.)

cibía Sor María en medio de la atmósfera en que ella respiraba. Además, como las principales personas del siglo con quienes le cupo á ella en suerte tener trato social eran desafectas al privado, por intereses de clase ó por rivalidades de ambición, y á estas personas (que ella debía estimar en mucho y tenerlas en el mayor concepto, porque no las trató y conoció sino con ocasión de buenas obras y cristianos servicios, dignos de gratitud y alabanza) las oía coincidir con la convicción que ella misma alentaba de que el Rey debía gobernar por sí, se sintió naturalmente atraída hacia aquel campo de descontentos, creyendo con candorosa buena fe que en el fondo de todo aquello no se agitaban malas pasiones de ambiciosos y pretendientes, y sí sólo el propósito laudable y patriótico de que el Rey no anduviera en tutela.

De esto no se debe deducir que no tuviera ella extraordinarias facultades de acierto en materias de Estado. Aun los talentos de primer orden para la política, cuando todavía no han sido acrisolados por la experiencia, incurren fácilmente en errores, que luégo á ellos mismos les parecen inconcebibles. Richelieu confiesa en su testamento que sólo después de cinco ó seis años de vivir entregado al manejo de los negocios comprendió él la importancia capital de tener continuamente pendientes negociaciones con todos los Estados. Y el estadista eminente que en nuestros días ha presentado en carácter, pensamientos y obras mayores analogías con aquel gran Ministro de la Monarquía francesa, reconoció también haber permanecido largo tiempo en el primer puesto de su patria, moviendo al azar sus piezas en el tablero diplomático en espera de la oportunidad propicia que le indicara cómo había de dirigir su juego. Si tales casos se dan con políticos tan de primer orden, aun después de experimentados en el gobierno, no debe maravillarnos que en materia de privanzas se equivocara una mujer que, aunque de extraordinarias intuiciones, pasó la vida entera en los ascetismos del cláustro y apartada de todo tráfico con el siglo.

Por lo demás, los consejos prácticos de Sor María sobre otras cuestiones de gobierno no menos graves y difíciles que

las de las privanzas, testifican que atesoraba facultades excepcionales para el consejo de Príncipes, y que sólo en fuerza de sus peregrinas aptitudes para penetrar las razones de Estado, pudo ella evitar los escollos que hacen zozobrar en la vida práctica á los entendimientos criados en el apartamiento del mundo, no conociendo á la humanidad más que por medio de los libros, y habituados á no apreciar los problemas de la existencia sino con los datos que suministra la meditación solitaria.

En efecto, los que formaron su inteligencia con el exclusivismo y rigor de las disciplinas intelectuales de las escuelas, sin conocer otros magisterios y enseñanzas que los estudios escolásticos y los ejercicios de la dialéctica sobre premisas abstractas, y la contemplación mística ó científica de los principios, al penetrar en el campo de la política se encuentran como desorientados. Manifiestan quizás pensamientos altos y desinteresados, sinceridad, rectitud, convicciones profundas, entusiasmo y abnegaciones poco comunes, vigor de razonamiento; pero les falta la flexibilidad y tacto del sentido práctico. Su juicio y temperamento es rígido, absoluto, dogmático, radical. Cuidan más de los principios que de los hechos; discurren sobre los sucesos como si fueran las premisas abstractas de una tesis de escuela. Así es que las conclusiones que formulan como determinaciones de conducta, coinciden habitualmente con la integridad de doctrinas que pide el radicalismo de las escuelas. Mas como la política, por el contrario, vive principalmente de lo concreto, y es un arte que por naturaleza no puede aplicar los principios sino con forzados casuismos en los cuales las circunstancias de tiempo y lugar son factores tan importantes como los mismos principios, resulta que el radicalismo de las escuelas introducido en las instituciones de gobierno sólo sirve para producir obras de desquiciamiento ó tiranía, consecuencia inevitable de leyes no ajustadas al estado social. De aquí que el idealista ande casi siempre en desacuerdo con el político, llegando difícilmente á penetrarse de que, para pensar y obrar como hombre de Estado, no basta estar orientado por grandes principios y moverse con propósitos fijos, sino que

también le es menester pensar y obrar conforme á las enseñanzas de la historia y á la naturaleza de las cosas, á la imposición de las circunstancias, y por entre extrañas desviaciones de pequeñeces y miserias, no deseando sino lo posible y contentándose con lo menos malo cuando no puede lograr lo mejor. Lo que acredita la profunda observación de Richelieu, de que «los grandes ingenios suelen ser más peligrosos que útiles para el manejo de los negocios; y que si en su composición no entra mucha mayor cantidad de plomo que de plata nativa, de nada sirven para el Estado.»

Procede esto de las mismas diferencias entre el modo de especular del hombre de acción y del teórico idealista. El uno está habituado á no operar sino sobre principios acerca de los cuales no caben transacciones sin apostasías. El otro, por el contrario, se mueve principalmente por entre pasiones é intereses que no se reducen y gobiernan sino por medio de la transacción. Aquél toma por punto de partida los principios de escuela, en ellos encasilla á la humanidad entera, procurando encerrar en el mismo molde todos los accidentes de la vida individual y colectiva. Éste, por el contrario, parte siempre de los hechos, y si busca razonamientos en las escuelas es para que le proporcionen teorías que justifiquen la resolución de conducta que tiene ya tomada como hombre acostumbrado á irse derechamente á los remedios, y no sólo á los remedios radicales y definitivos, sino al empírico, que calma las congojas del momento. Por grande que sea su convicción en alguna doctrina, está dispuesto á renunciar á todo evento á la teoría que profesa si de ella se originan consecuencias que deban producir males á la patria ó trastornos en sus miras de gobierno. La doctrina es para el político un instrumento de dominación; y para el especulativo un credo que se impone ó una herejía con la que no se transige. Éste mira primero lo que debiera ser, y aquél lo que es; pero median siempre tales abismos entre lo que es y lo que debiera ser, que camina á perdición segura todo aquel que en política toma por real y verdadero, y aun las más de las veces tan sólo como posible, lo que á su juicio, y quizás

también en justicia, debiera ser, pero que desgraciadamente no es.

Por estos motivos, únicamente los entendimientos privilegiadamente equilibrados se sustraen á las grandes aberraciones del radicalismo, cuando se trasladan de pronto del campo de la especulación doctrinal al de la vida práctica. Y la mayor prueba de solidez de juicio que puede pedirse á quien no ha salido de la atmósfera de las escuelas y del apartamiento del mundo, es que al intervenir en materias de gobierno sepa apreciar los sucesos, los hombres y las cosas por lo que valen, como si los hubiera estudiado en la observación directa de una larga experiencia de la vida.

Tal prueba la da en sus cartas Sor María de Ágreda del modo más elocuente. El Rey reclama su consejo en el grave conflicto pendiente entre Aragón y Castilla acerca de la extensión de jurisdicción del Tribunal de la Fe. Para una alma ascética y fervorosa como la de Sor María, habituada á no mirarlo todo desde su retiro monástico sino con el prisma de la religión, é íntimamente penetrada de lo que vale para la salvación espiritual y temporal en nuestros Reinos un Tribunal como el de la Inquisición, cuyos fundamentos descansan en la esencia misma del dogma y de la fe católica, parecía lo más natural que el consejo fuera contrario á todo lo que pudiera tener apariencias de menoscabo ó detrimento del Santo Tribunal. El Rey, además, le hacía la consulta en términos perentorios, con arranques de firmes resoluciones, apoyados en el fervor católico más acendrado y estimado; que la intransigencia era para él, en este caso, deber principal de conciencia, y por eso en la misma manera de proponer el caso parecía imponer la respuesta: «Toda la dificultad de los aragoneses—decía—está en el punto tocante á la Inquisición, pues ellos quieren dominarla mucho en su jurisdicción (salvo en las cosas de la fe), y yo no he de poder venir en ello, aunque aventurase á perder toda mi Monarquía; porque si bien es verdad que en el nombre no se perjudica á la principal institución de ese Santo Tribunal, en el hecho vendrá á decaer mucho su poder, en lo cual yo nunca

podré venir, y fío en Dios nuestro Señor mirará por esta Monarquía, pues por ella estoy resuelto á perder una y mil vidas que tuviera» (1). Pero Sor María era un entendimiento de percepciones vivas y de maravillosa lucidez; y, como una balanza perfecta de extraordinaria precisión, apreciaba en el acto el valor de cuanto se le confiaba. De modo que comprende con admirable sagacidad que de la solución que reciba este asunto depende el que se pueda dominar ó no la insurrección de Cataluña. Para ella se ofrece, desde luégo, este dilema: Si el Rey no transige en este asunto, Aragón también se alza rebelde y se une á Cataluña; si el Rey transige, Aragón, por el contrario, es fuerza ganada para Castilla y á los rebeldes de Cataluña no les quedará otro camino que el de la sumisión. Por eso el consejo que da al Rey en el momento inmediato de recibir tan grave consulta es que «transija y aplace á toda costa el negocio de la Inquisición, por ser de mucho peso y preciso resolverle con tiempo y tomando medios y arbitrios para ajustarse á todos» (2).

Con igual criterio resuelve por entonces todos los casos que el Rey le consulta en lo referente al gobierno de la Monarquía. Quiere, á todo trance, la pacificación de la patria. Si el Rey se queja del estorbo que encuentra en las diversas leyes y fueros de los reinos para allegar recursos y gentes contra la rebelión; si se escandaliza de la venalidad de los Diputados á Cortes y se inclina «á no pactar con gentes miserables que casi todos se quieren vender por beneficios personales,» Sor María le replica: «Que no son los tiempos de rebelión y guerra para apurar esas perfecciones; que acaricie á los de Aragón, porque su felicidad le importa mucho...; que contemporice con ellos para evitar mayores peligros y daños, condescendiendo con cuanto sea posible, pues cuando los tiempos se muden será hora de ponerlos en más razón, y no dé demasiada importancia á las mercedes

(1) 5 de Agosto 1646.

(2) 7 de Agosto 1646.

que haya de concederles á trueque de que le ayuden á concluir la guerra de Cataluña; que no es hora de alterar los consejos, sino de conducirse con fortaleza, pero con suavidad, procurando que los inferiores no obren como la cabeza.»

Gracias á la aplicación de estas felices inspiraciones, no se encendió la guerra en Aragón; Cataluña, aislada, hubo de someterse, y se salvó la existencia de nuestra patria del pavoroso desquiciamiento que desde 1640 amenazaba desmembrar en menudos fragmentos los florones con tanto esfuerzo reunidos al través de los siglos en la Corona de nuestros Reyes. Aunque Sor María de Ágreda no tuviera otros méritos que el haber sido la inspiradora de estos patrióticos consejos, y quien levantó el ánimo del Rey para seguirlos sin desmayo, tendríamos en esto sólo motivos sobrados para estimarla como una de las figuras más venerables de nuestra historia. Es, en efecto, tan extraordinario el valer de esta mujer, que cualquiera que sea el criterio con que se la juzgue, aunque sólo se la considere desde el punto de vista político y prescindiendo en absoluto de todas sus obras místicas y virtudes católicas á que tuvo consagrada la existencia, resulta siempre uno de los caracteres más hermosos que ha producido nuestra patria.

## III

La noción de la soberanía, representada por el poder real, es otra de las cuestiones más interesantes tratadas en las cartas de Sor María de Ágreda. Sin prescindir jamás del dogma religioso como principio fundamental de donde arrancan todas las instituciones; sin abandonar en ningún caso el concepto de la soberanía temporal, como emanación y comparticipación de la voluntad divina, que para regir la historia y el mundo se vale del ministerio de estas causas segundas, Sor María comprende que el buen gobierno y acierto de las potestades temporales depende, ante todo, de la apreciación exacta de los hechos sociales, y con sus cartas acredita que en sus medita-

ciones solitarias nunca pierde de vista el verdadero estado de la Monarquía y los intereses más perentorios de la patria.

Ciertamente no hubiera tratado de política por el método experimental, psicológico y empírico del que conoce prácticamente las pasiones de los Príncipes y de los pueblos, por haber intervenido en el gobierno de la República y negociado con soberanías; pero, no obstante su vida espiritual, tampoco trata de formar con las Sagradas Escrituras todo el código de la política para Príncipes y pueblos. Ella no hubiera sido tratadista de política á la manera de Bossuet, ni hubiera escrito volúmenes parecidos á los del *Gobierno de Dios y Reino de Cristo*, de Quevedo. Por intuición comprendía los peligros de intentar sacar del Evangelio todas las reglas de la política humana. Para ella, la manera de conseguir el Rey la participación divina en el gobierno consiste «en que el Príncipe, no sólo como particular, sino también en su puesto real, observe la Ley de Dios, pues á esta rectitud en la vida de un Rey van vinculados los aciertos en su Corona;» pero al mismo tiempo, deja amplio campo á la acción de las causas segundas movidas por la libertad y las diligencias humanas. «Bueno es, dice, ocuparse de los pecados públicos; pero no lo es menos buscar con empeño y sin respetos humanos mejores ministros, hacer justicia, castigar las faltas, premiar los servicios, cumplir con sus deberes de Rey, pagando de su persona ante el ejército, sin lo cual no podrá salvar su alma, aun cuando fuera muy piadoso y creyente.....» «Cuando suplico á V. M. que se abstraiga de cosas terrenas, no es decir se aparte de las de obligación; porque el reinar tanto tiene de peso como de grandeza, y el Trono Real no es asiento de descanso, ni retiro, sino de solicitud para el bien común de todos.....» «Los vasallos de esta Corona se justifican pareciéndoles les basta sólo lo puro de la fe que profesan pues la fe sin obras es muerta, y no ampara la creencia á los que desamparan sus mismas acciones.» Por lo que se ve, dista mucho de concebir la política como el arte maquiavélico de vencer y dominar por la fuerza ó por la astucia; pero también pone muy en claro que entiende que Dios, Criador y Soberano omnipoten-

te de todas las cosas, entregó á los hombres la libertad y responsabilidad del gobierno de las repúblicas, y que la Providencia, que somete á las naciones á sus fallos supremos, respeta también la libre acción de las causas segundas sin sustituirse á ellas.

El Rey, para Sor María, es, en el desempeño de su soberanía temporal, un mandatario de la voluntad divina, reina y gobierna por la voluntad de Dios. Comprende el derecho divino de los Reyes como lo entendieron siempre nuestros grandes teólogos y políticos. No es el derecho de propiedad patrimonial de un Rey sobre una nación; no es tampoco la supuesta intervención directa de Dios, entregando por sí el Cetro y la Corona como privilegio hereditario á una familia, según supone ahora la mala fe ó la ignorancia demagógica cuando controvierten sobre estas altas cuestiones. Ya en su tiempo había sentado nuestro eximio Suárez que el derecho divino, entendido de semejante manera, no podía estimarse sino como una aberración doctrinal indigna de controversia seria, y que únicamente pudo hacer suya algún comentarista oscuro. El derecho divino de los Reyes, tal como lo sobreentiende Sor María, es el gran principio social de que toda potestad tiene su origen primero en el orden providencial que crió á la naturaleza humana con la imposibilidad de vivir sin estar sujeta á una soberanía, y al mismo tiempo que declaraba imposibles las naciones sin una potestad soberana, subordinaba también las potestades á la existencia misma de su república. Así lo entendió toda la España antigua, tanto en la especulación de los teólogos como en el organismo de las instituciones sociales. Esta fué la base cardinal sobre la que se levantó todo edificio político dentro del orden cristiano, y con profundo sentido de la trascendencia de este principio, pudo decir en nuestros días el mismo Príncipe de Bismarck: «Mi convicción es que el concepto del Estado cristiano es tan antiguo como el Sacro romano Imperio aquí presente y todos los Estados de Europa. Este fué el suelo en que todos ellos echaron sus raíces; y cualquier nación que quiera asegurar su duración y demostrar su derecho á la exis-

tencia, debe descansar sobre una base religiosa. Para mí, las palabras *por la gracia de Dios* que los Soberanos cristianos añaden á sus titulos, no son palabras vanas. En ellas descubro el reconocimiento de este principio: que los Príncipes están llamados á usar conforme á la voluntad de Dios, los Cetros y las Coronas que les confía la divinidad.» No era otra la noción del poder real que profesaba Sor María.

Naturalmente, no había de entrar en sus cartas con el Rey, ni aun á título de referencia indirecta, en la otra cuestión de derecho público, consecuencia inmediata del anterior principio y que tan violentamente agitan hoy las pasiones revolucionarias en cuanto controvierten acerca de la soberanía. ¿Puede la nación ó república destituir al Príncipe que, aunque ejerciendo la soberanía por el derecho divino de quien dimana, en primer término, toda potestad, recibió, sin embargo, por la voluntad inmediata de la nación el cetro hereditario?

El siglo XVI, que agitó estos problemas en el fondo de sus colisiones sangrientas, los había dilucidado en las aulas y en lascontroversias con el protestantismo; Mariana había sentado acerca de ello sus célebres conclusiones sobre el tiranicidio, y Suárez también previó el caso extremo en que, por degenerar el Príncipe en tirano, su reino pudiera declarársele en guerra. Pero durante el siglo XVII, en nuestra patria no se trata de esto ni aun en los libros. A pesar de las grandes tragedias que ofrecía por entonces la Revolución de Inglaterra, nadie entre nosotros pensaba, ni aun por vía de supuesto, que pudiera darse jamás un caso de conflicto extremo entre el Príncipe y los súbditos, que se hubiera de resolver con alguno de los hechos anormales y de fuerza que las leyes, lejos de poder presumir ó sancionar, á título de remedio supremo, deben, por el contrario, reprimir con los castigos más severos; pero que, sin embargo, se imponen siempre en la historia como una realidad superior á todas las leyes é instituciones. Nuestro pueblo, entonces, mantenía el principio de la soberanía real como encerrado en el santuario, venerándolo como el primer dogma político de la patria, y le hubiera parecido gran profanación el

que se intentara tocar al velo misterioso con que se debe cubrir siempre lo que se puede expresar y lo que se puede sentir acerca del derecho supremo de los pueblos y de sus Reyes, derechos que con nada se armonizan tan bién como con el silencio. Todos los intereses de la patria se encontraban entonces naturalmente confundidos en la persona del Rey, y la aureola de derecho divino y de derecho humano que circundaba á la Corona Real daba á la Monarquía entre nosotros, además del realce propio de la primera de las instituciones de gobierno, la consagración de un principio religioso.

Así comprende la institución Real Sor María de Ágreda; y por esto mismo llega fácilmente á presumir, como todos sus contemporáneos, que la Monarquía tendría por sí virtualidad suficiente para sacarnos del abismo si estuviera entregada á la dirección personal de un Príncipe merecedor por sus virtudes cristianas de la asistencia divina, que Dios no puede negar á los Reyes verdaderamente católicos. De aquí también sus apremios constantes para que el Rey gobierne por sí. Esta era la consecuencia principal que en sus desvelos patrióticos deducía ella de la noción que profesaba acerca del poder Real. Tal convicción se hallaba tan profundamente arraigada en ella, que le impedía apreciar la incapacidad personal de Felipe IV para gobernar por sí, y no le dejaba entrever los peligros de despotismo que entraña el que un Monarca intente, no ya dirigir personalmente su gobierno (que esa es siempre la primera obligación de Rey en no teniendo enfermo el entendimiento ó la voluntad), sino gobernar directamente por sí, imponiéndose á los consejos y á los cuerpos intermedios que se levantan entre el Soberano y los súbditos como baluartes de sus derechos recíprocos.

Como antes decíamos, estuvo todo el error de Sor María en fiar demasiado en la virtualidad misma de las instituciones, y sobre todo, de la institución Real. No se dió cuenta de que, en definitiva, tanto valen las instituciones cuanto los hombres que las dirigen, y que depende siempre el buen gobierno de la patria del equilibrio y armonía de estos dos elementos, sin los cuales no puede funcionar la vida orgánica del Estado: de un

lado, la acción de las instituciones; de otro, la dirección de los hombres. Cierto que si las instituciones que han germinado y crecido como organismos seculares sobre el suelo de la patria no encierran en su constitución elementos de corrupción y decadencia, sino garantías de derecho y recursos de poderío, facilitan de tal manera la acción del gobernante, que con ellas resultan al alcance de la medianía de los estadistas obras y empresas que de otro modo difícilmente podría realizar la superioridad de uno de esos hombres extraordinarios que de vez en cuando aparecen en la historia con signos providenciales. Pero no es menos cierto que de nada sirven las mejores instituciones como los hombres por quienes funcionan las manejen con torpeza; y que esta dirección humana de la vida orgánica de los Estados se sustrae á toda ciencia y precepto fijo, siendo contadísimos los principios generales y las reglas de conducta que se puedan asentar para el buen gobierno, reduciéndose todo en definitiva á la sagacidad, tacto, penetración y firmeza en las conjeturas y resoluciones de los que gobiernan, para navegar según el tiempo y las circunstancias. Así es que no se conoce entre las obras de los hombres ninguna tan difícil y azarosa como la de producir un buen gobierno. Por esto no se dará jamás un gobierno regular y estable que descanse todo él sobre una sola cabeza. La inteligencia más superior y el carácter más firme, la individualidad, en fin, más privilegiadamente organizada para el gobierno, aun cuando se apoye en instituciones tradicionales que sean para la patria el cáuce natural de las libertades nacionales, de la obediencia y disciplina social y de un poder público vigoroso entre propios y extraños; semejante iniciativa individual—decimos—aun fortalecida y auxiliada por tales medios, quedará aplastada bajo la terrible carga del gobierno, como no la comparta con otros, y atienda contínuamente la voz y los consejos de quienes le son inferiores, no sólo en jerarquía, sino también en capacidad.

Tal era la ilusión y engaño que padecía Sor María de Ágreda en los consejos que daba al Rey de gobernar por sí; y aun cuando estos consejos se hubieran dirigido, no ya á un Feli-

pe IV, sino á un Felipe II, su ejecución, con todo el alcance político que entrañaba, hubiera resultado á la postre desastrosa, tanto para el respeto de la justicia y de los derechos más sagrados de los súbditos en el desenvolvimiento de nuestras instituciones, como para la acertada gobernación de nuestra Monarquía.

Pero de todas suertes, las ilusiones y engaños en que pudiera incurrir Sor María de Ágreda con su concepto de la soberanía, nunca pudieron tener las consecuencias de anarquía y barbarie de que nos vemos amenazados ahora con la soberanía nacional, tal como hoy la pregona el rugido de las demagogias, soberanía cuyas voces se buscan destrozando los organismos naturales de las naciones y reduciéndolas á confuso tropel de muchedumbres, para que, á título de sufragio universal, estos millones de individualidades salvajes dicten con sus clamores los decretos supremos por que se han de regir los Estados y decidan qué instituciones han de morir, qué poderes los han de gobernar, si ha de continuar viviendo la patria ó si debe decretar su suicidio. Con las ilusiones de Sor María de Ágreda acerca del poder Real, la nave del Estado podía llegar á las regiones del despotismo; pero si continuamos por las aguas de la moderna soberanía, esta nave, con su tripulación de unos cuantos ilusos y muchos faranduleros, locos, imbéciles y piratas, se estrellará pronto en los arrecifes de la barbarie.

**Joaquín Sánchez de Toca.**

# OPINIONES RELIGIOSAS DE SPENCER

Cada período histórico tiene un filósofo que le inspira y da el tono á la opinión, influyendo en las ideas, en las instituciones y en las costumbres con no disputada soberanía. Sin remontarnos á la Edad media, donde encontraríamos á San Anselmo, á Roscelín, á Abelardo, á Alberto el Magno, y finalmente, á Scoto y Santo Tomás, ejerciendo sucesivamente una especie de dictadura en las escuelas, y desde ellas en todas las esferas sociales; en los tiempos modernos hemos visto repetido el mismo fenómeno, mayormente desde Bacon y Descartes, que rompieron definitivamente el viejo yugo de la Escolástica y crearon una especie de democracia en las letras y en las ciencias, dentro de la cual cada escritor genial, dotado de verdadera originalidad, obtiene una primacía voluntariamente reconocida por sus contemporáneos, que dura, no siglos como en la antigüedad, ni un plazo fijo, como en las repúblicas, sino todo el tiempo que tarda en surgir otro pensador no menos original, que desaloje al primero de su solio y alcance á la vez la investidura del talento y el acatamiento de los sabios europeos.

El último de estos modernos reyes de la ciencia, que se sienta en el trono que ocuparon Voltaire, Rousseau, Volney, Kant, Hegel, Krausse, Augusto Compte, es el sabio inglés

Spencer, quien, siguiendo las huellas del último de los filósofos nombrados, ha llevado al positivismo tales refinamientos de análisis, tales prodigios de erudición, que con motivo todos los centros intelectuales de Europa le han proclamado su oráculo y han olvidado las abstracciones del genio alemán, como las insípidas clasificaciones del positivismo francés, para extasiarse ante las profundas observaciones y novísimos puntos de vista del eminente inventor de la moderna sociología.

Spencer, como buen inglés, ha tomado las cosas por el lado práctico. Para él la sociedad es un organismo sujeto á leyes fijas é invariables como los demás organismos de la naturaleza. Las diversas instituciones sociales, con sus progresos y decadencias, sus modificaciones y necesidades, su nacimiento y su muerte, dependen de un conjunto fatal de circunstancias encadenadas que la determinan, como el medio ambiente en las plantas provoca la infinita variedad de sus accidentes. La sociología queda reducida dentro de este sistema casi á la misma condición que la mineralogía ó la botánica en el mundo físico.

Era natural que con semejante criterio las propensiones de la escuela fundada por Spencer resultasen ateas y materialistas. Aunque el autor no hubiese hecho sobre este punto especial una profesión de fe, sus discípulos en toda Europa habían convenido en que había terminado el reinado de lo sobrenatural y que el hombre no debía ocuparse, ni la ciencia admitir como legítimo, sino aquello que cayere bajo la acción de la experiencia, de la experimentación, relegando lo demás de que la humanidad se ha preocupado en todos los tiempos y lugares, á la esfera de lo imaginario ó cuando menos de lo *incognoscible*.

En esta situación han permanecido las cosas, mientras Spencer ha ido desarrollando su sistema sobre la familia, la industria, el comercio, las formas políticas, las artes y todos los elementos de la civilización. Fiel á su procedimiento, no ha tenido ocasión el gran pensador de modificar sus principios, tratándose de cuestiones que no estaban directamente relacio-

nadas con el gran problema, la religión. Sin ninguna dificultad ha podido explicarse la aparición, desenvolvimiento y evoluciones de las distintas formas sociales, prescindiendo por completo de lo sobrenatural, que para la inmensa mayoría de sus secuaces se consideraba ya como eternamente expulsado de las sociedades humanas.

Mas he aquí que en los estudios de Spencer les ha llegado el turno á las *instituciones eclesiásticas* que forman en el orden práctico un organismo social como otro cualquiera, y que no podía, por consiguiente, ser preterido sin dejar un gran vacío en el trabajo del gran positivista inglés. La religión, además de un sistema filosófico, sobre el cual puede cada uno formular sus opiniones, es un *hecho*, una institución profundamente arraigada en las sociedades, un organismo social de dimensiones tan vastas, de funciones tan múltiples y complejas, que era imposible pasarlo por alto en un tratado completo de Sociología.

Un talento de primer orden, como el de Mr. Spencer, no podía tratar esta materia sin llegar al fondo y sin expresar sus ideas con toda lealtad, aunque debiera costarle algunas pérdidas en su reputación científica y en su popularidad, como realmente ha sucedido. El escritor positivista se ha despojado de sus preocupaciones, de sus habitudes, de los compromisos de escuela que suelen dominar á los filósofos de su clase, y ha procedido á analizar los fundamentos de la religión con una serenidad y amplitud de miras que no desdeñarían Pascal, Leibnitz, Descartes, ninguno de los primeros filósofos espiritualistas.

Lo que Spencer se ha propuesto en primer término, ha sido estudiar la religión como institución social, investigar sus orígenes, seguir su desarrollo histórico á traves de las razas, de las civilizaciones, de los mil y mil accidentes que ha revestido en las sociedades humanas, para deducir de su pasado y su presente lo que será probablemente en el porvenir.

Según esto, hay que distinguir en el trabajo del célebre pensador inglés dos aspectos: el sociológico y el metafísico, el histórico y el doctrinal.

Respecto al primero, sólo nos cumple decir que es una hipótesis como otra cualquiera, de mayores ó menores probabilidades, pero de imposible comprobación. Averiguar si las sociedades primitivas se levantaron al primer concepto de la religión en presencia del fenómeno, el sueño, que les indujo á oponer el hombre despierto al dormido, y en consecuencia un doble *yo*, que se manifiesta pasajeramente en aquel doble estado y de una manera aún más evidente y definitiva en la muerte, como pretende Spencer; ó si empezó por la personificación de las grandes fuerzas de la naturaleza, según supone M. Reville; no nos incumbe á nosotros, ni creemos que haya términos hábiles para una completa demostración. Tal vez podría apelarse á una solución ecléctica, como acontece casi siempre en estas materias; admitiendo que el concepto del espíritu en general fué sugerido á los pueblos sin revelación por el espectáculo de la muerte y aun del sueño, al paso que esta idea así adquirida tomó proporciones hasta convertirse en los dioses pequeños y grandes del politeismo, y finalmente en la idea de un Dios único que preside á toda la Creación.

Mas lo que nos importa y venimos á hacer constar, es que Spencer, el empedernido positivista, el que se había empeñado en cerrar las puertas del sobrenatural religioso con la palabra *incognoscible*, que era el *lasciate ogni speranza* de las almas creyentes, ha venido, finalmente, á confesar que este incognoscible existe, que tiene todos los atributos que le ha confesado la religión: la eternidad, la inmensidad, la infinidad, y que «es el origen de donde todas las cosas proceden.»

Ha hecho todavia más el filósofo positivista; ha declarado que las religiones positivas son perpetuas, que subsistirán en adelante como hasta aquí, y que «no es probable que sea disminuído, sino aumentado el sentimiento religioso por el análisis de los conocimientos y el progreso de las ciencias.» La forma religiosa variará ó evolucionará, como todo, en un sentido análogo y según las exigencias de la civilización, tomando un carácter más moral en el fondo y más democrático en la forma; pero habrá siempre «instituciones eclesiásticas,»

dedicadas á satisfacer el sentimiento religioso de la humanidad. Estudiaremos más detenidamente estas declaraciones.

La teología racional, que tiene por objeto analizar la naturaleza del Ser Supremo, ha debido reconocer en todo tiempo que éste es inaccesible á la razón del hombre. Ninguna escuela teológica ha llegado á suponer que en la tierra la causa primera puede ser vista ó conocida como es en sí. Los libros sagrados del Cristianismo que forman la pauta á que se han adaptado los teólogos de Europa, nos dicen que «las cosas invisibles de Dios se manifiestan por las cosas que han sido hechas,» pero que á Dios directamente «no lo ha visto nadie;» pues, «así como las cosas que son del hombre, sólo las sabe el espíritu del hombre, que está en él, así las cosas que son de Dios nadie las conoció sino el Espíritu de Dios.»

Mas no se deduce de estos antecedentes que el hombre esté sumido en una ignorancia profunda y completa de todo lo que se refiere al Ser increado, según la teología cristiana; puesto que, dice ella, «el universo nos refleja sus resplandores y nos lo permite ver como por un espejo, entre enigmas, aunque después lo veremos cara á cara; ahora lo conocemos en parte; después lo conoceremos como somos conocidos.» Esta es la teoría cristiana sobre Dios, que ha venido á confirmar plenamente el apóstol del moderno positivismo.

En sus primeros trabajos se limitó Spencer á llamar á Dios el *incognoscible*, el *no visto*, como pretendiendo con esto indicar que no podía ni debía entrar en el comercio de las inteligencias humanas. Ahora, sin negar que Dios permanecerá en esferas inaccesib les á nuestra vista, declara, como San Pablo, que el espectáculo del universo nos lo revela, y que cuanto más profundicemos en el conocimiento de las criaturas, más vivo percibiremos el sentimiento y el presentimiento del Criador, progresando paralelamente con las demás en la esfera de la religión.

No podemos trasladar las magníficas páginas en que por modos inimitables lo declara, viéndonos reducidos á copiar literalmente algunas de sus maravillosas frases: «La necesidad

en que nos hallamos de pensar de la energía externa en términos de la interna, da al universo un aspecto espiritualista más bien que materialista.» «Irá haciéndose cada vez más clara una verdad, la verdad de que hay una existencia inexcrutable, por todas partes manifestada, de la cual no podemos hallar ni concebir el principio ni el fin. Entre los misterios que se hacen más incomprensibles cuanto más en ellos se piensa, quedará la única absoluta certidumbre de que está el hombre siempre en presencia de una Energía Infinita y eterna, de la cual todas las cosas proceden.»

He aquí una confesión de fe que no rehusaría el más acrisolado deista. Es verdad que pocas páginas antes declara que «esta última energía nunca y de ninguna manera podrá mostrarnos lo que es;» es cierto que parece negar los fundamentos de la creencia humana al decir que «las nociones de origen, causa y propósito son nociones relativas ó pertenecientes al pensamiento humano, que probablemente son ajenas á la última realidad, que trasciende al pensamiento del hombre» y que «la palabra *explicación* carece de sentido cuando se la aplica á la suprema realidad;» pero él mismo dice que «es irracional suponer que desaparezca la conciencia religiosa engendrada naturalmente, según se demuestra en anteriores estudios, y deje un vacío no llenado;» sino que, al contrario, «una inteligencia más ancha y más fuerte podrá tal vez en el porvenir hacer al hombre capaz de formar una vaga conciencia ó concepto de los fenómenos del universo en su totalidad, como acontece comparando la audición musical de un profano comparada con la de un hombre inteligente; y así, comprendido en su conjunto lo que ahora comprendemos sólo en parte, le acompañará un sentimiento, tanto más allá del hombre en la cultura actual cuanto el sentimiente de éste aventaja al del salvaje.»

Hechas por Spencer tan importantes confesiones sobre el Ser Supremo y sobre el sentimiento religioso natural que lo tiene por objeto, era lógico que no considerase caducadas las religiones positivas, que son su manifestación en la historia, sino sujetas, como todo á la ley de la evolución. Sobre estos

puntos ha hecho también declaraciones explícitas. «Aunque en las sociedades superiores,—dice—las instituciones eclesiásticas ocupen sitios menos importantes que en las sociedades inferiores, no hemos de deducir que en adelante desaparecerán por completo; antes bien será lícito esperar un aumento en el número de cuerpos religiosos (eclesiásticos), que tendrá cada uno sus diferencias respectivas de creencias y prácticas, bien que más tarde tiendan á una relativa unificación.»

Los discípulos del filósofo positivista en todos los países, pero mayormente en España, que creyeron, apoyados en la autoridad de su maestro, que las corporaciones religiosas morirían por inanición, sin tener otras que las sucedieran, habrán podido convencerse de que el gran pensador no pudo incurrir en tamaña vulgaridad, propia solo de almas pequeñas que no han profundizado en los abismos del alma humana ni en los grandes problemas de la Creación. La religión evoluciona, pero no muere, como todo lo que es esencial á la naturaleza. La cuestión estriba sólo en saber en qué forma se realizará esta evolución religiosa.

Haciendo un profundo estudio el sabio positivista de las trasformaciones que han sufrido las sociedades modernas por la influencia del elemento industrial, que ha sustituído al militar autoritario, deduce en primer lugar que se realizará la separación completa de la Iglesia y del Estado, que sólo habían permanecido unidos en virtud de compromisos contraídos por el poder religioso con las clases nobiliarias. Añade que las distintas confesiones se aproximarán á la unidad de creencias en los puntos esenciales á medida que depuren sus dogmas y se eleven á un más alto sentimiento de la causa primera; y finalmente que, «continuando el cambio en la forma de gobierno de la Iglesia, desaparecerá por completo en el ministro la idea del sacerdote.

No puede desconocerse la claridad de vista que resplandece en las anteriores apreciaciones, hijas del conocimiento más profundo y exacto de la realidad. Desde nuestro país, que ha persistido durante tantos siglos en la inmovilidad más completa, no puede apreciarse exactamente la delicadeza de aquellas

observaciones; pero en los países libres, que han visto pasar tantas trasformaciones religiosas, tendiendo á porfía hacia el ideal, ha resultado confirmado por la experiencia lo que sanciona la razón, ó sea la separación de la Iglesia y el Estado, los conatos de aproximación entre las sectas en una síntesis común y la desaparición casi absoluta de la idea de sacerdote en las mismas comuniones cristianas. Sin hacer uso de su excepcional perspicacia, ha podido predecir Spencer que el proceso de la idea religiosa conduciría á dichos términos en un no remoto porvenir.

Con este antecedente, ya es fácil determinar cuáles serán las funciones del ministerio eclesiástico. «Cada una de las funciones antes descritas—dice—la de propiciar y la de enseñar, es probable que continuarán bajo formas cambiadas; aunque con la transición del teismo al gnosticismo se puede esperar que acaben todas las observancias que envuelven la idea de propiciación, mas no aquellas que tienden á mantener viva la conciencia de la relación en que estamos con la Causa desconocida, y que tienden á dar expresión al sentimiento que acompaña dicha conciencia. Quedará la necesidad de modificar la forma de vida muy material y prosáica que resulta de la absorción en el trabajo diario, y habrá siempre una esfera para los que son capaces de comunicar á sus oyentes un sentimiento adecuado del *Misterio* en que el origen y el sentido del universo están encerrados.»

Estas frases, de un color y sentido sublime, revelan á las claras que pocos hombres en la humanidad han experimentado un sentimiento de la religión tan exquisito y delicado, profundo y racional, como Spencer. Para él es el universo un templo lleno de la gloria del Creador, una lira, entre cuyos sonidos vibra el alma del Artista; un pomo misterioso, impregnado de la Esencia soberana, que inunda el sentido interior de los espíritus que lo contemplen. Si la religión hubiera corrido peligro, el sabio positivista hubiera sido capaz de restaurarla en el corazón de la humanidad.

Pero no se limita aquí; antes bien, penetrando sagazmente

en la religión del porvenir, fija sus menores detalles, y dice: «Se puede esperar también que la expresión musical que acompañe este sentido superior del misterio infinito, no sólo sobrevivirá, sino que experimentará un desarrollo más extenso. Ya en la actualidad la música de las catedrales protestantes, más impersonal que ninguna otra, sirve, no muy mal, para expresar sentimientos sugeridos por la idea de una vida transitoria, tanto del individuo como de la raza, una vida que no es más que un producto infinitesimal de un poder sin límites que podamos encontrar ó imaginar; y en lo sucesivo, tal música podrá aún expresar tales sentimientos.»

Esto, por lo que se refiere al culto. Respecto al carácter del ministerio eclesiástico en lo futuro, dice que «es de esperar que tome un predominio más marcado y un vuelo más extenso la insistencia en el deber, que ha tenido un predominio creciente en las manifestaciones religiosas. La conducta de la vida, parte de la cual se toma ya como asunto para los sermones, será probablemente el asunto preferido en toda su extensión;» y acaba, para reasumir su pensamiento, diciendo: «En una palabra, podemos decir que, así como habrán de permanecer siempre nuestras relaciones con lo *no visto*, y nuestras relaciones con otros, parece probable que sobrevivirán ciertos representantes de los que en el pasado se ocuparon en las observancias y enseñanzas convenientes á entrambas relaciones, por más alejados que lleguen á ser de sus prototipos sacerdotales.»

He aquí á Spencer, el gran filósofo positivista, jefe y cabeza de esa secta en que toda Europa pronosticaba el fin de las religiones positivas, convertido en un simple reformador ó protestante, de ideas más ó menos adelantadas, pero conviniendo en el punto más fundamental, que es la creencia en la existencia de un Poder moderador del universo, en una Energía eterna é infinita de donde todas las cosas proceden; en un protestante que admite, como estas iglesias ó sectas, la subsistencia en el porvenir de comuniones religiosas más perfectas, pero substancialmente idénticas á las que actualmente existen en toda la tierra. Los augurios de la gran revolución en que desapare-

cerían ahogadas por una gran invasión de vida material todas las formas religiosas, no se han cumplido, y gracias á un superior sentido de la realidad, que no había alcanzado sino parcialmente, el positivismo ha debido confesar que se había equivocado y que la religión es eterna como la constitución esencial del alma humana, y como lo infinito inexcrutable, que sin cesar persigue en sí misma y en la naturaleza.

Es cierto que todavía queda en pie la cuestión del Cristianismo y de las demás religiones positivas; pero ésta no corresponde resolverla á la filosofía, sino á la historia. Si la humanidad encuentra la satisfacción de su necesidad más íntima en las instituciones que le ha legado la tradición y ha trasformado el movimiento de los siglos, mejor que en las abstracciones de los filósofos y en los escarceos de la ciencia, ella se encargará de resolver el problema, dando vida á esas instituciones y demandando luz á los que le hablan en nombre del cielo y hacen vibrar las cuerdas más vivas de su alma, antes que á los hombres de palabra fría y de doctrina incierta, á quienes pide inútilmente el reposo y la tranquilidad de su conciencia, la realidad inmensa é infinita por que suspira su corazón. La victoria definitiva será para la doctrina religiosa que realice mejor el ideal, que, en nuestro sentir, es la Cristiana, y entre las diferentes escuelas que persiguen el mismo ideal, para aquella que mejor lo encarne y mejor lo adapte á las exigencias de la moderna civilización, que, según nuestro modo de ver, son las iglesias democráticas.

Las declaraciones de Spencer, que envuelven otras tantas concesiones á las religiones positivas, que los positivistas vulgares declaraban caducadas para siempre, debieron provocar y provocaron enérgicas protestas en el seno de la escuela positivista contra el gran maestro, á quien se acusó de haber pasado con armas y bagajes al campo espiritualista ó metafísico, de donde le creían alejado definitivamente. El primero que levantó la bandera de rebelión é inició en Europa la cruzada contra el sabio inglés, fué Mr. Harrisson, en la importa nte revista *Nineteenth Century*, donde tuvo lugar la célebre polémica con

Mr. Spencer, que todo el mundo sabio siguió con inmensa curiosidad. En ella el entusiasta discípulo de Augusto Compte increpó duramente á Spencer por haber desertado de la bandera positivista, trocando lo *incognoscible* por el Dios personal, tal como lo definen, entienden y proclaman los cristianos.

Mr. Spencer se defendió con tanta energía como poca fortuna. No pudo desvirtuar, por más que quiso, sus confesiones, y se envolvió en unas reservas y misterios de interpretación que no hacen honor á la claridad de su inteligencia ni á la integridad de su carácter.

El argumento de Harrisson consistía en el siguiente: «Dice Spencer á los teólogos que no tienen derecho á hablar de causa de inteligencia suprema, de nada que pueda ser concebido tratándose del incognoscible, y, sin embargo, él lo usa, añadiendo que no entiende por esto nada que pueda ser concebido. Su incognoscible no es negativo, como debía ser, sino positivo; es una energía, es un poder, es infinito, es eterno; más; es la energía eterna de que todas las cosas proceden. Es uno en todas partes y en todo tiempo; uno dentro de nosotros y fuera de nosotros; un espíritu. ¿Qué otra concesión se puede hacer á las escuelas cristianas?»

Mr. Spencer manifiesta «sentir que las palabras en cuestión hubiesen excedido á su pensamiento, en el sentido en que él las usó,» que era, por supuesto, un sentido privado, y se queja de Mr. Harrisson, «que las interpretó muy mal,» sin duda porque le engañó el lenguaje de Mr. Spencer.

Al contemplar estos y otros pueriles subterfugios á que apela el gran pensador para escapar á la fuerza de la lógica, que le lleva derechamente al deismo, se asombra el lector de que se pueda juntar en una misma alma tanta mezquindad y tanta grandeza. El hombre que ha escrito frases como esta: «La inexcrutable existencia, manifestada por todos los fenómenos, tiene, respecto á nuestro concepto general de las cosas, substancialmente la misma relación que el poder creador afirmado en la teología;» ó esta otra: «La conciencia de la causa puede abolirse ó destruirse sólo aboliendo la misma conciencia;» y

otras no menos expresivas, no tiene más remedio que consentir que se le clasifique en el número de los más fervorosos creyentes en el Ser Supremo.

Es verdad que á veces parece sentir vacilaciones panteistas, y ofuscándosele momentáneamente su rara clarividencia ó confundido en las profundidades del misterio, tiene frases como la siguiente: «Lo incognoscible es, en realidad, suma de poderes, substractum, poder derivado en la conciencia y en la materia; es el todo ser, la causa última desconocida, la gran corriente del poder creador no limitada al espacio y al tiempo, la existencia última de la cual todos son modos.» Cada una de estas frases envuelve una profesión de fe panteista, que se halla desvirtuada por otras que las preceden y las siguen; pero demuestran, así unas como otras, que, en el sentir de Spencer, sobre la materia y á través suyo hay algo invisible, eterno, espiritual, que responde á las instituciones de nuestra razón y á los presentimientos de nuestra conciencia.

Entre los muchos cargos que á Mr. Spencer se han hecho en innumerables Revistas, diarios y libros, aparecidos en toda Europa, citaremos los que le dirige la *Revue philosophique*, que se publica en París. El crítico de esta Revista, al apreciar el contenido del tomo VI de la sociología de Spencer, titulado: *Eclesiastical institutions*, le dirige el siguiente reproche: «Si la sociología ha de estudiar, como pretende con frecuencia, todos los fenómenos que tienen lugar en el seno de las sociedades, entonces no es una ciencia, sino la ciencia misma.» Y concretando la objeción al caso presente, añade más adelante: «La sociología y la historia de las religiones son y deben continuar siendo cosas distintas.»

No es de nuestra incumbencia justificar á Spencer por haber en su estudio rebasado todos los límites y haber llegado á la esencia misma de las cosas; solamente nos permitiremos advertir que, no habiendo tenido los sabios de Europa otra cosa que elogios para el gran sociólogo cuando penetraba á la íntima esencia de las demás instituciones sociales é investigaba sagazmente sus orígenes y desarrollo histórico, es particular

que guarden sus protestas para el momento en que ha querido aplicar los mismos procedimientos á la religión.

Nó; la religión no puede estudiarse concienzudamente en su pasado ni, sobre todo, en su porvenir, sin partir de un criterio fijo y seguro sobre el Ser Supremo, que la sirve de base. Porque, si bien en la práctica de la religión esta idea fundamental no resplandece con frecuencia ni asoma siquiera en ella, como advierte el mencionado crítico, ella es, sin embargo, la que decide del porvenir de las religiones positivas, que sólo de este dogma reciben su existencia y justificación en las sociedades, así antiguas como modernas.

Ha hecho, pues, perfectamente Spencer procurando desentrañar los fundamentos psicológicos y cosmogónicos de la idea de Dios para redondear su estudio de las religiones. La solución que ha dado, podrá haber disgustado á ciertas escuelas resueltamente contrarias á las conclusiones del sabio positivista, ó bien á aquellas que quisieron ver siempre tendido sobre esta cuestión un tupido velo, no sabemos si del pudor, del respeto ó del miedo; pero un sabio de las condiciones de Spencer, debía abordarlo y resolverlo conforme á las indicaciones de su conciencia.

De sus declaraciones se desprenden dos enseñanzas que deberían tener presente las dos escuelas extremas, las más numerosas, sin duda, que combaten en nuestra patria. Es la primera la que afirma que «las religiones no son fenómenos transitorios, puesto que es irracional suponer que desaparezca la conciencia religiosa, generada naturalmente por las condiciones de la conciencia misma, dejando un vacío sin llenar,» contra lo que suponen nuestros más avanzados partidos políticos y otros que, sin parecerlo, profesan sobre este particular las mismas opiniones.

Las religiones no desaparecen sino cuando son reemplazadas por otras; porque, como dice admirablemente Spencer, el mundo moral, lo mismo que el físico, no consiente el vacío.

La otra indicación va dirigida á nuestros reaccionarios de todos matices, que creen á la religión algo inmoble y graníti-

co, como los monolitos de Egipto, inaccesible á los cambios y evoluciones humanas. La historia nos enseña todo lo contrario, y es de esperar que las formas religiosas seguirán evolucionando en el sentido que marca su propia índole y el progreso racional. Nosotros, desgraciadamente, no hemos asistido á este cambio, porque nuestra patria sigue firme en la preocupación de que la religión, no sólo en su fondo, sino también en su forma, es inmutable.

Mas aquellos que, como Spencer, han asistido felizmente al espectáculo de las variaciones progresivas realizadas en el seno de la vida religiosa; que la han visto pasar de la forma autocrática á la aristocrática, y de ésta á la democrática, tendiendo á hacerse más espiritual en el culto, más popular en la organización, más simplificada en el dogma, más alejada de compromisos con todo gobierno, están en condiciones para predecir el curso de estos progresos y la marcha de esta evolución, que va, no al ateismo, como las escuelas extremas suponen, sino donde dice Spencer, al concepto más alto, al sentimiento más hondo de la Suprema Energía que preside al Universo.

**Pedro Sala y Villaret.**

# EL PROGRESO Y EL PAUPERISMO [1]

## LEY DEL PROGRESO HUMANO

### II

**Diferencias de civilización á que son debidas.**

Al intentar descubrir la ley del progreso humano, el primer paso debe ser la determinación de la naturaleza esencial de aquellas diferencias que nosotros describimos como tales en la civilización.

La Filosofía corriente, que atribuye el progreso social á cambios operados en la naturaleza humana, no está de acuerdo con los hechos históricos, según hemos visto ya. Y podemos también ver, si las consideramos atentamente, que las diferencias entre las sociedades en diferentes etapas de civilización no pueden ser atribuídas á diferencias innatas en los individuos que componen estas asociaciones. Cierto es que hay diferencias

(1) Véase la REVISTA del 10 de Diciembre.

NOTA. En el número anterior se omitió indicar que esta serie de artículos es un arreglo hecho de la obra de Henry George, *Progress and Poverty*. (N. de la R.)

naturales, é indudable es también que hay algo como de trasmisión hereditaria de las particularidades; pero las grandes diferencias entre los hombres en los diferentes estados de la sociedad, no pueden ser explicadas por este camino. La influencia de lo que es hereditario, á la cual es moda ahora estimar en tan alto grado, viene á ser como nula, comparada con la influencia que moldea al hombre después de su venida al mundo. ¿Qué hay más íntimamente impreso en los hábitos que el lenguaje, que llega á ser, no sólo automático hábito de los músculos, sino también medio del pensamiento? ¿Qué es lo que más largo tiempo persiste, ó lo que de manera más viva muestra la nacionalidad? Sin embargo, nosotros no hemos nacido con una predisposición á un lenguaje especial. Nuestra lengua moderna es nuestra lengua patria, sólo por haberla aprendido en la infancia. Un niño que sólo oye desde un principio una lengua distinta de la que hablaron sus padres por espacio de innumerables generaciones, la aprende tan fácilmente como la misma de sus antecesores. Lo mismo tiene lugar con otras particularidades nacionales, locales ó jerárquicas. Parecen ser objeto de educación y de hábito, no de trasmisión. Esto muestran los casos de niños blancos capturados en la infancia por los indios y educados en sus chozas. Y esto tendrá lugar, yo creo, con niños educados por los gitanos.

Esto no es tan cierto, á primera vista, si se trata de los hijos de los indios ó de otras razas distintamente marcadas cuando son educados por los blancos, y esto creo que es debido al hecho de que ellos nunca son tratados precisamente como los niños blancos. Un profesor que ha prestado su enseñanza en una escuela de niños de color, me ha afirmado que éstos eran realmente de más vivacidad y más fáciles de enseñar, hasta la edad de diez ó doce años, que los niños blancos; pero que á partir de esta edad, se hacían más torpes y descuidados. Él creia ver en esto una prueba de inferioridad innata de raza, y así lo pensaba yo también en aquel tiempo. Pero después oí á un negro muy inteligente (el Obispo Hillery) hacer incidentalmente una observación que, en mi sentir, es suficiente explica-

ción. Decía: «Nuestros hijos, cuando jóvenes, son tan despiertos como los niños blancos, y tan prontos para aprender; pero cuando llegan á tener bastante edad para apreciar su situación y comprender que son mirados como raza inferior y que nunca pueden esperar ser más que cocineros, criados ó algo semejante, pierden sus ambiciones y descaecen.» Y á esto debía haber añadido que, siendo hijos de padres pobres, incultos y sin ambición, la influencia de su familia obra en contra suya. Pues yo creo que es asunto de observación general que en la primera época de la educación los hijos de los ignorantes son tan aptos para la comprensión como los hijos de padres inteligentes, pero por regla general los últimos adelantan á los primeros, haciéndose los más inteligentes. La razón es sencilla. Cuando estudian los primeros rudimentos en la escuela, están á la par; pero cuando el estudio se hace más complejo, el niño que en casa está acostumbrado al lenguaje culto y oye conversaciones inteligentes, y tiene acceso fácil á los libros, puede responder más fácilmente, etc., ventajas que aprovechan en el estudio.

Lo mismo puede verse en época más avanzada de la vida. Colóquese un hombre, que se ha levantado por sí mismo de los trabajos más comunes, en contacto con hombres cultos y hombres de negocios, y se hará más inteligente y más culto. Tómense dos hermanos, hijos de padres de humilde condición, educados en la misma casa y por los mismos medios, el uno de ellos que se ponga á un trabajo duro, y nunca pasará más allá de ganar su vida por el rudo trabajo diario; el otro, comenzando como muchacho errante, marchará en otra dirección y llegará á ser últimamente un afortunado abogado, comerciante ó político. A los cuarenta ó cincuenta años el contraste entre ellos será sorprendente, y el irreflexivo lo acreditará por las mayores habilidades naturales que han servido al otro para avanzar más. Tan sorprendente será la diferencia entre las maneras é inteligencias que se manifiesten en dos hermanas, una de las cuales, casada con un hombre que haya permanecido pobre, pasará su vida afligida á cada instante por pequeños

cuidados y privada de comodidades; y la otra, casada con un hombre cuya subsiguiente posición la conduzca á la sociedad culta, tendrá la facilidad de comodidades que refinen su gusto y den expansión á su inteligencia. Así se podrá ver el deterioro del carácter, pues la frase de que «la mala compañía corrompe las buenas maneras,» no es más que expresión de la ley general de que el carácter humano es profundamente modificado por las condiciones sociales del medio en que vive.

Recuerdo haber visto, visitando un puerto del Brasil, á un hombre negro, vestido de tal modo, que acreditaba un intento de imitar la alta moda, pero sin calzado ni medias. Uno de los marineros que me acompañaba, y que había hecho algunas excursiones en la trata de negros, sostenía la teoría de que un negro no era hombre, sino una especie de mono, y señalaba al hombre antes citado como evidente prueba de ello, afirmando que no era natural á un negro el llevar zapatos, y que en su condición salvaje no debía llevar ropa alguna. Después he sabido que no se consideraba «cosa propia» de los esclavos el llevar calzado, precisamente de igual modo que en Inglaterra no se cree adecuado al adorno de un intachable vendedor de manteca el llevar presea alguna de platería (aunque desde entonces he visto, respecto á esta cuestión, hombres blancos y en libertad vestirse á su placer y adornarse de un modo tan incongruente como el esclavo brasileño). Muchos de los hechos aducidos como demostrativos de la trasmisión hereditaria, nó tienen, realmente, más consistencia que el de nuestro darwinista del alcázar de proa.

El que en Nueva York, por ejemplo, un gran número de criminales y de los auxiliados por la caridad pública se haya demostrado que descendían de tres ó cuatro generaciones de mendigos, se ha mostrado extensivamente como prueba de la trasmisión hereditaria. Pero no demostrarán estos hechos nada que conduzca á tales conclusiones, mientras se halle más próxima una explicación más adecuada. Los mendigos crían á otros mendigos, aunque los niños que estén á su cuidado no sean suyos; de igual modo, precisamente, que el contacto fami-

liar con los criminales hace criminales á hijos de padres virtuosos. Para aprender á confiar en la caridad, es necesario perder el propio respeto é independencia necesarias para ayudarse cuando el esfuerzo por la existencia es duro. Esto es tan evidente, que, como es bien conocido, la caridad tiene el efecto de aumentar la demanda de caridad, y es cuestion no resuelta aún si la asistencia caritativa, pública, y las limosnas privadas, hacen más daño que beneficio en este camino. Lo mismo tiene lugar en las disposiciones de los niños para mostrar los mismos sentimientos, preocupaciones, gustos ó talentos que sus padres. En ellos se inculcan estas disposiciones precisamente, de igual modo que embeben otras de sus habituales asociados. Y la excepción prueba la regla cuando se puede excitar el descontento ó la revulsión.

Hay en esto una influencia más sutil, según yo pienso, que explica lo que es considerado como atavismo del carácter: la misma influencia suscita, en el niño que lee novelas oscuras, la necesidad de hacerse pirata. En cierta época conocí á un señor por cuyas venas corría la sangre de un jefe indio. Acostumbraba relatarme tradiciones aprendidas de sus abuelos que acreditaban lo que es difícil comprender á un hombre blanco, á saber: la costumbre india de pensar, la intensa pero paciente sed de su sangre por seguir las huellas de sus mayores y la firmeza en sus propósitos. Según la manera como insidían en él estas tendencias, no tengo duda alguna que, á pesar de ser un hombre altamente educado y civilizado, en ciertas circunstancias hubiera de haber mostrado rasgos que habrían de haber aparecido como debidos á la sangre india, pero que, en realidad, hubieran sido suficientemente explicados como fruto de sus reflexiones sobre los hechos de sus mayores.

En cualquier sociedad extensa podremos ver cómo entre diferentes clases y grupos hay diferencias de la misma naturaleza que las que existen entre sociedades que consideramos como diferentes en civilización: diferencias de conocimientos, de creencias, costumbres, gustos y lenguaje; que en sus extremos se muestran entre pueblos de la misma raza que habitan

un mismo país, apartamientos casi tan grandes como los existentes entre las sociedades salvajes y las civilizadas. Así como todos los grados del desarrollo social, á partir de la edad paleólica, se pueden encontrar aun en sociedades contemporáneas, de igual modo se pueden encontrar también en el mismo país, en la misma ciudad, y en contacto diario, grupos que muestran análogas diferencias. En países como Inglaterra y Alemania, hijos de la misma raza, nacidos y educados en el mismo punto, crecerán hablando lenguajes diferentes, teniendo distintas creencias, siguiendo diferentes costumbres y manifestando distintas inclinaciones y aficiones; y en otros países, tales como los Estados Unidos, pueden verse diferencias de igual especie, aunque no en el mismo grado, entre diferentes círculos ó grupos.

Pero estas diferencias no son, ciertamente, innatas. Ningún niño nace metodista ó católico. Todas estas diferencias que distinguen los diferentes grupos ó círculos, se derivan de la asociación de estos círculos.

Los genízaros se reclutaban entre los jóvenes de padres cristianos que en tierna edad habían sido arrebatados á éstos, y no por eso eran menos fanáticos musulmanes ni dejaban de mostrar todos los rasgos turcos; las asociaciones, tales como las escuelas ó las agrupaciones militares, cuyos componentes permanecen juntos sólo un corto tiempo y están constantemente cambiando, muestran caracteres generales que son el resultado de la impresión mental perpetuada por la asociación.

Ahora bien; este cuerpo de tradiciones, creencias, hábitos, leyes, costumbres y asociaciones, que surge en toda sociedad y que rodea á cada individuo, este *superorganic environement*, como le llama Herbert Spencer, como yo lo considero, es el gran elemento en el determinante carácter nacional. Este, más bien que la trasmisión hereditaria, es el que hace al inglés diferente del francés, al alemán del italiano, al americano del chino y al hombre civilizado del salvaje. Por este camino es por donde los rasgos nacionales son preservados, extendidos ó alterados.

Dentro de ciertos límites (ó si se quiere sin límites en sí misma), la trasmisión hereditaria puede desarrollar ó alterar cualidades; pero esto es mucho más cierto de la parte física que de la mental, y mucho más cierto de las partes animales que de las partes físicas del hombre.

Las deducciones que se obtengan de la cría de las palomas ó de los ganados, no pueden aplicarse al hombre, y la razón es clara. La vida del hombre, aun en su estado más rudo, es infinitamente más compleja. Está constantemente impulsado por influencias infinitamente más numerosas, en medio de las cuales la relativa influencia hereditaria se hace cada vez más pequeña. Una raza de hombres que no tenga más actividad mental que los animales (hombres que sólo comiesen, bebiesen, durmiesen y se propagasen), no tengo duda de que, por un cuidadoso tratamiento y selección en la generación, presentarían, con el trascurso del tiempo, tan gran diversidad en la configución corporal y en sus caracteres como las producidas por semejantes medios en los animales domésticos. Pero tales hombres no existen; y en hombres tal como son, la influencia mental, obrando por medio de la inteligencia sobre el cuerpo, interrumpiría constantemente este proceso.

Según todas las probabilidades, el hombre existe en la tierra desde época más remota que muchas especies de animales, y sus distintas tribus han estado separadas entre sí por diferencias de clima, que producen las más marcadas diferencias en los animales; y aun las diferencias físicas entre diferentes razas de hombres, apenas si son mayores que las que existen entre los caballos blancos y los negros, no son, ciertamente, tan grandes como las que existen entre perros de la misma subespecie, como, por ejemplo, las diferentes variedades del zarreno ó del sabueso. Y aun estas diferencias físicas entre las distintas razas humanas fueron organizadas, según la apreciación de los que las atribuyen á la selección, en época en que el hombre estaba mucho más cerca de los animales, es decir, cuando tenía menos entendimiento.

Y si esto es cierto respecto de la constitución física del

hombre, ¿cuánto más no lo será de su constitución mental? Todos nuestros elementos físicos los traemos al mundo con nosotros, pero la inteligencia se desenvuelve después. Hay un grado en el crecimiento de todo organismo animal, en que no se puede decir, á menos que no nos fijemos en lo que le rodea, si el animal que va á producirse ha de ser pez, reptil, mono ú hombre. Así de un recién nacido no se podrá decir si la inteligencia que ha de despertar á la vida y poder consciente ha de ser inglesa, alemana, americana ó china; el que la inteligencia sea de un hombre civilizado ó de un salvaje, depende enteramente de las circunstancias sociales en que se coloca.

Llévense gran número de niños, nacidos de los padres más civilizados, á un país deshabitado. Supóngase que, por un medio que los mantenga aislados de toda comunicación humana, han llegado á la época de poder cuidar de sí mismos: ¿qué se obtendrá después de esto? Los salvajes más desvalidos. Ellos tendrían que descubrir el fuego, inventar las armas y útiles más rudos, y construir el lenguaje. En breve sentirían obstruído el camino de su progreso, por la falta de los conocimientos más sencillos que hoy posee indudablemente la raza más inferior, precisamente de análogos modos que un niño aprende á andar. No abrigo la menor duda de que en cierto tiempo habían de realizar todas estas cosas, pues todas estas posibilidades están latentes en las aptitudes intelectuales humanas, de igual modo que el poder de andar está latente en la organización humana; pero no creo que ellos hicieran estas cosas mejor, ni más despacio ni más de prisa que los hijos de padres bárbaros colocados en las mismas condiciones. Dado el más alto poder mental que individualidades excepcionales han mostrado en todo tiempo, ¿qué sería de la humanidad si una generación estuviese separada de la inmediata anterior por un intervalo de tiempo de setenta años, por procedimiento análogo al de la reproducción de la langosta? tal intervalo reduciría al hombre, no ya al estado de salvajismo, sino á una condición respecto á la cual el estado salvaje, tal como le conocemos hoy, sería considerado como civilización.

Y supongamos inversamente, que cierto número de niños salvajes, sin que se apercibiesen sus madres (pues esto era necesario para que el experimento fuese completo), se sustituyesen por otros tantos hijos de la civilización: ¿podremos suponer que mostrasen diferencia alguna con el crecimiento? Pienso que no será de la opinión afirmativa nadie que haya tenido frecuente trato con diferentes pueblos y clases sociales. La gran lección que se aprende así, es que «la naturaleza humana es humana naturaleza en toda la faz del globo.» Esta lección puede aprenderse también en una biblioteca. No quiero hacer relación á las relaciones de los viajeros, pues las reseñas que de los salvajes hacen los civilizados que escriben libros, son con mucha frecuencia las mismas que harían de nosotros los salvajes si nos hiciesen visitas volantes y después escribiesen libros á su vez; pues aquellos momentos de la vida y los pensamientos de otros tiempos y otros pueblos, vertidos á nuestro lenguaje de hoy día, son como vislumbros de nuestra propia vida y ráfagas luminosas de nuestro propio pensamiento. El sentimiento que inspiran es el de la esencial homogeneidad de los hombres. «El fin de toda investigación en la historia ó en el arte»—dice Emanuel Deutsch—«es que los hombres eran precisamente tal como nosotros somos.»

Hay un pueblo que se encuentra en todos los ámbitos del globo y que ilustrará bien qué particularidades son debidas á la trasmisión hereditaria y cuáles á la trasmisión por asociación. Los judíos han mantenido la pureza de su sangre más escrupulosamente y por más largo tiempo que cualquiera de las otras razas de Europa; sin embargo, estoy inclinado á creer que el único rasgo característico que puede atribuírseles es el de la fisonomía, y éste es, en realidad, mucho menos marcado de lo que convencionalmente se ha supuesto, como podrá ver todo el que se tome el trabajo de observarlo. Aunque constantemente han verificado sus matrimonios entre sí mismos, los judíos han sido en todo lugar modificados por las condiciones que les han rodeado; los judíos ingleses, rusos, polacos, alemanes y orientales, difieren entre sí en muchos respectos tanto como los otros

pueblos de estos mismos países. Tienen, sin embargo, mucho de común, y donde quiera han conservado su individualidad. La razón es evidente. La religión hebrea (y seguramente la religión no es trasmitida por la generación, sino por la asociación), es la que en todas partes ha mantenido la distinción de la raza hebrea. Esta religión, que derivan los niños, no como derivan sus caracteres físicos, sino por preceptos y asociación, no sólo es exclusiva en su enseñanza, sino que, por originar la sospecha y el disgusto, ha producido una presión exterior á ella, y que más que sus preceptos ha contribuído universalmente á hacer de los judíos una comunidad subordinada á otra comunidad. Así se ha construído y mantenido un contorno peculiar que la da un carácter distintivo. Los matrimonios judíos, circunscritos á este mismo pueblo, han sido el efecto, no la causa de esto. La persecución que arrebatase casi todos los niños judíos á sus padres y les educase fuera del comercio con éstos, tendría por efecto disminuir la intensidad de su creencia religiosa, como es ya evidente en los Estados Unidos, donde está desapareciendo casi por completo la distinción entre gentiles y judíos.

Y á mí me parece que la influencia de esta red social de circunstancias explicará una cosa tomada tan frecuentemente como prueba de la diferencia de razas, á saber: la dificultad que presentan las razas menos civilizadas para recibir una más elevada civilación, y la manera como muchas de ellas desaparecen antes de conseguirlo. Mientras existan precisamente las mismas circunstancias sociales, se hará difícil ó imposible á los que están sujetos á ellas aceptar otras.

Si el carácter de algún pueblo puede decirse que es fijo, lo es también el de los chinos. No obstante, el chino en California adquiere las maneras americanas de trabajo y de comercio, usa la maquinaria, etc., con una facilidad que prueba que no carecen de flexibilidad ni de capacidad natural. El que no cambien según otros respectos, es debido á que aún les rodean de un modo persistente las circunstancias chinas. Al venir de la China sueñan en volver á ella, y viven mientras están aquí en una

pequeña China suya, precisamente de igual modo que el inglés en la India mantiene una pequeña Inglaterra. No es sólo que busquemos la asociación con los que participan de nuestras propias particularidades, y que el lenguaje, la religión y las costumbres tienden así á persistir donde los individuos no están completamente aislados, sino que aquellas diferencias provocan una presión externa que compele á esta asociación.

Estos obvios principios explican plenamente los fenómenos que se observan en el concurso de una etapa ó cuerpo de cultura con otro, sin necesidad de recurrir á la teoría de las diferencias congénitas. La Filología comparada ha mostrado, por ejemplo, que el indio es de la misma raza que el inglés conquistador, y casos individuales han mostrado profusamente que, si se colocase completa y exclusivamente en circunstancias inglesas (lo que sólo podria hacerse, como se ha afirmado antes, de una manera completa, colocando los niños indios en familias inglesas, de tal modo que ni ellos, á medida que van creciendo, ni los que les rodeen, tuvieran conocimiento de esta distinción), se requeriría sólo una generación para implantar por completo la civilización europea. Pero el progreso de las ideas y hábitos ingleses en la India ha de ser muy lento necesariamente, porque encuentran allí el tejido de ideas y hábitos constantemente perpetuado por una inmensa población y entrelazados en cada acto de la vida.

M. Bagehot (*Physics and Politics*) intenta explicar por qué los bárbaros devastaron nuestra civilización, mientros no hicieron esto con las civilizaciones de los antiguos, pretendiendo que el progreso de la civilización nos ha dado juntamente más vigorosa constitución física. Después, aludiendo al hecho de que no hay el caso de que se lamente de los bárbaros ningún escritor clásico, sino que por todas partes intentaban aquéllos estrechar sus relaciones con los romanos y éstos á su vez se aliaban con los primeros, dice (pág. 47-8): «Los salvajes, en el primer año del Cristianismo, eran precisamente lo mismo que en el año ochocientos; y si resistieron al contacto de los antiguos civilizados y no resisten al nuestro, se sigue que nuestra raza es

probablemente más tenaz que la antigua, pues nosotros hemos de llevar, y llevaremos, en efecto, gérmenes de mayores enfermedades que los que llevaron los antiguos. Nosotros podemos quizás valernos del invariable salvaje como metro para calcular el vigor de la organización social, á cuyo contacto se expone.» M. Bagehot no intenta explicar por qué hace ochocientos años la civilización no produjo las mismas relativas ventajas sobre los bárbaros que ahora. Pero no hay costumbre de hablar sobre esto, ó de la falta de pruebas de que la constitución humana haya avanzado un solo ápice. A cualquiera que haya visto cómo el contacto de nuestra civilización afecta á las razas inferiores, se hubiera ocurrido una explicación más fácil, aunque menos halagüeña.

El que las enfermedades que son inocentes para nosotros sean mortales para los salvajes, no es porque nuestra organización sea naturalmente más tenaz que la de aquéllos. Es que nosotros conocemos y tenemos los medios de tratar estas enfermedades, mientras el salvaje está destituído de estos conocimientos y medios. La misma enfermedad con que la hez de la sociedad que sobrenada á la vanguardia de esta, inocula al salvaje, sería tan destructiva para el civilizado, si no conociese otro medio que dejarla desarrollarse, como el salvaje en su ignorancia se ve precisado á hacer; y es un hecho que fueron tan destructivos hasta que se encontraron los medios de tratarla. Y no es solamente esto, sino que el efecto del choque de la civilización con el barbarismo es debilitar el poder del salvaje, sin traerle á las condiciones que dan poder y superioridad al civilizado. Mientras sus hábitos y costumbres tiendan á persistir, y persisten tanto como permite todo su esfuerzo, encaminado constantemente á esto, las condiciones á que fueron adaptados son forzosamente cambiadas. Como cazador, está situado en una tierra despojada de caza; es un guerrero privado de armas, y se le llama á litigar en nuestro tecnicismo legal. No se encuentra colocado sólo, en medio de la cultura, sino que, como dice monsieur Bagehot, se encuentra entre europeos medio educados en la India, está colocado entre dos sistemas morales, y aprende

los vicios de la civilización sin sus virtudes. Pierde sus medios acostumbrados de subsistencia, pierde el propio respeto, pierde la moralidad; se corrompe y muere. Las miserables criaturas que se ven errar por las ciudades fronterizas ó por las estaciones de ferrocarril, dispuestas á pedir limosna, á robar ó á solicitar un vil comercio, no son alagüeñas representaciones de los indianos antes que los europeos usurpasen sus praderas y bosques de caza. Han perdido las fuerzas y virtudes de su primer estado, sin ganar los de otro más superior. De hecho, la civilización, al hacer retroceder al hombre rojo no muestra sus virtudes. Es regla para el anglosajón de la frontera, que el aborígena no tiene derecho alguno digno de respeto para el blanco. Es empobrecido, mal comprendido, chasqueado é injuriado. Él muere como moriríamos nosotros en iguales condiciones. Desaparece ante la civilización, como el romanizado Bretón desaparecía ante los bárbaros sajones.

La verdadera razón por que no hay lamento alguno en los escritores clásicos respecto á los bárbaros, es que la civilización romana civilizaba en vez de destruir; era, además, según yo pienso, no sólo porque la civilización de entonces fuese más afine con los bárbaros, sino porque además tenía otra manera de dilatarse que la civilización moderna. Era extendida, no por líneas avanzadas de colonizadores, sino por conquistas que sólo reducían la nueva provincia á una sujeción general, dejando la organición social y generalmente también la política del pueblo conquistado sin menoscabar en gran parte, de tal modo, que sin despedazar ó deteriorar la integridad del pueblo sometido, quedaba realizado el proceso de asimilación. Por un medio, en cierto modo semejante, la civilización japonesa parece que se va asimilando ahora á la civilización de Europa.

En América el anglo sajón ha exterminado al indio en vez de civilizarle, sencillamente porque no se ha atraído al indio á su proximidad ni el contacto ha sido por tal medio que induzca ó permita á la red habitual de los pensamientos y hábitos indios cambiarse de un modo bastante rápido para salir al encuentro de las nuevas condiciones en que ha sido colocado por

la proximidad de sus nuevos y poderosos vecinos. Reiteradas veces se ha demostrado en casos individuales que no hay impedimento innato en estas razas incivilizadas para recibir nuestra cultura. E igualmente se ha demostrado esto en todo lo que los experimentos han alcanzado por los jesuitas en el Paraguay, los franciscanos en California y los misioneros protestantes en algunas de las islas del Pacífico.

La tesis del perfeccionamiento físico de la raza en el tiempo de que nosotros tenemos conocimiento queda completamente sin comprobación, y durante el tiempo de que habla M. Bagehot está enteramente refutada. Por las estátuas clásicas, por los pesos conducidos en las marchas por los antiguos soldados, de los fastos de los corredores y hazañas de los gimnastas, sabemos que no ha adelantado la raza en proporciones ni en vigor en el trascurso de dos mil años. Pero la proposición, sin pruebas, del adelanto intelectual, que se ha afirmado de un modo más confidencial y general que la anterior, es también más próspera que ella. ¿Puede la moderna civilización presentar individualidades de mayor poder mental que la antigua, como poetas, artistas, arquitectos, filósofos, retóricos, hombres de Estado ó soldados? Inútil sería recordar nombres, cualquier escolar los conoce. Para nuestros modelos y personificaciones del poder intelectual, retrocedamos á la antigüedad, y si podemos imaginar por un momento la posibilidad de lo que es considerado como la creencia más antigua y extendida (aquella que Lessing declara á este propósito la más probablemente cierta, aunque él la aceptaba sólo según fundamentos filosóficos), podremos suponer que Homero ó Virgilio, Demóstenes ó Cicerón, Alejandro, Annibal ó César, Platón ó Lucrecio, Euclides ó Aristóteles, si volviesen á la vida en el siglo XIX, mostrasen inferioridad alguna respecto á los hombres de hoy día? O si tomamos algún período desde la edad clásica, aunque sea el más oscuro, ó algún otro anterior de que tengamos conocimiento, ¿no habremos de encontrar hombres que en las condiciones y grados de la civilización de su tiempo mostrasen un poder mental de orden tan elevado como muestran los hombres

en nuestra época? Y entre las razas menos avanzadas, donde quiera que se solicite nuestra atención, ¿no habremos de encontrar hoy dia hombres que en sus condiciones muestren cualidades mentales tan grandes como pueda presentar la civilización? ¿Probará la invención del ferrocarril, habiendo tenido lugar en esta época, mayor poder inventivo que la invención del carro de manos en la época en que tuvo lugar y que no se conocían estos aparatos? Nosotros, los de la moderna civilización, nos hemos levantado por cima de los que nos precedieron y por cima también de las razas menos avanzadas contemporáneas nuestras. Pero esto es por encontrarnos sobre una pirámide, no por ser más altos. Lo que los siglos pasados hicieron por nosotros, no fué aumentar nuestra estatura, sino elevar una estructura sobre la cual podemos poner el pie.

Permítaseme repetir que no quiero significar que todos los hombres tengan igual capacidad, ó que sean mentalmente iguales, así como tampoco quiero afirmar que sean físicamente iguales. Entre los innumerables millones de hombres que han surgido y desaparecido de la tierra, probablemente no habrá habido nunca dos que física ó mentalmente hayan sido la recíproca exacta copia. Tampoco quiero negar con lo precedente la existencia de diferencias marcadas de raza en la inteligencia, como las claramente marcadas diferencias de raza en el cuerpo.

No niego la influencia de las particularidades trasmisivas de la inteligencia, por la misma vía y con demasiada posibilidad, en el mismo grado que las particularidades corporales. Pero, no obstante, hay, según mi sentir, un modelo común y una natural simetría de inteligencia, como la hay de cuerpo, hacia la cual tienden á volver todas las desviaciones. Las condiciones bajo las cuales caemos pueden producir desviaciones análogas á las de las cabezas deformadas en ciertos pueblos por la compresión, ó en los chinos por la violencia que hacen á los piés de sus hijas. Pero así como de estas tribus de cabezas deformadas continúan naciendo los niños con sus naturales formas de cabeza, y los chinos nacen con las formas normales de

sus pies, así la naturaleza parece volver al tipo normal mental. Un hijo no hereda más los conocimientos de su padre que un ojo de vidrio ó una pierna artificial de éste; el hijo de los padres más ignorantes puede llegar á ser explorador avanzado de la ciencia ó un caudillo del pensamiento.

Pero el gran hecho que nos incumbe es que, las diferencias entre pueblos pertenecientes á sociedades de distintos países y en diferentes tiempos, que nosotros llamamos diferencias de civilización, no son desviaciones que se heredan en el individuo, sino en la sociedad; que no son, como estima Herbert Spencer, diferencias que resultan de la diversidad en las unidades componentes, sino que resultan de las condiciones á que se someten estas mónadas en la sociedad. Ó más brevemente: yo creo que la explicación de las diferencias que distinguen á las asociaciones, deben ser que cada sociedad, pequeña ó grande, forma para sí misma una trama de conocimientos, creencias, costumbres, lenguaje, gustos, instituciones y leyes. En este tejido, tramado por cada sociedad (ó más bien, dentro de este tejido), cada comunidad, á partir de la más elemental, está tramada de comunidades menores que se entrelazan; el individuo es recibido en él á su nacimiento y en él continúa hasta su muerte. Esta es la matriz en que se desarrolla el pensamiento y del que toma el sello. Este es el camino por donde costumbres y religiones, preocupaciones, gustos y lenguajes crecen y se perpetúan.

Por esta vía es trasmitida la habilidad y conservado el conocimiento, y los descubrimientos de una época constituyen el fondo común y el puente para pasar á la ulterior. Aunque con frecuencia es esto lo que constituye los más serios obstáculos al progreso, esto mismo es lo que hace posible el progreso. Esto es lo que habilita á un niño de la escuela en nuestro tiempo para saber del universo, en pocas horas, más de lo que conocía Ptolomeo; esto es lo que coloca al sabio más adocenado muy por cima del nivel alcanzado por el genio gigante de Aristóteles.

La raza es la que conserva la memoria del individuo. Nues-

tras prodigiosas artes, nuestras avanzadas ciencias, nuestras maravillosas invenciones han venido por este medio.

El progreso humano continúa asegurándose por este camino los adelantos hechos por una generación, pasando á ser patrimonio común de la siguiente y constituyendo el punto de apoyo para un nuevo avance.

**Francisco Molina Salmerón.**

*(Concluirá.)*

# LOS MILAGROS DE LA CIENCIA[1]

## LA ELECTRICIDAD

### II.

*Aplicaciones á la ciencia.*—Presentaremos un ligero bosquejo de las innumerables aplicaciones eléctricas en las ciencias naturales, fisicas y matemáticas.

Empecemos por las antropológicas.

Ya Humboldt había hecho notar que indios americanos, solían curar sus paralisis por medio de las corrientes eléctricas emitidas por el *gimnoto*. Fué estudiada esta nueva rama de la medicina, todavia en embrión, por Jalabert, Bichat, Guilio, De Rossi, Aldini y otros experimentadores de los principios de este siglo, aunque sin trascendencia por entonces. Al presente, la electro-terapia ocupa un importante lugar en las ciencias médicas. Se usa frecuentemente el bano-eléctrico de agua acidulada, atravesada por una corriente continua. Se emplean las máquinas de inducción de Onimus, Crouvé, Clark, y la pila de Letamendi, para provocar la secreción de glándulas, para el

(1) Véase la *Revista* del 10 del corriente.

reumatismo articular crónico y el nevrosismo de las mujeres, para activar las contracciones de la matriz durante el parto, en las paralisis de la vejiga; histerismo, epilepsia, catalepsia espermatorrea, ataxia locomotriz, etc. También puede servir de reactivo para la vida aparente, como se notó en el conocido experimento llevado á cabo por el doctor Andrew Ure, en Glasgow. Cogió este doctor el cadáver de un ajusticiado que una hora antes habían bajado del cadalso, y aplicándole uno de los polos de la pila á la ceja derecha y otro á la médula ó á los talones, vióse al cadáver mover la cara con horribles gestos, abrir la mano y respirar durante algunos segundos, con gran espanto de los concurrentes, que lo creían resucitado.

Interesantes por demás son las experiencias llevadas á cabo poco há por MM. Fritsch, Hitzg y Ferrier, en hombres y animales. Aplicando los polos de una pila en las apófisis mastoides de un cadáver, notan movimientos en los ojos y cabeza, y hacen constar que sólo en cierta zona de la región frontal del cerebro las corrientes electricas excitan movimientos localizados. M. Ferrier opera en monos con corrientes débiles de inducción, y les hace levantar la pata, cerrar los ojos, mover la lengua, etc., según las regiones del cerebro á donde aplica los polos de la máquina pero siempre comprendidas en la misma circunscripción anterior, lo mismo que en el hombre. Otros experimentadores, separando la sustancia gris cortical, notaron idénticos fenómenos en la blanca subyacente. Esta parte de cerebro que rige los movimientos localizados, se extiende en las circunvoluciones frontal y parietal ascendentes, y ha recibido el nombre de zona *psico-motriz.*

M. Marey pudo probar, después de varias experiencias, que entre la descarga eléctrica y la contracción muscular trascurren de ocho á treinta cienmilésimas de segundo, según los temperamentos.

El teléfono, asociado con el micrófono, presta grandes servicios en la patogénesis y en la quirúrgica. Citaremos el micrófono estetoscópico de Ducretet para oir los ruídos del corazón, arterias, etc.; el audiómetro de Hughes, para graduar el poder

onético del oído; la sonda microfónica de Henry Tompson, para percibir los distintos sonidos ocasionados por el choque de los cálculos en la vejiga; el aparato microfónico de M. Chardín y Prayer para explorar las balas en las heridas profundas ó cualesquiera cuerpos extraños introducidos en el organismo, etc.

No debemos pasar en silencio el sorprendente aparato construído por M. Trouvé, destinado á iluminar los cuerpos en su interior, con el nombre de *poliscopio*. Está fundado en la propiedad que tienen las corrientes eléctricas de desprender calor en circuitos de pequeña sección. Se introduce una especie de sonda en el cuerpo humano, en la boca, en el estómago, en la vejiga; se hace pasar la corriente y, en el mismo instante, pónese incandescente un hilo de platino provisto de reflector, que sirve á la vez de protector del calor desprendido por la luz que despide, la cual alumbra con bastante intensidad las regiones que la circunscriben. Así puede verse el estómago, el recto y otras importantes cavidades del organismo humano. También se emplea en las operaciones quirúrgicas como eficaz cauterio al rojo, disponiéndose al efecto hilos metálicos á propósito para la cauterización. El electro-cauterio ó galvano-cauterio de Truvé es conocido de todos los médicos.

Los notables experimentos de M. Planté han resuelto en estos últimos años algunos interesantes problemas de astronomía y física general. Valiéndose dicho físico de una batería de 400 elementos, aplica los polos á una hoja de papel de filtrar, humedecida con agua acidulada, y asiste á una singular formación de arrugas en aquélla, que luégo se convierten en pequeños cráteres con bordes filamentosos entrelazados. Experimentando después con glóbulos metálicos incandescentes sometidos á la acción eléctrica, observa formaciones análogas que recuerdan, por su estructura, las manchas y fáculas solares. De aquí deduce M. Planté que las manchas solares no son otra cosa sino grandes cavidades producidas en la fotósfera del globo incandescente por erupciones eléctricas, resultantes de las salidas de gases electrizados que se escapan del interior de la masa solar.

El mismo físico dispone un vaso lleno de agua salada, donde sumerge el electro negativo de una batería poderosa, mientras el positivo queda en contacto con la superficie húmeda del vidrio. Estableciendo la corriente, se ve una corona luminosa alrededor del polo negativo, variando de colores sucesivamente; se percibe cierto pequeño ruído y se nota alguna variación en la aguja imantada: los mismos fenómenos que caracterizan las auroras boreales. Parece, pues, que estos admirables fenómenos de las regiones polares deben ser producidos por la electricidad positiva de las altas capas atmosféricas próximas á los polos terrestres electrizados negativamente, que se combina con las de estas regiones por el intermedio de vapores acuosos, desprendiendo luz y produciendo á veces ese ruído especial que han tenido ocasión de apreciar algunos viajeros y observadores.

Haciendo pasar una fuerte corriente á través de una hoja de estaño convenientemente preparada, se produjo una centella lenta, en forma de globo de fuego, que trazaba en su camino líneas sinuosas sobre la hoja metálica. Este fenómeno explica satisfactoriamente el origen de los relámpagos esféricos, tan poco conocidos hasta el presente.

La astronomía moderna ha sacado grandes beneficios de la electricidad. Por medio del telégrafo se determinan con toda exactitud las longitudes geográficas de dos estaciones, averiguando en un momento dado la hora de *tiempo verdadero* en ambos lugares, como se ha hecho en estos últimos años entre París y Berlín. Con ayuda del arco voltáico colocado en las altas cimas ó prominencias, se fijan con precisión los vértices de los grandes triángulos geodésicos destinados á la medición de arcos meridianos sobre la superficie terrestre. Así ha tenido lugar en la red geodésica de España-Argelia, cuyos estudios, llevados á cabo el año 1880 por el general Ibáñez, M. Perrier y el astrónomo Merino, han coronado de gloria á los sabios franceses y españoles.

Gracias al *cronógrafo*, aparato eléctrico cuyas piezas están movidas por un sistema de relojería, puede el astrónomo, ten-

dido en su butaca de observación, apuntar el paso de estrellas y toda clase de efemérides orbitales, con un débil error de $\frac{1}{100}$ de segundo, bastándole oprimir un sencillo botón inmediato á la mano para marcar en el cilindro registrador el momento preciso de la observación, deducida convenientemente la *ecuación personal*, ó sea el tiempo empleado en el reflejo de sensación.

El servicio meteorológico por medio de las comunicaciones telegráficas, es uno de los más útiles resultados prácticos de la energía eléctrica. En Inglatera el Almirante Flitz-Roy, en Francia el malogrado Leverrier, y en los Estados Unidos el General Myer, fueron los planteadores de este importante sistema de avisos eléctricos. Todas las mañanas se reciben en la oficina central de París los partes meteorológicos de los puntos franceses, que indican el estado general del tiempo en cada localidad, la presión, la dirección del viento, la lluvia caída, el estado del mar, etc. El Observatorio de la misma ciudad publica diariamente un Boletín, en que se insertan las observaciones de Francia y algunas del extranjero, comunicadas por corresponsales extendidos por toda Europa: además traza una carta geográfica las curvas de presión barométrica correspondientes á las diversas estaciones. Con estos importantes datos se han podido prever terribles huracanes en Inglaterra, Francia, Italia, evitándose al propio tiempo funestos desastres á los buques y embarcaciones de pesca.

Además de las estaciones destinadas á comunicar el estado del tiempo á los centros, existe una red de pequeñas estaciones semafóricas, extendidas á lo largo de las costas por Francia, Inglaterra, España, etc., y unidas con las estaciones telegráficas, gracias á las cuales se pueden anunciar los peligros del tiempo á los buques que pasan á la vista, según las notas trasmitidas por los Observatorios respectivos. En Inglaterra y Estados Unidos, un cono mirando al cielo indica á la embarcación tempestad próxima del Norte; puesto hacia abajo, procedencia del Sur: un cilindro indica ciclón ó tempestad giratoria, etcétera. De noche se sustituyen estas señales con faroles de

forma análoga: es de advertir que, colocadas esas señales á gran altura en los mástiles de los semáforos, pueden ser percibidas desde larga distancia en alta mar.

En Francia existen más de 200 estaciones semafóricas extendidas á lo largo del litoral; en España no llegan á media docena, aunque parece que se trataba poco há de aumentar su número por las costas dé Galicia y del mar Cantábrico, que son generalmente las regiones donde más se necesitan los avisos de esta clase.

Conocidos son de todos los interesantes partes comunicados por los Observatorios de los Estados Unidos de América á las capitales de Europa, anunciando tempestades próximas en nuestras costas, pronósticos que frecuentemente se realizan. Gracias, pues, al cable submarino, pueden prevenirse los peligros de las tempestades con muchos días de anticipación; el telégrafo se adelanta para anunciar al viejo mundo la llegada del funesto viajero escapado de los trópicos.

Los termómetros eléctricos prestan grandes servicios en la agricultura y zoología, anunciando los más pequeños cambios de temperatura que pueden ser perjudiciales al desarrollo de ciertas plantas exóticas, á la cría de gusanos de seda, etc. El calor ó el frío hace encorvar una lámina metálica, que tocando en el borde de una rueda, determina el paso de la corriente, la cual obra sobre electro-imanes que ponen en movimiento un indicador gráfico de reloj ó timbre, lo que le basta al encargado ó guardián para atender ó reparar la variación de temperatura perjudicial á los seres sobre que obre.

Además de los termómetros eléctricos existen las pilas termo-eléctricas de sensibilidad extremada, fundadas en el principio de las corrientes termo-eléctricas, producidas por la unión de dos metales sometidos á temperaturas opuestas. Con uno de estos delicados aparatos consiguió Mr. Smiht apreciar la temperatura de la luz de la luna en su pleno, la cual viene á ser equivalente al calor producido por una bujía esteárica colocada á dos metros de distancia. Se ha empleado además con notable éxito para determinar el máximun de tempera del espec-

tro solar, el cual está comprendido en la región oscura que sigue al color rojo.

La luz eléctrica ha sido utilizada por M. Charcot, en sus notables experimentos de hipnotismo, como medio de producir esa extraña irritación cerebral que ocasiona el sueño magnético. Colocada en el interior de una linterna adecuada, provista de lentes combinados en el objetivo, constituye lo que se denomina un microscopio foto eléctrico, de suma utilidad para los estudios zoológicos y químicos, aparte de los beneficios que presta á la física experimental.

M. Siemens, ya bastante conocido por sus trabajos científicos, sometió varios tarros sembrados de granos de habas, melones, mostaza, etc., á las acciones respectivas de la oscuridad, luz solar, eléctrica y combinación de estas dos luces, sustituyéndose sucesivamente de día y de noche. Pasado algún tiempo, los granos colocados en la oscuridad no germinaron, los expuestos á la luz solar y eléctrica vegetaron normalmente, y los expuestos de día al sol y de noche al foco voltáico adquirieron un desarrollo extraordinario. La acción vegetativa de la luz eléctrica quedaba demostrada. M. Siemens quiso hacer más á la vista del público. Colocó un tarro de tulipanes expuesto á la acción de un foco de luz eléctrica de 14.000 bujías, y en poco más de media hora, en presencia de todos los asistentes, las yemas se abrieron y se trasformaron en flores.

Los físicos atribuyen este poder germinativo de la luz eléctrica á los rayos químicos, violados y rojos, que encierra el arco voltáico.

Con ayuda del micrófono, MM. Palmieri y Rossi han podido prever las erupciones del Vesubio por ruidos extraños característicos en el receptor telefónico.

Los célebres experimentos de M. Crockes con la *materia radiante*, son determinados por corrientes eléctricas en globos de cristal, casi vacíos de toda materia; así se observan esas fosforescencias del vidrio, del rubidio y del diamante, esos ligeros movimientos giratorios de paletas de mica, proyecciones de sombras y luz en el fondo del receptáculo, etc.

Aún podríamos hacer mención del aparato eléctrico registrador, destinado á archivar los movimientos del *anemómetro* en la cúpula de los Observatorios; del *meteorógrafo* construído por el malogrado P. Secchi para imprimir automáticamente las observaciones termométricas, barométicas, etc., por medio de un mecanismo eléctrico complicado; de la descomposición de sales y metales bajo la influencia de la electricidad dinámica; de los ensayos, infructuosos hasta la fecha, verificados con el *fotófono* á fin de conseguir escuchar los ruídos promovidos en la superficie del sol; de los experimentos llevados á efecto por el físico Despretz para producir diamantes artificiales mediante el paso de una corriente eléctrica á través del carbón colocado en un recipiente vacío; de los llevados á cabo por M. Du Bellesme en diminutos animales, como el *lampiro*, á fin de demostrar, con ayuda de débiles corrientes voltáicas, cómo la fosforescencia por ellos despedida en el seno de las olas no consiste más que en desprendimientos de hidrógeno fosforado.....

Tales son los principales aprovechamientos eléctricos contemporáneos de las ciencias.

## III

*Aplicaciones á las artes.*—La más interesante y digna de fijar la atención, por las curiosidades que encierra y utilidades que reporta, es sin duda alguna la *galvanoplastia*, que ha llegado á constituir en nuestros días una poderosa industria.

La galvanoplastia es el arte de dorar, platear ó metalizar objetos y modelos por medio de la electricidad. Está fundada en las propiedades químicas de las corrientes, según las que las sales de cobre, plata ú oro, sometidas á la acción de la pila, se descomponen, dirigiéndose sus partículas á uno ú otro polo, según la naturaleza de los metales. Si se sumergen—por ejemplo—los reóforos de una pila en una disolución de sulfato de cobre, tiene lugar la descomposición de esta sal, convirtiéndose en ácido sulfúrico que se desprende y va al polo positivo, y en

óxido de cobre, el cual se descompone á su vez en cobre, que se dirige al polo negativo, y oxígeno que se desprende en estado de gas libre. Ahora bien; si se coloca en el polo negativo una medalla, un molde ú otro objeto metalizado, el cobre que resulta de la descomposición química irá depositándose sobre el modelo en finísimas capas concéntricas, que acabarán por formar una superficie del mismo metal, representando exactamente todos los dibujos y relieves del molde primitivo. Tal es el fundamento teórico del cobreado galvánico.

Si en vez de la disolución de sulfato de cobre se coloca en la vasija una disolución de oro y cianuro de potasio, teniendo especial cuidado de suspender del polo positivo una hoja del mismo metal, los objetos ó moldes pendientes del negativo se cubrirán de una capa de oro tan fina como se desee, según el tiempo de exposición á la corriente.

Cuando se quiere platear los objetos, sustitúyese la disolución del oro por una de cianuro de plata y de potasio bastante puro. La adherencia de la plata es más rápida que la del oro; así es que requiere menos elementos de pila: cuatro elementos Bunsen pueden depositar 450 granos de plata en menos de cuatro horas.

Esta sencillez que ofrece la galvanoplastia teóricamente, dista mucho de las dificultaaes presentadas en la práctica. Las operaciones preliminares de arreglo y metalización de los moldes, el lavado y pulimento de los objetos antes de someterlos al baño de oro ó plata, y el bruñido delicado que sigue á la extracción de los mismos, son trabajos sumamente dificultosos, de los cuales depende el buen éxito de la obra.

Los beneficios que reporta la galvanoplastia á las industrias fabriles y á las artes en general, son incalculables. Medallas, estatuas, objetos de salón y de mesa admiramos á cada paso, sin reconocer generalmente su origen galvánico. Preciosos monetarios pueden formarse hoy sin grandes sacrificios, gracias á las reproducciones exactas de la galvanoplastia. Las cucharillas de café y muchos de los cubiertos de mesa, llamados de plata Ruoltz, reconocen la misma procedencia: por eso,

cuando el uso les desbasta la superficie de plata ú oro depositado, asoma el cobre corrosivo, que compone sus esqueletos.

Muchos delicados trajes de santas y algunos de baile en los altos salones, aparecen recubiertos de admirables bordados en oro ó plata, con una capa tan fina, que no penetran entre los hilos del tejido: labores de la galvanoplastia. De igual modo se doran copas de vidrio flores y frutas, en las grandes ciudades, salpicando estos objetos de plombagina en polvo y sumergiéndolos luégo en el baño galvánico conveniente.

Mediante moldes de yeso rellenados por el cobre descompuesto por la pila, se ha conseguido reproducir los bajo-relieves de la célebre columna de Trajano, del pedestal de la estatua de Wutemberg, en Strasburgo, y varias esculturas extraídas en la antigua Atenas.

Un ingeniero italiano proponía recientemente sustituir el entierro, la cremación y el embalsamiento de los cadáveres por un procedimiento galvánico que les rodease de una capa metálica en toda la superficie del cuerpo, con lo cual podrían obtenerse momias perfectas y estatuas de cuerpo presente, gracias á la electricidad, como primer agente de tales presuntas operaciones.

La galvanoplastia ha venido á prestar un gran servicio al arte del grabado. Con un solo modelo en madera pueden sacarse muchos en cobre, reproduciendo fielmente los menores detalles. Si con un grabado en madera sólo podían tirarse 3.000 ejemplares limpios, con un molde de cobre pueden hacerse hasta 80.000; y si este no basta, otro molde idéntico sustituirá al gastado, sin que se note la menor diferencia en los trazados del artista. No existe en el dia establecimiento tipográfico donde se impriman periódicos ilustrados de alguna importancia, en los que no se haga uso de la gavanoplastia para la reproducción de clichés electrotípicos.

También se consiguen grabados originales dibujando en una placa de cobre, con tinta grasa, y poniendo luégo el conjunto en el polo correspondiente del baño galvánico; sucede entonces que la superficie del metal no dibujada se disuelve

poco á poco, quedando el grabado en relieve sobre la placa de cobre.

La galvanoplastia aplícase además á las reproducciones de clichés daguerrotipcos metalizados; á platinar superficialmente las armas y objetos de fácil oxidación; para estañar los utensilios de cocina, alfileres, adornos, etc.; para la construcción de espejos argentados, para la reproducción de las matrices de los billetes de Banco, y para la fabricación de candelabros, quinqués, estatuas metálicas, etc., etc.

El arte de la galvanoplastia data del año 1838, en el cual M. Jacobi anunció á la Academia de San Petersburgo el descubrimiento del cobreado galvánico. No hay industria fabril ni comercial que cuente una historia tan corta y tan gloriosa á la vez como esta que acabamos de bosquejar.

En el arte de la guerra ha prestado grandes servicios la electricidad.

En 1863 estableció Rusia un cuerpo de ejército destinado á servicios eléctricos, como explosión de minas, instalación de luces eléctricas, unión por hilos conductores de destacamentos distantes, etc.

Durante la guerra de Francia y Prusia, de 1870, se pusieron á disposición del arte bélico todos los descubrimientos de las ciencias, especialmente los de la electricidad.

Los prusianos ponían en comunicación las ciudades conquistadas y el Estado Mayor del ejército; y durante el sitio de París, aprovechando las tinieblas de la noche, colocaban sutilmente hilos metálicos hasta las proximidades de la ciudad, con lo cual, campanillas de alarma combinadas al efecto acusaban los movimientos del enemigo. Los franceses dirigían haces de luz eléctrica sobre el ejército sitiador, á fin de sorprenderlo en sus operaciones nocturnas.

M. Bourbouze (de París), metiendo en tierra uno de los polos de la pila y sumergiendo el otro en el Sena, provisto de placas de cobre, observa que la corriente eléctrica se manifiesta á distancia en las agujas de un galvanómetro, cuyos hilos coloca en condiciones análogas.

El experimento llevado á cabo entre los puentes de Austerlitz y de Napoleón, dió resultados satisfactorios, bajo el punto de vista telegráfico; la corriente, en este caso, no tiene más conductor que las aguas del río. Fácilmente se comprende cuán útiles ventajas reportará este sistema á los ejércitos y ciudades sitiadas, por donde atraviese alguna corriente de agua en comunicación con las tropas ó pueblos coligados.

Para los ejércitos en campaña inventó M. Trouvé un sencillo sistema de telegrafía militar, en el cual los soldados llevan á la espalda una pequeña caja provista de todos los utensilios eléctricos, desarrollándose el hilo conductor durante la marcha del que la lleva.

En el ejército francés se hacia uso de carros, provistos de máquinas Gramme movidas al vapor, en comunicación con otro carrito colocado á distancia, donde se instalaba el aparato proyector de un foco voltáico poderoso, con ayuda del cual pueden estudiarse las maniobras del enemigo, resguardándose de los tiros de fusilería, puesto que el carro principal queda sumergido en la oscuridad más completa, á distancia respetable del que sirve de faro y blanco á la vez.

La electricidad presta grandes servicios en la funesta estrategia de los torpedos de guerra. Con ayuda de la corriente voltáica se pone fuego á la mezcla detonante que haya de determinar la explosión. Los torpedos colocados por los turcos en Sulina durante la última guerra de Oriente, estaban compuestos de pequeñas cápsulas provistas de pilas y materias detonantes. La explosión debía tener lugar al verificarse el contacto con el buque enemigo; en este instante, extendíase el bicromato de potasa en la pila, estableciase la corriente, incendiábase una carga de algodón pólvora y se producía la explosión.

M. Evoy empleaba el teléfono para averiguar el estado de los torpedos, provistándolos al efecto de un flotador donde encajaba un aparato Bell, el cual podía avisar en tierra les percances de la máquina destructora.

Nuestra marina de guera posee algunos buques de primer

orden acondicionados científicamente para todos los percances que pudieran sobrevenir. Citaremos la fragata *Sagunto*, provista de máquinas dinamo-eléctricas destinadas á alimentar fuertes focos de luz colocados en el puente y en el castillo de proa. Este buque lleva además una batería eléctrica de 24 elementos Leclanche, comunicando con los estopines de los cañones, provistos de hilos de platino, con cuyo sistema el Comandante, colocado en el puente de la embarcación, puede, en el momento oportuno, mover una llave que pone en circulación la corriente y produce instantáneamente el fuego en las cargas. En la actualidad no se construye ningún barco de guerra que no sea provisto de aparatos para la producción de luz eléctrica.

El sistema de grabado eléctrico sobre vidrio se debe á monsieur G. Planté, distinguido electricista francés. Viértese sobre la superficie cristalina una disolución de nitrato de potasa, á cuyo efecto se coloca el objeto de vidrio dentro de una ancha vasija de bajos bordes; uno de los polos de la pila comunica con el vidrio, mediante cierta armadura metálica, y el otro polo, provisto de un apéndice de platino, sirve para la operación; basta dibujar sobre el vidrio con la punta de este lápiz metálico, para que los trozos se conviertan en surcos cristalinos, representando exactamente la obra del artista.

Relacionadas con esta interesante aplicación artística están algunas otras contemporáneas que merecen señalarse. Tales son el electro-motógrafo de Edisson, para alisar el papel viejo ó arrugado; la pluma voltáica del mismo inventor, destinada á sacar pruebas y dibujos, consistente en un punzón recorrido por una corriente; el lápiz voltáico de Bellot y Arros, fundado en análogos principios que el precedente, y otros instrumentos parecidos.

Las aplicaciones escenográficas de la luz eléctrica son bastante numerosa é interesantes. Mencionaremos algunas.

En el teatro de la Ópera de París, funcionan aparatos generadores de electricidad que alimentan lámparas Werderman y bujías Yabloschkoff, destinadas á iluminar los telones de fondo.

Cuando se requiere luz colorida para ciertas escenas, se colocan en el carbón negativo sustancias minerales destinadas á volatilizarse mediante el calor del foco voltáico; con la sal marina, la luz resulta amarilla; con el litio, roja; con el cobre, azul; con el zinc, morada, etc. En la célebre ópera de Gounod, *Fausto*, Mefistófeles debe aparecer á veces envuelto en una luz rojiza, y en otras, como *Moisés*, *Poliuto*, el protagonista marcha rodeado de blancos rayos de luz celeste. Para todos estos casos, la luz eléctrica produce maravillosos efectos. Con asíduas experiencias se ha llegado á imitar con bastante fidelidad el arco Iris en pleno escenario, haciendo pasar por una ranura estrecha en forma de semicírculo los rayos luminosos emanados de un foco eléctrico y atravesar las caras de un prisma de vidrio convenientemente situado detrás de la ranura. Disminuyendo la luz en el teatro y en la escena, la ilusión es completa. En el mismo *Moisés*, cuando el pueblo escogido ha atravesado el mar Rojo, los israelitas rodean al viejo Patriarca que sostiene las Tablas de la Ley; en aquel momento solemne aparece en el cielo el arco Iris como señal eterna del pacto entre el Señor y los hombres. La electricidad hace en esta ocasión el milagro del Señor.

La fuente luminosa que causa tan agradable impresión, no consiste más que en un chorro de agua iluminado en su origen por luz eléctrica, aunque también suele hacerse con luz oxídrica, interponiendo cristales coloreados delante del foco radiante. Los prestidigitadores suelen usarla en los teatros. Estos modernos magos de los salones, aprovechan todos los recursos de la ciencia para sorprender la atención del público. La electricidad hace en ello un importante papel; el tambor mágico, travesuras de espíritus, palacio encantado, peces autómatas, etc., son aplicaciones más ó menos complicadas de la electricidad y del electro-magnetismo, cuyos mecanismos no son difíciles de vislumbrar.

En la actualidad, la industria de juguetes eléctricos contribuye grandemente á extender la popularidad de las ciencias positivas. Se venden en las ciudades de alguna importancia

pequeñas bobinas de Ruhmkoff provistas de cajas con diversos aparatos accesorios, tubos de Geisler, telégrafos de cuadrante, etc., destinados á experimentar los efectos de la maquinilla eléctrica conductora.

M. Trouvé construyó alfileres de corbata representando calaveras articuladas, pájaros de oro y adornos de señoras, los cuales mueven las mandíbulas, las alas, etc., con ayuda de una diminuta pila incrustada en el mismo aparato, puesta en acción voluntariamente por el que lo lleva, con sólo verificar un imperceptible movimiento de dedos.

Con ayuda del sencillo electróforo de papel de estaño, inventado por M. Peiffer, se pueden apreciar curiosos efectos automáticos en muñecos de médula de sauco: levantan los brazos, se les erizan los cabellos y saltan de un puesto á otro como si una mano invisible los pusiese en juego misteriosamente.

Otros muchos juguetes y aparatos análogos podríamos citar, si no temiésemos pecar de prolijos en la sencilla exposición de este trabajo recreativo.

Quédese para obras científicas especiales el mayor desarrollo de la imperfecta síntesis que precede; para los espíritus soñadores, el desenvolvimiento conjetural de las futuras aplicaciones eléctricas en las edades venideras. Baste á nuestro propósito recorrer los desaliñados renglones que anteceden, para terminar, recordando la atrevida y confirmada frase del eminente físico francés:

«La palabra imposible no puede emplearse en el lenguaje de la ciencia.»

¡La ciencia hace milagros!

**Octavio Lois.**

# CRONICA POLITICA INTERIOR

23 de Diciembre.

No registra la historia de nuestras instituciones parlamentarias un debate político de la trascendencia del que hemos presenciado en la Cámara popular. La tribuna española, inspirada siempre por el genio del arte y de la elocuencia, se ha distinguido ahora por la severa convicción con que todos los partidos han expuesto sus ideales; por la ingenuidad con que todos los oradores han declarado que la paz pública es la primera necesidad de un pueblo civilizado; por el culto que han rendido á la legalidad; por la energía con que han condenado las sediciones y los motines; por la templanza con que han censurado ó han defendido la política del Gobierno y por el patriotismo de que, á porfía, han dado muestra. Ni una sola vez perdió el Congreso aquella serenidad de juicio que debe presidir á sus deliberaciones; ni una sola vez degeneró el debate en aquellos incidentes borrascosos de que tantos y tan deplorables ejemplos nos dan los *Diarios de Sesiones* de otras legislaturas y que eran como escena obligada siempre que se discutían sucesos de órden público; ni un solo orador ha sido llamado al orden. Los hombres de más experiencia y de más autoridad convienen en que este debate, que no despertó, al comenzar, grandes entusiasmos, determina un progreso

en nuestras costumbres públicas, porque todos los partidos y todas las agrupaciones han venido á un concierto de ideas y á un orden de relaciones que harán más fácil y más fecunda la acción del Parlamento. La opinión pública podrá ya expresarse con las mesuradas voces de todas las clases, partidos é intereses que son, en su conjunto, la inteligencia nacional. Las leyes, producto de esta asociación de ideas, sentimientos y aspiraciones, responderán á las exigencias del país y proveerán á sus verdaderas necesidades.

La nación española va progresando en ilustración y en costumbres públicas tanto como en sus intereses económicos. El desarrollo gradual de la libertad política va mejorando el sentido del pueblo y aumentando su poder. El reconocimiento absoluto de la libertad de opinión va cambiando las relaciones entre gobernantes y gobernados. Somos más liberales y, porque lo somos, pensamos ya en que los Gobiernos y los pueblos deben obrar de concierto, participando juntos de los cuidados y de las responsabilidades de los negocios del Estado. Vamos, en fin, acercándonos al ideal del sistema parlamentario y convenciéndonos de que los partidos no son sectas ciegas en que la libertad del espíritu queda negada por una fe irracional; ni ejércitos organizados para estar siempre peleando, sin más propósito que el de destruir, al día siguiente del triunfo, la obra del adversario; ni grupos que levantan banderas, para, con ellas, cubrir sus odios y sus antagonismos personales, sino grandes colectividades, formadas por la convicción y mantenidas por la disciplina, para promover, por el común esfuerzo, los grandes intereses del país.

Treinta y cinco años estuvieron los partidos españoles luchando bajo el reinado de Doña Isabel II. Seis años, desde la Revolución de 1868 hasta la Restauración. Once años bajo el reinado de Don Alfonso XII y un año bajo el actual. Llevamos más de medio siglo de combate, en el Parlamento, en la cátedra, en el periódico, en los campos de batalla, en las barricadas, en todas partes y de todas maneras; más de medio siglo de agitación continua, en que hemos tenido revoluciones sangrientas, guerras civiles, golpes de Estado, pronunciamientos, motines, todas las violencias de la pasión, todos los arrebatos del entusiasmo y todos los dolores de un período de transición, por desgracia, demasiado largo. Pero, ¿ha sido estéril esta lucha? Basta

volver la vista á la España de hace veinte años y compararla con la España actual, para conocer cuánto hemos adelantado. La prerrogativa Real, que tantas veces fué llevada á un extremo odioso, está ya contrapesada por la opinión pública y regulada por una Constitución; la esclavitud ha desaparecido en nuestras provincias de Ultramar; la inviolabilidad del domicilio está amparada por la ley; la prensa está regida por el derecho común; la cátedra es completamente libre; la libertad de conciencia y la tolerancia religiosa están reconocidas en la Ley fundamental; la censura del libro ha desaparecido; el derecho de reunión y el derecho de asociación están sancionados y respetados; no existen privilegios de clases ni de castas ante la justicia; Cuba y Puerto Rico tienen su representación en el Parlamento; la Soberanía nacional es dogma fundamental de todos los partidos; las Diputaciones provinciales y los Ayuntamientos se rigen por leyes excentralizadoras; todos los ciudadanos españoles pueden ser Diputados; el sufragio universal será pronto la base de nuestra legislación electoral; el matrimonio civil completará el principio constitucional de la libertad de conciencia y el Jurado completará nuestra legislación criminal, dando á todos los ciudadanos participación en las funciones del Poder. ¿Qué más?: ¿Pidieron tanto, en la famosa *Tabla de derechos*, los exaltados de 1834?; ¿Pidieron tanto los progresistas en la Constitución de 1856?; ¿Pedían tanto los demócratas en el célebre programa de *La Discusión?* Pues todas estas conquistas, que hacen de la España de 1886 la nación más liberal de Europa, las debemos á la lucha de los partidos, á la lucha *pro jure contra legem*, que decía con hermosa frase el Sr. Salmerón. Jamás se ofreció al genio, á la noble ambición y al patriotismo campo más digno. El valor, la abnegación, la constancia, la generosa amistad, todos los grandes sentimientos del corazón humano se destacan en esta verdadera epopeya. En sus fieras contiendas, distinguimos con toda claridad el conflicto entre los dos grandes principios que los dividían: la inmoderada extensión del Poder Real y la exagerada defensa de los derechos populares. La libertad ha triunfado, al fin, en las instituciones, en el derecho positivo, en el sentimiento general del pueblo y hasta en el carácter de los partidos más conservadores. Razón tenía el Sr. Cánovas del Castillo para exclamar, recordando

que en las Cortes de 1854 había votado en contra de la Soberanía nacional y en favor de la más absoluta intolerancia religiosa: *Yo soy ahora más liberal que he sido en toda mi vida;* y con igual razón podrían exclamar Castelar, Martos, Salmerón, Becerra y tantos otros, recordando la manera como defendían antes sus doctrinas: *Hoy no somos propagandistas ni agitadores; somos hombres de gobierno.*

Estamos, pues, en un período de reposo, no porque la muerte del Rey Don Alfonso XII signifique, como ha dicho el Sr. Castelar, el término de la política de la Restauración, sino porque, en el reinado de Don Alfonso XII, quedó establecida, por el esfuerzo de los conservadores y de los liberales y de los demócratas que alternaron en la dirección del poder, la alianza de la Monarquía histórica con la libertad constitucional. Los conservadores, cumpliendo una gran misión, atrajeron al régimen parlamentario muchas fuerzas monárquicas y ultramontanas que, más ó menos abiertamente, habían defendido la causa del absolutismo; los liberales, cumpliendo otra misión no menos grande, atrajeron á la Monarquía y al reconocimiento de la dinastía fuerzas importantísimas de la democracia que, más ó menos resueltamente, defendían la República, y los frutos de esta política amplia y generosa, que nunca encontró resistencias en el ánimo de aquel Rey, venimos á cogerlos en el reinado de su tierno hijo, dejando establecida y sellada la alianza de la Monarquía con la democracia.

Estamos en un período de reposo, porque la transición de los viejos á los nuevos principios de gobierno está hecha; porque nos hallamos en posesión de las libertades y derechos populares y en terreno firme para conseguir, por las vías legales, las reformas democráticas que el Gobierno inscribió en su programa y que constituyen, para él y para el partido liberal, un compromiso de convicción y de honor.

Los sucesos del 19 de Setiembre no acusan un malestar profundo en el país, ni prueban solamente, como de ellos pretendía deducir el Sr. Cánovas del Castillo, «que la Monarquía actual tiene un principio de autoridad más sólidamente asentado,» ni tampoco que las leyes actuales defiendan mejor la sociedad el orden público. Lo que han probado estos sucesos, como probaron los de Badajoz, por la facilidad

con que unos y otros fueron sofocados y reprimidos y por la indiferencia con que el país los contempló, es que la nación pide, á toda costa, descanso y que ni se asocia á ninguna idea revolucionaria, ni se presta á ningún hecho de fuerza. Y es natural que así piense; porque la agitación continua, permanente, nerviosa, no es ni puede ser la condición normal de un pueblo culto. Cesó en Inglaterra, cuando consiguió, como gloriosos triunfos, la abolición de la trata de esclavos, la emancipación de los católicos, la derogación de las leyes de cereales y la reforma parlamentaria que trasformó el carácter de los antiguos partidos y dió representación á la democracia y afirmó sobre bases más sólidas la libertad constitucional; cesó en Italia, cuando consiguió la unidad nacional y, con ella, la alianza de la Monarquía con la libertad y con la democracia; cesó en Austria, cuando los húngaros consiguieron, por medio de un pacto con el Emperador, su Parlamento, sus libertades y su vida propia; ha cesado en todas partes, cuando ha conseguido sus fines: ¿cómo no había de cesar en España, cuando todo el poder de la nación descansa ya sobre la ancha base de la libertad y cuando hasta los mismos conservadores—así lo ha declarado el Sr. Cánovas—defienden la autoridad *para defender la libertad?*

Dijimos en nuestra última *Crónica* que, en ésta, daríamos cuenta de la situación en que había quedado el Gobierno á consecuencia del debate político, y para ello indicaremos sucintamente el curso que éste siguió.

El ex-Ministro de la Gobernación, Sr. González, habló desde los bancos de la mayoría, contestando á uno de los mantenedores de la interpelación y explicando, de una manera franca, los sucesos del 19 de Setiembre; pero no quiso detenerse aquí y añadió que, á pesar de estos sucesos, el Gobierno no debía modificar en lo más mínimo su política, sino apresurarse á presentar á las Cámaras, en proyectos de ley, las reformas liberales y democráticas que tenía ofrecidas y que el país esperaba. Ya en este discurso, uno de los más elocuentes y más hábiles que ha pronunciado el Sr. González en su larga y honrosa carrera política, se dibujó perfectamente el pensamiento del Jefe del Gobierno. De este discurso surgió el ligero disentimiento del ex-Ministro Sr. Gullón, disentimiento del que di-

mos cuenta en la anterior REVISTA y que, por fortuna, no ha tomado, ni creemos tomará, las proporciones de una disidencia. Otro ex-Ministro de la mayoría, el Sr. Gamazo, tomó á su cargo el contestar al Sr. Salmeron y, con este motivo, tuvo que intervenir varias veces en el debate. El Sr. Gamazo, cuyo discurso ha sido juzgado por las oposiciones, en nuestro sentir con gran error, como un discurso acentuadamente conservador, se colocó en la misma línea que el Sr. González y sostuvo, con la misma energía y la misma convicción, que el Gobierno estaba hoy más obligado que nunca á acometer las reformas que anunció en el Mensaje de contestación al discurso de la Corona; que no había motivo alguno para cambiar de política, y que si lo hubiera, él le aconsejaría que dejara su puesto á otro partido, antes que faltar á sus compromisos.

El Gobierno, según noticias que por aquellos días corrieron, había acordado que, siendo el tema de la discusión los sucesos del 19 de Setiembre, en los cuales ninguna responsabilidad tenían los nuevos Ministros de la Gobernación y de Fomento, podían éstos excusarse de terciar en la discusión; pero, á pesar de este acuerdo, el Sr. Navarro y Rodrigo y el Sr. León y Castillo se vieron obligados, por repetidas alusiones, á intervenir en ella.

El discurso del Sr. Navarro y Rodrigo fué breve y, como todos los suyos, elocuente; pero resultó un tanto duro, porque abordó resueltamente un tema espinoso: el tema de las disidencias en los partidos. Es indudable que todo cuanto dijo el Ministro de Fomento revelaba un gran conocimiento de nuestra historia política, en que las disidencias no son, por desgracia, fruta rara, y un profundo sentido de los males que producen en los partidos, sin resultado práctico, las más veces, para los que tienen la alucinación de promoverlas; pero, ¿era oportuno este discurso después de las contestaciones que el Presidente del Consejo dió al Sr. Gullón y al Marqués de la Vega de Armijo? Estos hombres públicos y los amigos que les rodeaban creyeron, en aquel momento, que esta parte del discurso del Sr. Navarro y Rodrigo no era totalmente necesaria para el debate.

El Ministro de la Gobernación habló en una situación que quizás no nos equivoquemos si decimos que era la más difícil que se le ha presentado en su vida parlamentaria. Tenía que contestar al señor

Salmerón, á nombre del Gobierno, y ya lo había hecho, á nombre del Gobierno y de la mayoría, el Sr. Gamazo, con una energía de pensamiento y de palabra verdaderamente extraordinaria. Parecía imposible que pudiera dar novedad é interés á su discurso, porque el tema estaba agotado y todos los puntos esenciales del discurso del jefe de la coalición republicana refutados y debatidos por el ex-Ministro de Ultramar; pero pronto se persuadió la Cámara de que el Sr. León y Castillo es un coloso de la palabra, lo mismo en la oposición que en el Gobierno. El concepto que expuso acerca del pretendido derecho de insurrección, condensando, en un brillante período, las teorías que parecen abonarlo, es la última palabra del criterio de la escuela liberal moderna acerca de este delirio que los teólogos del siglo XVI legaron á nuestros políticos; pero rayó á más altura, explicando la significación y el sentido de la política del Gabinete. «La composición de este Gobierno—dijo—es exactamente la misma que la de aquel que se constituyó en los últimos días de Noviembre del 85; no está aquí mermada la democracia, sino que conserva idéntica representación y la misma influencia.

.....

.....

»Este Gobierno—añadió—siendo muy liberal, profundamente liberal, esencialmente liberal, no cree, sin embargo, que la libertad consiste en la inacción, en la debilidad, en el desmadejamiento, enfrente de los conspiradores y de los rebeldes; porque este Ministerio no participa de las teorías de aquellos viejos partidos liberales que creían que había que debilitar el poder por temor á su opresión, sin comprender que, al debilitarle, le reducían á la nulidad para la protección y para la defensa de los grandes intereses sociales y de los derechos y garantías de los ciudadanos. Este Gobierno cree que, á menos prevención, más vigilancia, más precaución, más represión; este Gabinete, en suma, cree, como el anterior, que á más libertad más gobierno.»

Ese es el lenguaje de los Ministros que saben defender la autoridad para defender la libertad. No podía en menos palabras expresar más exactamente, ni con más elocuencia, lo que sienten y lo que piensan los hombres del partido liberal, desde los más templados

por su procedencia y por sus instintos, hasta los demócratas más resueltos.

También el discurso del Sr. León y Castillo fué calificado por la coalición republicana, como el del Sr. Gamazo, de marcadamente conservador; pero lo extraño es que el Ministro de Estado, Sr. Moret, contestando al ex-Ministro republicano, Sr. Muro, se expresó en idéntico sentido y ya al Sr. Moret le hicieron el honor de creerle más liberal y de más amplio criterio.

La intervención de las minorías republicanas en este debate puso de manifiesto la inmensa distancia que media entre el partido republicano histórico, que dirige el Sr. Castelar, y la coalición republicana; la falta de armonía entre los elementos de ésta y la disidencia en que están los Diputados del partido progresista-democrático respecto de su Jefe de acción, Sr. Ruiz Zorrilla.

La posición del Sr. Castelar era totalmente desembarazada y grandemente ventajosa. Venía condenando, desde las primeras Cortes de la Restauración, las revoluciones y los motines y proclamando la lucha legal; condenó los sucesos de Badajoz; condenó, en San Sebastián, los sucesos del 19 de Setiembre y vino á Madrid para ratificar, con su presencia, la indignación que éstos le habían producido. Era, pues, de esperar que su discurso fuese una tremenda censura para los instigadores de la sedición y un himno á la paz pública; pero todavía fué más allá, porque, con una resolución varonil y con un patriotismo que ningún hombre político ha igualado, arrostrando la impopularidad entre los republicanos radicales y los recelos entre los monárquicos de escasa fe en los procedimientos de la libertad, declaró el eminente tribuno que estaba dispuesto á defender, desde su campo, la política liberal reformista que representa el Gobierno de S. M.

Los discursos del Sr. Castelar tienen el admirable privilegio de que el último que pronuncia es siempre el mejor que ha pronunciado. Esto ha sucedido ahora, con la ventaja de que, á las grandezas de su pensamiento y al poder avasallador de su palabra, ha unido el profundo sentido del hombre de Estado que sabe apreciar las necesidades de su país y pulsar la opinión pública y acomodar su actitud al espíritu de los tiempos, sin perder de vista, ni los intereses del partido que dirige, ni los grandes intereses de la sociedad.

Los Diputados de la coalición que pertenecen al partido republicano federal no estaban obligados á intervenir en esta contienda, porque los sucesos del 19 de Setiembre fueron obra del partido progresista-democrático y no tenían para qué censurarlos ni defenderlos; por eso guardaron silencio; por eso el Sr. Pí y Margall no ha querido ni siquiera asistir al Congreso durante el debate político.

En cuanto á los Diputados progresistas, fuerza es confesar que su posición era extremadamente difícil en la Cámara y fuera de ella. Con estas dificultades tenía que luchar el Sr. Salmerón: ¿podía condenar de una manera enérgica los sucesos de Setiembre? ¿podia justificarlos y defenderlos? Lo primero le obligaría á declarar que la minoría progresista republicana no había tenido participación alguna en la sedición militar, ni siquiera conocimiento previo; y aun cuando esto era exacto, porque fuera del Parlamento habían manifestado casi todos los Diputados de este partido que se encontraron sorprendidos al ocurrir los sucesos de Setiembre, no se consideraba el señor Salmerón bastante obligado á repetir esta declaración de una manera solemne ante el Congreso, acaso porque deberes de partido, acaso porque el respeto á su jefe ausente, acaso, en fin, porque su mismo carácter noble y delicado le impedían censurar amargamente la conducta del Sr. Ruiz Zorrilla. Pero de ninguna manera podía justificar ni defender la sedición militar; porque, al hacerlo, hubiera negado todos sus sentimientos, todas sus aspiraciones y toda su política desde su vuelta á España y desde su vuelta al profesorado. Así le oímos hacer un discurso que revelaba, en cada uno de sus hermosos períodos, las luchas de su espíritu, constantemente solicitado, como la Margarita del *Fausto*, por dos terribles atracciones: por el amor á la paz pública, al principio de autoridad y á los procedimientos legales, como hombre de Estado y hombre de ley, y por el amor á su partido, al que no quería destruir más de lo que ya estaba. La inteligencia poderosa del Sr. Salmerón, la hermosura de su palabra y el convencimiento que todos tienen de la pureza de sus intenciones y de la bondad de su alma, le salvaron de un fracaso; pero no pudieron evitar que otros oradores importantes de su mismo partido se vieran obligados á levantarse, unos para contestar á alusiones directas del Sr. Gamazo, otros para recoger y contestar insinuaciones que en

aquellos días les hizo *El Progreso*, órgano personal del Sr. Ruiz Zorrilla.

Y con efecto, los Sres. Azcárate, Muro y Portuondo, que tenían el propósito de no intervenir en el debate, declararon que estaban de acuerdo con las manifestaciones del Sr. Salmerón, que condenaban los sucesos de Setiembre y estaban dispuestos á defender sus ideales en el seno de la paz pública y de la legalidad. Estas declaraciones, que, con justicia, pueden enorgullecer al Sr. Salmerón, han determinado una profunda crisis en el partido progresista republicano, al cual, si hemos de dar crédito á *El Progreso*, que habla constantemente en nombre del Sr. Ruiz Zorrilla, han dejado de pertenecer los Diputados que siguen al ex-Presidente del Poder Ejecutivo de la República de 1873.

El último discurso que pronunció el Sr. Cánovas del Castillo en esta importante discusión es digno de estudio. En él definió, con un sentido más liberal que nunca, la política del partido conservador y sus relaciones con los demás partidos; pero de una manera indirecta, y con la maestría que le es propia, dijo lo bastante para que el Gobierno y la mayoría y las oposiciones monárquicas y republicanas, entendieran que el partido conservador está dispuesto á combatir las reformas que el Ministerio va á presentar y, señaladamente, las del sufragio universal, jurado y matrimonio civil.

Otra cuestión constitucional planteó y definió el Sr. Cánovas: la de que el indulto de los jefes de la sedición militar no debía, en modo alguno, atribuirse á los magnánimos sentimientos de S. M. la Reina, sino á la absoluta iniciativa de su Gobierno responsable. A este discurso que, repetimos, tiene mucho que estudiar, contestó el Presidente del Consejo de Ministros al resumir el debate.

El discurso del Sr. Sagasta revela un fondo de sinceridad digno del mayor elogio. No quiso, ni por un momento, convenir con el jefe del partido conservador en que el indulto fuera obra del Gobierno. «El indulto—dijo—fué, única y exclusivamente, de S. M. la Reina, sin que los Ministros tuvieran que hacer otra cosa que tomar sobre sí la responsabilidad de la medida, como era su deber, después de haberse propuesto abandonar el Ministerio y presentar su dimisión una vez refrendado el decreto. ¿Qué hay en esto que no sea perfectamente

constitucional? Ya sé yo que la clemencia es siempre de los Reyes y que el rigor ó la responsabilidad del rigor es siempre de sus Ministros responsables; ya sé yo que la clemencia, que tan bien sienta á los Reyes, es independiente de los deberes y de las responsabilidades de los Gobiernos, y que el Gobierno que yo tenía la honra de presidir pudo muy bien oponerse á los nobles propósitos de S. M. la Reina Regente; pero también sé que en aquellas circunstancias, dado el tiempo que había ocurrido desde la comisión del delito hasta la ejecución de la pena, dado lo mucho que se había discutido la prerrogativa regia y dadas las circunstancias en que se encontraban la Regencia y la nueva Dinastía, ¡ah! señores Diputados, era muy difícil que la masa del pueblo, que no entiende de *metafísicas* constitucionales, atribuyera la negativa del indulto única y exclusivamente á los Ministros que la aconsejaron, á pesar y contra la voluntad de la Reina Regente.»

En la teoría del Sr. Cánovas hay razones de doctrina y de formalismo; en la teoría del Sr. Sagasta hay poderosísimas razones de Estado, y sobre todo, un deseo ferviente de enaltecer los generosos sentimientos de S. M. la Reina, arraigándola más y más, por este medio, en el cariño y en la gratitud de los españoles.

Otra declaración hizo el Presidente del Consejo que revela de una manera elocuente la firmeza de sus opiniones y de su carácter, y que sirvió de término al debate y de contestación á todos los oradores: «Este Ministerio—dijo—seguirá la política del anterior; cumplirá su programa como pensaba cumplirlo el anterior, y realizará todas las reformas que tiene prometidas, con motines y sin motines, porque todo lo más que pueden hacer los motines será detenerle en su camino el tiempo necesario para reprimirlos y castigarlos; pero una vez cumplido este imperioso deber, el Gobierno seguirá su marcha, que no es cosa que poner á cargo de los revoltosos y de los perturbadores la suerte de los negocios públicos.»

Como síntesis de cuanto hemos escrito en esta *Crónica*, podemos formular este juicio: La Monarquía ha conseguido un señalado triunfo con este debate, porque se ha puesto mas de relieve la fe y el entusiasmo de sus partidarios y la actitud poco ó nada temible de los republicanos. El Gobierno ha quedado más entero y con más presti-

gio que antes de reunir las Cortes, porque ha adquirido el convencimiento de que la mayoría apoya su política con lealtad y con decisión. Los partidos monárquicos y antimonárquicos han ganado mucha autoridad con la nueva actitud de paz y de confianza en que todos se han colocado.

¡Ojalá que este debate inaugure una nueva era de prosperidad y de ventura para la patria y para las instituciones!

**Francisco Calvo Muñoz.**

# CRÓNICA POLÍTICA EXTERIOR

23 de Diciembre.

No sólo parece justo sino que lo es altamente el que, al ocuparnos en los asuntos exteriores, dediquemos algunas líneas á aquellos que más de cerca interesan á España, y entre los motivos de mayor cuidado para nuestro Gobierno, está todo lo que hace relación con la costa oriental de África que tenemos enfrente.

La Argelia y Marruecos representan para España intereses políticos y económicos de tal importancia, que sería, á nuestro juicio, falta gravísima de todo Gobierno perderlos de vista, siquiera un instante. Es cosa sabida que la colonia francesa de las vecinas costas está alimentada y nutrida por la emigración española; y además de que sufrimos en favor de aquélla una constante sangría de nuestras provincias del Mediodía y de Levante, vivimos siempre, y en cada momento, bajo la amenaza de la rectificación de fronteras, que ambiciona el Gobierno francés en detrimento del Imperio marroquí, y con grave daño de nuestros legítimos derechos y esperanzas.

No pasa día sin que rueden por la prensa extranjera anuncios ó noticias de conferencias, comisiones ó estudios encaminados á dar mayor extensión á la colonia argelina hacia el Norte, con objeto de llegar á la deseada posesión de la línea que traza en su curso el río Muluya. Y aunque tenemos presentes las seguridades dadas por el

Gobierno francés, de buscar el acuerdo de España para todo paso ó intento que medite respecto de esta parte de África, nosotros, que tenemos una especial predilección por estos asuntos, á los que concedemos un interés vivísimo, no hemos de cesar de llamar la atención de los Gobiernos sobre ellos, y principalmente respecto del actual Sr. Ministro de Estado, no obstante su reconocido patriotismo y alta competencia.

Entendemos que las actuales fronteras de la Argelia y el territorio riffeño deben subsistir sin ninguna alteración: que nuestras plazas en aquellas costas deben ser atendidas cuidadosamente, procurando sin descanso la comunicación, familiaridad y comercio con sus habitantes en términos tales, que lleguen á reconocer en los hijos de España, vecinos y aliados, en vez de enemigos é invasores: que á más de procurarse el cambio de mercancías y el fomento de los mutuos intereses se persiga el objeto de cambiar las ideas y dar á conocer las instituciones, la literatura y las ciencias, para lo cual deben considerarse como indispensables y brillantes prolegómenos cierta implantación de costumbres europeas y las posibles manifestaciones de los útiles y maravillosos adelantos modernos. Algo de ello se emprende con acierto con motivo de las recientes disposiciones del Gobierno español sobre Cámaras de Comercio, tomando la iniciativa respecto de este particular, nuestro Ministro en Marruecos Sr. Diosdado, y el Cónsul de España en Tánger, D. Francisco Lozano Muñoz.

Según el periódico de dicha ciudad *Al-moghreb Al-aksa*, el día 4 del actual se celebró en los salones del Círculo Artístico Recreativo una gran reunión, con el carácter de sesión preliminar, para la creación de una Cámara de Comercio, bajo la presidencia del dicho Sr. Cónsul, y á la que concurrieron, sin distinción de nacionalidad ni creencia, las personas más notables así moros como hebreos, y otros miembros del comercio y la banca, pertenecientes á diversas naciones de Europa, con asistencia, por supuesto, de una lucida representación de los periódicos que en Tánger se publican.

En este acto reinó grande entusiasmo y uniformidad de pensamientos, expresados en elocuentes discursos pronunciados por varios españoles notables de los allí residentes, y también por algunos ex-

tranjeros. La nota dominante de ellos fué la de consignar que España tiene, por su historia y por su vecindad, indiscutible derecho á ser la iniciadora de este y otros progresos, que deban y puedan llevarse al Imperio del Moghreb, como igualmente que nuestras aspiraciones de contacto y conocimiento del país, deben fundarse en el desarrollo mercantil y en la enseñanza de nuestra civilización, sin que para nada se cuente con los factores, unánimemente rechazados, de la guerra y la conquista.

Merecen, pues, bien de la patria los altos funcionarios de España antes designados, y los Sres. Ovilo, Abrines, Cohen, Pimienta, Laredo, Capacete, Martí, Cenarro y Pinhas Asayag, que han prestado un eminente servicio al comercio en general, al espíritu civilizador, que pugna por llevar su luz á las tierras africanas, y principalmente al pueblo marroquí, que sufre el doloroso letargo de la ignorancia, con la compañía triste del envilecimiento y la miseria.

Justificadas eran, ciertamente, las vacilaciones y demoras sufridas al resolverse la crisis francesa, porque no otra cosa podía esperarse de la tirantez y mútuas prevenciones de que están poseídos todos los grupos políticos allí militantes.

Cada uno de ellos ha procurado sostener vivos los títulos de su deseo, ya por medio de sus órganos en la prensa, ya por la propaganda en la Cámara y en los círculos políticos. Así es que en los días que duró la incertidumbre se notaron diversas tendencias, que alternativamente predominaban ó caían del favor de la opinión; y si bien parecía notarse cierta indecisión en el ánimo del Presidente de la República, al fin resolvió éste aceptar y llamar á su lado el elemento menos radical de los qne se consideraban en actitud de llegar al poder. Esto se marcó perfectamente al rechazar M. Grevy el programa propuesto por M. Floquet, después de haber pasado muchas horas y días fluctuando entre dichos, Floquet, Goublet y Freycinet, porque mucho era lo que empujaban los elementos radicales de la Cámara, y hubo necesidad de que un hombre público importante echara á volar, por medio de la prensa, la especie de que la disolución del Parlamento era inminente si se hacía imposible la formación de un Gabinete templado que siguiera, poco más ó menos, los derroteros que el anterior.

Tal color y significación tiene, realmente, el Ministerio formado, y que hoy funciona, el cual consta de los siguientes personajes:

Goblet, Presidencia é Interior.—Duclerc, Negocios extranjeros.—Dauphin, Hacienda.—Barthelot, Instrucción pública.—Sarrien, Justicia.—Boulanger, Guerra.—Aube, Marina.—Granet, Correos.—Lockroy, Comercio.—Millaud, Obras públicas.—Develle, Agricultura.

La aceptación del Sr. Duclerc no es segura, y, en su consecuencia, es probable se haga cargo de la cartera de Negocios extranjeros el nuevo Presidente Sr. Goblet.

Presentado el Gobierno á la Cámara, cesó el trabajo vivo y sordo que venían ejecutando las oposiciones, para romper en alta voz una serie de vaticinios contrarios á todo lo que no sea una muerte próxima del nuevo Gobierno. El programa expuesto por éste, discrepa bien poco del que se proponía desarrollar su antecesor. Y no podía ser otra cosa, puesto que, á excepción de tres Ministros, son los mismos, pudiéndose llamar nuevo sólo porque es otro personaje el que lo preside.

Siguen, por lo tanto, las izquierdas con la bandera enarbolada, ostentando sus deseadas reformas, de las que, tomando aquellas de más bulto, podremos citar nada menos que las tres siguientes:

Impuesto sobre las rentas.

Separación de la Iglesia y el Estado.

Independencia del Ayuntamiento de París.

Como podrán observar nuestros lectores, por estas bases de las reclamaciones del radicalismo francés, con ellas solas, sin las otras que dejamos aludidas, basta y sobra para llevar á cabo una revolución profunda en la manera de ser de la nación francesa. El impuesto sobre la renta produciría forzosamente una perturbación económica, y el natural quebranto en las fortunas de los particulares, aumentando el malestar que sienten las clases acomodadas.

La separación de la Iglesia y el Estado, que muchos creen sería de inmensa trascendencia, nosotros no la consideramos hoy de tanta, dado el estado actual de las cosas; porque desde el extrañamiento y casi persecución en que vive el catolicismo en Francia, á la separación absoluta, hay poco trecho; y que éste se recorra en breve plazo nos parece natural. Por otra parte, es una verdad práctica en política,

que, cuando en cualquier orden de reformas se dan los primeros pasos sin resistencia, puede llegarse al final.

En cuanto á la independencia del Ayuntamiento de París, sería ofender la ilustración de nuestros lectores si entrásemos á demostrar que es el camino que puede conducir á la *Commune*, sin pasar por los episodios sangrientos y aterradores de 1870. Pero lo singular de todo esto consiste en que, según nuestro modo de apreciar el rumbo de las cosas públicas en Francia, no hay en ella hoy, ó por lo menos en la hora presente, elementos y fuerzas suficientemente organizadas, para impedir los triunfos que el radicalismo consigue en su trabajo audaz y constante.

Por fin resulta exacto que los Gobiernos de Francia y Turquía pasaron notas al de Inglaterra, recomendando el estudio de la evacuación de Egipto y señalamiento de plazo para ello, cuyo acto coincidió con los apuros parlamentarios del Gabinete Freycinet seguidos de la crísis y la caída. Esta situación la ha aprovechado la astuta diplomacia inglesa, para sólo acusar recibo de las dichas notas y encerrarse después en un prolongado silencio. Mas para tantear el terreno, y teniendo en cuenta que Francia no puede, por sus dificultades interiores, fijar la vista de un modo pertinaz y enérgico sobre esta ni ninguna otra cuestión exterior, el Gabinete de Saint James ha hecho saber, de una manera oficiosa, que no podrá entrar en discusión sobre los hechos de Egipto, porque su misión allí es civilizadora, que á su fin, ha sido pródiga en sacrificios, sin que hasta ahora pueda darse la obra por terminada, siendo, por lo tanto, imposible fijar época para su evacuación. Lo que sí cree hacedero es dar á Francia cierta intervención é ingerencia en los asuntos financieros de aquel país; pero no sabemos si esto será como una cencesión graciosa, ó quizá reconociendo cierto derecho para ello á la República, por virtud de sus antecedentes, en lo que al Canal se refiere, ó por sus intereses y respetos como potencia de primer orden.

Entre las muchas cosas incomprensibles para los que no podemos estar en los secretos cancillerescos, se destacan en primer término dos en los días actuales. La primera es, cómo puede conciliarse la amistad estrecha que parece se va estableciendo entre Rusia y Francia, con la alianza de los tres imperios tenida como indisoluble,

máxime cuando los aprestos militares de Francia por un lado, y el lenguaje de la prensa alemana por otro, esparcen muchas inquietudes.

La segunda, es el silencio continuado de Alemania durante el largo período de agitaciones y temores que han venido produciéndose con motivo de los incidentes de Bulgaria.

Este mutismo en quien sigue tan atentamente el curso de todos los sucesos del mundo y que tan fuerte habla cuando le conviene, hacen de Mr. Bismarck una especie de oráculo, del que se espera de un momento á otro un veredicto que marque soluciones á las diferentes incógnitas, que existen en la política internacional; mas se asegura, que experimentados hombres públicos afirman ha de ser muy duradero este silencio, el cual sólo se romperá, cuando fuertes acontecimientos lo reclamen, y en la ocasión que al poderoso imperio le convenga, y sea de más provecho para sus planes, que también se ignoran.

Forzoso nos será hablar una vez más de los asuntos de Bulgaria, aunque lo hagamos con la concisión debida por lo mucho que se repite este tema.

La comisión elegida por la gran Asamblea de Tirnova, con el fin de recabar en las cortes principales de Europa ayuda y protección para sus negocios, no ha alcanzado hasta la fecha éxito ni resultado ninguno. Por el contrario, sólo experimenta desvíos ó negativas, y, en cambio, los trabajos que con calor se llevan á efecto en Constantinopla, tienen por objeto convencer á la regencia de la Bulgaria y á su gobierno, de las facilidades y ventajas que á ellos reportaría la aceptación del Príncipe Mingrelia, hecha de buen grado y de una manera franca. La política que sobre este particular se sigue hoy en la gran ciudad del Bósforo, por el Sultán y el Ministro de Rusia, ha tomado un carácter suave y de consejo, lo cual implica que en San Petersburgo corren vientos menos duros que en un principio.

Parece que en la corte moscovitano se ha considerado del todo habilidosa la gestión del General Kaulbars en Bulgaria, y ya, apenas se oyen en los círculos diplomáticos de Oriente especies que se parezcan á propósitos belicosos de Rusia. Lo que sí se nota en ellos es

cierta tendencia á la idea que ya emitimos en una de las últimas *Crónicas*, esto es, la posibilidad de que, en vista de las insuperables dificultades que se mantienen en pie por un ya largo período de tiempo, vengan á someterse á una conferencia europea celebrada en Berlín ó Constantinopla.

Y la razón es muy sencilla.

Rusia se niega á prestar su consentimiento en la elección de un Príncipe, designado sola y exclusivamente por la regencia búlgara, y al mismo tiempo resiste el reconocimiento de la Asamblea, si bien últimamente se ha sabido que accedería á entenderse con ella, si eligiera al Príncipe de Mingrelia. La Sublime Puerta se manifiesta en el mismo sentido, aunque procurando atenuar y disminuir el disgusto que ello pudiera ocasionar en Inglaterra.

En la situación actual de Bulgaria, de la Rumelia y de los demás Estados semejantes, se cree ya punto menos que imposible la adquisición de un Príncipe digno, perteneciente á una familia soberana de Europa, que acepte la tan asendereada corona; y de aquí la idea de que el futuro Monarca sea designado por la antes aludida conferencia, y, según se asegura, el Conde Kalnoky así lo ha indicado en Viena.

Sea esta la solución del conflicto ú otra que aún no se vislumbra, porque, como antes digimos, nada ha dicho Alemania sobre estas complicaciones, el resultado es que ellas tendrán término sin la apelación á las armas. Esto hemos creído siempre y seguimos creyendo ahora.

El cansancio que produce en nuestro país la constante ocupación de la política, hace que veamos con extraordinario alborozo toda novedad que se refiera al movimiento del crédito y de los intereses materiales. Por tal motivo, consignamos antes con satisfacción la noticia de crearse una Cámara de Comercio española en Tánger, y concluiremos citando la creación de otra Cámara española que patrocine y desarrolle nuestros medios mercantiles en Londres.

El 24 del pasado Noviembre se celebró con tal objeto una sesión preparatoria en la Legación de España, por iniciativa de nuestros representantes diplomáticos y consulares allí, asociados de muchos de

los españoles ilustres residentes en aquella capital. Después de acogido con entusiasmo el pensamiento, se formularon las bases principales que había de contener el Reglamento orgánico de la futura Cámara, verificándose con tales auspicios el día 9 del actual una magna reunión en *Winchester House*, que es un buen edificio, situado en una de las principales calles de la *City*. A ella concurrió casi toda la colonia española, con más vivos deseos que en la anterior, y tuvieron, en efecto, el gusto de ver coronados por el más feliz éxito sus patrióticos propósitos.

Diéronse á conocer por medio de impresos los proyectos de Reglamento y Estatutos, que después de examinados se ultimarán en una próxima sesión. Mas, por de pronto, podremos anticipar que las cuotas de admisión y suscrición anual serán según indique el señor Cónsul general de España, y que en uno de los artículos se establece que podrán ser miembros de la dicha Cámara de Comercio, los extranjeros que tengan cualquiera género de relaciones industriales ó mercantiles con España, ó con sus posesiones ultramarinas, si es que á ello les induce el deseo de conocer y desarrollar los aludidos elementos mercantiles, pero con ciertas restricciones en lo que atañe á la dirección de la Cámara.

Otro artículo, el 7.°, es de mucha importancia, porque de él se desprende la beneficiosa amplitud que allí trata de darse á esa institución, y para que se comprenda su alcance, consignaremos que el mencionado artículo está redactado en los términos siguientes:

«Todos los señores cónsules, representantes en Lóndres del reino de Portugal, Imperio del Brasil, Confederacion Argentina y Repúblicas de Bolivia, Colombia, Costa-Rica, Chile, Ecuador, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo, Uruguay y Venezuela, serán reconocidos con el carácter de miembros honorarios de la Cámara de España.»

La agitación de Irlanda vuelve á aparecer con caracteres alarmantes, pues la actitud tomada por la inmensa mayoría de los colonos enfrente de la adoptada por el Gobierno inglés, habrá de repetir con creces los lamentables hechos de principio de año.

Las últimas noticias acusan la existencia de una irritación extra-

ordinaria en los ánimos, y los ataques á los agentes de la autoridad lo confirman, porque ellos expresan, ni más ni menos, que la desesperación á que han llegado aquellos pueblos, hasta el punto de que se teme sea insuficiente la influencia de Mr. Parnell, para suavizar la situación.

Según los artículos que publican algunos periódicos ministeriales, en que aconsejan al Gobierno temperamentos de conciliación y estudio del confiicto, más que la cruel represión, vienen á dar la razón al anciano y previsor estadista Mr. Gladstone, cuando quería á todo trance oir y atender las quejas de Irlanda.

Insistimos una vez más en que ha de amargar mucho á los conservadores ingleses, su conducta dura é irreflexiva en esta gravísima cuestión.

**Ramón García Galván.**

# NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

La Fortúna de los Rougón, por Emilio Zola, versión castellana de D. Juan de la Cerda.—Madrid, 1886.

La empresa literaria, *El Cosmos Editorial*, acaba de poner á la venta una preciosa novela, en dos tomos, de Emilio Zola. Esta obra, es de un gusto naturalista más templado que casi todas las del ya célebre escritor. En ella se describe una época importantísima de nuestra historia contemporánea: la epoca que siguió algolpe de Estado que produjo en Francia el segundo Imperio.

Zola, como todos los novelistas apasionados, tiene la pretensión de que sus novelas son de una trascendencia suma para la sociedad de su tiempo. No participamos nosotros de esta opinión, por que la pintura de una sociedad ruin de una provincia de Francia, las ruines ambiciones de una familia y las particularidades de carácter de sus individuos, no bastan para dar á un libro un verdadero interés sociológico; pero negar que estos cuadros, á veces sublimes, á veces repugnantes, están delineados con maestría; negar que las flaquezas y miserias de unos personajes están contrastadas por las virtudes y la grandeza de los otros; negar, en fin, que Zola sabe interesar el ánimo del lector, siquiera no le convenza, sería injusticia.

*La Fortuna de los Rougón* es un libro hábilmente pensado y magistralmente escrito y su traducción al castellano está hecha á conciencia y con el cuidado de que no se desvirtúen ni los detalles literarios, ni la valiente expresión del pensamiento, que son lo más bello de los trabajos de Zola.

DICCIONARIO DE PERUANISMOS, ensayo filológico, por D. Juan de Arjona, C. de la Real Academia Española.—Lima 1886.

*Peruanismos*, ó palabras peruanas, son todas las voces que, corrompidas del español, ó inventadas por los criollos del Perú, con el auxilio de la lengua castellana, ó derivadas del *quichua*, sirven, en aquella República hispano-americana, para expresar nombres indígenas, topográficos ó de personas. *Peruanismos* son también aquellas palabras que, aunque muy castizas en España, aluden á objetos ó costumbres poco comunes aquí y muy corrientes entre aquellos hermanos nuestros.

De estas palabras que llamaríamos provinciales si nuestros hermanos los literatos del Perú no vieran en esto una ofensa á su nacionalidad y á su independencia, ha hecho un precioso *Diccionario* el Sr. D. Juan de Arjona, Académico correspondiente de la de Española.

La lectura de libros y periódicos de las repúblicas hispano-americanas es siempre grata para los españoles, porque, sin saber cómo, nos sentimos atraídos, unas veces por el poder del lenguaje, el más fuerte y más incontrastable de los poderes, otras por el secreto misterioso de los sentimientos y siempre por el espíritu de raza, hasta tal punto, que las glorias y las desventuras de aquellos pueblos nos parecen glorias y desventuras nuestras; y este impulso natural de nuestras simpatías se ensancha más y más cuando oímos decir á un literato americano de tanta y tan justa reputación como el Sr. Arjona: «así como no hay celo filial más impertinente que el del hijo »natural ó espúreo, desde la fábula, apólogo ó símbolo de Faetón, que se »abrasó por querer probar que era hijo del Sol, así no hay peores cancerbe»ros de la lengua castellana que los Faetones de esta América.»

Es verdad; hablistas y escritores como el Sr. Arjona pueden ser, con orgullo nuestro, excelentes guardadores de la lengua patria.

Picardo ó Pichardo, que de las dos maneras se suele escribir, publicó en 1849 un *Diccionario de provincialismos de la Isla de Cuba*. El ingenioso escritor chileno Sr. Rodríguez publicó bastante después otro de *chilenismos*. Las Repúblicas de Colombia, Venezuela y otras del Centro y Sud de América han hecho y están haciendo algunos trabajos en este mismo sentido.

En todos estos libros hay palabras que más bien que *americanismos* son neologismos, palabras sin sentido etimológico creadas por una deplorable corrupción del lenguaje español, y no voces articuladas que la necesidad tuviera que inventar para dar nombre á cosas, personas y acciones que no pudieran encontrar uno adecuado en nuestros antiguos vocabularios; pero

hay muchas otras que tienen su raíz en las ciencias morales y políticas ó en las físico-naturales, ó que, sin estar engendradas por las ciencias, sirven para dar nombre á cosas ó acciones que son peculiarísimas de aquellas sociedades nuevas. Estas voces son las que el Sr. Arjona ha recopilado con un gran método en su *Diccionario de peruanismos.*

La obra del Sr. Arjona, libro que revela una gran incubación, diga su autor lo que quiera, es más que un ensayo filológico, un estudio de mérito para los eruditos y un libro útil para todos los que tengan necesidad de estudiar la literatura peruana ó de visitar aquel hermoso país.

Revista de Artes y Letras, de Santiago de Chile.

Hemos recibido el núm. 54 de esta importante Revista quincenal, que contiene trabajos críticos y literarios de gran mérito. Entre otros, podríamos citar un estudio biográfico de D. Hermógenes Irisarrí, el poeta, el periodista y el político quizás de más altura que ha producido aquella República hispano-americana.

Entre los fragmentos de trabajos verdaderamente clásicos de Irisarrí, que el biógrafo Sr. Robinet reproduce, para fundar su crítica que es severa y por todo extremo justa, figura un hermosísimo soneto que Irisarrí escribió en 1852 en el álbum de D. José María Magallón, hoy Marqués de Castel Fuerte, Secretario que era por aquel entonces de la Legación española en Chile. Este soneto, digno de nuestros primeros poetas españoles, es muy conocido en nuestra literatura, porque los periódicos de Madrid lo publicaron con grandes elogios para su autor. Está dedicado á la España del siglo xv y es un modelo de arte y de amor patrio.

Reflejos de Fray Candil.—Habana, 1886.

*La Propaganda Literaria,* excelente casa editorial de la Habana, acaba de poner á la venta un libro muy raro, muy interesante y, sobre todo, muy bien impreso: es una colección de artículos de periódicos, escritos al vuelo y al día, bautizada con el modesto nombre de *Reflejos de Fray Candil.*

Fray Candil es el seudónimo con que se conoce en el mundo de las letras á Emilio Bobadilla, joven periodista que, en Cuba, y ya en España, tiene muchas simpatías y muchos que censuran y condenan su crítica, á veces despiadada, y sus epigramas más vivos y picantes de lo que á muchos agradaría.

Bobadilla, de quien hace un retrato bien delineado, pero incompleto y apasionadillo, nuestro antiguo amigo Antonio Escobar (*el Bueno*, como le

llamábamos cuando con nosotros compartía las ingratas tareas del periodismo en la Redacción de *La Política*); Bobadilla, á quien Doña Emilia Pardo Bazán ha dado, desde la Coruña, un palmetazo por haber clasificado á *La Pasionaria* como drama naturalista, cuando no es más que un drama *efectista*, Bobadilla es, lo que llamarían los franceses, un espíritu cultivado. Se asemeja algo en su crítica y en las líneas que marcan la dirección de sus ideas á Leopoldo Alas, *Clarín*; pero es más vivo y más sobrio y más inhumano que éste.

En filosofía, conoce y baraja bien todos los sistemas y de todos se burla; en economía sabe lo bastante para poner en solfa á Malthus, á Bastiat, á Say y á Adam Smith; en historia es escéptico y en literatura es un aficionado, no más que aficionado, al naturalismo; pero es un erudito.

Su libro consta de cuarenta artículos, muchos de ellos de una finísima crítica, todos de una lectura interesante y bella.

## Obras de Juan de Arona.

Por el último correo de Sud América hemos recibido varias de este popular poeta peruano, cuyo nombre de pila es el de D. Pedro Paz-Soldán y Unánue.

En todas las repúblicas de la América latina, y singularmente en las de Chile, el Perú y Venezuela, se viene desarrollando desde hace algunos años un movimiento literario verdaderamente asombroso. El comercio de libros entre España y las repúblicas hispano-americanas es cada día mayor. En París y en Marsella hay casas editoriales, casi exclusivamente dedicadas á traducir al español y enviar á América las mejores obras de la literatura francesa. Este comercio de ideas y la mayor cultura que van alcanzando aquellos pueblos, producen el gran movimiento literario que se va allí manifestando.

Entre los literatos que más parte toman en este admirable movimiento figura, de una manera honrosa para él y para su país, el Sr. Paz-Soldán, C. de la Academia Española, diplomático de posición y de prestigio y excatedrático de literatura griega y latina de la Universidad de Lima. Su *Canto á Lesseps* revela un poder de inteligencia y un vigor de frase que le asemejan mucho á Núñez de Arce. *La matrona de Efeso*, composición ligera en que los pensamientos, las imágenes, las locuciones familiares y todo el asunto está calcado en la sátira de Petronio, escritor latino de la época de Nerón, rebosa ingenio y gracia. *Los medanos*, poemita un tanto

extravagante, pero vivo y juguetón, es una pintura fantástica de los habitantes de las pampas peruanas y, por último, sus *Cuadros y episodios peruanos*, que ya son un libro formal, retratan de una manera galana la naturaleza de aquel hermoso país y sus costumbres. En ellos, el autor obedece á una inspiración espontánea, irresistible, que revela su carácter y su ardorosa imaginación.

El Sr. Paz-Soldán *(Juan de Arona)* incurre con demasiada frecuencia en el pecadillo del *peruanismo*, pecadillo que conduce á todos los literatos americanos á la manía de prodigar palabras indígenas por el afán de ser mejor entendidos ó más celebrados, ó por el deseo de imprimir á la literatura de su país un sello especial que la diferencie de la española, en lo cual creemos que no andan muy acertados, porque todas estas voces, que siempre están justificadas por la necesidad de dar nombre á cosas ó acciones que no tienen un nombre adecuado en la lengua castellana, son, á la postre, provincialismos y corrupciones que deben proscribirse, porque, ni son bellas, ni están engendradas por los progresos de las ciencias, ni responden á una verdadera necesidad filológica.

Por lo demás, las obras de *Juan de Arona*, de que nos hemos ocupado con la concisión que nos permiten estas notas bibliográficas, que no son críticas formales, sino simples noticias, pueden figurar y figurarán ventajosamente en las bibliotecas de los más amantes de nuestra literatura patria.

LA LIRA NUEVA, Ó LOS POETAS COLOMBIANOS CONTEMPORÁNEOS.—Bogotá, 1886.

El reputado literato colombiado D. José Rivas Groot, ha tenido la amabilidad, que le agradecemos mucho, de enviarnos, por el último correo, con una expresiva dedicatoria, un ejemplar del interesante libro que acaba de publicarse en la capital de aquella República y cuyo título encabeza esta nota.

Ya hemos dicho en varias ocasiones que la índole de estas *notas*, que han de ser demasiado breves si hemos de dar cuenta de todos ó de la mayor parte de los libros nuevos que llegan á nuestra redacción, no nos permite hacer un juicio crítico, y que, por lo mismo, tenemos que limitarnos á dar una ligera noticia de la obra indicando su asunto principal; pero en la colección de trabajos de poetas colombianos que ha publicado el Sr. Rivas hay algo de extraordinario que nos disculpará el ser ahora un poco más extensos que de costumbre, aun cuando no entremos de una manera franca en el difícil terreno de la crítica.

El ornamento más gallardo de esta obra es su prólogo. En él revela el Sr. Rivas Groot un amor á la literatura de su patria y de su tiempo y un conocimiento de ella y del movimiento intelectual de América y de Europa, tan profundo y tan exacto que bien pueden los poetas colombianos enorgullecerse del marco que el Sr. Rivas ha puesto á sus composiciones.

Treinta y cinco poetas forman las cuerdas de la nueva lira colombiana. Ya este dato es, por sí solo, harto elocuente para formar idea de la cultura de aquella República hispano-americana que lucha con brío por no perder el puesto de honor que supo conquistar hace algunos años en el movimiento intelectual de la América latina, y que chilenos y peruanos le reconocen diariamente.

Imposible sería que en más de doscientas composiciones de treinta y cinco autores hubiera unidad en el sentido del arte y en sus fines; pero todo el libro forma un cuerpo de grandes ideas en que, á primera vista, se destaca una tendencia irresistible á rehacer la clásica literatura española, regenerando la lírica por el destierro de asuntos baladíes, por el amor á los grandes ideales y por el respeto á las sublimes formas, criterio que al fin han impuesto, en Europa y en América los poetas contemporáneos que más atracciones han engendrado en la juventud: Victor Hugo, Zorrilla y Nuñez de Arce.

Hay, pues, en estas composiciones líricas, muchas de ellas de un mérito singular, inspiraciones grandiosas, frases vibrantes, riquísima fantasía, verdad en las imágenes, expresión varonil en los pensamientos, pureza en la dicción y dulce armonía en la rima; bellezas que, por ser muchas, hacen olvidar algún rebuscamiento, algún arcaísmo, alguna sencillez amanerada, vicios en que necesariamente había de incurrir una sociedad nueva, como incurrieron muchos de nuestros poetas de principios de este siglo, al verse sorprendidos por el romanticismo y por las ideas que brotaron de la política, de la filosofía, de las ciencias y de todas las conquistas de la moderna civilización.

Pero no se contenta el Sr. Rivas—y este es el mérito principal de su brillante prólogo—con exponer, por la colección y la crítica de todas estas composiciones poéticas, cuál ha sido el movimiento intelectual de su patria en los últimos años, sino que marca y va como poniendo los jalones del camino que aún tienen que recorrer los poetas colombianos, para formar escuela y para ejercer ese sublime sacerdocio de los pueblos, que consiste en satisfacer las necesidades que están en todos los ánimos; y para ello les dice, con una convicción que raya en entusiasmo, que aún no están agotadas las fuentes de la poesía nacional; que vuelvan los ojos á la historia patria y allí

encontrarán la crónica que regocija y destaca como de relieve figuras nobles, caracteres trágicos de la gloriosa época de la conquista de aquella tierra por los españoles; más acá la época de la colonia, con menos magnitud en la empresa, pero con más enredo y más interés en los episodios; y, por último, la época de su independencia, en que aparecen con todos sus laureles la altivez criolla y la virilidad de un pueblo que quiere ser libre porque ha llegado á la edad de su emancipación. Aquí—les dice—debéis buscar inspiraciones.

En todo este trabajo revela el Sr. Rivas Groot una energía en las ideas, una cultura en la frase y un concepto tan alto y tan exacto de la misión de la literatura en las sociedades modernas, que no tememos pecar de exagerados si decimos que su Prólogo es, por sí solo, una obra magistral de arte y de patriotismo.

LA SICILIA NELLA BATTAGLIA DI LEPANTO.—Pisa, 1886).

Consta de 58 fólios de texto á dos columnas, y de cinco de ilustraciones y recados justificativos, y es docta é interesante obra del Barón Giuseppe Arenaprimo di Montechiaro, justamente acalorado admirador del *giovin di Spagna* (D. Juan de Austria). Menudas y curiosísimas noticias, hijas de singular diligencia, dan no menos singular importancia á la historia relatada. Entre las incidentales, es una que el *Manco de Lepanto* fue macero (*portatore di mazza*) del Consejo Real de Nápoles con estipendio de dos ducados mensuales (según documento desenterrado por Conforti), en premio de tanto valor mostrado en la pelea, de la «parte que, aunque humilde, tuvo en la victoria» (!), según dice el mismo Cervantes en el *Viaje al Parnaso*. Por lo demás, saber de Sicilia es saber de España, y saber de boca de escritor que por ventura nos pertenece por su origen, cual tantos otros sicilianos ilustres de nuestros días, siendo de recordar el coloso poeta políglото Cañizares (*Cannizzare*), Spada y Oliva, ambos honor del foro; Seguenza, naturalista; los Costa-Saya, físico el uno y químico el otro, y Vayola, orador de punta; sin otros maestramente biografiados por Preitano (V. *Biografie cittadine*, Mefsina, 1882).

Desgraciadamente no podemos extendernos cuanto quisiéramos, ni decir más sino que honra y provecho ganará quien traduzca á nuestra lengua el acabado trabajo del Barón de Montechiaro, contribuyendo así á dar luz sobre nuestra historia hispano-sécula.

C.

# ÍNDICE DEL TOMO CXIII

## NÚMERO 448

Páginas.

APUNTES SOBRE EL NUEVO ARTE DE ESCRIBIR NOVELAS, por **D. Juan Valera,** de la Academia Española y Ministro plenipotenciario de España en Bruselas..... 5
LAS SEIS GRANDES POTENCIAS DE EUROPA, por **D. Servando Ruiz Gómez,** de la Real Academia de Ciencias morales y políticas... 28
SOR MARÍA DE ÁGREDA, por **D. Joaquín Sánchez de Toca**..... 53
EL PROGRESO Y EL PAUPERISMO.—*Ley del progreso humano,* por **D. Francisco Molina Salmerón**..... 76
EL MUNDO SOLAR.—*El Sol*, por **D. José Genaro Monti**..... 91
LOS MILAGROS DE LA CIENCIA.—*La electricidad,* por **D. Octavio Lois**..... 110
CRÓNICA POLÍTICA INTERIOR, por **D. Francisco Calvo Muñoz**..... 131
CRÓNICA POLÍTICA EXTERIOR, por **D. Ramón García Galván**..... 141
NOTAS BIBLIOGRÁFICAS..... 149

## NÚMERO 449

LAS SEIS GRANDES POTENCIAS DE EUROPA.—*Francia*, por **D. Servando Ruiz Gómez,** de la Real Academia de Ciencias morales y políticas..... 161
DE LAS EXCELENCIAS Y DE LOS PELIGROS DEL SUFRAGIO UNIVERSAL, por **D. Andrés Borrego**..... 187
DOCTRINA POLÍTICA DE SOR MARÍA DE ÁGREDA, por **D. Joaquín Sanchez de Toca**..... 220
OPINIONES RELIGIOSAS DE SPENCER, por **D. Pedro Sala y Villaret**.. 246
EL PROGRESO Y EL PAUPERISMO.—*Ley del progreso humano*, por **D. Francisco Molina Salmerón**..... 260
LOS MILAGROS DE LA CIENCIA.—*La electricidad*, por **D. Octavio Lois**..... 277
CRÓNICA POLÍTICA INTERIOR, por **D. Francisco Calvo Muñoz**..... 292
CRÓNICA POLÍTICA EXTERIOR, por **D. Ramón García Galván**..... 304
NOTAS BIBLIOGRÁFICAS..... 313

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.